

REINOS OLVIDADOS

Serie Avatar. Volumen 5
TROY DENNING
EL CRISOL
EL JUICIO
DE CYRIC EL LOCO

Lectulandia

Cyric el Loco, que traicionó a sus amigos Medianoche y Kelemvor y trató de destruirlos. Que se transformó en dios y ahora difunde mentiras y urde intrigas por todos los rincones de Faerun. Que es el señor del Asesinato, el Príncipe de las Mentiras y... está loco.

Lectulandia

Troy Denning

El Crisol: el juicio contra Cyric el Loco

Avatar 5

ePUB v1.2

Moover 17.12.11

más libros en lectulandia.com

Ilustración de cubierta: Wilma Traldi

Título original: «Crucible. The Trial of Cyric the Mad»

Traducción: Emma Fondevila

© TSR, Inc., 1989, 1992. All rights reserved

FORGOTTEN REALMS™ (Fantasy Adventure) is a trademark owned by
TSR, Inc., Lake Geneva, WI USA.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Editorial Timun Mas, S.A., 1992

ISBN: 978-84-7722-720-5 (Obra completa)

ISBN: 978-84-4803-783-3 (Volumen IV)

Hurope, S.A.

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Timun Mas, S.A., Castillejos, 294 - 08025 Barcelona

Para Matt y Josh

Agradecimientos

Esta historia tiene sus raíces en acontecimientos surgidos de la serie, y me gustaría expresar mi agradecimiento, sin omitir a nadie, al equipo original de Avatar, entre ellos a Ed Greenwood, Jeff Grubb, Karen Boomgarden y a toda la gente creativa del departamento de juegos que trabajó en el proyecto; a Mary Kirchoff, que supervisó las novelas; a Scott Ciencin, autor de *Las Tablas del Destino* (bajo el seudónimo para TSR de Richard Awlinson); a mí mismo, autor de *Aguas Profundas* (el «otro yo» de Richard Awlinson); y a James Lowder, editor de los tres primeros libros y autor de *El Príncipe de las Mentiras*.

No quisiera dejar pasar tampoco la ocasión de expresar mi agradecimiento a las siguientes personas por sus valiosas contribuciones a *El Crisol: el juicio contra Cyric el Loco*. A Peter Archer, por su paciencia y su sagacidad; a Brian Thompson, por sus valiosos consejos; a Julia Martin, por su revisión del proyecto y del manuscrito; a Steven Schend, por sus aclaraciones sobre las culturas de Calimshan y de Amn; y, de una manera muy especial, a Andria Hayday por haber mejorado el manuscrito y haber rescatado la voz de Malik.

INTRODUCCIÓN

Depende de mí, por supuesto. Todo depende de mí.

Quién debe vivir. Quién debe morir. Lo que es y lo que será.

Imaginemos que estoy observando desde lo alto, suspendido en el cielo tal como los mortales suelen pensar que hacemos los dioses. Abajo se extiende el vasto mar, golpeando incansable las rocosas orillas de la costa de la Espada, donde las torres de ignorancia profana del Alcázar de la Candela se asientan sobre el pedestal de una abrupta colina de piedra basáltica. Me bastaría un suspiro para derribar ese bastión de falsedad, para pulverizar la argamasa que une sus piedras y hacer que sus altos muros se desplomasen sobre el mar, para esparcir sus retorcidos tomos por las burbujeantes simas y por los océanos profundos y hediondos de los rincones más recónditos del mundo.

Imaginemos ahora que estoy de pie. El mar se alza ante mí como un verde tapiz reluciente que se difunde por la interminable extensión de los cielos, con sus olas coronadas de blanca espuma vertiéndose una y otra vez para alcanzar la costa que está por debajo. El mundo se ha puesto patas arriba, y las torres del Alcázar de la Candela penden de la colina basáltica como verrugas de la punta de una nariz negra y ganchuda. Me bastaría un pensamiento para dejar que la plenitud del mar se tragase esa ciudadela de corrupción, para borrar esa biblioteca de las mentiras de la faz del mundo, para hundir en el olvido esos libros del engaño y eliminar de Toril el mismísimo recuerdo de sus páginas falaces.

Como veis, todo depende de mí. No hay nada cierto hasta que yo no lo contemplo y le asigno un lugar, hasta que yo me coloco encima o debajo, delante o detrás. ¡Que mantengan su templo a Oghma el Inconsciente, sus altares a Deneir el Parlanchín, a Gond el del Aliento de Forja, a Milil el señor del Estruendo Rechinante! ¡Que me desprecien si se atreven! Yo soy el Uno, el Todo, el rostro que se oculta tras la Máscara. Yo lo soy Todo.

Esas palabras pronunció Cyric el Todo en su Noche de Desesperación, y en mi angustia no fui capaz de entenderlo. Yo era como un niño; oía con oídos de niño y veía con ojos de niño y entendía con mente de niño. Me sumí en la desesperación y perdí la fe, y por ello padecí sufrimientos horribles, como veréis. Pero sabed que el Uno me encontró cuando estaba perdido y me volvió a la senda de los creyentes, que me quemó los ojos con las llamas de la gloria y de la verdad hasta que vi todo lo que ocurría en el mundo y en los cielos, y que todo lo hizo para que, en la narración de lo que sigue, pudiera exponer todas las cosas hechas por los hombres y por los dioses con total exactitud y veracidad.

Yo soy el espía Malik el Sami yn Nasser, un afamado mercader de Calimshan y huésped apreciado de la real casa de Najron, y ésta es mi narración, en la cual relataré lo que nos aconteció a mí y a otros muchos durante la búsqueda del santo *Cyrinishad*, el más sagrado y divino de cuanto libros existen, y hablaré de mis fieles servicios a Cyric el Todo en las tierras sin límites de Faerun, y revelaré la gran recompensa que se me otorgó por mis valientes servicios y mis muchos y terribles sufrimientos.

Loado sea Cyric el Todo, el Supremo, el Más Alto de los Altos, el Sol Oscuro, el Sol Negro, señor de las Tres Coronas y Príncipe de las Mentiras. ¡Que todas las bendiciones y la fuerza recaigan sobre su Iglesia y sus servidores, que serán los únicos que gobiernen el reino de los mortales y que morarán por siempre en el Palacio de la Eternidad en los tiempos que sobrevengan al Año de la Matanza! ¡Te ruego seas indulgente con esta humilde narración, oh, dios de dioses, aunque no hay en ella un solo pasaje que pueda dar la medida de tu poder, ya que ni todas las palabras de todas las lenguas de los hombres pueden describir el esplendor de tu presencia!

Prólogo

En la Ciudad de la Luminosidad vivía un joven príncipe, agraciado en todos los aspectos pero carente de las virtudes de la medida y el buen juicio. Mientras yo andaba un día por ahí ocupándome de mis cosas, el califa envió a este príncipe a mi casa con una carta que debía entregarme a mí en persona. Mis sirvientes hicieron esperar al príncipe a la sombra de la galería, y siendo mi esposa una anfitriona cortés y muy cordial, le llevó un abundante refrigerio y se sentó con él para entretenerlo. Allí los encontré a mi regreso.

Si bien es cierto que ninguna persona entre cuyas virtudes se contara la modestia andaría por las calles vestida como encontré a mi esposa y al príncipe cuando volví, como no estaban en la calle me limité a hacer un comentario sobre el calor y adapté mi propia vestimenta a la suya. Mis maneras informales fueron un gran alivio para el príncipe, que en un primer momento me había parecido azorado y nervioso. Me entregó la carta y lo induje a que bebiera algún refresco mientras la leía.

La carta era sobre una cuestión trivial, la reclamación de algún pago que yo había olvidado hacer. Mientras pensaba en la respuesta, mantuvimos una agradable conversación que estoy seguro me valió algún favor nada despreciable en la corte, ya que el príncipe era el hijo mayor de la primera esposa del califa. Después de ese día recibí muchas cartas de la casa real, entregadas todas en persona por el primer príncipe. Llegué a la conclusión de que era prudente llamar a mi propia puerta antes de entrar en la antecámara de mi casa, un precio muy modesto por la estima que me deparaban las frecuentes visitas del príncipe y por el gran honor con que después retribuiría mi hospitalidad.

Llegó el día en que el califa recibió una carta donde se lo informaba de los acontecimientos que habían tenido lugar en Zhentil Keep, en una época gran baluarte de nuestro señor Cyric en los distantes reinos de los bárbaros. Según la carta, el Sol Oscuro en persona había escrito una sagrada historia de su elevación a la divinidad, el *Cyrinishad*. ¡Tan bellas y brillantes eran las palabras del *Cyrinishad*, que todo el que lo leyese vería de inmediato la verdad y magnificencia de todo lo que proclamaba. En este gran libro residía el poder para convertir a todos los paganos de Faerun a la verdadera fe, para eliminar a todos los falsos dioses del mundo y transformar a Cyric en la única y verdadera divinidad!

La excitación del califa fue grande, ya que le ofendía que otros no creyeran como lo hacía él, y siempre estaba ávido de guiarlos hacia el camino de la fe. Empezó a correr de un lado para otro blandiendo la carta y cantando la gloria de la victoria de Cyric durante casi una hora hasta que su chambelán lo alcanzó y continuó leyendo. Esto fue algo que vi con mis propios ojos, ya que ese día había acudido al palacio como visitante.

La segunda página de la carta explicaba cómo Mystra (esa zorra diosa de la magia) y Oghma (el dios ladrón de la sabiduría) temían el poder del *Cyrinishad* y tramaban algo contra Cyric. En la primera lectura pública del *Cyrinishad*, Oghma reemplazó el sagrado volumen por un libro difamador, y todos los que oyeron sus mentiras perdieron la fe y dieron la espalda al Sol Oscuro. En ese momento, Kelemvor Lyonsbane, un vil traidor al que Cyric había matado hacía años, escapó de su prisión en la Ciudad de los Muertos para liderar una rebelión y arrebatarse a nuestro señor oscuro el Trono de la Muerte.

Al oír estas palabras, el califa se alteró tanto que sacó su daga y arremetió contra el pobre chambelán, al que le cortó la lengua. Brotó tanta sangre que el sustituto del chambelán no pudo seguir leyendo hasta que el sacerdote real hizo que las palabras volvieran a ser legibles.

La tercera página de la carta decía que el poder de Cyric era tan grande que ni siquiera Oghma y Mystra juntos podrían destruir el *Cyrinishad*. Oghma entregó el tomo a una mortal encomendándole que se alejase y se escondiese, y le proporcionó un diamante como amuleto que la ocultaría a todos los dioses de Faerun. El propio Oghma quedó excluido de conocer su paradero, pues era tal su temor a las insidias del Uno que pensaba que Cyric podía engañarlo para que le revelara dónde se encontraba.

En la última página de la carta se solicitaba al califa que enviase a sus espías más leales a vigilar los templos de Oghma y de todos los dioses que lo servían, Gond, Deneir y Milil, y también los templos de Kelemvor y de Mystra y de los dioses que servían a éstos: Azuth, Savras y Velsharoon. También se le pedía que enviase espías a los lugares donde los Arpistas tenían sus refugios secretos, y a los lugares donde se deja a los muertos para Kelemvor, y a todos los demás lugares donde los sirvientes del ladrón Oghma pudieran buscar refugio. Todo eso hizo el califa, y aún más, ya que envió noticia incluso a sus primos más distantes solicitando su colaboración en la gran vigilia. Confeccionó largas listas a fin de que no derrochasen esfuerzos vigilando los mismos lugares. También les dijo que si sus espías encontraban el libro debían comunicárselo a él y no intentar recuperarlo por sí mismos. Esto era algo que no esperaba que hicieran, ya que cualquier mortal que recuperase el *Cyrinishad* se ganaría los favores del Único y el Todo, pero el califa no deseaba pasar por descuidado al no cumplir este requisito.

Fue así que el califa mandó llamar a sus aposentos a sus espías más leales. Fue por la hospitalidad ofrecida en mi casa que merecí el honor de encontrarme entre ellos, ya que el príncipe sugirió que se me asignase una misión en algún lugar lejano donde pudiese afrontar las grandes dificultades de mi cometido vestido de mendigo. Al principio me mostré demasiado humilde para aceptarlo, aduciendo que mis negocios y mi familia requerían mi presencia en la Ciudad de la Luminosidad. El

bondadoso príncipe respondió que se ocuparía de mis negocios mientras estuviese fuera y me aseguró que ni mis negocios ni mi esposa sufrirían el menor menoscabo. Al ver la alta consideración en que me tenía su hijo, el califa decidió que yo debería vigilar el puesto más importante y peligroso de todos: la gran biblioteca del Alcázar de la Candela.

Reconocí de inmediato la bendición que había caído sobre mí. ¿Acaso no era el Alcázar de la Candela el bastión más poderoso del conocimiento de todo Faerun, el bastión bien amado del envidioso Oghma y de la celosa Mystra? ¿Y no era el *Cyrinishad* la mayor obra de la historia de Faerun, capaz de hacer que hasta los dioses honraran al Único y el Todo? Las propias Parcas habían decidido que el *Cyrinishad* viniese al alcázar y, cuando lo hiciera, yo estaría allí esperando.

Así, seguro de mi éxito, y confiando en que a continuación estaría en situación de retribuir al príncipe su generosidad, cambié las vestiduras de seda de un mercader por los andrajos de un mendigo. Dejé de lado todos los cuidados que dispensaba a mi pelo y a mi negra barba, me manché la cara con barro y, presuroso, me dirigí a la llanura que rodea el Alcázar de la Candela. Allí deambulé durante años, sucio y desharrapado, balbuceando como un loco y pidiendo comida y noticias a los monjes que guardaban la puerta.

Tampoco busqué el consuelo de nuestro señor oscuro. Los monjes tenían un templo de Oghma en su ciudadela, y temía que el dios sabio pudiera oír mis plegarias y me hiciera echar de allí. Fue así que cerré los ojos a mi amo y señor y viví en la más absoluta soledad año tras año. No solicité refugio para mi necesidad. No maldije a los que me arrojaban piedras. No apelé ni una sola vez, ni siquiera mentalmente, al sagrado nombre de Cyric el Todo. Pasé estaciones completas refugiado en la arcada de la Puerta Baja, y pedí limosna a cuantos entraban, humillándome ante quienes se creían mejores que yo.

Y una noche en que el repiqueteo de las gotas de lluvia llenaba mis oídos con un sonido tan constante que llegué a temer volverme loco de verdad, dos extraños llegaron chapoteando por el camino: un guerrero y una mujer. Los sonidos que salían de sus bocas eran los de alguna tierra bárbara, y su caballo de carga resoplaba bajo el peso de una gran caja de hierro cerrada con candado y sujeta con cadenas. Me acerqué para pedir una moneda para mi cena y el guerrero vestido con armadura me dio un cobre para que me hiciera cargo de sus caballos. Habló con los monjes de la puerta de luchas encarnizadas, largas cabalgadas y de enemigos que había dejado muertos en el camino. La mujer habló de noches oscuras, viajes solitarios y de la ayuda recibida de todos los que reverencian a Oghma, y abrió su capa dejando ver un amuleto de diamante que tenía la forma de un pergamino de Oghma.

¡Aunque no hubiera estado esperando encontrarme con ese amuleto pagano, lo habría reconocido! Podía sentir la oscuridad que colmaba aquel cofre de hierro y oler

el hedor mohoso del pergamino humano, y oír el zumbido de verdades oscuras que susurraban las páginas. ¡El *Cyrinishad* trataba de alcanzar mi mente y mi cuerpo, y mis oídos se colmaron con tal precipitación que fui presa de la fiebre!

De inmediato me encontré imposibilitado de pensar en otra cosa que no fuera el libro; pensé que los ladrones de Oghma miraban hacia otra parte, que yo sostenía las riendas de sus cabalgaduras, y que por fin tenía el *Cyrinishad* a mi alcance, después de tantos meses interminables de espera. Sin pensar un solo momento en mi propia seguridad, metí el pie en el estribo del caballo del guerrero, me monté en él y tirando de las riendas traté de hacer que el caballo diera la vuelta.

Si mi padre me hubiera enseñado más sobre el manejo de los caballos que sobre el del oro, ahí habría terminado mi relato, habiéndome ganado el eterno reconocimiento de Cyric y volviendo a casa para devolver multiplicada por diez la bondad del príncipe al haber cuidado de mi esposa y de mi fortuna.

Pero no fue así.

El caballo de guerra no quiso saber nada de dar la vuelta. Cuanto más tiraba yo de las riendas, más se empeñaba él en tirar en el sentido opuesto. Cuando pensé en forzar al estúpido animal golpeándolo entre las orejas, protestó con un relincho tan agudo que casi me perforó los tímpanos. En un instante me encontré con la punta de la espada del guerrero debajo del mentón. No pude hacer otra cosa que dejarme caer de la silla y tirarme en el fango pidiendo clemencia, y a pesar de todo, sólo me perdonó la vida porque un monje de la puerta se interpuso y pronunció muy serias advertencias sobre el hecho de matar a mendigos con sus facultades mermadas.

Inacabables se me hicieron aquellos momentos de angustia antes de que el hombre enfundara su espada y me apartara de un puntapié, pero su miserable compañera seguía lanzándome aguzadas palabras sobre la apropiación de los bienes ajenos. (¡Tener que oír esto de labios de una sierva del ladrón Oghma!)

Cuando por fin la mujer se cansó de oír su propia voz, los monjes abrieron la puerta y los condujeron, a ella y al guerrero, al interior del alcázar. Yo partí de inmediato hacia Beregost para hacer llegar la noticia al califa. En cuanto éste difundió mi gran descubrimiento, supe que los fieles de Cyric acudirían en tropel al norte para recuperar el *Cyrinishad* y castigar a los infieles por haberlo robado.

¡Sin duda, mis días como espía habían terminado! El califa acudiría a mi casa y me entregaría una recompensa digna de todo lo que había pasado, y se me aclamaría en todo Calimshan y en el resto del mundo como el descubridor del libro. ¡Mi nombre sería honrado en los templos desde Athkatla hasta Escalaunt, y por fin me encontraría en situación de retribuir al príncipe las muchas y bondadosas atenciones que había tenido para con mi hacienda y mi esposa!

Pero mi historia habría de ser muy diferente.

Capítulo I

La mañana del asalto al Alcázar de la Candela se me concedió el honor de sumarme a las fuerzas agrupadas en un altozano a cierta distancia de la ciudadela. El califa me había nombrado a mí, como descubridor del libro, para ocupar su lugar mientras sus mejores espadas se unían a los fieles en la planicie que quedaba a nuestros pies. Estos guerreros no eran sino una fracción de las fuerzas reunidas en nombre de Cyric, el Uno y el Todo.

A mi izquierda estaba el supremo Haroun con su horda de guardias de negra armadura. Era un hombre alto, corpulento, vestido con una tintineante cota de malla bajo cuyo mando estaba un cuerpo de fieles guerreros llamados los Yelmos Negros. A mi derecha estaba Su Letalidad Jabbar con su propia fuerza de guardaespaldas. Su Letalidad era un hombre pálido que había cambiado una ruidosa armadura por una susurrante túnica de sacerdote. Comandaba a los Lanceros Púrpuras, un grupo de fieles guerreros de proporciones comparables a los del supremo Haroun. En conjunto, las tropas eran conocidas como la compañía de la Espuela de Ébano. Los guerreros de la Espuela de Ébano eran las fuerzas de choque de Cyric, una caballería de élite proveniente de Amn, y se lanzaban a la batalla montados en toros de guerra. Sus jefes, Jabbar y Haroun, eran conocidos como los Señores Oscuros.

Al otro lado de una planicie de mil pasos de extensión, en lo alto de un gran cuerno serrado de rocas basálticas que dominaba la escarpada costa, se alzaban las inexpugnables torres del Alcázar de la Candela. A la tenue luz que precede al amanecer, podía ver figuras diminutas de pie en las troneras de la muralla exterior, vigilando el camino que subía en círculos por la colina. Mentalmente incluso podía oír las risas de nuestros enemigos, vanagloriándose de la rápida victoria que obtendrían sobre nosotros mientras ascendiéramos por el estrecho camino hacia la Puerta Alta.

—... piedras les partirán los cráneos como si fueran huevos.

—¡Como huevos podridos que ni los perros comerían!

—¡Claro, Cari, como viejos huevos malolientes con las yemas podridas y grisáceas, tan descompuestas y apestosas que no podremos movernos de aquí hasta que lleguen las lluvias y barran sus cerebros de la rampa!

—¡Ja! ¡Hasta que lleguen las lluvias! ¡Ja, ja, ja!

Yo me limitaba a dejarlos reír. La mano todopoderosa de Cyric el Invencible se alzaría como un escudo para proteger a nuestro ejército durante el largo ascenso; esto ya lo había visto en un sueño. Dentro de poco, la Espuela de Ébano borraría la sonrisa de sus caras muertas.

Hice una señal afirmativa a los maestros de señales. No fue más que un acto honorario de mando, y fue el único. Aunque los Señores Oscuros mantenían un

silencio incómodo, en esto sí estaban unidos: en este día de gloria, ningún delegado de un califa de la remota Calimshan les iba a hacer sombra.

Los maestros de señales desplegaron sus estandartes oscuros y un gran clamor se difundió por la planicie al preparar nuestro ejército sus armas y sus escudos. Los gigantes de fuego de la Hermandad Escarlata, contratada para la ocasión mediante cuantioso gasto, cogieron su ariete de hierro y formaron una cuña. Detrás de ellos, las tropas de la Espuela de Ébano montaron en sus toros de guerra de negros cuernos en perfecta formación: los Yelmos Negros del supremo Haroun a la izquierda de la carretera y los Lanceros Púrpuras de Su Letalidad Jabbar a la derecha. En conjunto, todos los jinetes de la Espuela de Ébano sumaban varios centenares.

A continuación venían los Sables del califa, liderados por el segundo hijo del califa, el príncipe (el primer príncipe se había quedado en la Ciudad de la Luminosidad para cuidar de mi fortuna y de mi esposa). A continuación venían las Dagas Negras de Soubar, los Estragadores de Tunland, las Hachas Invisibles de Iriaebor y una docena de otras compañías de infantería enviadas por Shar, la diosa de la Noche, y por Talos el Destructor para granjearse los favores de nuestro señor Cyric. Incluso una tribu de orcos del bosque del Embozo se habían sumado a nosotros. En verdad era el ejército más poderoso de creyentes jamás reunido, y mi corazón se henchía de gozo al pensar que habían sido mis acciones las que los habían traído hasta aquí.

Cuando las compañías estuvieron preparadas, todos los ojos se volvieron hacia los Señores Oscuros. El Supremo alzó su bastón de mando, un cetro dorado coronado por un sol negro de hierro, es decir, la mitad de la insignia de Cyric: una calavera orlada por los rayos de un sol negro. Jabbar no levantó el suyo, ya que los dos comandantes de la Espuela de Ébano siempre evitaban mirarse directamente y no había visto la señal de Haroun. Un joven lugarteniente se apartó de la columna y se colocó al lado de Su Letalidad.

No pude oír lo que se decía, pero cuando el lugarteniente retrocedió, Jabbar dio la vuelta y miró hacia la colina gritando a sus guardias que lo dejaran ver. La multitud se dividió. Su Letalidad tendió la mirada sobre la planicie durante un momento, luego se dio la vuelta y señaló con su cetro a los maestros de señales.

—¡Alto!

—¿Alto? —Haroun se volvió de repente para mirar a Su Letalidad—. ¡Dijimos que al amanecer, cobarde de lengua bífida!

Jabbar recibió el insulto dejando escapar un silbido entre los dientes, señal inequívoca de que ya se vengaría.

—Esto no es una traición, necio. Viene una columna por el Camino del León.

—¿Más refuerzos? —gruñó Haroun—. ¿Nuestros o de ellos?

Su Letalidad se encogió de hombros.

—No puedo distinguir sus estandartes, pero parece una compañía grande. No debemos hacer caso omiso de ella.

—Eso dices tú.

Haroun atravesó a la carrera el peñasco para verlo con sus propios ojos. Lo seguían sus guardaespaldas entre una cacofonía metálica producida por las armaduras y las armas.

De las filas inquietas de nuestro ejército salían los bufidos de las bestias y los gruñidos de los hombres. Los comandantes de las compañías de infantería miraban con rabia colina arriba, mientras de sus labios salían juramentos dirigidos a Haroun y Jabbar. Los capitanes de la Espuela de Ébano, más acostumbrados a la discordia entre los Señores Oscuros, se limitaron a ordenar a sus tropas que desmontaran. Los toros de guerra no eran bestias pacientes, y una vez montados rabiaban por iniciar la carga.

Fui a unirme con los demás atravesando la cima de la colina. Aunque no soy ni alto ni imponente —en realidad soy bajo y regordete, de cara redonda y ojos saltones que me dan un aspecto nada amenazador— la multitud me dejó pasar. Yo era el Descubridor del Libro, el Astuto, el que había superado a Oghma el Sabio, y sólo los propios Señores Oscuros se atrevían a afrontar mi ira.

Conseguí dejar atrás a la multitud y me encontré de pie en la tierra de nadie que siempre separaba a Haroun y a Jabbar. Ambos Señores Oscuros tenían la vista fija en el Camino del León, en una larga fila de soldados de infantería. Los guerreros vestidos de blanco no eran más que puntos de tiza en el camino gris, sin embargo, los estandartes de su compañía eran tan enormes que podía ver el símbolo que portaban con toda claridad. Era un látigo de nueve puntas enroscado en torno a un bastón negro sobre un fondo carmesí.

—¿Loviatar? —dije con voz entrecortada.

—Los Monjes de la Vara Blanca —aclaró Haroun—. Una buena orden, discípulos del dolor. Cuanto más les duele, más fieramente luchan.

—Que eso sea bueno o malo depende de parte de quién estén —intervino Su Letalidad Jabbar—. Loviatar todavía debe proclamarlo.

—Tienen que ser de los nuestros —dije. Pocos hombres se hubieran atrevido a ofrecer su opinión a un Señor Oscuro, pero yo había llegado a algunos «acuerdos especiales» con Jabbar y con Haroun que me permitían esa libertad—. ¿Acaso Loviatar no se cuenta entre los Dioses Oscuros?

—También tenía obligaciones para con Bhaal, a quien nuestro señor Cyric mató durante la Era de los Trastornos —respondió Jabbar—. ¿Quién sabe si se lo agradece o lo maldice por eso?

—Pero, Letalidad, Loviatar nunca acudiría en ayuda de los partidarios de Oghma.

Jabbar enrojeció, y reconocí mi error incluso antes de que los presentes carraspearan. Sólo un tonto o un califa podía dar a entender que un Señor Oscuro se

había equivocado, y puesto que yo no era un califa..., ni siquiera mis «acuerdos especiales» podían librarme de la ira de Su Letalidad. Traté de plegar las piernas para poder postrarme y rogar piedad.

Mis rodillas no llegaron a tocar el suelo. El supremo Haroun me cogió por un brazo y por un momento quedé colgando, tan inerte como una marioneta.

—Si el Descubridor no conoce los vericuetos de las políticas divinas, Jabbar —dijo Haroun—, debemos perdonárselo. No olvides que el Sami ha estado necesariamente ciego a los avances de la Iglesia Única en los últimos años. —El Supremo me obligó a ponerme de pie y a continuación se volvió a estudiar la columna que venía por el camino—. Sea como sea, debemos suponer que tiene razón.

—¿Qué? —exclamó Jabbar dirigiéndome una mirada furiosa como si hubiera sido yo el que había puesto aquellas palabras en la boca de Haroun—. ¡Te has vuelto tan loco como el espía!

Su Letalidad se volvió hacia Haroun rechinando los dientes mientras pensaba cómo disfrazar su error. Cyric había reclamado el manto de dios de la Locura, y ahora sólo se podía considerar la locura como un don divino. Ésa era una de las muchas reformas que habían tenido lugar durante mi larga estancia fuera del Alcázar de la Candela, y aunque yo me cuidé mucho de decirlo —ni de pensar siquiera en ello muy a menudo—, mi deber como cronista fiel me obliga a admitir que consideraba el cambio tan dudoso como Jabbar.

Tras un largo silencio, Su Letalidad me miró con una sonrisa de cobra en el rostro.

—Todos reverenciamos la locura. Es evidente por el respeto que profesamos a Malik, pero el campo de batalla no es lugar para fantasías. Si Loviatar envía a sus monjes contra nosotros, nos encontraremos atrapados contra el...

—Lo cual impulsará a nuestros hombres a subir el camino tanto más rápido. —El Supremo apuntó con su cetro de hierro con el sol negro hacia el este, donde el sol asomaba ahora un palmo por encima del horizonte—. Mientras tanto, la mañana avanza. Acordamos atacar al amanecer para que el sol diera de frente a nuestros enemigos. Si esperamos la llegada de los discípulos de Loviatar, se pasará el tiempo.

—Entonces atacaremos mañana —concluyó Jabbar.

—¿Y lo pospondremos otra vez cuando llegue otra columna?

Al ver que los Señores Oscuros se estaban enzarzando en otra de sus discusiones, retrocedí hacia la multitud y me alejé como era mi costumbre. No llevaba tanto tiempo fuera de la corte como para no advertir cuál era mi situación en estas cuestiones, o por qué el califa me había pedido que ocupara su lugar en lugar de encargárselo a alguno de sus muchos hijos. En cuanto me mostrara favorable a Haroun, Jabbar me sacaría de en medio, y si me inclinaba hacia Jabbar, el que se encargaría de ello sería Haroun. Si había vivido hasta ahora era sólo porque nadie

más había visto el *Cyrinishad* ni a sus portadores, y también por los acuerdos especiales a los que había llegado, prometiendo secretamente a cada uno de los Señores Oscuros que le ayudaría a recuperar el libro antes que el otro.

No me importaba en absoluto haber jurado esas cosas en nombre de Cyric. Como dios de la Contienda, el Uno y Todo aprobaría sin duda mis muchos recursos. Y la verdad era que yo no creía a ninguno de los Señores Oscuros dignos del *Cyrinishad*.

Había vuelto de mis años de espionaje para encontrar a la Iglesia Única dividida en muchas facciones, del mismo modo que la Espuela de Ébano estaba dividida en las facciones de los Yelmos Negros de Haroun y los Lanceros Púrpuras de Jabbar, y esto me producía un gran disgusto. Veía cómo esta contienda debilitaba a la Iglesia y a sus hombres importantes, y temía que todo mi sufrimiento hubiera sido en vano, que nunca pudiera estar en condiciones de devolver al príncipe sus atenciones.

Entonces tuve una visión.

Me vi de pie bajo un cielo agitado. Ante mí había una enorme hueste de verdaderos creyentes cuyo número sobrepasaba con mucho los granos de arena del desierto de Calim. El sagrado *Cyrinishad* flotaba ante mí, abierto en la primera página, y yo lo leía con una voz tonante. Todos los que me oían entendían que hablaba en nombre de Cyric, que yo era el único profeta veraz y que las propias Parcas me habían elegido a mí, a Malik el Sami y a Nasser, para reunir a todos los verdaderos creyentes debajo de un único manto oscuro.

Entonces mi visión se desvaneció y percibí que mi destino estaba en mis propias manos. Todo lo que quería podía ser mío: ser señor de un centenar de reinos, jefe de un número ilimitado de caravanas, capitán de todas las flotas del mar, para recompensar una y mil veces la bondad del príncipe. Sólo tenía que recuperar el *Cyrinishad* y difundir la verdad por todas partes.

Con la mente todavía inundada por esta visión, salí de la multitud de guardias de Haroun y avancé hacia el frente del promontorio. Allá abajo, en la planicie, los gigantes de fuego de la Hermandad Escarlata habían dejado su ariete de hierro. Los jinetes de choque de la Espuela Púrpura estaban junto a sus impacientes monturas, procurando calmarlas. Los orcos del bosque del Embozo andaban por allí, mostrando los colmillos y despiojándose los unos a los otros. Los magos de los Estragadores de Tunland estaban detrás de los Dagas Negras, entreteniéndose con volutas y nubes de humo danzante. La hora del ataque había llegado y se había pasado. Un abanico de luz dorada se extendía ahora sobre las torres de techo de cobre del alcázar y se reflejaban en el mar de las Espadas iluminando una bandada de pájaros que volaba desde la bahía.

Mientras la observaba, la bandada cambió de rumbo y formando una espiral se dirigió hacia el Alcázar de la Candela con las alas despidiendo destellos plateados a la luz de la mañana. El descenso me pareció demasiado lento hasta que vi que estaban

mucho más alto de lo que me había parecido y que eran mucho más grandes, del tamaño de caballos. Tenían unos cuerpos cuadrados, y cuando sus siluetas se dibujaron contra el cielo más oscuro del oeste dio la impresión de que algunos tenían dos cabezas.

Se me formó un nudo en el estómago y tomé conciencia de que sólo había una clase de aves con dos cabezas, aquellas que son capaces de llevar un jinete.

Me di la vuelta y corrí hacia la parte posterior de la colina, abriéndome camino entre los guardias de Haroun sin hacer caso de sus maldiciones. Teníamos que atacar en ese mismo momento, cuando las bestias voladoras todavía estaban exhaustas por el largo viaje desde su punto de partida, tal vez Aguas Profundas o algún lugar todavía más lejano. Los dioses de nuestros enemigos estaban convocando fuerzas de todo Faerun, ya que no eran tontos. Si bien la magia de Oghma les tenía vedado cualquier conocimiento de dónde se encontraba el *Cyrinishad*, habían adivinado lo que estaba en juego en cuanto vieron a la Espuela de Ébano cabalgar hacia el norte para sitiar el Alcázar de la Candela.

Cuando volví encontré a los Señores Oscuros todavía discutiendo.

—¡Se proponen atacarnos! —dijo Jabbar con voz atronadora. Señaló a la compañía de Loviatar, que se había detenido a la distancia de diez vuelos de flecha camino arriba—. Si no es así, ¿por qué no han mandado a un mensajero?

—Porque son guerreros orgullosos que esperan una invitación —gruñó Haroun. Traté de interrumpir la discusión, pero me contuve cuando el Supremo explotó:— ¡Lo que no consigo entender es tu renuencia a hacer lo que se nos encargó! ¿Acaso el Sol Oscuro no nos envió a destruir esa Ciudadela de las Mentiras y recuperar el libro sagrado?

—Nos ordenó abatir el Alcázar de la Candela, no dejar que nos aplasten contra sus murallas.

—¡Lo que yo pensaba! —dijo Haroun despectivo—. Lo que pretendes es esperar a que el alcázar se caiga de viejo. ¡Y llamas a eso obediencia! ¡Una vez más tomas las cosas al pie de la letra sin pensar en el espíritu de la orden!

—¡El espíritu no es dejarnos matar! —protestó Jabbar resoplando y marcando bien su determinación de no ceder.

Sin pararme a pensar en la ira que seguramente iba a desatar en Su Letalidad, di un osado paso adelante hacia los Señores Oscuros.

—Si se me permite...

—¡Ordenaré el ataque sin ti! —exclamó Haroun haciéndome callar.

Alcé una mano, pero ninguno de los dos reparó en ello.

—¿Sin mí? —escupió Jabbar con desprecio—. ¡Sin mí serías afortunado si tus propios Yelmos Negros iniciaran la carga!

Volví a dar un paso adelante y me interpuse entre los dos. Mi cabeza les llegaba

apenas a los hombros, pero tan atrevida fue mi intrusión que los dos me miraron furiosos. Me volví hacia Jabbar y me dirigí a él de una manera a la vez firme y conciliadora.

—Altísima Letalidad, te ruego excuses mi interrupción, pero como Descubridor del Libro y como representante del califa, debo decir que estoy de acuerdo con el Supremo Haroun. Los Monjes de la Vara Blanca no constituyen un peligro para nosotros. —No mencioné a la caballería aérea; lejos de mi intención sugerir que sabía algo que no sabían los Señores Oscuros—. Debemos atacar ahora.

Los ojos de Jabbar se volvieron tan inexpresivos como los de un pez y su entrecejo se frunció como si no consiguiera entender por qué creía yo que mi opinión importaba en lo más mínimo. Empezaron a temblarme las rodillas, pero ni se me ocurrió retractarme. Dejar que pospusiera el ataque sería algo todavía peor que la muerte, significaría perder el *Cyrinishad*.

La voz de Jabbar sonó tan fría como una cripta.

—¿Has dicho algo, Astuto?

—S-sí —mi lengua, menos valiente que mi corazón, tropezaba con las palabras—. P-pod-derosísima Letalidad, debemos at-tacar ahora.

Jabbar se quedó boquiabierto y empezó a lanzarme toda suerte de insultos, muchos de ellos demasiado terribles para reproducirlos aquí.

—¡Rechoncho y pequeño lunático! ¡Insecto de ojos de mosca! ¡Sucio criador de puercos! ¿Tienes pensado traicionarme?

Oí el susurro de la túnica de seda de Jabbar y tuve un atisbo de su cetro sobre mi cabeza. Consciente de que no viviría para contemplar mi visión hecha realidad, me dejé caer de rodillas y empecé a rezar. El tiempo se aceleró, pero también pareció correr más lento, y todo lo que sucedió a continuación se produjo en un instante. De la boca de la calavera de hierro del cetro de Jabbar salió una bocanada de plumosa tiniebla y el Supremo Haroun se inclinó hacia adelante y me cogió de un brazo.

—Ponte de pie, tú...

El Supremo terminó la orden en un grito ahogado y a continuación se llevó una mano a la garganta donde tenía un pequeño pinchazo. Del diminuto agujero brotaba una cinta de humo y la piel de alrededor ya se estaba volviendo oscura y tumefacta por el veneno. Al verlo se me revolvió el estómago y me sentí mareado, ya que sabía que Jabbar había pretendido alcanzarme a mí con su aguja.

La furia de Haroun tomó la forma de un ronquido incoherente y a continuación se abalanzó dejándome a mí a un lado y con el cetro levantado para golpear. Una docena de guardaespaldas de Jabbar dieron un paso adelante para interceptarlo, pero no fueron lo bastante rápidos. El sagrado sol negro del Supremo dio en el blanco, clavando una aguzada punta de hierro en el cráneo de Su Letalidad Jabbar.

El sol negro lanzó un destello carmesí. Jabbar abrió la boca y de ella salió una

nube de humo apestoso, todo lo que quedaba de la materia que antes llenaba su cabeza.

Entonces los cuerpos sin vida de los Señores Oscuros se juntaron y cayeron al suelo, y un muro de guardaespaldas de Haroun chocó contra los hombres de Jabbar. La colina se transformó en un frenético entrechocar de acero y en un estruendo de estentóreos gritos. Por todas partes se oían ruidos de carne desgarrada, de huesos astillados y de cuerpos que se desplomaban. Me tapé los oídos y me pegué todo lo que pude al suelo, tratando de no oír los sonidos terribles, no porque me pusieran enfermo o me hicieran temer por mi vida, sino por lo que significaban. Con cada estertor de muerte, cada plegaria que moría en los labios de un guerrero, cada gota de sangre que caía sobre la tierra, el *Cyrinishad* se alejaba más. ¡Esta convicción me llenaba de un furor tan grande que temía levantarme de un salto y exponerme a una muerte segura!

Por suerte, me cayeron encima dos cuerpos cubiertos de armadura que me obligaron a permanecer quieto. Durante un tiempo estuve allí, medio aplastado debajo de ellos, respirando con dificultad y librando un combate con mi airado corazón. Haroun y Jabbar yacían a menos de dos pasos de mí, el Supremo todavía desmadejado encima de Su Letalidad, casi escondidos bajo un montículo de guardaespaldas muertos o moribundos. Maldije sus nombres una y mil veces y recé para que sus espíritus permanecieran mil años en el mar Hirviente. ¡Su rivalidad me había costado el *Cyrinishad*, y mi rabia no me permitía entender por qué Cyric había aguantado que cualquiera de ellos mandara a sus fieles, y mucho menos los dos juntos!

Entonces entreví dos destellos amarillos en el amasijo sombrío que rodeaba a Haroun y a Jabbar. El brillo provenía de sus varas de mando que todavía tenían asidas en las manos frías. Recordé mi visión y volví a ver la gran hueste de verdaderos creyentes que tenía ante mí y me di cuenta de lo necio que había sido al cuestionar los caminos de Cyric el Todo.

Hice un esfuerzo para levantarme, pero no pude con el peso de los cadáveres que tenía sobre mí. La tierra empezó a temblar como si fuera a abrirse. Tomándolo por una señal de la ira del Uno ante mi debilidad, hundí las manos desesperadamente en la tierra y conseguí avanzar un poco. Unos mugidos roncoss se unieron a las sacudidas, y a continuación, un bufido furioso y el entrechocar de armas. Se me cayó el alma al suelo ya que este ruido no era ninguna señal santa: era el ruido de la carga de la Espuela de Ébano.

Con una furia nacida del pánico, redoblé mi esfuerzo y empecé a patalear hasta que conseguí liberarme de los cadáveres. Entonces, al ver que todos los guerreros que me rodeaban estaban demasiado ocupados en matarse los unos a los otros como para hacerme caso, me arrastré hacia los Señores Oscuros. El hedor de la muerte era

insoponible, ya que parecía que los cadáveres hubieran derramado todo lo que llevaban dentro, pero apreté los dientes y avancé hacia el montón humeante como un perro que persigue a su presa. Un guardaespaldas lanzó un aullido de dolor cuando aparté su pierna rota. Me deslicé entre dos pectorales pegajosos de sangre y junto a unos labios sin rostro que pedían ayuda, y al fin tuve a mi alcance los cetros dorados. Extendí la mano y cogí el de Haroun.

No me dio una advertencia abrasadora ni una descarga de las que paran el corazón. El cetro abandonó sin dificultad la mano helada del Supremo y luego hizo un «plop» cuando arranqué el sol negro de la cabeza de Jabbar. Atraje la vara de mando hacia mi pecho y la sujeté del cordón que llevaba como cinturón antes de apartar el brazo de Haroun para poder llegar al cetro de Jabbar.

Una mano caliente y cubierta de sangre me cogió por el antebrazo. Quedé tan sorprendido que di un grito y traté de desasirme, pero la mano no me soltó. Oí el latido hondo y acelerado de un corazón y no se me ocurrió que fuera el mío. Se me heló la sangre, ya que se decía que los Señores Oscuros podían volver de entre los muertos para vengarse.

—Te... lo... ruego —las palabras sonaron entrecortadas y débiles, y no había sido yo quien las había pronunciado. Sentí un gran alivio, ya que Jabbar jamás imploraría—. Ayúdame.

—Como desees —respondí—, pero primero tienes que soltarme.

Sin embargo, los dedos ensangrentados siguieron sujetándome. Falto de la fuerza necesaria para librarme del apretón mortal, deslicé la mano que tenía libre por debajo de mi capa de mendigo y saqué la pequeña daga curva que siempre llevaba escondida.

—¡Aquí tienes tu ayuda!

Di un corte en la mano que me aferraba. El guerrero lanzó un grito y me soltó. Liberé el brazo y tras arrebatarse el cetro de la mano muerta de Jabbar empecé a arrastrarme hacia atrás. Cuando por fin abandoné el hediondo montón, un sonido atronador me llegó a los oídos, el sonido de la carga de los toros.

Me puse de pie con dificultad y me volví. A menos de cincuenta pasos un par de ellos venía hacia mí atravesando la cima de la colina, subiendo y bajando los negros cuernos y aplastando bajo sus cascos a los muertos y también a los heridos. Montados en ellos iban dos oficiales, uno de ellos un yelmo negro y el otro un lancero púrpura, que se amenazaban mutuamente con un hacha y un mangual.

Me subí a una pila de cadáveres y alcé los cetros dorados por encima de mi cabeza.

—¡En nombre de Cyric el Todo, deteneos!

Los jinetes siguieron adelante y vi que sólo unos cuantos hombres de la guardia personal de los Señores Oscuros se mantenían en pie, luchando en grupos esparcidos

por toda la colina sembrada de cadáveres. Sin embargo, los dos escuadrones de la Espuela de Ébano iban invadiendo el peñasco y atronando el aire con el sonido de sus espadas y sus mazas. No podía ver por encima de ellos para saber qué estaba haciendo el resto de nuestro ejército, pero me alarmó sobremanera notar una fila oscura de monturas voladoras del enemigo que salía del Alcázar de la Candela.

Junté los cetros por encima de la cabeza creando el símbolo sagrado de nuestro señor Cyric: el sol negro y la calavera. Los toros de guerra seguían avanzando por la colina, y los dos que abrían la marcha venían directos hacia mí. Los jinetes maldecían y gruñían entre dientes, ajenos a todo lo que no fuera el entrecuchar de sus armas, pero los toros fijaron la vista en las varas sagradas y cargaron hacia mí como si los hubiera provocado con un trapo rojo.

No me moví de donde estaba. Las rodillas me temblaban pero confiaba en la protección del todopoderoso Cyric.

—¡Por este sagrado símbolo, deteneos!

Tan cerca estaban los toros que podía ver el vapor que exhalaban sus ollares. Sentía que las rodillas estaban a punto de doblármeme, pero el sonido de un trueno que no llegó a estallar en el cielo me infundió la fuerza que me faltaba. Tuve un atisbo de las bestias voladoras del enemigo que se lanzaban en picado desde el cielo. Eran criaturas fantásticas de cabeza de águila y cuerpo de caballo alado..., y entonces vi un relámpago plateado que brotaba de la cabeza de la bestia que iba en primer lugar hacia la planicie.

Los toros llegaron a mi burdo pulpito y siguieron adelante, apartándose apenas mientras pisoteaban el amasijo de miembros y de torsos. Los jinetes se inclinaron hacia dentro y prosiguieron con su combate creando un arco de reluciente acero ante mis ojos.

—¡Por el *Cyrinishad*, dame valor, poderoso Cyric! —Separé las dos partes del símbolo, el sol negro por un lado y la calavera por otro, sin tener la menor idea de la magia que podía brotar de las varas, y apunté con un cetro a cada uno de los toros.

—¡Deteneos, os lo ordeno!

No ocurrió nada, ya que Cyric me había vuelto la espalda, o eso creía yo. Antes de que pudiera huir, las bestias ya habían llegado a mi lado y me atronaban los oídos con una tempestad de cascos y corazones acelerados y bufidos. No pude evitar encogerme. Los toros, siempre prestos a aprovecharse de mi debilidad, bajaron la cabeza.

Un dolor lacerante me atravesó el estómago y me elevé por los aires viendo por debajo a un jinete vestido de rojo sentado a horcajadas sobre un toro. Cerré los ojos y sentí que me elevaba todavía más. Por un momento pude oír todos los sonidos de la batalla con perfecta claridad; el tintineo de cada espada, la rotura de cada hueso, incluso hasta la última maldición. Oí las plumas de los caballos alados del enemigo

batiendo el aire, el tamborileo de las compañías de infantería que avanzaban entre la alta hierba, el bramido de los gigantes de fuego que yacían chamuscados y destrozados sobre la planicie. Pensé que me elevaría hasta el cielo y que no volvería a bajar jamás.

Entonces oí el golpe de mis hombros contra el suelo, el crujido y el bisbiseo de mi cuerpo roto rodando ladera abajo, mi propio gemido.

—¿Por qué me haces esto, Cyric, mi señor?

Golpeé contra una roca y quedé rodeándola de espaldas, manando sangre de la herida del abdomen. Por un milagro, mis manos temblorosas sostenían todavía los cetros del sol negro y la calavera. El sol ya estaba alto encima del horizonte oriental, y lo sentí en la cara. Un disco caliente de luz dorada y burlona. Los ruidos de la batalla sonaban lejanos hasta que el silencio se hizo tan profundo que no pude oír nada más que los latidos bajos, mortecinos, de mi propio corazón.

—¿Por qué nos has abandonado, mi señor oscuro?

El disco luminoso se desvaneció. Fui lo bastante necio como para creer que Cyric me había respondido y había vuelto mi rostro hacia la oscuridad.

No era más que un caballo alado que atravesaba el cielo y cuyas alas extendidas tapaban la luz del sol como las de algún demonio salido de las profundidades para llevarme al palacio de Cyric. La bestia pasó bajo por encima de mi cabeza, y vi a un hombre con armadura de cuero que sujetaba las riendas. Detrás de él iba la figura más pequeña de una mujer con la cabeza envuelta en un turbante púrpura y el cuerpo cubierto por vestiduras oscuras. Pude verle los ojos, resaltados con khol negro, tan negro como el velo que le cubría la cara, que buscaban algo en el campo de batalla. Empezó a mover la mano.

Pensé que me llamaba mientras formulaba un conjuro. Imaginé que su voz resonaba dentro de mi cabeza llamándome, ordenando al Descubridor del Libro que se pusiera de pie y se dejara ver.

Pensé que tal vez era mejor que cerrara los ojos.

Capítulo II

Soy sólo un hombre, y ningún hombre puede percibir todo lo que sucede en el mundo y en el cielo infinito que lo cubre. Sólo los dioses pueden verlo todo, y cuando sirve a sus fines, a veces iluminan la mente de un mortal con su conocimiento perfecto. Sabed entonces que lo que a continuación se relata, como muchas otras descripciones de acontecimientos que no pude haber presenciado, son dones del Uno. Mucho después de que mis días como espía llegaran a su fin, nuestro señor oscuro concedió a mis pensamientos la gracia de un conocimiento preciso de todo lo que ocurrió durante la búsqueda del santo *Cyrinishad*, lo hubiese visto o no con mis propios ojos, e incluso aunque hubiera sucedido en los cielos donde no alcanza la mirada de ningún hombre.

No soy culpable de las muchas blasfemias dichas y pensadas que contienen estas crónicas. Las mentiras sólo pertenecen a quienes las inventaron y juro que son una enorme ofensa para mis oídos. Las incluyo solamente porque es mi deber hacer una crónica completa y fiel de la búsqueda del santo *Cyrinishad*. ¡Te ruego, todopoderoso Cyric, Uno y Todo, que no castigues a tu pobre siervo por hacer lo que su deber le impone!

* * *

Después de que las compañías del supremo Haroun y de Su Letalidad Jabbar se destruyeron mutuamente, lo que quedaba del ejército de Cyric huyó a través de la planicie en diez direcciones distintas: hacia el sur, en dirección a los picos de las Nubes; hacia el este, a Beregost; hacia el norte, al bosque del Embozo, y hacia todas partes menos el oeste, donde se alzaban las torres del Alcázar de la Candela y el furioso mar de las Espadas. Los caballos alados volaban por encima de la llanura mientras sus jinetes arrojaban bolas de fuego y rayos relampagueantes y los verdaderos creyentes se dispersaban ante ellos como ovejas ante los lobos. La única que no huyó fue la compañía de la Espuela de Ébano, ya que se había convertido en un amasijo color carmesí sobre el peñasco en el que habían caído Jabbar y Haroun. Los cadáveres de hombres y bestias alcanzaban una altura comparable a la de un hombre, y su sangre humeante caía en cascadas desde la cima en torrentes relucientes. Una docena de toros deambulaba por encima de los cadáveres buscando a sus amos muertos, mientras los guerreros que aún no habían expirado elevaban preces a Cyric con voces roncas por el dolor.

Todo esto veía el veleidoso Tempus, dios de la Guerra, desde su morada en el

lejano Limbo. La visión le llenó el corazón de tanta furia que golpeó con una mano cubierta con el guantelete su trono de hierro y los campos de batalla de todo Faerun se estremecieron. Los alabarderos perdieron pie y se convirtieron en presa fácil para los enemigos que cargaban contra ellos. Los leales caballos de guerra vacilaron y cayeron apresando a sus jinetes que quedaron a merced de sus adversarios. Las murallas de los castillos se estremecieron y derrumbaron, y los enemigos que los sitiaban entraron por las grietas haciéndolos presa del pillaje y la destrucción.

El señor de la Batalla no prestó la menor atención a estas calamidades, ya que la guerra se gana tan a menudo por accidentes del destino como por actos de valor, pero al pensar en los valientes guerreros muertos delante del Alcázar de la Candela, derribados por las espadas de sus propios compañeros, y en la épica contienda que podría haber sido, nuevamente Tempus dio rienda suelta a su ira. Hizo erupción con el estruendo de cien truenos, y las innumerables huestes que batallaban en sus vastos recintos se retrajeron tratando de escapar a la ira de su dios. Depusieron las armas y se pusieron a temblar ante su trono. Por primera vez desde la Era de los Trastornos cesó la Guerra Eterna.

Un esbelto elfo surgió de las sombras de un lejano paraje y atravesó los despojos. Llevaba una capa de oscura sombra, y aunque atravesó muchos montones de armaduras apiladas y pisoteó los restos de incontables armas rotas, en ningún momento rompió el silencio ni produjo el menor sonido. Sus pies tampoco dejaron la menor huella, aunque en muchas ocasiones caminó por charcos de sangre fresca y pisó montones de vísceras humeantes.

El elfo se detuvo ante el trono de Tempus e hizo una profunda reverencia.

—Cuando roban al poderoso Tempus, yo esperaría que acabara con el ladrón y no que descargara su ira sobre los mortales que sirven a su causa. —Sus palabras eran un susurro comparable al de una tela de seda y tan leves que parecían más bien un pensamiento—. Pero a menudo espero más de lo que debiera.

Tempus, que como de costumbre iba vestido con poco más que su vapuleado pectoral y su yelmo de guerra, se quedó mirando al intruso en medio de un silencio hosco. Aunque el señor de la Batalla tenía echado el visor y no tenía ranuras para los ojos, su mirada hizo que un escalofrío recorriera la espina dorsal del visitante. Tal era el horror de la guerra que su rostro resultaba demasiado terrible y su mirada demasiado fulminante.

Tempus se echó hacia adelante en su gran trono y se cernió amenazador sobre el elfo, que apenas le llegaba a la rodilla.

—Tus expectativas no son cuestión mía, mosca de sombra. —No preguntó cómo había superado el visitante las defensas de su castillo; aunque Máscara era débil para ser un dios, no había custodia ni defensa capaz de impedir el paso al dios de los Ladrones—. Y cuando me roben, te mataré ante cualquier mortal.

Máscara se irguió y sus facciones envueltas en sombras se transformaron en las de una elfa.

—Entonces sufrirás un doble robo, primero de lo que ya está perdido y luego de un leal aliado.

—Tú nunca podrías ser leal y yo no hago aliados. —Tempus no hizo el menor comentario sobre la transformación de su visitante ya que sabía que el señor de las Sombras cambiaba de aspecto constantemente para escapar de sus muchos perseguidores. A uno de esos perseguidores temía Máscara por encima de todos los demás, y el señor de la Batalla no pudo resistirse a lanzarle una pulla—. Tal vez deberías decir lo que has venido a decir. ¿El que oigo no es el rugido de Kezef?

Máscara se estremeció y miró por encima del hombro, y Tempus lanzó una risita funesta. Muchos años antes, durante los tiempos turbulentos de la creación del *Cyrinishad*, el señor de los Ladrones había tratado de lanzar a Kezef, el Perro del Caos, contra Cyric. Por supuesto, el Uno había estropeado su plan y a punto había estado de destrozar al señor de las Sombras con una poderosa descarga. Kezef había llegado atraído por la explosión, furioso por el intento de manipulación de Máscara y ávido de venganza. El señor de las Sombras había huido con tal rapidez que, durante un tiempo, hasta las demás deidades habían creído que había sido destruido por la explosión.

Cuando Máscara vio que Tempus lo había engañado, sus facciones se encendieron tomando el color de una muchacha de piel clara.

—El dios de la Guerra hace una broma —dijo el señor de las Sombras—. ¡Qué inesperado!

Tempus se reclinó en su trono sin apartar su mirada invisible del rostro en permanente cambio de Máscara.

—Hoy tengo más humor que paciencia, cangrejo de sombra.

—Pues podrías tenerla, ya que Cyric te ha robado.

—¿Robado? —Tempus observó la quietud que se había apoderado de su sala de batallas. Con un simple pensamiento, ordenó que se reanudase la Guerra Eterna y luego lanzó un bufido—. Cyric no podría robar ni los gases de mis pozos negros. Durante años, ese lunático no ha hecho nada que no sea pensar en sus propias mentiras.

—Así es, pero Cyric te ha robado. —La fisonomía de Máscara cambió y se transformó en un troll de pronunciado hocico—. Lo ha hecho tan bien que tú no lo culpas, por más que su culpa es tan visible como la nariz en mi cara. En demasiados lugares los diplomáticos negocian de una manera limpia, los príncipes segundones se conforman con el lugar que ocupan, los enemigos establecen tratados de buena fe. Esto es obra de Cyric. ¿Acaso no es él el dios del asesinato, la contienda y la intriga? ¿Y no es su deber difundir estas cosas por todo Faerun? Y sin embargo, desaparecen

por todas partes, por todas partes menos en el seno de su propia Iglesia.

Tempus asintió.

—La paz se ha extendido como una enfermedad por el continente, y sin la ayuda habitual de Sune o de Lliira.

Una media luna de dientes amarillos brilló en la oscuridad debajo del largo hocico de troll de Máscara.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Hemos observado la misma situación —replicó Tempus—, pero decir que estamos de acuerdo implica que somos aliados y recuerdo cómo traicionaste a ambos lados durante la debacle del *Cyrinishad*.

»¿Te atreves a regañarme a mí por vacilar? ¿Al dios de la Guerra que favorece a una parte al atardecer y a la otra al amanecer? —Tempus cruzó los brazos—. Ésa es la naturaleza de la guerra. No pretendo ninguna otra cosa, y por eso es que no hago alianzas.

—Pero no estás contento con los acontecimientos del Alcázar de la Candela. Se te privó de una batalla épica por la incompetencia de Cyric. Sus sacerdotes son más proclives a matarse los unos a los otros que a difundir la contienda por la tierra. —Ahora Máscara había adoptado la forma maciza de un orco y en su rostro sombrío sólo se veían dos ojos relucientes de cerdo—. A menos que las cuestiones cambien, la guerra se convertirá en cosa del pasado en Faerun..., y tú con ella.

Tempus sintió que su ira se removía una vez más, pero resistió el impulso de golpear el posabrazos de su trono. Si cambiaba el equilibrio de la batalla una vez más y tan rápido, podría frustrar la lucha, y ya había un número excesivamente escaso de guerras en Faerun.

—Ya sé lo que me ha costado la incompetencia de Cyric —reconoció Tempus—. Y sé por qué estás aquí. Pero si desato la venganza...

—Nada de eso —se apresuró a interrumpirlo Máscara—. Con eso no conseguirías nada más que arrastrar a tus enemigos a una batalla que no es necesario librar.

Tempus fijó la mirada cubierta por el visor sobre el dios de los Ladrones. La forma de Máscara pasó de un orco a un enano, pero el señor de la Batalla seguía sin ver el significado que se ocultaba tras las palabras del señor de las Sombras.

—¿Qué quieres decir?

En ese momento un aullido resonó por toda la sala, y aunque provenía de fuera del palacio, se oyó alto y penetrante, atravesando el estruendo de la Guerra Eterna tan limpiamente como el sonido de una trompeta impía. La carne del señor de las Sombras se estremeció y se puso pálida. Tempus vio a un endeble halfling de ojos rosados y piel tan blanca como el alabastro hasta que Máscara recapacitó y adoptó la forma de un peñasco de casi tres varas de altura.

—Debes reunir al Círculo de los Doce. —Máscara habló rápidamente y se apartó

del lugar de donde provenía el aullido—. Acusa a Cyric de descuidar sus deberes divinos.

—¿Convocar a un consejo de juicio? —Tempus no prestó atención a la inminente llegada de Kezef; su preocupación no era el Perro del Caos—. No podemos inmiscuirnos en los asuntos de Cyric. ¡Ao no querría ni oír hablar de ello!

—Aceptaré si un número suficiente de vosotros lo solicita. —Máscara miró por encima del hombro—. No eres el único gran dios que sufre por la desatención de Cyric. Después de la debacle del Alcázar de la Candela, Talos el Destructor y Shar la Precursora de la Noche tienen motivos para ponerse en su contra, y también puedes estar seguro de que Mystra y Kelemvor te apoyarán. Su odio por Cyric hará que no se den cuenta de que su incompetencia beneficia su causa.

Otro aullido se difundió por la sala, tan agudo como el chirrido de los huesos de los dedos sobre paredes de hierro.

Máscara se estremeció y se convirtió en un globo amorfo.

—De los doce dioses del Círculo puedes contar con el respaldo de cinco. Sólo necesitas uno más para garantizar la victoria, ya que Cyric no se dignará asistir y Tyr se mantendrá por encima de la discusión adoptando el papel de juez. —Máscara alzó su mano de sombra y apareció un pergamino en su mano—. Aquí te lo he escrito todo. Aunque Ao rechace tu petición, él mismo emprenderá acciones. ¡Debe hacerlo porque el Equilibrio se ve amenazado!

—Todo lo que dices es cierto —admitió Tempus lentamente, ya que le gustaba ver cómo se crispaba y erizaba Máscara y quería ver si el miedo que le tenía el señor de las Sombras a Kezef era mayor que su odio por Cyric—. Sin embargo, tus planes tienen la virtud de volverse siempre contra quienes toman parte en ellos.

Máscara bajó la vista.

—Admito que en el pasado he tenido debilidad por la intriga. —Su cabeza de sombra tomó la forma de un humano de dos caras, una que miraba de frente a Tempus mientras la otra vigilaba por si aparecía el Perro del Caos—. Pero ahora estoy mejor. Por eso vine a ti directamente en vez de tratar de «amañar» el juicio por otros medios.

Un gran gruñido resonó en la sala y rebotó en las paredes en lugar de atravesarlas, y Tempus supo que el Perro del Caos había entrado en su palacio.

Máscara avanzó alargando el rollo de pergamino.

Tempus alzó una mano indicándole que esperara.

—Y cuando se despoje a Cyric de su poder, ¿estarás allí para reclamar lo que él pierda?

Máscara miró hacia el rincón oscuro de donde había venido.

—Sólo quiero lo que él me quitó, mi dominio sobre la Intriga, y tal vez el pequeño añadido de las Mentiras si mi servicio lo merece.

—No está en mis manos concederlo —dijo Tempus—, aunque el juicio contra él...

—Sólo pido que lo sugieras. —Las palabras de Máscara fueron suaves y rápidas y su figura de sombra cambió con cada una de ellas, como si cambiando de formas pudiera ocultarse al fino olfato de Kezef—. Y pido que apoyes tus cargos. Una vez que hayas expresado tus quejas será demasiado tarde para cambiar nuestra decisión.

Un gruñido profundo, profano, resonó en toda la sala de las batallas y ahogó el entrecocar del acero. Una bestia del tamaño de un caballo de guerra salió del rincón más distante. Parecía un mastín gigante de negros colmillos y con un pelaje reluciente de gusanos.

Un temblor tan violento sacudió a Máscara que su forma perdió los contornos y la definición, pero no huyó.

—¿Tengo tu promesa?

El Perro del Caos ladeó la cabeza y luego acercó su enorme hocico al señor de las Sombras y olisqueó. De su mandíbula caía un hilo de babas ponzoñosas.

—Te doy mi palabra —dijo Tempus.

Kezef se lanzó al ataque.

Máscara arrojó el pergamino a Tempus, saltó por encima de un grupo de guerreros y desapareció en un rincón oscuro.

El Perro del Caos irrumpió entre dos filas de caballería y aterrizó sobre algunos hombres que combatían a pie. Se abrió camino entre un amasijo de caballeros de cuerpos destrozados, pasó junto al trono de Tempus y desapareció sumiéndose en las sombras en pos de Máscara.

El señor de la Batalla permaneció un momento observando la Guerra Eterna, después abrió el pergamino que Máscara le había arrojado. Los planes del señor de las Sombras le produjeron desazón, como siempre, pero de todos modos convocaría al Círculo de los Doce. El señor de la Batalla no era muy proclive a dar su palabra, pero cuando lo hacía, siempre la cumplía.

Capítulo III

Los grandes dioses del Círculo de los Doce se reunieron en el Pabellón de Cynosure, once en total, ya que Cyric el Uno no se encontraba entre ellos. Tempus, el señor de la Batalla, fue el primero en llegar, seguido de Mystra, la señora de la Magia, y su amante Kelemvor, señor de la Muerte. A continuación llegaron Talos el Destructor y Shar, la Precursora de la Noche, diosa de la Pérdida y de todas las crueldades que cometen los hombres al amparo de la noche, una pareja con cuyo apoyo contaba el señor de la Batalla. Allí estaban también Chauntea, diosa de la Hermosa Naturaleza, junto con su amante Lathander, señor de la Mañana, que apareció en medio de un rayo de luz dorada. Sune, la diosa de la Belleza y el Amor, cuya luminosidad nunca podía ser superada, apareció en un destello de fuego tan rojo como su cabello. Silvanus, padre de los Árboles, dios de la Naturaleza Silvestre, también consideró oportuno asistir, lo mismo que Oghma, dios de la Sabiduría. Tyr, el dios de la Justicia, que no tiene ojos, se presentó para actuar como juez. Muchos lo llamaban Tyr el Justo, y también se burlaban de él porque su brazo derecho terminaba en un muñón.

Los dioses no «llegaron» propiamente al pabellón, sino que más bien enfocaron en él su atención, ya que las deidades son energía mas que materia y pueden manifestarse en cualquier lugar con poco más que un pensamiento. Al dividir su concentración, pueden realizar muchas tareas al mismo tiempo, o «viajar» entre lugares en un instante, pero sus capacidades no son exactamente ilimitadas; pueden repartir su atención sólo un número limitado de veces, y cuanto más esfuerzo dedican a algo, tanta más atención deben concentrar en ese punto.

El Pabellón de Cynosure tenía un aspecto diferente para cada dios. Chauntea, la Gran Madre, lo percibía como un jardín lujurioso y fragante, lleno de flores besadas por el rocío y de un brillo increíble. Shar, la Precursora de la Noche, veía una caverna oscura donde no podía penetrar la menor luz, llena de irregulares estalactitas y de simas ocultas pobladas de dolores enterrados hacía tiempo pero jamás olvidados. Para Mystra, señora de la Magia, el pabellón era el laboratorio de un alquimista y estaba atestado de probetas humeantes y de frascos llenos de componentes arcanos para los conjuros.

Además, los dioses se veían los unos a los otros de forma también diferente de acuerdo con su propia naturaleza. Mystra veía a sus compañeros como hechiceros de admirable poder, vestidos con túnicas tejidas a partir de las energías reverberantes del tejido mágico. A su vez, Tempus la veía a ella como una valquiria vestida con una armadura de plata reluciente. Oghma el Sabio, en cambio, la veía bajo el aspecto de una joven sabia; mientras que para Talos el Destructor era un torbellino de magia aniquiladora que hacía estragos a dondequiera que fuese.

Sin embargo, Mystra no sabía cómo la veía Kelemvor, señor de los Muertos. Tal vez como un esqueleto de marfil pulido o como una momia cubierta de seda dorada. Se lo había preguntado una vez, en un momento de intimidad, y él se había negado a responder, diciendo únicamente que había algunas cosas que lamentaba en esto de transformarse en un dios.

Cuando estos once hubieron llegado al pabellón tal como lo hacen los dioses, esperaron. En el círculo había dos lugares vacíos. El primero era un gran espacio entre Oghma y Chauntea. Siempre se dejaba libre como reconocimiento a la presencia eterna de Ao. Otro espacio más pequeño separaba a Talos y a Shar, el reservado al todopoderoso Cyric, el Uno y el Todo. Aunque el Sol Oscuro no se había dignado a asistir a ningún círculo en muchos años, los dioses tenían tal respeto a su poder que no se atrevían a empezar sin darle un margen para aparecer.

Cuando quedaba claro que Cyric había decidido no favorecer a la reunión con su presencia, Tyr el Justo recorrió con la mirada el pabellón, deteniéndose en cada uno de los dioses hasta encontrar su mirada. Lentamente, el silencio se impuso a la cámara.

Tyr el Justo volvió las cuencas vacías de sus ojos hacia el veleidoso Tempus.

—Creo que tú nos convocaste a esta reunión, Martillo de Enemigos.

Tempus se dirigió al centro del pabellón, al que veía como una sala de batallas llena de mapas y señales. Casi todos los demás permanecieron en sus sitios, dispuestos en círculo en torno a algunas sillas en las que sentarse o canapés en los cuales echarse. Llevados por su eterna inquietud, Talos el Destructor y Sune Cabellos de Fuego empezaron a pasearse, Talos rompiendo las esquinas de los mapas y Sune deteniéndose ante cada superficie reluciente para examinar su propio reflejo. Nadie les reprochó su comportamiento por cuanto era tan ajeno a sus naturalezas estarse quieto como lo era para Shar exponerse a la luz.

Tempus alzó un puño y golpeó con él la palma de la otra mano.

—¡Ya me he hartado de Cyric el Todo! —declaró—. Ha llegado el momento de despojarlo de sus poderes. ¡Dadme la autorización y mandaré a mis fieles a asaltar la Torre Devastada y a arrancar a ese dios loco de su trono!

Tempus no explicó sus cargos ni presentó prueba alguna para apoyarlos. Ya lo había hecho cuando convocó a todos los demás al pabellón, y al señor de la Batalla no le gustaba repetirse. Fue dando la vuelta lentamente mirándolos a todos, uno por uno.

—¿Quién está conmigo?

Tempus se volvió hacia Shar y Talos y movió la mano en el aire ante los ojos de ambos creando una imagen de la planicie que se extiende ante el Alcázar de la Candela. Aunque todavía no había pasado una hora desde la batalla entre Jabbar y Haroun, los heraldos carroñeros de Kelemvor ya habían cubierto de negro el

promontorio con su plumaje reluciente. En la llanura delante del alcázar había cientos de cadáveres diseminados entre la hierba, atacados por la espalda mientras huían de la locura que se había apoderado de la Espuela de Ébano.

—Todavía siguen muriendo vuestros fieles en el campo, traicionados por la locura de Cyric.

—Vas demasiado rápido, Martillo de Enemigos —dijo Tyr, el dios sin ojos—. No podemos imponer el castigo ni pronunciar un veredicto hasta haber discutido los cargos.

—¡Habla por ti, ciego! —exclamó Talos. Volcó una mesa, tirando al suelo un pergamino que para Tyr era un rollo y para Tempus un mapa de guerra—. ¡Cyric ya ha agotado mi paciencia! Conocemos los cargos y sabemos cuál va a ser el veredicto. ¡Yo estoy contigo, Tempus! ¡Mis rayos y mis terremotos no dejarán ni rastro del contraído castillo del Loco, mis vientos dispersarán a sus fieles por los mil planos!

Tyr amenazó al destructor con su muñón.

—Tu rencor no tiene cabida aquí, Siembratormentas. Nuestro deber es preservar el Equilibrio, no destruirlo.

Shar, la Precursora de la Noche, se inclinó hacia adelante en su silla, produciendo ante sí una mancha oscura.

—En este caso, ciego, parece claro que lo que Tempus propone es lo que más conviene al Equilibrio. —Su voz era apenas un susurro, como un pensamiento terrible que hubiera estado enterrado durante mucho tiempo hasta encontrar un momento de debilidad—. No es la rabia de Talos lo que amenaza el Equilibrio, sino la negligencia del Loco. Cyric ha caído víctima de las mentiras que incluyó en su propio libro, y ahora no puede pensar en nada más que en sí mismo.

Tyr se reclinó en su asiento y no respondió. La discusión se había transformado en la deliberación sobre los cargos y le pareció bien dejar que siguiera su curso.

—Cyric promueve su credo sólo entre sus propios fieles y descuida su deber de difundir sus principios al resto de Faerun —dijo Tempus volviéndose hacia Mystra—. La contienda y el crimen, las mentiras y la intriga, el engaño y la traición, todo se ha convertido en cosa del pasado. Hasta sus propios fieles dedican toda su energía a matarse y a tramar cosas los unos contra los otros.

—Y mientras la Iglesia de Cyric se devora a sí misma, nuestros fieles sufren —añadió Shar—. Si las esposas no mienten a sus maridos ni los maridos traicionan a sus mujeres, si los hombres no desean el tesoro de los demás, ni los clanes se dedican a matar a los de otros clanes durante la noche, ¿cómo puedo yo alimentar los celos ocultos y los odios secretos que inspiran la grandeza de los hombres? ¿Cómo puedo alimentar la oscura animadversión de sus almas que los lleva a ansiar más glorias, más oro, más poder?

—Todo lo que dices es verdad —reconoció Chauntea, la Gran Madre, con voz

cálida y reconfortante—, pero sin embargo no puedo apoyar tu petición. ¿No sería mejor ayudarlo, guiarlo para salir del laberinto en el que está metido?

—¡Por supuesto que no!

Mystra se sorprendió al oír su propia voz resonando entre las columnas del pabellón, ya que en ningún momento había sido su intención gritar..., ni hablar siquiera. Con todo lo que despreciaba a Cyric, el mero hecho de que Tempus, Shar y Talos exigiesen su caída la hacían reacia a sumarse a la llamada. Los tres formaban una tríada de guerra, oscuridad y destrucción, y planeasen lo que planeasen, no le parecía que fuera a beneficiar al pueblo de Faerun.

—¿Estarías dispuesta a colaborar? —preguntó Oghma. Estaba de pie junto a Mystra, en el lado opuesto al de Kelemvor, y hablaba con voz tan suave y melodiosa como las cuerdas del bardo que cantaba sus alabanzas—. ¿Es posible que quieras que Cyric permanezca tal como es?

—Es posible que sí. Es más peligroso cuerdo que loco.

—¿Peligroso para el Equilibrio o para la gente de Faerun? —inquirió Lathander. Como siempre, el señor de la Mañana estaba junto a la Gran Madre Chauntea, ansioso de apoyar cada una de sus palabras—. Todos sabemos cuánto ha mejorado la vida de los mortales desde que Cyric empezó a descuidar sus deberes. Ya sea reemplazado o curado, su suerte no puede por menos que empeorar.

—Una vida dura puede ser una buena vida —observó Chauntea—. Sin embargo, Mystra es como una madre que ama demasiado a sus hijos. No puede aguantar que les hagan daño, de modo que preferiría que las cosas quedaran como están.

Eso era exactamente lo que Mystra hubiera preferido, pero sabía muy bien que no debía decirlo.

—¿Y bien? —preguntó Oghma.

—Todos sabemos lo que habría sucedido si hubiéramos dejado que Cyric conservase el *Cyrinishad* —respondió Mystra. Dirigió una mirada severa a Talos, que displicentemente destrozaba una silla con las uñas—. Lo cual me lleva a preguntarme por qué Talos y Shar estuvieron tratando de ayudarlo a recuperarlo.

—Sí —dijo Oghma—. Me gustaría escuchar vuestra explicación.

El Destructor se encogió de hombros.

—Por hacer algo.

—Por lo que a mí respecta —susurró Shar—, sólo pretendía ayudar. Seguramente todos os daréis cuenta de que la mejor esperanza de salvar al Loco es atraerlo hacia su preciado libro.

—Sospecho que estabais menos interesados en salvar a Cyric que en conseguir que respaldase vuestra guerra contra la Doncella de la Luna —aventuró Oghma—. Ése es un juego peligroso, Precursora de la Noche, un juego muy peligroso.

—Razón de más para destruirlo —afirmó Tempus. Avanzó a grandes zancadas

por el pabellón para colocarse delante de Kelemvor, que todavía no había hablado—. ¿Qué dices tú, señor de la Muerte?

Antes de que Kelemvor pudiera responder, Oghma se inclinó por delante de Mystra.

—Piénsalo bien, Kelemvor. Recuerda quién eres, no quién fuiste. Aquí no tienen cabida las enemistades antiguas.

De todas las deidades reunidas en el pabellón, el dios de la Muerte era quien más odiaba al Uno. Hacía tiempo, Kelemvor, Cyric y Mystra, que por entonces se llamaba Medianoche, vivían en Faerun como mortales. Con ellos iba un sacerdote llamado Adon, que ahora era el supremo sacerdote de la Iglesia de Mystra. Llegó entonces la Era de los Trastornos, cuando los dioses robaron las Tablas del Destino y lord Ao se enfureció tanto que expulsó a los dioses de los cielos. Por un extraño giro de los acontecimientos, los cuatro mortales descubrieron las Tablas. Cyric se dio cuenta de inmediato de que él y sus compañeros podían exigir lo que se les ocurriese a cambio de ellas, pero los cobardes de sus amigos no compartieron su idea. Trataron de impedirselo, y el Uno se vio obligado a matar a Kelemvor. Ao recompensó a Cyric haciéndolo dios de la Muerte, y el Uno consiguió que hiciera diosa de la Magia a la mujer llamada Medianoche. Devorado por los celos, el espíritu de Kelemvor muerto permaneció oculto muchos años hasta que le llegó el momento de la venganza incitando y dirigiendo a los espíritus de los muertos en una rebelión contra el Uno. Así derrocó Kelemvor a Cyric y usurpó el trono de la Muerte, reclamando para sí el veleidoso corazón de esa zorra de Mystra.

Todo esto recordó Kelemvor cuando Oghma le habló, y su odio se exacerbó aún más.

—Estoy con Tempus —dijo—. Cyric debe morir.

Tempus se volvió hacia Mystra.

—¿Y tú, señora de la Magia? ¿Qué dices tú?

A Mystra el señor de la Batalla le pareció demasiado seguro de sí. Lo había planeado todo minuciosamente, y la furia que mostraba no era tan espontánea como pretendía hacer ver.

—Digo que no nos corresponde a nosotros decidir sobre esta materia —afirmó. Mystra miró a Kelemvor y vio la sorpresa en su rostro, pero sabía que no intentaría disuadirla. Ellos no eran como Chauntea y Lathander; mantenían su pasión al margen de sus obligaciones como dioses—. Cuando afecta al Equilibrio es Ao quien...

—Ha dejado bien claro que debemos seguir nuestros propios designios —dijo Shar—. Eso es lo que preserva el Equilibrio. Ponte del lado de Tempus o de Chauntea, pero no puedes dejar las cosas como están.

Mystra miró a Oghma en la esperanza de encontrar un apoyo en su rostro de piel oscura. Como dios de la Sabiduría, su opinión muchas veces influía sobre las

decisiones del Círculo, y ella lo halagaba tanto que por lo general él la apoyaba. Pero esta vez no fue así. Oghma sostuvo su mirada el tiempo suficiente para negar con la cabeza y a continuación apartar la vista sin decir nada.

Mystra se volvió hacia Tempus con la sensación de que había sido él quien había puesto en su boca las palabras que estaba a punto de pronunciar.

—He sido testigo demasiadas veces de la traición de Cyric como para cometer el error de ayudarlo. Dadas las opciones que se me presentan, estoy contigo, Tempus. Destruye a Cyric.

—Lo que yo pensaba.

Tempus se dio la vuelta sin pedir la opinión de Oghma, pero ya la conocía. En su arrogancia, Oghma no destruiría lo que pensaba que podía controlar.

—Otra vez nos estamos precipitando —protestó Tyr—. Casi no hemos hablado de los cargos, y sin embargo el señor de la Batalla ya está hablando del castigo.

—El castigo es lo único que tenemos que discutir —declaró Kelemvor con voz tonante—. Nadie discute la situación de Cyric. La única pregunta es qué debemos hacer al respecto.

Al ver que nadie se manifestaba en contra, Tempus se saltó a Chauntea y a Lathander para solicitar el último voto que necesitaba. Se detuvo junto a Sune Cabellos de Fuego, que en ese momento estaba admirando su imagen en un escudo de oro bruñido. La elección del señor de la Batalla fue sorprendente. La diosa del Amor era tan veleidosa como el viento, pero mantenía constante su desdén por la fealdad de la destrucción que trae la guerra.

A pesar de todo, Tempus parecía absolutamente confiado.

—¿Y qué dices tú, oh hermosa?

Sune agradeció el cumplido con una sonrisa resplandeciente y se volvió una vez más hacia el escudo de oro como si estuviera hablando con su propia imagen.

—Debemos hacer algo. Estoy de acuerdo en que Cyric sólo tiene ojos para sí mismo.

—Sí, pero ¿que acción emprendemos? —quiso saber Lathander.

El señor de la Mañana se levantó de su canapé y se colocó al lado de Sune, bañándola con la luminosidad dorada de su propia sonrisa. Tempus sorprendió a los demás dioses al guardar silencio y dar a Lathander la ocasión de expresar su parecer.

—Sería mucho más afectuoso ayudarlo a encontrar su camino. ¿No te parece, rutilante estrella?

La adulación del señor de la Mañana arrancó una sonrisa desdeñosa a Chauntea que le valió una mirada de hielo de Sune. Entonces la diosa de la Belleza alzó el mentón y favoreció a Tempus con su sonrisa más resplandeciente.

—Me temo que el Loco debe ser destruido —dijo con voz acariciadora—. Ni siquiera estando cuerdo reconoció Cyric el poder de la belleza.

—Gracias, oh hermosa. —Tempus se volvió hacia Tyr—. Eso hace seis votos a favor de la destrucción, una clara mayoría dada la ausencia de Cyric.

Tempus había acabado apenas de hablar cuando un gran temblor sacudió el Pabellón de Cynosure. Los dioses vieron cómo la cámara se volvía plana y empezaba a combarse, sacudiéndose como un tapiz. El techo se resquebrajó y se vino abajo, y las columnas y las paredes desaparecieron. Surgieron exclamaciones de sorpresa, pero ningún dios gritó movido por el miedo o el pánico. El pabellón no solía disolverse, pero todos los miembros del Círculo sabían qué era lo que sobrevenía cuando eso sucedía: Ao estaba a punto de manifestar su presencia.

Los dioses se encontraron notando en un vasto mar de vacío, rodeados por todos lados por una titilante infinitud de estrellas. Empezaron a apartarse de los mil aspectos de sus mentes, de las facetas de su ser que respondían a las interminables plegarias de los fieles que desempeñaban sus deberes y que mantenían la vigilancia sobre Faerun. Por fin sólo quedó el núcleo de sus intelectos deambulando sin rumbo por un vacío cuya enormidad ningún dios era capaz de abarcar.

«Poderes de Cynosure, os habéis empeñado en condenar a uno de los vuestros.»

Las palabras provenían tanto de la mente de cada dios como de fuera, de la profundidad de sus pechos como de las incontables estrellas. Ao no se mostró, al menos no en un sentido normal, sin embargo lo podían sentir a su alrededor, como si fuera un tejido que los envolvía a todos, como el mismísimo aire.

A pesar del tono reprobatorio de Ao, Mystra se sintió casi aliviada. Seguramente impediría que los dioses se entrometieran en los asuntos de Cyric, les impediría tanto que curaran al Loco como que lo reemplazaran por alguien más eficaz.

«Creéis juzgar lo que es mejor para el Equilibrio.»

—Pensábamos que era necesario, Ao. —Fue Tempus quien habló, y su voz seguía sonando confiada a pesar de todo—. En su locura, Cyric se ha encerrado en sí mismo hasta tal punto que no cumple con las obligaciones de su ser divino fuera de su propia Iglesia.

—¿Loco? —replicó una voz.

Al igual que la de Ao, esta voz no provenía de un lugar determinado. Era aguda y penetrante, como una flecha directa a la garganta, y resonaba en todas partes al mismo tiempo.

—¿Me llamas loco? ¿Tú, Tempus? ¿Tú, que escondes tu rostro tras un velo de acero? ¿Tú eres el loco, no yo!

—Cyric —musitó Mystra. Se estremeció, pues no se imaginaba cómo habría podido el Príncipe de la Locura llegar al reino de Ao sin haber atravesado el Pabellón de Cynosure.

—Sí, Medianoche —dijo con retintín la voz del Uno—. Ahora estoy por encima de ti, por encima de todos los que os atrevéis a pensar que sois tan grandes que podéis

destruirme... o «salvarme».

Mystra echó una mirada a Tempus y vio el gesto abatido del señor de la Batalla. Fuera lo que fuera lo que estaba haciendo Cyric, había sorprendido tanto al Martillo de Enemigos como a ella misma. A continuación miró a Oghma. La cara del dios sabio había palidecido y tenía una expresión confundida.

Mystra apartó la mirada. Sorprender a Oghma en semejante estado de perplejidad era como espiar a Sune en un momento de fealdad. Sin darse cuenta de haberla buscado, la diosa de la Magia se encontró aferrando la mano de Kelemvor.

—Ao, ¿has convocado tú a Cyric? —preguntó Mystra.

—¿Convocarme a mí? —se burló Cyric—. Los iguales no se convocan unos a otros.

«*¿Iguales?* —resonó la voz de Ao—. *¡Iguales! ¿Te atreves a compararte conmigo?*»

Las estrellas se velaron, como si una nube de niebla hubiera llenado el vacío infinito.

Mystra soltó la mano de Kelemvor y por fin empezó a sentir verdaderamente el miedo al Todo y Uno. Si Cyric era capaz de velar la luz resplandeciente de Ao, ¿de qué no sería capaz?

La niebla se despejó y las estrellas empezaron a brillar tanto como antes.

Fue entonces cuando entendió Mystra que incluso Ao tenía sus límites. Hasta ese momento Ao no se había dado cuenta de lo peligroso que podía ser Cyric..., y ella tampoco. Tempus tenía razón: lo único que se podía hacer era destruirlo antes de que los destruyera a ellos.

«*¿Y es por eso que ellos quieren matarte, Cyric? ¿Porque eres más poderoso que ellos?*»

Mystra se atrevió a interrumpir.

—Sí, lord Ao.

Sintió que Kelemvor le apretaba el brazo como instándola a que tuviera cuidado. Mystra no se calló. Tenía que conseguir que Ao viera que podían manejar solos la situación, de lo contrario podría reemplazar a Cyric por alguien más capaz o, todavía peor, curar la locura del Uno.

—Debemos matar a Cyric —dijo Mystra—. ¡Debemos destruirlo porque nos ha superado a todos!

Una esfera de luz parpadeante apareció ante los ojos de Mystra y le pareció ver en ella el rostro demacrado de Cyric.

—¿Ves cómo me envidian? —declaró la esfera—. ¿Es de extrañar que me niegue a favorecerlos con mi presencia?

«*No es de extrañar* —replicó Ao—. *Te has vuelto más poderoso que ellos.*»

—¿Tú también lo notas? —La cara de Cyric se concretó. El rostro era blanco y

casi esquelético. Unos ojos hundidos brillaban en sus cuencas como dos soles negros —. ¿Notas cuánto he crecido?

«Es cierto. Y veo que eres capaz de ocuparte de tus inferiores.»

—Por supuesto, pero...

«Sin embargo, hay algo que me inquieta. Confío en que me perdones por interferir. —Ao hizo una pausa como para subrayar sus palabras—. ¡Tyr!»

—¿Mi señor? —La voz del Justo temblaba casi imperceptiblemente.

«Si estás presidiendo un juicio debes observar las formalidades. Precisamente tú, entre todos los dioses, deberías entenderlo.»

Aunque Tyr por dos veces había tratado de llevar el procedimiento por el camino adecuado, bajó la cabeza.

—Sí, mi señor.

«Bien. Cuando inicies el juicio, dentro de un día faeruniano, respetarás las normas. Veamos ahora: ¿Qué cargos tenéis contra Cyric?»

Tyr alzó la cabeza y estudió los ojos oscuros de Cyric.

—Creo que el cargo será de inocencia.

—¿Inocencia? —Tan alto y agudo fue el grito de Cyric que algunos de los dioses hicieron un gesto de disgusto—. ¡Pero yo soy el señor del Asesinato! ¡El Príncipe de las Mentiras! ¡El Sembrador de Contiendas! ¡El señor del Engaño!

—El cargo es de inocencia —declaró Tyr—. Inocencia por causa de locura.

Capítulo IV

¡Por el Uno que no hay dolor más grande para un hombre que el de morir como infiel! No puedo decir cuánto tiempo yací bajo el cruel sol en aquella sangrienta colina. En el lugar por donde el cuerno del toro me había penetrado sentía un calor tan atroz como el de un hierro candente. La fiebre me había secado tanto la boca que la lengua me bloqueaba la garganta, y aunque apenas podía respirar, de mis labios salieron estas terribles palabras:

—¡Cyríc, eres una lombriz solitaria en los intestinos de los cielos!

Me salió de lo más hondo del alma agonizante. Durante años había estado vigilante, a la espera del encontrar el sagrado *Cyrinishad*, haciendo todo lo que puede hacer un mortal para devolverlo a mi digno dios. Ahora el libro se había perdido y nadie tenía la culpa salvo Cyríc, que había llenado su Iglesia de caos y de discordia. ¡Volví a maldecir al Uno! Ahora mi visión nunca se haría realidad, nunca estaría de pie ante las ingentes huestes de los creyentes para leerles el libro sagrado, nunca volvería a casa para recompensar al príncipe y para recuperar mi fortuna y a mi esposa. Mi señor oscuro me había fallado y me sentía tan tonto como la oveja que sigue a su amo al matadero.

Juré que mis labios no volverían a cantar sus loas.

Entonces un miedo terrible se apoderó de mí, y mis ojos se convirtieron en fuentes de las que manaron torrentes de lágrimas. Yo era un hombre sin fe al borde de la muerte. Pronto mi espíritu se apartaría de mi carne y se hundiría bajo las piedras y bajaría a ese lugar donde los dioses reclaman las almas de sus fieles, pero yo había cerrado mi corazón a Cyríc. Él no respondería a mis gritos y debería esperar a que Kelemvor me llevara a la Ciudad de los Muertos. Me conducirían ante el Trono de Cristal y me juzgarían por lo que hubiera hecho en mi vida, y el veredicto sería muy duro, sin duda.

Empecé a temblar y le rogué a Cyríc que me volviera a admitir, pero él no tenía lugar para los cobardes y no respondería a mis plegarias. El sol malvado quemaba todavía más y tuve que cerrar los ojos para protegerme de la luz dañina.

Entonces soñé con los muchos tormentos de la Ciudad de los Muertos. Kelemvor me clavaba en el Muro de los Infieles, donde mi cabeza se helaba por efecto del aguanieve y mis pies ardían por los fuegos de la Forja del Mundo. Me arrojaba al Estanque de los Tontos, donde se me disolvían los ojos y la carne en el ácido hirviente del Éxtasis. Me arrojaba al Camino de los Traidores, donde me aplastaban el cráneo y me rompían los huesos bajo las ruedas de Hierro del Deber. Soñé todas estas cosas y muchas más, hasta que hube sufrido los mil tormentos de la ciudad de Kelemvor y conocido todas las torturas que allí me esperaban.

Después de esto, me desperté para sufrir todavía otro tormento.

Dentro de mi vientre sentí un dolor lacerante y espantoso, como si una daga recién forjada se hubiera hundido más en mi herida. Vi que me había puesto boca arriba. La noche había caído y el aire era fresco, pero eso no me aportó ningún alivio porque encima de mi pecho estaba uno de los heraldos de negro plumaje de Kelemvor. El buitre se recortaba contra la luna, con los ojos blancos orlados de rojo y la cabeza pelada sucia de carroña. ¡Aquella cosa repugnante había metido el pico en mi herida y estaba tratando de sacar una tripa por el agujero!

Viendo cuánta prisa se daba Kelemvor para apoderarse de mi espíritu, di un grito de terror y aporreé al ave con las manos desnudas. La escuálida criatura abrió las alas y empezó a aletear, pero sin sacar el pico de mi vientre. ¡Si un volcán hubiera entrado en erupción dentro de mí no habría sentido tanto dolor! Imaginé al ave elevándose como una cometa con una cuerda hecha de mis propias entrañas. Entonces me incorporé, cogí a la maldita criatura y tras retorcerle el pescuezo arrojé su sucio cadáver colina abajo.

Había en la noche tanta quietud como en un cuadro, avivado sólo por las luces distantes que brillaban en las altas ventanas del Alcázar de la Candela. El aire llevaba el hedor de la batalla, de sangre y de vísceras y de todo lo que derraman los hombres moribundos madurado por todo un día al sol. Considerándome afortunado por no formar parte todavía de aquella masa putrefacta, me dediqué a pensar cómo podría sobrevivir.

En primer lugar, necesitaba agua. Me ardía todo el cuerpo y tenía la garganta hinchada y en carne viva. Después de haber vivido tanto tiempo cerca del Alcázar de la Candela sabía dónde encontrar manantiales, pero hasta los más próximos estaban demasiado lejos para un hombre moribundo. No obstante, encima de la colina yacían los jinetes caídos de la Espuela de Ébano y yo había visto muchos odres colgados de las monturas de sus toros.

Empecé a subir la cuesta a cuatro patas, gimiendo como un niño. A medio camino tuve que pararme a descansar. Parecía imposible seguir adelante, pero ningún jinete me había hecho el favor de morir más cerca. Haciendo un gran esfuerzo reanudé la marcha, pues había visto lo que me aguardaba en el reino de Kelemvor si moría en aquella colina.

Avancé y caí, volví a avanzar y a caer hasta llegar casi a la mismísima cumbre. Lo único que podía levantar era la cabeza, y ésta no me atrevía a bajarla por miedo a tocar el suelo, cerrar los ojos y no ser capaz de volver a abrirlos.

Por fin encontré las fuerzas para ponerme de lado y arrastrarme palmo a palmo como un gusano. Culminé el ascenso y vi un bosque de plumas negras relucientes bajo la luz de la luna. Los heraldos de Kelemvor se daban un festín con los cadáveres de los fieles. A dos pasos apenas, tres de las asquerosas aves se movían por encima del esqueleto de un poderoso toro de guerra. Detrás del lomo de la bestia asomaba la

pierna de un jinete cuyo pie seguía apesado en el estribo, y de la montura colgaba un odre lleno con el dulce néctar de los ríos.

Me arrastré hacia adelante. Los tres buitres graznaron y batieron las alas antes de espantarse y emprender el vuelo. Cuando se hubieron marchado, una silueta apareció detrás del toro caído, una silueta que no estaba allí antes. La figura tenía la forma y los ojos blancos y relucientes de un hombre, pero las sombras de la gran pila de muertos se aferraban a sus hombros y no podía determinar si era un jinete de la Espuela de Ébano o un miembro de la guardia personal de un Señor Oscuro.

—¡Gracias a las Parcas! —Mis palabras fueron apenas un ronco susurro—. Tráeme un poco de agua.

—Como desees.

La sombra hablaba no con una voz única, sino con mil voces todas tan profundas y ásperas como una piedra de afilar. El resto de la bandada de Kelemvor levantó el vuelo, aporreando el aire con las alas y tapando la luz de la luna. Me olvidé de la sed y me lancé colina abajo, maldiciendo el orgullo que me había apartado de Cyric. Ahora no tenía a ningún dios que me defendiera de este enemigo.

Oí entonces el ruido del agua no muy por encima de mi cabeza, y el aire se enfrió. Mis brazos y piernas empezaron a temblar descontrolados, e incluso la fiebre de mi herida se convirtió en el ardor de la carne helada. El fantasma me había dado alcance y no podía hacer otra cosa que rendirme.

—Malik, ¿por qué tiemblas?

Su voz era tan terrible como antes y no me atreví a mirar hacia arriba. Quería preguntar cómo sabía mi nombre la aparición, pero mis labios agrietados se negaban a abrirse.

—¿No pediste agua? Vamos, abre la boca.

Un pie helado me empujó por las costillas. Me encontré de espaldas y con la boca tan abierta como una caverna. Un chorro de líquido brotó del odre, se desparramó por mi cara y entró por los labios abiertos.

¡El líquido era tan espeso y asqueroso como el que corre por una alcantarilla! Estaba frío y salado y me llenó la nariz con el olor apestoso de la carne putrefacta. Tuve una arcada y arrojé aquel limo horripilante, pero el chorro maloliente seguía corriendo por mi garganta hasta que tuve la tripa tan llena que empezó a rebosar por la herida como si fuera el agua de una fuente. Por más que intenté cerrar la boca y apartarme, el cuerpo no me respondía. Mis entrañas se helaron y se retorcieron. El grito que oí a continuación no podía ser mío, ya que jamás voz humana había producido tal sonido.

—Ah, o sea que es por esto por lo que no se le permite beber a un hombre con una herida en el vientre. —Una vez más, el fantasma habló con mil voces, pero siguió vertiendo el asqueroso líquido en mi boca—. Claro que yo no tengo la culpa. Tú me

ordenaste que te trajera agua.

El último de los buitres dejó despejada la luna y la colina se iluminó con su luz plateada. Por encima de mí vi una calavera de feroz sonrisa con ojos negros y brillantes. Llevaba una tela carmesí pegada a los pómulos marfileños. Su cuerpo era una masa de venas y tendones sin piel de ningún tipo, y ondulaba como una ola sobre el mar, como si no tuviera un solo hueso sosteniendo los cartílagos.

Pero esto no fue lo peor, porque llegué a ver lo que caía del odre, y no era agua. Estaba lleno de coágulos y de burbujas, y era de un color rojo tan oscuro que casi parecía negro.

Cuando yo era un mercader en la Ciudad de la Luminosidad, esto me habría hecho vomitar, lo cual sin duda hubiera provocado mi muerte inmediata, pero los años pasado a las puertas del Alcázar de la Candela me habían endurecido, ya que allí había sobrevivido comiendo muchas veces cosas abominables, de modo que mi descubrimiento sólo contribuyó a devolverme las fuerzas.

Arrastrándome me aparté del fantasma, y poniéndome de pie corrí colina abajo. Cuando llegué al pie de la elevación cogí el Camino del León y me dirigí hacia Beregost, sin pensar en ningún momento en la distancia desolada que tenía por delante.

En realidad, eso no importaba. Antes de que hubiera dado dos pasos, el fantasma sangriento apareció ante mí. Me dio un puñetazo tan fuerte en el ojo derecho que el párpado se hinchó de inmediato y ya no pude abrirlo.

Llevándome la mano a la cara me volví y corrí con una fuerza que sólo aumentaba con la agonía que me producían las heridas. Cada vez que respiraba era como un bramido que extendía el dolor abrasador de mi vientre. Después de unos veinte pasos, el fantasma todavía no me había alcanzado. Me detuve y miré en derredor con el ojo sano, pero no vi nada. Daba la impresión de que el atacante se había cansado de tanta diversión. El Alcázar de la Candela asomaba al frente, y considerando prudente mantenerme fuera del alcance de los arqueros de la Puerta Baja, di un rodeo para apartarme del camino.

En seguida el fantasma volvió a cerrarme el paso. Sus dedos blancos cortaban el aire y las negras y curvas garras me desgarraron el cuello. Una fuente de sangre roja brotó de la herida bañándome de pies a cabeza. Volví al camino y corrí hasta que el miedo a las flechas del alcázar superó al que me inspiraba el fantasma. Entonces reduje la marcha y me atreví a mirar por encima del hombro.

Nada.

¡Otra vez traté de abandonar el camino, pero allí estaba nuevamente el espectro! Me golpeó en el lado derecho de la cabeza y fue un milagro que no me estallara el cráneo. Una gran ráfaga de aire me golpeó el oído y me atravesó la cabeza de lado a lado. Me sentí mareado y perdí el oído de la oreja ensangrentada. Sentí unas

punzadas terribles, pero este nuevo dolor contribuyó a renovar mis fuerzas. Me volví y salí corriendo.

Por fin entendí que el fantasma me estaba empujando hacia el Alcázar de la Candela. Tal vez el ladrón de Oghma lo había mandado para capturarme ya que yo era el espía que había descubierto la llegada del *Cyrinishad*. Mi desánimo aumentó, pues habiendo abjurado de Cyric, ¿a quién podía recurrir para que me salvara del sirviente de Oghma? Seguí hacia la Puerta Baja preguntándome cómo podría salvarme. Mi miedo crecía a cada paso, pero en ningún momento me faltaron las fuerzas, lo cual era bueno ya que el fantasma me atacaba cruelmente cada vez que reducía la marcha y seguramente me habría matado de haber caído.

Por fin llegué a la Puerta Baja y ya no pude ir más allá. Habían bajado el rastrillo para impedir el paso de nuestro ejército y todavía no lo habían vuelto a levantar. Me así a las barras y empecé a trepar, sabiendo que los guardias que vigilaban desde las troneras me tomarían prisionero o me matarían, aunque tal vez de una manera menos horrenda que el fantasma.

Una cinta de acero se cerró en torno a mi tobillo y me arrancó del rastrillo. Cuando choqué contra el suelo estaba otra vez a merced de mi atacante.

—Todavía no —dijo el fantasma con sus mil voces—. No he oído mi orden.

—Lo que desees. —Enfoqué hacia él mi oído bueno, pues sin duda no quería por nada del mundo perderme esa orden—. Pero te ruego que me dejes vivir. Muerto no te serviré de nada.

—Más de lo que piensas —replicó el espectro—. Pero por ahora me conviene que sigas vivo. Deja ya de temblar.

Por supuesto recibí la noticia con gran alivio. Aun así, no podía obedecer su orden. Había perdido el uso de un ojo y de un oído y me dolían todas las demás heridas. Además, no podía dejar de temblar por miedo a sufrir más.

Mi desobediencia no pareció preocuparle.

—¿Has visto el *Cyrinishad*?

Asentí.

—Era una caja de hierro atada con muchas cadenas.

En un abrir y cerrar de ojos, el fantasma me levantó cogiéndome de la garganta ensangrentada y me acercó a su cara.

—¿Una caja de hierro? —Su aliento era como el de un perro, hediondo y rancio por comer cosas podridas—. ¿Cómo pudiste ver el interior?

—No pude, pero sí a quienes lo transportaban. La mujer llevaba un amuleto de diamante con la forma de un rollo de Oghma.

El fantasma me apretó más la garganta y se me empezó a nublar la visión del otro ojo.

—¡Oghma podría haber hecho mil objetos como ése!

Empecé a albergar funestas sospechas sobre la identidad de aquel espectro y ansié con todas mis fuerzas ganarme su favor.

—¡Estoy seguro de que era el santo *Cyrinishad*! Incluso a través del hierro pude sentir su oscuridad y oler algo que sólo podía ser el hedor del pergamino de piel humana.

El fantasma no me soltó, pero tampoco me partió el cuello.

—¡Y lo oí murmurar! —Por fin me soltó y yo me apresuré a añadir:— ¡Su voz era baja, apenas un susurro, pero reconozco la verdad sagrada cuando la oigo!

Esta última revelación pareció convencer al fantasma, porque su mano se abrió y me encontré aplastado contra el rastrillo.

—Bien. Entonces irás a recuperarlo para mí.

—¿Recuperarlo, príncipe oscuro?

—De inmediato —respondió el fantasma, y supe sin sombra de duda que estaba hablando con Cyric. Ningún otro espectro se hubiera atrevido a hacer suya una de las mil invocaciones del Sol Oscuro—. Lo necesito.

Sonreí aliviado. Cyric ya me había infligido un terrible castigo por perder la fe, pero ahora me había admitido otra vez. Lo peor había pasado.

—Como deseas, poderoso señor. Te lo traeré en seguida.

Me volví y miré el Alcázar de la Candela, pero sólo vi la enorme altura de la escarpada colina sobre la cual se alzaba la ciudadela. La Puerta Baja era el único acceso del alcázar. No era posible rodearla porque estaba excavada en la mismísima roca creando una especie de túnel, y las paredes de piedra que la flanqueaban eran inexpugnables.

Conscientes de la importancia de la puerta, sus constructores la habían hecho impenetrable. El rastrillo estaba hecho de barras de hierro que ningún hombre podía doblar y que ni un elefante podría levantar. A continuación venían las propias puertas, cubiertas de latón y reforzadas por una tranca tan gruesa como la cintura de un gigante.

Las garitas de los guardias eran demasiado pequeñas como para que pudiera colarse en ellas ni un duendecillo. No veía la manera de entrar, pero seguía estudiando la puerta seriamente para dar la impresión de que estaba ansioso de obedecer. Estaba seguro de que el poderoso Cyric me mostraría la forma de superar las inquebrantables defensas de la ciudadela.

Por suerte, los centinelas que montaban guardia en los portales estaban mirando hacia otro lado, como si algo les hubiera llamado la atención. Entonces me di cuenta de que en ningún momento volvían la vista ni hacían el menor movimiento. Era como si hubieran quedado congelados por el aura de frío de Cyric. De ser así, me preguntaba, ¿por qué no entraba él mismo en el Alcázar de la Candela y recuperaba el libro por su cuenta?

Cuando el Uno habló por fin, no fue para dar ninguna explicación.

—En cuanto tengas el *Cyrinishad*, ve al lugar alto que tengas más cerca, pronuncia mi nombre tres veces y arrójate al vacío.

—¿Al vacío, mi señor? —Ya veía mi cuerpo dando tumbos hacia el mar y rompiéndose como un melón sobre la costa rocosa.

—¡Y no te olvides del libro! —El Uno todavía hablaba con sus mil voces retumbantes, pero el ruido no llamaba la atención de los centinelas—. ¡El *Cyrinishad* lo es todo!

—Por supuesto, poderoso señor. Es sagrado. ¿Y debo entender que impedirás que me haga daño?

—¡Escúchame, necio! —Cyríc me cogió por los hombros y sus dedos se me clavaron en la carne hasta la articulación—. Debes entender que es mucho lo que depende de ti.

—Sí, estoy escuchando —dije, como si pudiera hacer otra cosa.

Las garras del Uno se hundieron todavía más.

—¡El *Cyrinishad* es mi única defensa! Haré que lo lean y cuando lo hagan se inclinarán ante mí y me solicitarán el honor de besarme los pies. Pedirán clemencia, y ni siquiera Ao tendrá otra opción.

—¿Ao?

—Sí, entenderá en qué me he convertido. Verá que yo solo puedo velar por Faerun y que no los necesito, a ninguno de ellos. —En ese momento Cyríc me soltó los hombros y retrocedió mientras miraba furtivamente en todas direcciones. Entonces se enderezó y bisbiseó en mil susurros—. Depende de mí, por supuesto. Todo depende de mí.

—¿Poderoso señor?

—Quién deba vivir. Quién deba morir. Lo que es y lo que será. —Sus ojos centellearon—. Imaginemos que estoy observando desde lo alto, suspendido en el cielo tal como los mortales suelen pensar que hacemos los dioses...

Lo que Cyríc dijo en este punto ya lo he contado al principio, y repetirlo no tiene más sentido que alimentar las dudas que ya habían surgido en mi mente. Escuché en mudo respeto mientras él seguía con su perorata sobre eso de que nada es seguro hasta que él lo ha contemplado y colocado en su sitio, y yo tuve ocasión de comprobar por mí mismo por qué en todo Faerun lo llaman el Príncipe de la Locura. Mi desesperación se volvió tan negra y tan honda como el Abismo, y me maldije por haber alabado su nombre en algún momento.

Cuando por fin terminó, permanecí ante él tan boquiabierto, tan perplejo, que ni siquiera podía temblar.

Cyríc sonrió como lo hace un padre cuando envía a su hijo a la batalla en su lugar.

—Debes ser rápido, Malik, muy rápido. El juicio empieza al amanecer.

—¿El juicio? —pregunté con voz ronca. Todavía no me había enterado de los acontecimientos del Pabellón de Cynosure, con lo cual mi confusión fue grande—. ¿Se me va a juzgar por...? —Por miedo no me atreví a repetir las blasfemias que había pronunciado esa mañana.

—¿Que te van a juzgar a ti? —sus palabras estallaron con tal furia que me lanzaron contra el rastrillo—. ¿Te atreves a preocuparte por ti mismo? ¡Tú no significas nada para ellos!

Por lo que había afirmado antes colegí que «ellos» eran los demás dioses. Ahora no «rogaban clemencia», y me di cuenta de que el juicio que habría de celebrarse al amanecer era el de Cyric. Lo que no veía era cómo podría contribuir la recuperación del *Cyrinishad* a la salvación del Sol Oscuro. Sus compañeros jamás lo leerían. Conocían el apabullante poder de su verdad y harían cualquier cosa por no mirar sus páginas, ya que eran todos vanos y arrogantes y no deseaban servir a un señor más grande que ellos. Tampoco era posible inducirlos mediante argucias a leer el libro sagrado, ni siquiera con toda la astucia del Uno. Después de todo eran grandes dioses, y lo bastante inteligentes como para evitar un peligro que conocían muy bien.

Mi prudencia me impidió exteriorizar mis dudas, ya que Cyric no aguantaría de buen grado el escepticismo de un mortal. Me limité a inclinar la cabeza y esperé la siguiente orden del Sol Oscuro.

—Vamos —dijo—. No falta mucho para el amanecer.

Pensando que habría creado algún pasadizo para mí, me volví para mirarlo. La Puerta Baja estaba igual que antes, pero ahora pude ver que los centinelas, aunque lentamente, se volvían hacia mí. Decir que sus cabezas se volvían habría sido una gran exageración. El tiempo que tarda un hombre en parpadear es el que había pasado entre el Uno y yo.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó Cyric—. Se nos echa encima el alba.

Estaba seguro de que mi respuesta no iba a caer bien, pero no tenía más remedio que darla ya que no podía atravesar la puerta en las presentes circunstancias.

—Perdóname, Todopoderoso, ya que tengo el ingenio de un asno y sólo un ojo bueno —naturalmente, no hice la menor mención sobre quién era culpable de eso—, pero pensé que podrías proporcionarme una forma de entrar.

Los negros ojos abrasadores de Cyric relampagueaban en las cuencas vacías debajo de su frente.

—¡Idiota! Si pudiera hacer eso, recuperaría yo mismo el libro. Si te concediera mi poder, la magia de Oghma te volvería tan ciego al libro como lo ha hecho conmigo. Sólo un mortal, un mortal sin ayuda divina, puede encontrar el *Cyrinishad*.

—¿Sin ayuda? —dije con voz entrecortada—. ¡Pero yo no soy ni un ladrón ni un guerrero! Aunque consiga entrar en la ciudadela, ¿cómo voy a derrotar a los guardianes del libro?

—El cómo no importa.

Fue terrible oír esto, y no sólo por lo que a mí respecta. Yo tenía experiencia en el arte de engañar en el peso y de cambiar una mercancía por otra, pero jamás había robado nada de la casa de otro hombre, ni matado a nadie como no fuese en el intercambio de oro, y tampoco estaba seguro de cómo conseguir esas cosas. ¡Contar con alguien como yo para una cuestión tan grande y peligrosa no sólo era descabellado, era de locos! Cyric tenía que estar tan loco como afirmaban sus enemigos, y si yo le obedecía, sin duda acabaría muerto.

Me postré a sus pies y le rodeé las piernas con los brazos.

—¡Santo señor, te lo ruego! ¡Busca a alguien más digno! ¡Si confías en mí nunca volverás a ver el *Cyrinishad*!

—Lo harás. Mira lo que has hecho ya. ¿Qué otro habría abandonado su mansión para vivir en el fango? ¿Habría renunciado a su fortuna para mendigar la cena? ¿Habría abandonado la envidia de sus iguales para arrastrarse ante extraños? —Las mil voces del Uno hablaban con desacostumbrada suavidad—. Harás esto no porque yo lo mande, aunque lo hago, sino por la misma razón por la que has hecho todas esas cosas: porque no tienes elección.

El Uno se agachó y me cogió por los brazos con gran delicadeza. Yo no me atreví a hablar mientras me ponía de pie.

—Y, Malik, lo conseguirás. ¿Sabes por qué?

Lo único que pude hacer fue negar con la cabeza.

—Lo conseguirás porque si no lo haces, si me fallas o simplemente mueres en el intento, dejaré que Kelemvor se lleve tu alma infiel.

Capítulo V

Mystra y Kelemvor se manifestaron a las puertas del palacio de Oghma, que nunca tenía el mismo aspecto en dos visitas cualesquiera. Ese día se encontraron ante un alcázar de múltiples torres de piedra blanca como la nieve con un largo jardín con estanque en el que se reflejaba su esplendor. No había muralla que cercase el recinto ni puerta alguna que controlase el acceso; la Casa del Conocimiento estaba abierta a todos cuantos se molestasen en visitarla.

Mystra y Kelemvor no se detuvieron a contemplar la belleza del alcázar ya que tenían mucho que hacer antes del juicio contra Cyric. Flotaron alameda adelante y dejaron atrás a grupos de eruditos enzarzados en sesudos debates. Una multitud de bardos trataba de abrirse camino para cantar baladas en alabanza de la magia y de la muerte, e incontables demonios y serafines se detenían para saludar, cargados de mapas y manuscritos. Los dos dioses no hicieron el menor caso de ellos. Llegaron al palacio y pasaron por el arco de entrada a un vasto vestíbulo cuyo techo abovedado presentaba inscripciones con los nombres de los innumerables sabios que habían muerto y habían sido admitidos por su leal dios en la Casa del Conocimiento.

—Puede decirse que las estrellas han bendecido hoy mi casa. —La voz de Oghma era una canción. Estaba en el umbral de la siguiente habitación, vestido con bombachos, una vaporosa túnica y un turbante—. ¡Recibir a dos visitantes de tal categoría!

—No fue la fortuna lo que nos trajo aquí, como bien sabes —dijo Mystra, que adelantó a Oghma y se dirigió a la enorme biblioteca que había al otro lado—. Hemos venido a hablar del juicio.

Oghma frunció el entrecejo.

—Eso deberíamos hacerlo en el juicio, no antes.

El dios de la Sabiduría entró detrás de Mystra con Kelemvor pisándole los talones. La biblioteca era una caverna llena de columnas y estanterías, de una extensión incalculable y llena de volúmenes en los que se recopilaba toda la información reunida por los fieles de Oghma a lo largo de sus vidas. Mystra encontró con toda facilidad el camino por aquel laberinto. Había visitado la Casa del Conocimiento tantas veces que podía reconocer el camino fuera cual fuera la forma que asumiese en cada momento.

—No nos corresponde sólo a nosotros decidir el destino de Cyric —dijo Oghma siguiendo siempre a la señora de la Magia—. Es competencia de todo el Círculo.

Mystra llegó al trono de Oghma, un sillón de alabastro rodeado de mesas y bancos de mármol blanco, y se volvió hacia su anfitrión.

—Lo que he venido a decir no puedo decirlo ante el Círculo.

—Entonces, querida, tal vez no deberías decirlo. —Oghma pasó por delante de

Mystra y se sentó en su trono.

—Y tal vez tú deberías escucharla —repuso Kelemvor—. A menos que tu mente no esté tan abierta como pretendes.

Oghma arqueó una ceja.

—Touché, Kelemvor. —Señaló los bancos situados junto al trono y luego se volvió hacia Mystra—. Muy bien, por escucharte no se corromperá el juicio más de lo que está. Estoy seguro de que el resto del Círculo ya se ha estado ocupando de negociar el resultado.

—Kelemvor y yo hemos estado haciendo algunas indagaciones, es cierto —admitió Mystra—, pero Cyric no ha llegado a ningún... arreglo propio.

—Es posible que él sí confíe en el proceso.

—Vamos, tú bien sabes que no —dijo Kelemvor—. Cyric está planeando algo.

—Tiene el *Cyrinishad* —añadió Mystra.

—Si estás segura de eso, entonces eres una diosa más sabia que yo —replicó Oghma—. No he levantado mi prohibición. ¿Cómo puedes saber que Cyric tiene el libro cuando yo he vedado a todas las deidades el conocimiento de su paradero? ¿Y cómo puede poseerlo Cyric cuando no puede percibir su ubicación? Podría entrar en una habitación y cogerlo sin saber que lo tiene en las manos. Lo que sugieres es imposible.

—Digas lo que digas —repuso Kelemvor con sorna—, Cyric tiene el libro. Es la única razón por la que puede estar tan tranquilo.

—Ya veo —replicó Oghma—. ¡No sólo sabéis dónde está el *Cyrinishad*, sino que sabéis cómo funciona la mente de un dios loco!

—Conozco a Cyric —gruñó Kelemvor—. Lo conozco mejor de lo que tú puedas llegar a conocerlo jamás.

—Conoces a Cyric el mortal —lo corrigió Oghma—, pero estamos hablando del dios Cyric.

—Oghma, no he venido aquí para enzarzarme en discusiones contigo —dijo Mystra—. Sé que eso no nos llevaría a nada. Supongamos pues que Cyric tiene el *Cyrinishad* y que pretende presentarlo en el juicio como prueba.

Oghma frunció el entrecejo y a continuación abrió mucho los ojos.

—¡Nos veríamos obligados a escuchar su contenido!

Los tres guardaron silencio porque entendían el poder del sagrado *Cyrinishad*. Sabían que después de oír la verdad que encerraba caerían de rodillas y rendirían pleitesía al Uno, y también conocían la terrible retribución que Cyric les exigiría por las muchas afrentas que había acumulado en el pasado.

Kelemvor rompió el silencio.

—Bien, todos estamos de acuerdo. Si Cyric trae el libro, suspendemos el juicio y lo destruimos sin vacilación.

Al oír esto, Oghma se quedó pasmado y negó con la cabeza con tal vigor que todos los sabios de Faerun perdieron el hilo de sus pensamientos.

—¡No! —dijo.

—¿No? —preguntó Mystra con perplejidad—. Pero el Equilibrio...

—Quedaría totalmente destruido —continuó Oghma—. ¡Es mejor servir en Pandemónium que gobernar en un erial que es todo lo que quedaría si desatáramos una guerra total entre dioses! Lo que pretendéis haría que la Era de los Trastornos pareciera una simple pelea.

—¡Jamás! —Tan rápido se puso de pie Kelemvor que su movimiento casi no existió; un instante estaba sentado y antes de que se iniciara el siguiente ya estaba de pie—. ¡Prefiero destruirme que servir a Cyric!

Los ojos de Oghma se volvieron tan duros como diamantes.

—La cuestión no es si te destruirías tú, Kelemvor, sino si destruirías a Faerun. Como dios, debes anteponer tu deber a las disputas que traes de tu vida como mortal. El destino de un mundo depende de cada uno de tus actos y harías bien en no olvidarlo. —Oghma echó una mirada a Mystra—. Los dos haríais bien en no olvidarlo.

Capítulo VI

¡La Noche de la Desesperación había caído sobre mí, pues había encontrado a mi dios, y él era el mismísimo Príncipe de la Locura! No podría haber hecho lo que me exigía, y no estaba en mis mejores condiciones ya que había sufrido mucho en manos del Uno. Medio ciego, medio sordo, convertido en un maldito tonto, sólo podía ver mi inminente fracaso y mi destino ineludible. Me arrojé contra el rastrillo y agarrado a los barrotes lloré como nunca lo había hecho en mi vida.

¿Cómo podría salvarme? Era demasiado gordo para colarme por una tronera y estaba demasiado maltrecho como para escalar la piedra. Y aunque alguna de esas cosas hubieran sido posibles, era demasiado torpe para hacer cualquiera de ellas sin que me pillaran. Mi dios me había pedido algo imposible y ahora sería entregado a su eterno enemigo para sufrir un destino insoportable. Maldije el nombre de Kelemvor por ser un cobarde celoso que se arrastraba por su ciudad de huesos escondiéndose de la ira de Cyric y alimentando su odio con almas indefensas como yo. También maldije al Uno, porque en mi desgracia creía que había perdido el *Cyrinishad* por su propia locura, y que si yo había perdido mi fe después de soportar tanto, era más por su culpa que por la mía. Ahora recuerdo todo esto con gran vergüenza; lo admito sólo como prueba de la verdad absoluta de lo que cuento.

Después de un tiempo, se oyó un estrépito detrás de las puertas y el pequeño portillo que había en el rastrillo se abrió. Dos monjes se asomaron para observar a través de los barrotes. Ambos iban vestidos para la batalla, con solideos de acero en la cabeza y cotas de malla que asomaban debajo de sus túnicas.

—¡Mukhtar! —exclamó uno de ellos.

Los guardias de la Puerta Baja me llamaban Mukhtar el Loco, ya que en todos los años que había pasado fuera del Alcázar de la Candela jamás les había revelado mi verdadero nombre, pues sabía que eso era lo que hacían todos los buenos espías.

—¡Por el Bardo! ¿Qué te ha pasado?

Sabía que mentir no tenía sentido.

—Fui embestido por un toro.

—Vaya, y también pisoteado a juzgar por tu aspecto —dijo un monje cuyo nombre era Agenor—. Pero el guardián piensa que el enemigo nos está tendiendo una trampa. No podemos abrirte la puerta, Mukhtar.

Asentí pues no esperaba otra cosa. A decir verdad, me sorprendía que no me hubieran matado todavía, pero tal vez no supiesen que había revelado la presencia del *Cyrinishad* al califa.

—Míralo, Agenor —dijo el otro monje al que yo conocía como Pelias—. ¡Se va a morir!

—Tenemos órdenes.

—Podemos levantar el rastrillo y dejar que entre arrastrándose. ¿Qué puede suceder? ¡No hay un solo partidario de Cyric en una legua a la redonda!

—Recuerda lo que dijo el guardián sobre los caballos de madera.

—Ulraunt ha estado leyendo muchos poemas épicos —replicó Pelias—. Y lo que yo recuerdo es que Mukhtar es mi amigo.

—¿Amigo?

Yo estaba tan sorprendido por esta afirmación como Agenor. Pelias me había dado muestras de gran bondad, pero jamás habíamos hablado como yo lo hacía con mis amigos de Calimshan, entre los cuales era costumbre hablar del éxito de las propias empresas y de la importancia de los demás amigos de cada uno. Sin embargo no lo contradije, pues tuve la sensación de que sus palabras eran sinceras y que eso podía tener ventajas para mí.

Pelias permaneció en silencio algún tiempo.

—Sí —dijo por fin—, Mukhtar es mi amigo. A menudo hemos compartido el pan. ¿En qué otra cosa consiste la amistad?

Tras decir esto dio un paso atrás y desapareció de mi vista.

Agenor lo siguió de inmediato.

—¿Adónde crees que vas?

—A levantar el rastrillo.

A decir verdad, la respuesta de Pelias hizo que mi corazón galopara como los cascos del toro que me había atravesado con sus cuernos. ¡Jamás se me había ocurrido que con sólo llamar me dejarían entrar en el Alcázar de la Candela! Recuperar el *Cyrinishad* seguía siendo imposible, porque sin duda estaría bien guardado, pero era posible que mis asuntos con Kelemvor pudieran retrasarse si uno de los sanadores de la ciudadela se ocupaba de mis heridas.

—No te preocupes, Agenor —dijo Pelias. Yo apenas podía oírlo porque él y Agenor se habían retirado hacia la oscuridad—. Yo asumiré la culpa si el hermano Risto impone algún castigo.

—Lo hará —replicó Agenor—. No te olvides de que tu amigo es Mukhtar el Loco, y Cyric es el Príncipe de la Locura.

Desde dentro no se oyó nada más. Las palabras de Agenor estaban haciendo efecto.

—¿Qué piensas ahora, eh? —preguntó Agenor—. Tal vez Ulraunt no esté leyendo demasiados poemas épicos al fin y al cabo.

Tenía que hacer algo o estaba perdido.

—Pelias, Agenor tiene razón —afirmé—. No debes abrir la puerta. He visto al propio Cyric en la llanura. ¡Fue él quien me hizo esto!

—¿Qué? —Pelias y Agenor volvieron al portillo de inmediato y miraron mi cuerpo ensangrentado—. ¿Cyric te hizo eso?

—La herida no, pero sí todo lo demás. —Entre las muchas cosas que mi padre me había enseñado acerca de ser un mercader, una era que siempre es mejor decir la verdad, cuando es conveniente—. La primera vez que me golpeó se me cerró el ojo. La segunda vez me hizo esto. —Levanté la barbilla y les mostré la herida que me había hecho en la garganta—. Y la tercera vez que me golpeó, me reventó el oído.

—¡Por el Bardo! ¿Cuántas veces te golpeó? —preguntó Pelias con voz entrecortada.

—Estas tres fueron las peores, aunque también me cogió por los hombros y me clavó los dedos a fondo en la carne, y estoy seguro de que esas heridas son suficientes para matarme. —Hablé en voz baja y gemí para parecer débil. A decir verdad, ni las fuerzas ni el dolor habían menguado desde que el Uno me había vertido aquella sustancia espantosa en la boca—. No soy más que un mendigo y sólo tengo una cosa en esta vida. —Busqué debajo de mi capa y saqué la pequeña daga que siempre llevaba conmigo—. Es por esto por lo que me ha matado Cyric. Cuando la coges en la mano, los dioses te hablan.

Ladeé la cabeza como si en ese mismo momento estuviera oyendo a alguien —no olvidéis que me llamaban Mukhtar el Loco— y a continuación le pasé a Pelias la daga a través del rastrillo.

—Quiero que la tengas tú, amigo mío.

Pelias abandonó el portillo de inmediato. Hubo gran estruendo dentro y el rastrillo se elevó unos tres palmos. Me solté de los barrotes y caí en el barro. Nada de esto fue fingido, ya que estaba tan delirante por mi buena suerte que no podía tenerme en pie. El propio Pelias se deslizó por debajo del rastrillo y tirando de mí me metió dentro de la bóveda sombría que había al otro lado. Ésta fue la primera vez que atravesé las puertas del Alcázar de la Candela.

Pelias y otro hombre me tendieron en una camilla y se pusieron en marcha en medio de la oscuridad, dejando que Agenor y el resto de la compañía bajaran el rastrillo y volvieran a montar guardia contra Cyric. Pronto abandonamos la bóveda y salimos a la luz de la luna, y vi que ya habíamos subido una pequeña altura ya que pude volver la cabeza y contemplar la llanura. A lo lejos se veía la colina en la que habían muerto el Supremo Haroun y Su Letalidad Jabbar, y otra vez estaba recubierta con las plumas de los heraldos de Kelemvor. Más allá se extendía un mar de hierba ondulante, tan inmenso, que me mareó.

La senda era estrecha y empinada y tenía muchas curvas cerradas. No obstante, mis portadores ascendían a buen paso sin la ayuda de linternas ni más iluminación que la luna. Habían recorrido este camino innumerables veces y seguro que eran capaces de hacerlo en una oscuridad tan negra como el alma del Oscuro. Yo, por mi parte, jamás había pasado por allí, y llevaba el ojo izquierdo muy abierto desde que reparé en el abismo que se abría al borde de la camilla. Mientras subíamos cada vez

más alto, no pude por menos que mirar el suelo que se veía más y más distante. Cerré el ojo, pero el balanceo constante de la camilla no hacía más que confirmar mi temor de resbalar y caer al vacío.

El viaje tampoco contribuía a curar mis heridas. El traqueteo permanente hacía que me doliera y me diera vueltas la cabeza, como consecuencia de lo cual se me revolvió el estómago y la herida del vientre me ardía con un fuego frío. Sin embargo, el dolor me hacía fuerte, algo que jamás había experimentado; cuanto más sufría, tanto mayor era mi energía. Podría haberme levantado de la camilla y haber hecho el camino andando si no me hubiera importado que me tomaran por un lunático moribundo.

Rodeamos la colina y durante un tiempo nos desplazamos muy por encima de las olas del mar de las Espadas que rompía contra las piedras. Cuando por fin tuvimos otra vez a la vista la llanura, me dolían los nudillos de lo fuerte que me aferraba al borde de la camilla. Entonces entreví las luces de Beregost parpadeando a lo lejos y supe que sobreviviría hasta el nuevo día. Esta idea no me trajo ningún consuelo, ya que el juicio de Cyric, y el mío también, tendrían lugar al amanecer.

Me sentí tentado de ofrecerme a uno de los dioses que tenían un altar dentro del Alcázar de la Candela y escapar así al castigo de Cyric, pero esto no era posible. Yo no era ni un erudito ni un sabio, y por lo tanto no tenía nada que ofrecer que pudiera hacer que Oghma olvidara mi pasado. Lo mismo podía decirse de los demás que tenían altares allí. Aunque puedo escribir, mi mano es tan torpe que sólo los que conocen su estilo pueden leerlo, de modo que Deneir no me admitiría; tampoco Milil me aceptaría, ya que un camello macho canta mejor en su celo que yo cuando tengo la voz descansada; y Gond se habría reído mucho al ver mis manos, que son suaves y nada preparadas para la construcción de otra cosa que no sean torres de monedas. Al ver que no podía negarle a Cyric lo que le pertenecía, me resigné a mi destino y juré que me limitaría a retrasarlo todo el tiempo que pudiera.

Por fin, el acantilado por el que trepábamos cedió paso a las piedras de una pared hecha a mano. Superamos un recodo y entramos en un pequeño patio suspendido como el nido de un águila sobre un lado de la colina. Por tres lados no había más que oscuridad y viento, pero en el cuarto se abría la gran boca de la Puerta Alta, con los dientes de un rastrillo de hierro saliendo del arco superior de la entrada. Puntas de flechas y virotas de ballesta asomaban de las muchas troneras y casillas de vigilancia de la puerta, y de los agujeros salía el denso humo de las lámparas de aceite encendidas.

Pelias y su ayudante me llevaron hasta el borde de la puerta y allí se detuvieron, y me encontré mirando los aguzados dientes del gran rastrillo. Una puertecilla de hierro se abrió ruidosamente detrás de una mirilla que había en el muro.

—Pelias, ¿qué es lo que tienes ahí? —preguntó una voz.

—A Mukhtar el Loco —respondió mi amigo—. Está malherido y necesita un sanador.

—¡Durante mi turno de guardia no! —fue la respuesta—. ¿Qué pasa contigo? ¡Ya has oído la orden del guardián!

—Sí, pero tú no has oído lo que le pasó a Mukhtar. Fue atacado por el Loco.

—¿Por Cyric?

—¿Quién si no? —Pelias avanzó, guiándonos hacia un rincón oscuro—. ¿Por qué no vas a buscar al hermano Risto? Estoy seguro de que él y el guardián querrán hablar con Mukhtar.

La puertecilla de hierro volvió a cerrarse y esperamos en la oscuridad de la arcada durante un rato. Tenía la sensación de que muchos ojos me vigilaban desde las sombras y oía voces que susurraban tras las troneras. Tuve cuidado de gemir y gritar a menudo, para que supieran lo serias que eran mis heridas y no me consideraran capaz de hacer daño. Ahora que me encontraba en la mismísima puerta del Alcázar de la Candela, sentí nacer en mi pecho la débil esperanza de poder encontrar el *Cyrinishad*, y una vez encontrado, una esperanza más vaga todavía de recuperarme y escapar a los muchos tormentos que me esperaban en la Ciudad de los Muertos. Esto era descabellado, pero en su desesperación un hombre condenado se agarra a un clavo ardiendo.

Después de un rato llegó desde detrás de la puerta un débil murmullo que pronto se convirtió en un oficioso zumbido. Como había oído muchas veces un ruido similar en el palacio del califa, supe que Ulraunt, el propio Guardián de los Tomos, se aproximaba con su séquito. Preparé mentalmente muchas fórmulas obsequiosas pues había oído a los monjes hablar de él y sabía que tenía un alto concepto de sí mismo y apreciaba a los que hacían lo mismo. Se oyeron dos golpes al otro lado de la puerta. Cuando el portillo se abrió, en seguida me vi asaltado por un olor desagradable. Era leve, pero tan hediondo y corrupto que bien podría haber sido el olor a muerte que sale de una tumba. Esto me sorprendió mucho, ya que los monjes eran muy limpios y de hábitos muy sanos.

Pelias cambió de lado en la camilla y pasó por el portillo caminando hacia atrás. Tuvo que agacharse para no golpearse la cabeza, pues el portal estaba construido para permitir el paso de un hombre solo agachado o de rodillas. En cuanto yo hube entrado, una verdadera multitud se abalanzó sobre nosotros, atrapando al ayudante de Pelias contra la puerta. En la multitud no sólo había monjes, sino también guerreros de las múltiples compañías que habían acudido al Alcázar de la Candela. Reconocí sólo algunas de las insignias: los Puños Flamígeros, los Jinetes Infernales de Elturel, la Lluvia Silenciosa, y algunas otras de menor importancia.

También reconocí a la mujer del velo negro a la que había entrevistado esa misma mañana cabalgando en un hipogrifo y escrutando el terreno con sus ojos pintados con

kohl. Me causó una gran intranquilidad ya que no apartaba la mirada de mi cara, y pensé que sería una verdadera creyente enviada a vigilarme. Entonces entreví el alfiler que llevaba, un arpa de plata dentro de una media luna, y supe que pertenecía a los Arpistas, una banda de necios entrometidos que enviaban a sus agentes a todas partes a interferir en los asuntos de otros.

También estaba el guardián del *Cyrinishad*, el guerrero que había estado a punto de matarme la noche de la llegada del libro. De todos los soldados allí reunidos sólo él llevaba la armadura completa, con guanteletes y grebas incluidos. Me di cuenta de que me había reconocido ya que tenía el visor alzado y me miraba con fiereza.

Un monje barbudo, vestido con un hábito marrón, emergió de entre la multitud. Me apuntó a la cabeza con una varita negra y reluciente. Aparté la mirada porque conocía a aquel hombre como Risto, Guardián del Portal, y había aprendido a guardar distancia cuando él acudía a inspeccionar la Puerta Baja.

—¡Pelias! —dijo—. ¿Qué significa esto?

—Creo que está claro lo que significa —le respondió otro hombre que estaba vestido con una túnica de color azul muy pálido. Se puso al lado de Risto y se inclinó sobre mí para estudiar mis múltiples heridas—. Este hombre acudió a la Puerta Baja en busca de ayuda y Pelias lo dejó entrar haciendo caso omiso de las órdenes.

Aunque yo no había visto en mi vida al Guardián de los Tomos, por su mirada astuta y su porte real y por lo cohibidos que se mostraban todos en su presencia y la deferencia con que le abrían paso, colegí que era Ulraunt.

—Piadosa fuente de conocimiento, te ruego perdones mi intrusión pues no fue obra mía —supliqué—. No acudí a la Puerta Baja en busca de ayuda, sino con la intención de ofrecerla. ¡Le rogué encarecidamente a Pelias que no me dejara entrar, sino que se limitara a dejarme hablar para poder advertirle que no alzase el rastrillo ni abriese la puerta ya que el propio Cyric anda merodeando por la llanura!

En la multitud muchos dieron un respingo y retrocedieron, pero la arpista y la portadora del *Cyrinishad* se acercaron y me miraron con más intensidad.

Ulraunt apoyó una mano sobre mi brazo con suavidad.

—No te preocupes, Mukhtar, no vamos a azotarte por necesitar ayuda.

Esto representó un gran alivio para mí, porque sabía por sus bondadosas palabras que no iba a encerrarme en una mazmorra ni en una torre ni en ningún otro lugar del que me resultara imposible escapar para ir en busca del *Cyrinishad*.

Ulraunt miró a Pelias y a continuación a Risto.

—Tampoco castigaremos a Pelias por ofrecerla —dijo.

—¡Bendito sea tu nombre! —Tuve cuidado de no hablar con demasiada energía, no fuera que mi anfitrión pudiera albergar sospechas sobre mis fuerzas—. Realmente estás tan lleno de sabiduría y compasión como tus muchos sirvientes afirman. Que sepas que cuando pase al otro mundo hablaré bien de Ulraunt.

—Como debe ser.

El hombre rió entre dientes, pero Risto hizo un gesto desdeñoso y la multitud dio un respingo. Tuve la sensación de que había cometido un gran error.

—Pero yo no soy Ulraunt —añadió el hombre—. Soy el Primer Lector Tethtoril.

—Yo soy Ulraunt. —La voz, llena de resentimiento, sonó en algún lugar por detrás de Tethtoril y de Risto.

La multitud se escindió para dejar paso a un hombre de baja estatura y amargo semblante y con el sueño todavía pegado a los ojos. Apartó a Tethtoril de un empujón y a mí me miró con rabia, y por su expresión airada pude ver que me haría pagar mi error. Tuve visiones en las que era arrojado desde el nido de las águilas que había fuera de la Puerta Alta o encerrado en algún oscuro agujero hasta que muriera y fuera a parar delante de Kelemvor.

—Y ahora, ¿qué es todo eso sobre Cyric?

—Está fuera, en la llanura —respondí—. Lo sé porque fue él el que me hizo todo esto, salvo la herida del vientre que me ocasionó un toro de guerra.

Mientras decía esto, otro hombre se acercó al otro lado de mi camilla. Iba vestido con la camisa blanca de los Elegidos de Oghma, y por los glifos bordados en su chaleco deduje que se trataba de un sacerdote de poder nada desdeñable. Su ayudante lo seguía con una lámpara, y aparté la vista para que el sanador no pudiera ver el odio que sentía por su dios ladrón.

—Me resulta difícil creer —dijo Ulraunt mientras el sacerdote palpaba y examinaba mis heridas— que alguien como tú —hizo un gesto de desprecio al pronunciar esta palabra— haya sobrevivido a un ataque de Cyric.

—Entonces es mejor que no hubieras estado presente, porque habrías dudado de tus propios ojos. —Mi respuesta arrancó una risita disimulada a Tethtoril y a algunos otros, lo cual no hizo sino aumentar mi inquietud, ya que no tenía intención de irritar todavía más a Ulraunt—. Yo mismo casi no me lo creo.

El sacerdote me metió un dedo en la herida del estómago y hurgó en ella sin compasión, seguramente para ganarse el favor de Ulraunt. Me asaltaron unos dolores espantosos, y sin duda me hubiera caído de la camilla de no haberme sujetado Tethtoril y Risto. El sacerdote pronunció una palabra y entonces algo que me había puesto en el vientre se abrió con un estallido. Recorrió todo mi cuerpo como un demonio flamígero, buscando todas las heridas que me había producido Cyric y prendiéndoles fuego. El mundo se tornó rojo y silencioso y sentí que caía.

No sé cuándo acabó la caída. Abrí el ojo izquierdo y me encontré con que el sacerdote me estaba abofeteando y gritando en mi oído bueno, y vi que todavía estaba en la camilla. Seguía rodeado de la misma multitud. Todavía notaba una opresión en la cabeza y me dolía la cara, y en el cuello y los hombros seguía sintiendo la misma fiebre fría, pero el dolor del vientre había desaparecido. El propio orificio parecía

adormecido y cerrado, como si el sacerdote lo hubiera tapado con un corcho. La carne de alrededor era tierna y caliente. Sólo me dolía el estómago como si me hubiera dado una patada un camello furioso.

—Ha vuelto en sí. —Daba la impresión de que el sacerdote estaba más aliviado que yo.

Noté que el sutil hedor que me había asaltado fuera de la puerta era ahora más intenso, aunque no provenía de un punto cercano.

La cara de Ulaunt apareció encima de la mía.

—No vuelvas a hacer eso. —No entendí si el Guardián se dirigía a mí o al sacerdote—. Necesito oír más sobre este encuentro con Cyric.

—Como deseáis, sabio señor —dijo el sacerdote.

—¿Cómo conseguiste sobrevivir? —preguntó Ulaunt.

—Te aseguro que yo no hice nada para conseguirlo. —Como antes en la Puerta Baja, hablé con total sinceridad al respecto—. Cuando Cyric no pudo encontrar lo que buscaba, se cansó del juego y me dejó allí sufriendo.

Ulaunt entrecerró los ojos.

—¿Y qué era lo que buscaba?

Miré a Pelias. Como tenía mucha práctica en esto de fingirme loco, sabía que lo mejor era mostrarme reacio.

—Habla —me alentó Pelias—. Puedes confiar en Ulaunt.

Aunque sabía muy bien que no era eso lo que me convenía, asentí. Paseé la vista por la multitud y fruncí el entrecejo, como receloso de hablar delante de tanta gente. Le hice al Guardián una seña para que acercara el oído a mis labios.

—Desea mi daga —le dije.

—¿Tu daga? —Ulaunt se apartó de la camilla.

—No hay nada que temer, Guardián —afirmó Pelias—. Me ha dado el cuchillo a mí para que lo guardara.

Ulaunt hizo un gesto de disgusto, y supe que Pelias había cometido un error tonto al señalar el miedo de su superior. A partir de ese momento, la vida de mi amigo en el Alcázar de la Candela se volvería muy difícil.

El Guardián volvió a mi lado, y cuando habló su tono dejó bien claro que había perdido todo interés por mi historia.

—¿Y por qué habría de querer un dios la daga de un mendigo?

En ese momento supe que se me permitiría pasar allí la noche, ya que Ulaunt me consideraba un mendigo sin ningún valor y no iba a molestar a sus hombres para que abrieran las puertas y me echaran fuera. Ansioso de reforzar esta impresión, miré a todos los que me rodeaban y volví a indicarle al Guardián que acercara el oído a mi boca.

—Puedes hablar libremente. Estás entre amigos —declaró, pues ya se había

cansado de agacharse.

Volví a vacilar, pero Pelias me animó.

—La daga es mágica —expliqué en voz baja—. Cuando la tienes en la mano, los dioses te hablan.

La multitud rió por lo bajo con cierto nerviosismo. Sabían que los ojos de los dioses observaban este lugar y que los dioses actúan de una manera muy extraña. No era totalmente descartable que una deidad pudiera hablar a través de la daga de un mendigo. Ulaunt echó una mirada a Pelias y enarcó una ceja.

—N-no ha funcionado conmigo, Guardián.

—Bien, bien —prosiguió Ulaunt volviéndose hacia mí—. Si Cyric quería la daga, ¿cómo es que un simple mendigo impidió que la cogiese?

—La escondí. —La verdad, las cosas estaban yendo todo lo bien que podía esperar—. Entre mis ropas.

—¿Y con eso engañaste a Cyric?

—Así es —respondí—, y entonces me dejó solo.

—Ya veo. —Ulaunt puso los ojos en blanco y a continuación echó una mirada burlona a Pelias—. La próxima vez no seas tan ingenuo, hermano.

—No lo es, Guardián —dijo el sacerdote—. Me refiero a lo de ingenuo. Sea lo que sea lo que le sucedió a este mendigo, dice la verdad sobre sus heridas.

—¿Qué? —El que hizo esta pregunta fue el guardián del *Cyrinishad* que, con increíble rapidez, se acercó al otro lado de mi camilla quedando frente al sacerdote—. ¿Qué quieres decir?

—Mira esto. —El sacerdote señaló mi vientre. Aunque mi túnica seguía desgarrada y sucia de sangre, el terrible agujero en la carne se había cerrado con la magia—. Esta herida era la peor, con mucho, pero se cerró casi por completo. Sin embargo, la magia de Oghma nada pudo con estas otras.

—¡Que el Encuadernador nos proteja! —susurró Ulaunt. El Guardián se retiró varios pasos y con él todos los presentes salvo Tethtoril y el sacerdote, el guerrero y la arpista y los que sostenían mi camilla, que realmente parecían muy preocupados—. ¿Fue tocado?

—¿Tocado? —preguntó la arpista—. ¿Qué quieres decir?

—Estoy lo bastante cerca de Oghma como para que mis manos hayan adquirido cierto... poder —explicó el sacerdote—. Podría traer a este hombre de entre los muertos, pero no puedo cerrar esas heridas. Ha sido tocado por algo muy poderoso... y muy corrupto. Fue por eso que la magia del Encuadernador le hizo ese efecto.

—¡Por eso y porque es uno de los de Cyric! —El guardián del *Cyrinishad* me cogió por la cintura y me levantó de la camilla—. ¡Debemos deshacernos de él en seguida!

Se deslizó a través del portillo y, viendo lo que pretendía hacer, me agarré a la

jamba nada dispuesto a soltarme, aunque me dejara allí las uñas.

—¡Misericordioso Guardián, te lo ruego, no dejes que me arroje desde la torre!

El sacerdote y su ayudante corrieron en mi ayuda. Me cogieron de los hombros y tiraron de mí hacia adentro, aunque mi atacante me seguía tirando de las piernas decidido a arrastrarme al otro lado.

—¡Gwydion! —gritó Tethtoril—. ¡Déjalo ya... ahora!

—¡Este mendigo ya ha tratado de robar el libro una vez!

—¿Libro? —grité—. ¡Pero si ni siquiera sé leer!

Pelias le retorció el pulgar a Gwydion y éste me soltó de inmediato. El sacerdote y su ayudante cayeron al suelo y yo encima de ellos, y todos nos quedamos allí tendidos mientras Tethtoril y Pelias se interponían entre el guardián y mi persona.

—Gwydion, estás aquí como huésped —dijo el Primer Lector—. ¡Si no puedes recordar eso, serás invitado a irte!

Ulaunt, siempre dispuesto a preservar las prerrogativas de su cargo, dio un paso adelante.

—Eso me toca a mí decidirlo.

—Lo siento. —Tethtoril le hizo sitio a Ulaunt pero siguió mirando a Gwydion—. Simplemente quería dejarle esto claro a Gwydion antes de que se empeñe en arrojar a Mukhtar desde la torre y te deje a ti sin tu entrevista.

—¿Entrevista?

—Has tenido razón en todo momento, como lo demuestran las heridas de este mendigo —replicó Tethtoril—. Cyric está ahí fuera, y sólo Mukhtar puede decir lo que está haciendo.

El desánimo me invadió. Ya les había contado todo lo que quería contar sobre Cyric, y se decía que la meticulosidad de Ulaunt hacía de él un aplicado inquisidor. Asintió gravemente ante el consejo de Tethtoril y se volvió a mirarme. En seguida me di cuenta de que iba a pasar toda la noche en compañía del Guardián y no tendría la menor oportunidad de buscar el *Cyrinishad*.

Es una suerte que el califa permita a los locos vivir en las calles de su ciudad. En muchas ocasiones los he observado y he notado sus extraños hábitos, especialmente por lo que respecta a los ataques que pueden sobrevenirles a la menor provocación. Empiezan a girar los ojos hasta ponerlos en blanco, los miembros se les quedan rígidos y no hacen más que manotear y patalear, se muerden la lengua y les sale espuma por la boca, y cuando están en ese estado, no hay nada que los saque de su ensimismamiento; da lo mismo que se los tiente con bellas mujeres o que se los queme con hierros ardientes.

Todo eso hice yo, hasta lo de morderme la lengua para que me saliera sangre por la boca junto con la espuma. Empecé a revolcarme sin reparar contra qué, e incluso llegué a golpear las piernas de Gwydion para que nadie pensara que tenía control

sobre mis movimientos. Y todo el tiempo estuve farfullando en una lengua que ningún hombre ha hablado jamás. Me golpeé la cabeza contra el suelo hasta que quedé lleno de chichones y me raspé la cara contra las piedras hasta hacerme sangre. El dolor que todo esto me producía no hacía más que alimentar mi peculiar fuerza, y mi frenesí no amainaba. Ningún hombre podría haber observado el espectáculo sin pensar que yo estaba totalmente loco.

Después de un tiempo, dejé que Pelias y otros tres me sujetaran brazos y piernas y me sostuvieran en el aire. Seguí retorciéndome, echando espuma y farfullando, no fueran a pensar que se me había pasado el ataque. El sacerdote me colocó una cuña de madera entre los dientes y la sujetó con una cinta de cuero mientras Tethtoril trataba de abrir el párpado del ojo que tenía sano.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó la arpista del velo. Se acercó y me miró a la cara, y en sus ojos oscuros pude ver otra vez las alas abiertas del hipogrifo cruzando el sol—. Parece un camello moribundo o sediento.

—Entonces deberíamos acabar con su sufrimiento —dijo Gwydion.

—¡No! —gritó Ulraunt—. No hasta que yo lo haya interrogado.

—¿Cómo podrás hacerlo? —preguntó Gwydion—. Cyric lo ha reclamado.

—No le pertenece —replicó el sacerdote—. Es un ataque causado por tu intento de matarlo. Se recuperará.

—¿Cuándo? —Esta vez fue Ulraunt el que preguntó.

—Sólo el Encuadernador lo sabe —respondió el sacerdote—. El ataque se le está pasando. Después de eso, dormiré un tiempo. Podrás hablar con él cuando despierte. Le dolerá la cabeza, pero debería estar en condiciones de contestar a tus preguntas.

—¿No puedes hacer algo?

—Ya viste lo que hizo mi último conjuro —replicó el sacerdote—. Otro podría matarlo, especialmente si este ataque tiene algo que ver con Cyric.

El Guardián se quedó un rato silencioso.

—¿Cuáles serían sus oportunidades? —preguntó al fin.

Mordí la madera tan fuerte que la sangre que tenía en la boca me subió a la nariz y empezó a salir por ella. En el mismo momento liberé tres de mis miembros, caí al suelo y seguí revolcándome en loco abandono.

—¡Yo diría que no muy buenas! —El sacerdote trató de sujetarme un pie y yo le pagué con un furioso puntapié que le hizo sangrar el labio—. ¡Que alguien me ayude! ¡Se va a hacer daño!

—Si lo que necesita es dormir, mi señor, yo puedo ayudar.

La arpista se acercó a mi cabeza y buscó algo en la manga de su túnica. Traté de apartarme, pero Pelias me atrapó y me sujetó, tendiéndome en el suelo como a una adúltera encima de un hormiguero. Cuando la bruja sacó la mano de la manga tenía entre los dedos una pequeña cantidad de arena que espolvoreó sobre mi ojo bueno. Lo

cerré en seguida, pero demasiado tarde. Los granos ya habían caído y estaba pronunciando su conjuro con voz suave y seductora como una noche en mi propia cama. Me sumí en un sueño más profundo que el mar, totalmente olvidado de cualquier preocupación acerca del destino que me esperaba en el reino de Kelemvor o de cualquier recuerdo del bondadoso príncipe, mi fortuna y mi esposa, o de ningún sueño del sagrado *Cyrinishad* susurrando en su caja de hierro.

¡Malditos Arpistas! ¿Por qué no se ocuparían de sus propios asuntos?

Capítulo VII

Se dice que cada mercader tiene su castigo, y esta arpista era el mío. Su nombre era Ruha. Había visto mi cara en una visión, y sólo por eso había jurado transformar mi vida en un infierno. Nacida entre los nómadas del desierto treinta años atrás, jamás había llevado una vida fácil ni segura, ya que su gente temía la magia y todas las demás cosas que no entendía, que eran muchas. Como Ruha tenía visiones, su tribu la había expulsado a una edad temprana abandonándola a las ardientes arenas. Así aprendió a vivir sin agua, hasta tal punto que incluso los camellos tenían más sed que ella, y descubrió cómo alimentarse de cualquier cosa, tanto da que fuera una serpiente, una espina o un hueso. Al ver en qué criatura se había convertido esta joven, la diosa de la Magia la había guiado a un remoto oasis donde vivía una vieja arpía versada en las extrañas formas de la magia del desierto. Esa bruja le enseñó a hacer conjuros a partir de la arena, el fuego, el viento y el agua. Con el tiempo, la joven Ruha fue capaz de crear cualquier clase de magia con tan sólo el polvo de sus pies o el agua que tenía en la boca, y se convirtió en una bruja en todo el sentido de la palabra. Llegó el momento en que los Zhentarim enviaron una partida para abrir una ruta comercial a través del Anauroch. Los Arpistas, a su vez, enviaron un agente para predisponer contra ellos a los pueblos del desierto. Ruha se enamoró de él a primera vista y desde ese momento lo deseó. Hizo un encantamiento para obligarlo a amarla, pero él no estaba dispuesto a olvidar su misión y murió en combate. Ruha no emitió un solo lamento porque los chacales no lloran la muerte de ningún hombre. No obstante, habiendo probado las mieles del amor, ya no tenía ganas de volver a su oasis y vivir sola, de modo que robó la insignia de plata del agente y abandonó el Anauroch para encontrar a otros como él.

Y fue así que Ruha entró en contacto con los Arpistas. Lo que hizo durante los meses que siguieron tiene poca importancia, salvo que viajó muchísimo por petición de sus maestros, aprendiendo las costumbres de Faerun y sembrando la discordia y la destrucción allí adonde iba. Fue ella quien hizo que el príncipe Tang renegara de su acuerdo con el Culto del Dragón, ¡lo cual hizo que se quemara la mitad del Elversult! Y fue ella quien secuestró a la hija del duque Wycliff de los gigantes de la montaña, impidiendo un matrimonio que habría unido a dos razas por sangre y por parentesco.

Cuando la noticia de la situación del Alcázar de la Candela llegó a la ciudad de Aguas Profundas, Ruha estaba allí, ocupándose de un pequeño asunto de unos niños perdidos en el vado de la Garra del Troll. Al enterarse del conflicto, se le nubló la vista y vio a un mendigo demacrado —yo— de pie ante una gran multitud y leyendo un libro. Ahora bien, las visiones de Ruha era tales que jamás entendía su significado ni sabía qué hacer con ellas, pero ella no permitía que su ignorancia le impidiera entrometerse. De esta manera, era una arpista perfecta. Dejando que otra persona se

ocupara de buscar a los niños, rogó a sus maestros que la enviaran al sur con el contingente de Aguas Profundas. Fue así que llegó al alcázar con los jinetes de los hipogrifos justo cuando Haroun y Jabbar estaban a punto de matarse el uno al otro.

Cuento todo esto no como excusa de lo que me aconteció en la Puerta Alta, ya que una disculpa nunca modifica las cosas. Sólo deseo dejar claro qué clase de bruja me vigilaba mientras dormía. Volví de mi sueño y lo primero que noté fue el hedor de la podredumbre en mis fosas nasales. Al principio me pregunté si sería la propia bruja o su asquerosa magia las que lo producían, pero pronto me di cuenta de que el olor era más penetrante. Posiblemente se debiera a alguna infestación, ya que lo acompañaba un extraño sonido, un chirrido inconstante, como el de los insectos cuando se aparean. Este ruido rechinante me llenó la cabeza produciéndome tal irritación que pensé que me iba a estallar el cráneo, y aunque parecía familiar, no podía recordar haberlo oído antes.

Volví la cabeza y allí encima tenía los ojos pintados con kohl de la bruja arpista. Como siempre, llevaba su velo, de modo que todo lo que pude ver de su rostro eran dos estanques de un diabólico color marrón. Supe de inmediato que había estado estudiándome mientras dormía. Mi siguiente pensamiento fue que había usado su magia para ver dentro de mis sueños y descubrir mi secreto y mi objetivo. Y aunque jamás había hecho daño a una mujer en mi vida, supe que tenía que estrangularla.

Pero la bruja se me había anticipado. Mis manos apenas se habían alzado cuando una correa de cuero me sujetó las muñecas. Alcé la cabeza y vi que me había rodeado el cuerpo con tres correas atándome a la camilla a la altura del pecho, las caderas y las piernas.

—Es por tu propio bien —dijo la bruja—. No queríamos que te hicieras daño.

—¿Por mi propio bien? —Habla con dificultad y sin duda resultaba difícil entenderme, porque tenía la lengua hinchada y torpe debido al mordisco que me había dado—. ¿Y por qué iba a hacerme daño?

—Quiere decir por accidente, Mukhtar. —Pelias se adelantó hasta la luz. La cota de malla le asomaba por debajo del hábito—. Tuviste un ataque muy fuerte. Las correas eran sólo para impedir que te sacudieras y te cayeras de la camilla.

Aparté la vista, como si la mención del ataque me causase gran perplejidad, pero la verdad es que estaba tratando de ocultar el alivio que sentía. Su tono afectuoso significaba que la bruja no había leído mis sueños..., o al menos no había dicho que lo hubiera hecho. Vi que me encontraba en la habitación de un escriba, iluminada por la luz parpadeante de una lámpara de aceite y escasamente amueblada. Habían colocado una silla en cada extremo de la camilla para mantenerla en alto, y en un escritorio que había en un rincón estaban el yelmo de Pelias y una jarra de cobre para el agua. Además, la habitación tenía un asiento debajo de la ventana abierta en el grueso muro, aunque la tupida cortina que la cubría me impedía ver lo que había fuera. El

corazón empezó a latirme con fuerza, ya que temía que hubiera amanecido y que fuera demasiado tarde para buscar el *Cyrinishad*.

Pelias se puso en cuclillas junto a mí y me apoyó una mano en el hombro.

—No hay de qué avergonzarse, Mukhtar. ¿Cómo te sientes?

—Bastante bien. No hay necesidad de esto. —Levanté las manos e hice presión sobre la correa de cuero que me rodeaba la cadera. Me di cuenta de que con un pequeño y cuidadoso esfuerzo podría conseguir liberar las manos—. Tengo mucha sed —dije.

Pelias se dispuso a desatarme.

Más rápida que una lagartija, la bruja le sujetó la mano.

—Déjalo hasta asegurarnos de que el ataque ha pasado, Pelias. Tal vez deberías ir a buscar al Guardián. ¿No dijo que lo llamáramos cuando se despertara Mukhtar?

—¡No, Pelias! —grité. Si quería tener alguna oportunidad de encontrar el *Cyrinishad* tenía que escaparme rápido, algo que Ruha sin duda haría muy difícil—. ¡Si amas a Oghma, por favor no me dejes con la bruja! ¡Te lo ruego!

El entrecejo de Ruha se convirtió en una sombría línea.

—¿Tienes miedo de mí, Mukhtar?

No le hice el menor caso y me concentré en Pelias.

—¡Me matará si me dejas aquí indefenso y atado!

Pelias negó con la cabeza y cogió el brazo de la arpista.

—Ésta es Ruha. —Acercó hacia mí la mano de la mujer—. No va a hacerte daño. Aparté la vista de los dos.

—Mukhtar —dijo ella—. ¿Por qué tienes miedo? No te he hecho ningún daño.

Negué tan violentamente con la cabeza que me golpeé en la sien con el armazón de la camilla.

—¿Entonces por qué me echaste arena en los ojos? ¿Y por qué estoy atado aquí contra mi voluntad, con la cabeza que parece que esté incubando un águila? —Con cada palabra soltaba espuma por la boca, en la esperanza de que pensarán que estaba a punto de darme otro ataque—. ¡Pelias, ya trató de matarme una vez, y si la dejas a solas conmigo volverá a intentarlo!

Pelias se limpió mi saliva de la cara y se volvió hacia la bruja.

—Será mejor que vayas tú a buscar a Ulraunt.

Ruha entrecerró los ojos y me estudió atentamente, su voz sonó enfadada cuando habló.

—Mi conjuro no le hizo el menor daño, Pelias. ¡Este perro no tiene motivos para tenerme miedo!

Pelias la cogió por un brazo y la apartó unos cuantos pasos, pero incluso con un solo oído y con el zumbido que me llenaba la cabeza pude oír lo que le decía en voz baja.

—No necesita un motivo, señora. Está loco.

Sentí sobre mí la mirada sombría de la mujer y supe que mi simulación no la había convencido del todo. Sin embargo, tampoco entendía qué era lo que me traía entre manos y eso la ponía nerviosa y hacía que mis palabras la enfurecieran.

—Como desees, Pelias. Iré a buscar al Guardián. —No trató de bajar el tono, sino que habló como para que yo pudiera oírla—. Pero no debes desatarlo. Este mendigo desempeña un papel más importante de lo que pensamos. Es preferible considerarlo tan peligroso como Cyric.

—Como desees, señora. —Pelias rebuscó en un bolsillo de su hábito—. Necesitarás este pase para entrar en la Torre del Guardián.

—Tengo el mío. Es allí donde me alojo.

Dicho esto, la bruja salió de la habitación sin mencionar para nada la visión en la que me había visto con un libro. Tenía costumbre de mantener esas cosas en secreto. Su amarga experiencia le había demostrado que la gente estaba más dispuesta a culpar a sus visiones de lo que sucedía que a agradecer que les avisara de los peligros. Tal vez fuera por esta necedad generalizada que el miedo que yo fingía la ofendía tanto. La verdad es que no puedo saber por qué, pero fue la primera mujer que me tomó una antipatía tan instantánea.

En cuanto se hubo cerrado la puerta me obligué a contar hasta cien. Estaba ansioso por emprender mi búsqueda, pero tenía que ser paciente para evitar que mi amigo hiciera caso de la bruja. Tampoco me tranquilizaba demasiado el hecho de que fuera Pelias el que me vigilase, ya que mi huida le traería problemas sin cuento. Habría sido mejor amigo permitiendo que fuera él en busca del Guardián y que la culpa recayera sobre Ruha, pero ella era un obstáculo casi infranqueable. Si quería tener alguna oportunidad de evitar los tormentos de Kelemvor, Pelias tendría que hacerme este último servicio.

Cuando acabé de contar me volví hacia Pelias. Estaba sentado en una esquina del escritorio, vigilándome. La daga que le había dado estaba todavía en su cinto.

Fruncí la cara en una expresión de ruego.

—Estoy tan incómodo, amigo mío. ¿Por qué no me sueltas estas correas?

Pelias negó con la cabeza.

—Si Ulraunt te llega a encontrar desatado...

—¿Y qué te importa Ulraunt, amigo mío? Ya ha decidido hacerte la vida aquí de lo mas desagradable. Si tuvieras un poco de sentido común te marcharías e irías conmigo a Calimshan.

—¿Calimshan?

Lo que yo había dicho no encerraba ningún peligro. Aunque varias compañías de Calimshan habían estado presentes durante el asedio, sabía que Pelias atribuiría mis palabras a los delirios de un loco. Esto me permitió tranquilizar mi conciencia con

una auténtica oferta de ayuda.

—Soy amigo personal del califa de Najron —alardeé—. Podría conseguirte una casa y llenarla de mujeres que complacieran tus deseos.

Al oír esto, Pelias se rió.

—Soy un monje, Mukhtar. Tengo todo lo que deseo aquí, en el Alcázar de la Candela.

—Pero me temo que no por mucho tiempo.

—Ulraunt no es tan mezquino como piensas. Es un hombre sabio.

—Puede ser, pero sabiduría y bondad no son la misma cosa.

La respuesta de Pelias tardó más que la anterior.

—Da lo mismo, si no puedo tenerlo en el alcázar, no lo deseo.

—¿Y nada podría hacerte cambiar de idea, Pelias?

Se rió como si estuviéramos bromeando.

—Nada.

—Ah, bien —acepté con un suspiro—. ¿Querías darme agua entonces? —En el lado de la litera opuesto a Pelias eché hacia atrás la muñeca—. Este terrible hedor me está poniendo enfermo.

—¿Hedor? —Pelias me miró con perplejidad mientras cogía la jarra de cobre—. ¿De qué estás hablando?

—¿Tú no lo notas? —Me mostré realmente sorprendido—. Entonces debes marcharte en seguida del Alcázar de la Candela, ya has estado aquí demasiado tiempo.

Pelias se rió y me trajo el agua.

—Lo único que huele aquí es... Bueno, no importa, amigo mío.

—¿De verdad que no lo hueles? Es el olor pútrido de una tumba, de cadáveres corrompidos y de moho.

Pelias hizo una mueca.

—Supongo que debería olerlo.

Lo miré frunciendo el entrecejo.

—¿Y qué me dices de los insectos? ¿No te vuelve loco su zumbido?

Pelias enarcó las cejas.

—¿Insectos? No están permitidos aquí, en el Alcázar de la Candela, Mukhtar. Dañan los libros. Tenemos defensas mágicas contra ellos.

—¿De verdad? —dije con un respingo al darme cuenta de dónde había oído antes un zumbido semejante y olido un hedor similar: había sido la noche en que Gwydion y la mujer habían llegado con el *Cyrinishad*—. ¿No hay insectos?

—No como para producir un zumbido. —Pelias se inclinó para acercarme el vaso a la boca. De haber tenido el brazo libre podría haberle arrebatado la daga del cinto—. ¿Tienes sed o no?

Alcé la cabeza y vi que tenía suficiente libertad de movimientos como para hacer lo que había planeado. Pelias inclinó el vaso para llenarme la boca de agua, pero cerré la garganta y se la lancé a la cara simulando un acceso de tos terrible. Al mismo tiempo tiré de la mano izquierda soltándola de la correa central y liberé mi brazo izquierdo hasta el codo. Pelias me puso una mano debajo de la cabeza para ayudarme y volvió a darme agua.

—¡Bebe, Mukhtar!

Eso fue lo que hice, y también crucé el brazo por encima del pecho y así a Pelias por el hombro. A través de su hábito logré enganchar un eslabón de su cota de malla y tirar de él hacia mí. Cuando tuve su cabeza cerca de mi cara, cerré los dientes sobre la oreja y mordí con la fuerza de un camello.

—¡Mukhtar! —gritó tratando de liberarse.

No aflojé el mordisco. Pelias no podía soltarse sin que le cercenara la oreja. Liberé mi mano derecha de la correa y entonces rebusqué en su cinto hasta que encontré el mango de mi daga.

—¿Qué estás haciendo, Mukhtar?

Pero Pelias sabía lo que estaba haciendo. Era evidente por el miedo que se notaba en su voz y por la fuerza con que se debatía. Perdió la mitad del lóbulo de la oreja tratando de soltarse de mis dientes y me golpeó en la cabeza con la jarra de cobre. ¡Si hubiera sabido que el dolor alimentaba mis fuerzas! Se resistía como un león para soltarse de mí y arrebatarme la daga, y con sólo una mano y los dientes para impedirselo, era difícil mantenerlo cerca. Traté de clavarle la daga en el vientre una y otra vez, pero no encontré ningún eslabón débil en su cota de malla. No obstante, la ventaja estaba de mi parte: él luchaba sólo para huir de la muerte y yo lo hacía para salvarme de la condenación eterna. Aunque de la oreja le manaba sangre que me caía sobre la cara, giré la daga y atravesé con la punta la tintineante armadura.

Se le hundió profundamente en el vientre y retorcí la hoja hacia un lado y hacia el otro, tal como hacían los asesinos del califa para asegurarse de debilitar a sus víctimas lo suficiente como para que no opusieran resistencia.

Pelias lanzó un aullido, lo empujé lejos de mí y cayó al suelo dejándome empapado en sangre reluciente.

Así le pagué al amigo más bondadoso que tuve jamás: con traición, heridas y agonía. Mi corazón tendría que haberse alegrado, pues en nada se deleita más el Uno que en la traición de un amigo, que es siempre una celebración del día en que él mató a Kelemvor, pero yo me sentía vacío y sucio, un leproso por dentro y por fuera. En ese momento me contaba entre los infieles, y en mi desesperación no podía rendir a Cyric el tributo que merecía.

Me liberé con la daga y corrí junto a Pelias. Le quité el hábito y la armadura y le lavé la herida con agua vendándosela a continuación con un trozo que corté de la

parte baja de su hábito. Sufría mucho, pero vivía, lo cual era un pequeño consuelo. Le puse una mordaza en la boca y lo até fuertemente, aunque sabía que sufría demasiado para tratar de moverse. Le dije palabras de consuelo y le aseguré que sobreviviría hasta que llegara la bruja a salvarlo. No sé si me oyó o no, porque tenía los ojos cerrados y su respiración era rápida y superficial.

En su gloriosa sabiduría, nuestro señor del Crimen optó por hacer caso omiso del insulto y no me dejó muerto en el acto, cosa que sin duda merecía. Además de burlarme del Uno, estaba perdiendo tiempo.

Fui hasta la ventana y miré entre las pesadas cortinas. Vi con alivio que la luna seguía bañando la ciudadela con su pálida luz y las estrellas lucían todavía en el cielo purpúreo. Estudié las constelaciones para averiguar qué hora era, y repetí la operación para asegurarme. Sólo faltaba una hora para el amanecer.

Eché una mirada rápida al Alcázar de la Candela, tratando de averiguar dónde podría estar escondido el libro. Debajo de mi ventana estaba la gran muralla de la fortaleza que rodeaba totalmente la ciudadela. A lo largo del perímetro exterior había incontables edificios —establos, templos, talleres, barracones—, todos abigarrados y apoyados sobre la parte exterior de la muralla y llenos de Puños Flamígeros, Jinetes Infernales y otros defensores de los monjes ladrones de Oghma.

En el centro de la ciudadela se alzaba un afloramiento de oscuro basalto aterrazado en muchos niveles y salpicado de bosquetes unidos entre sí por sinuosos senderos y cascadas de aguas burbujeantes. Aquí se alzaban las fabulosas torres del Alcázar de la Candela, dispersas por toda la colina, cada una al final de su propio sendero, todas tan altas como titanes. Y en lo alto del monte se elevaba la poderosa Torre del Guardián, rodeada por una cortina de vapor y dominando sobre todas las demás.

En seguida supe adónde tenía que ir, no porque la Torre del Guardián fuese el lugar más seguro para guardar el *Cyrinishad*, y por supuesto, no porque Ruha se hubiera dirigido allí sólo unos momentos antes, ya que no tenía el menor deseo de seguir a esa mujer a ninguna parte. Tenía que ir porque de la gran torre provenía un zumbido bajo, siniestro, que llenaba mis oídos con un murmullo tan incesante como suave. El *Cyrinishad* me estaba llamando; el libro era una cosa viva, sensitiva, y yo podía percibir su cercanía.

Mientras estaba allí, observando, una cuña de luz amarilla apareció en la base de la Torre del Guardián y salió disparada atravesando un puente levadizo, resaltando la figura velada de la bruja. Se detuvo a hablar con el guardia y recordé el pase que Pelias le había ofrecido. Aunque la distancia era excesiva para poder ver si mostraba el emblema, tuve la certeza de que sólo los que presentaran esos pases eran admitidos en el interior de la torre.

Volví a donde estaba Pelias y rebusqué entre sus ropas hasta que encontré un

pequeño disco de bronce. ¡Mi querido amigo me prestaba un nuevo servicio! Me cubrí la cabeza con la capa, le corté un trozo del bajo para no pisármela y entonces sentí el contacto de la lana empapada en sangre sobre el estómago.

Mis esperanzas se desvanecieron en un abrir y cerrar de ojos. ¿Qué centinela me dejaría pasar con semejante mancha en la ropa? Y aunque Tymora me favoreciera y por algún medio consiguiese evitar al guardia de la puerta, Ruha y Ulraunt no tardarían en descubrir mi huida y en dar la voz de alarma. E incluso si lograba encontrar el *Cyrinishad* antes de que me cogieran, tendría que enfrentarme a Gwydion, que seguramente dormiría junto al libro como un perro junto a su amo. ¡En cuanto tocara el trofeo de Cyric, se pondría de pie de un salto y me cortaría en dos enviando mi pobre alma ante Kelemvor!

No obstante, lo único que podía hacer era intentarlo. Mi desesperación se convirtió en mi amiga, ya que un hombre sin esperanza está dispuesto a probarlo todo por no tener nada que perder. Me puse en marcha sin más plan que ir a la Torre del Guardián lo más rápido que pudiera, deslizarme por las estancias sin hacer el menor ruido y enfrentarme a cualquiera que se me pusiera por delante, tal como había hecho con Pelias. Si existía la menor posibilidad, encontraría el *Cyrinishad* y haría lo que me había ordenado el Príncipe de la Locura.

Abandoné el edificio por una ventana lateral y recorrí a gatas un tercio del camino, deslizándome con cuidado entre las sombras por debajo de la muralla exterior. Entonces coloqué la daga en su funda y tomé uno de los muchos senderos sinuosos que iban hacia la Torre del Guardián. Por él me moví sin vacilación. Si alguien me observaba desde una ventana sólo vería a un monje avanzando por un sendero.

A medio camino colina arriba, el sendero que había escogido giraba en dirección a una torre menor y acababa allí. Abandoné el sendero y me adentré en el bosquete, donde el ascenso se hizo mucho más lento por lo escarpado del terreno y por la oscuridad que reinaba bajo las copas de los árboles. Un arroyo sonaba entre las piedras, y con la falta de luz no pude determinar si quedaba a la izquierda o a la derecha y por qué daba la impresión de recorrer transversalmente la pendiente en lugar de precipitarse hacia abajo. No tardé en perder el sentido de la orientación y el mundo empezó a dar vueltas en la oscuridad. Se puso de lado, de modo que lo que antes estaba arriba pasó a ser lo que tenía delante, y lo que había sido inclinado se volvió llano mientras los árboles me rodeaban por todos lados, sesgados, como si un recio viento los hubiera dejado inclinados para siempre, y recordé las descabelladas palabras que había pronunciado Cyric en la Puerta Baja: *"Todo depende de mí. No hay nada cierto hasta que yo no lo contemplo y le asigno un lugar, hasta que yo me coloco encima o debajo, delante o detrás"*. Y lo entendí.

Entonces mis pies se tornaron ligeros y corrí en medio de la oscuridad, y ni una

sola vez tropecé ni perdí el aliento. Ya no estaba trepando por una colina. Ahora corría por un terreno tan llano como una playa, y vi que esto era un regalo de las palabras de Cyric, y que sus palabras me habían dado otro regalo mucho más grande: los medios para llegar al *Cyrinishad* por un lugar inesperado. No sabía si éste había sido o no su plan, pero me dio fuerzas. Me sentía tan ágil como una gacela y tan fuerte como el toro que me había corneado.

Salí de entre los árboles y vi la Torre del Guardián que se cernía ante mí. A mis pies había un foso humeante, tan caliente que mi frente se cubrió de sudor y éste me nubló la vista. El agua despedía un olor a azufre y hierro, y bajo ese manto blanco podía oírla susurrando como una multitud de serpientes.

Tuve miedo, y el foso se volvió tan ancho como un río. La torre se alzaba como una montaña ante mí y sus ventanas parecían estar a mil palmos por encima de mi cabeza. Desenfundé la daga y toqué el pase de Pelias que llevaba en el bolsillo. Tal vez lo mejor fuera cruzar el puente levadizo y conseguir que el guardia de la puerta me dejara pasar.

Desde abajo llegó la voz distante de la bruja.

—¡Alarma! ¡Alarma!

Mi dilema se desvaneció como el humo, ya que ahora ningún guardia me franquearía el paso. Volví a enfundar la daga, cerré los ojos y volví a evocar las palabras de Cyric: «Todo depende de mí, por supuesto...».

Me imaginé el mundo tal como él lo había descrito, puesto de lado. Lo imaginé plano y al mar como un gran precipicio. La colina que había subido se convirtió en un espolón serrado sobre la superficie del acantilado, como si fuera una nariz. Entonces imaginé el foso como un anillo de nubes blancas que rodeaban el extremo de la nariz, y la torre se transformó en una verruga suspendida en la punta.

Cuando abrí los ojos, vi lo que había imaginado. Me sentí mareado y me puse en cuclillas, pegado al suelo. La cabeza me daba vueltas, ya que ahora el suelo era la pared de un acantilado. Para llegar a la torre tendría que dar un salto hacia sus paredes curvas, como si saltase sobre un puente cuyo extremo estuviese anclado en un valle brumoso que había por debajo. ¡Y entonces sólo tendría que atravesar ese puente! Tomé impulso y me dejé caer desde el acantilado.

Pero yo no era el Uno.

Todo no dependía de mí. A decir verdad, toda la materia parecía absolutamente segura de sí, la mirara como la mirase. En un instante, el vapor se hizo tan denso que no podía ver ni mis brazos, que no paraban de manotear. La piel me ardía y se quemaba en la bruma cáustica, y el bisbiseo del agua tapaba el zumbido de las oscuras verdades del *Cyrinishad*. Quedé atónito al oír mis propios aullidos, y más aún porque el nombre que pronunciaba no era el de Cyric, sino el de mi esposa. Entonces caí al foso.

Ya no pude gritar.

El agua me quemó de pies a cabeza, y no hay palabras para describir el dolor que sentí. La piel se me puso encarnada y se me cayó a tiras. El cuerpo se me llenó de ampollas supurantes que se inflaban y se volvían tan sensibles como un diente podrido. Los labios se me agrietaron y sangraron, los párpados se me hincharon y estallaron, y sin duda habría muerto de no haber sido por la fuerza que me había insuflado la sangre que Cyric me había hecho tragar.

Un instante después me encontré trepando por una pared oscura sin recordar cómo había llegado hasta ella. Traté de parpadear y sentí que los párpados se me habían quedado permanentemente abiertos, aunque un lado de la cara estaba tan hinchado por el golpe que me había dado Cyric que todavía no veía nada por el ojo derecho. Tenía los brazos rojos y llenos de ampollas, y ensangrentados en algunas partes. Mis manos estaban hinchadas y en carne viva, y la piel pendía en colgajos. Tenía los dedos incrustados entre dos bloques de basalto y movía los pies con desesperación tratando de afirmarlos en la oscura pared por debajo de mí. Encogí las rodillas y sentí que los dedos de los pies se apoyaban en un desnivel, y sólo entonces alcé la vista y vi la alta pared que se perdía en las alturas.

La Torre del Guardián.

De haber podido hablar, la palabra que hubiera pronunciado sería irrepetible aquí. Mi suerte se había transformado de mala en abominable. Por debajo de mí, la pared se precipitaba hacia el sibilante foso. Desde arriba me llegaba el zumbido del *Cyrinishad*, llenándome la cabeza y apagando todos los demás sonidos. Sólo podía hacer una cosa.

Cogí la daga con los dientes y desplacé los dedos hasta la siguiente unión de las piedras, y así empecé a trepar, moviendo uno tras otro los temblorosos miembros, sin confiar en ningún momento mi peso a un asidero hasta estar seguro de que era firme. Cuando llegaba a una hendidura demasiado estrecha para meter en ella los dedos, usaba el cuchillo para quitar la argamasa, y entonces continuaba.

Así fui avanzando, impulsado por el terror, el dolor y una locura seguramente equiparable a la de mi dios. Un clamor distante surgió de la muralla al responder los monjes y los guerreros a la voz de alarma de Ruha. No me atrevía a mirar hacia abajo por miedo a marearme y caer. Tampoco me preocupaba la posibilidad de que un arquero me derribara de la pared, ya que las sombras del lado de la torre en que me encontraba eran tan espesas como la tinta.

Cuando hube subido el doble de la estatura de un gigante de fuego, tropecé con los dedos en el alféizar de una ventana. Con gran regocijo me así a él y me alcé hasta apoyar el pecho. La cabeza se me enredó en un pesado cortinaje de lana, pero casi ni lo noté. Me limité a quedarme allí, en la oscuridad, y sentir el latido de mi corazón contra la piedra.

Del extremo opuesto de la torre llegaban muchas voces amortiguadas. Un grupo de valientes corría a salvar a los portadores del *Cyrinishad* de mi hoja asesina, pero ¿acaso importaba? Gwydion me mataría en cuanto me acercara al libro sagrado, y yo estaba suficientemente seguro de mi propia capacidad como para saber que el Guardián del Libro no necesitaría ayuda.

De haber existido un escondite seguro, allí me habría dirigido olvidando la orden de mi señor, pero ocultarme era inútil. Mis enemigos ya cruzaban el puente levadizo y rastrearían la ciudadela piedra por piedra hasta encontrarme. Además, había llegado hasta aquí, me había adentrado en el corazón mismo del Alcázar de la Candela valiéndome de mi propio ingenio y de la fuerza del elixir de Cyric. ¡Sólo un loco habría abandonado a estas alturas!

Me descubrí la cabeza y eché una mirada al interior de la habitación: estaba tan negro como una tumba. Volví mi oído bueno hacia la oscuridad, tratando de oír si alguien dormía en el interior, pero lo único que oí fue el libro que llamaba desde lo alto.

El zumbido de sus oscuras verdades subió de tono, llenándome la cabeza con el ruido de mil langostas voraces. El hedor de su macabro pergamino me llenó los pulmones y una fiebre extraña se apoderó de mí. Lo único que importaba era el libro.

Me aparté de la ventana y proseguí el ascenso. Un cronista menos veraz diría que había escogido este camino desesperado sabiendo que no encontraría a nadie en la pared mientras que las escaleras estarían llenas de guardias. Yo no pensé nada de eso. Me limité a trepar, impulsado hacia arriba por mi obsesión, y a medida que iba subiendo, la presencia del libro se hacía más cierta. Mi subida se volvió presurosa y descuidada. Dos veces resbalé y me así con una sola mano, quedando colgado por los dedos y con el corazón en la boca. Sin embargo, cada vez me impulsaba con más fuerza y subía más rápido, decidido a llegar a la cámara de Gwydion antes de que los guerreros lo pusiesen sobre aviso.

Llegué a otras dos ventanas. Como sentía que el libro todavía estaba más arriba, subí hasta una tercera. Llegado a este punto, el hedor del libro era muy intenso. Eché mano a la cortina y en seguida el zumbido de mis oídos se hizo tan fuerte como si todas las gargantas roncadas de la Ciudad de los Muertos estuviesen pidiendo agua. Aparté la cortina con tanto cuidado que mi corazón latió una docena de veces antes de que terminara.

En la cámara había una vela parpadeante sobre una mesa. Su luz me permitió ver que había llegado a una pequeña sala de estar. Había una silla junto a una mesa, y un estante lleno de libros y de pergaminos sin usar. A mi derecha, una pequeña arcada conducía a una segunda habitación, presumiblemente destinada a dormitorio, y junto a este arco estaba el *Cyrinishad*, todavía encerrado en su caja de hierro.

El zumbido del libro se redujo a un susurro, y oí un pequeño chasquido al otro

lado de la habitación. ¡El propio Gwydion estaba frente a la puerta de la cámara con la vista fija en el pestillo! Era posible que se acabara de enterar de la alarma y todavía no estuviera seguro de lo que había oído, pero ya estaba vestido con su armadura completa, incluso con yelmo y guanteletes, y no vi la menor señal de cansancio en su actitud.

Esto me llamó muchísimo la atención. ¿Es que nunca dormía? Por supuesto, la respuesta era que jamás lo hacía. Yo no lo sabía por entonces, o jamás hubiera entrado en la habitación, pero Gwydion el Veloz había sido devuelto a la vida para proteger a Rinda y al *Cyrinishad*. Para garantizar el éxito de su misión, Kelemvor le había dado el don de no necesitar el sueño ni muchas otras cosas que son necesarias para el común de los mortales.

Apoyé los pies en el suelo y atravesé la habitación con el sigilo propio de un ladrón, o eso esperaba. Gwydion no oyó nada y tendí la mano hacia el picaporte para abrirlo. Levanté la daga para atacarlo y no lo advertió hasta el último momento, cuando atisbó una extraña sombra a la luz parpadeante de la vela.

Levantó un brazo para defenderse y llevó la otra mano a la empuñadura de la espada. Salté sobre su espalda, cruzando las piernas alrededor de la cintura, le cogí el mentón desde atrás y tiré hacia arriba para dejarle expuesta la garganta. Mi daga se deslizó hacia arriba por debajo del brazo que tenía levantado, encontró su cuello y cortó en ángulo de lado a lado. Empujé el acero con fuerza, cortándole las muchas venas y arterias del cuello, abriendo el conducto que lleva el aire a los pulmones y seccionando los fuertes músculos que mantienen la cabeza en su sitio.

De la garganta de Gwydion salió un profundo ronquido y a continuación cayó inerte de espaldas sobre el suelo. Aunque se oyó un pequeño tintineo de armadura, mi cuerpo hizo de amortiguador de su caída y el ruido no fue tan fuerte como podría haber sido.

De la otra habitación llegó la voz somnolienta de una mujer que acababa de despertarse.

—¿Gwy-Gwydion?

¡La mujer! Aunque había esperado cierto respeto de las formas, era evidente que ella compartía la habitación con el guerrero.

—¡Mil perdones! —hice que mi voz sonara tan profunda como un pozo—. Soy un bruto.

—Mmmmf.

Me quedé quieto un rato, escuchando. A través de la puerta llegó el murmullo de voces distantes y las pisadas de botas corriendo escalera arriba, pero la habitación de la mujer estaba en silencio. Me escurrí de debajo del guardián y me guardé la daga en el bolsillo, después bajé la tranca que cerraba la puerta por dentro. Si no me di cuenta de que no había salido nada de sangre de la herida de Gwydion fue debido a mi

euforia. ¡Había encontrado el *Cyrinishad* y ahora me redimiría a los ojos de mi dios!

Me dirigí a la caja de hierro y apoyé la manos en la tapa.

En seguida una visión pasó como un relámpago ante mis ojos. Dentro de la caja vi un tomo de cuero negro como ala de cuervo, repujado con calaveras y soles negros. Desde el centro de la tapa miraba con furia una cabeza del tamaño del puño de un niño, con una gruesa cadena de plata atravesando su boca descarnada. La mandíbula se puso en movimiento. Una lengua larga y negra salió disparada entre los dientes serrados, pero no iba acompañada de sonido alguno. El libro habló de una manera que sólo yo podía oír, haciendo crujir sus páginas, frotándolas unas con otras invitándome a acercarme y liberar su terrible hedor pútrido.

Las llamadas eran algo que casi no podía soportar. Me temblaban las rodillas, tuve una arcada que me hacía difícil respirar y se apoderó de mí una histeria incontrolable. Sentía las manos tan entumecidas como piedras y empezaron a brotarme de los ojos lágrimas a raudales. Como un cordero ante los leones, sentí unas ganas enormes de salir corriendo.

Entonces una oscuridad sagrada salió sibilante de la caja y me rodeó. La Llama del Conocimiento me quemaba los ojos, y la Endecha de la Desesperación me sonó en los oídos mientras mi lengua pronunciaba torpemente la Perfecta Angustia de la Iluminación. Una fiebre helada me recorrió el cuerpo y cayó sobre mí todo el poder de la Oscura Verdad, lo cual es más de lo que ningún mortal puede soportar. Se me heló la médula de los huesos y el estómago se me llenó de una náusea fría. Fui invadido por una repulsión espantosa, como si hubiera tocado las entrañas vivas de un hombre, y me sentí tan acalorado y mareado que a punto estuve de desmayarme.

No era el éxtasis que había esperado, pero ¿acaso importaba? Mi dios me había ordenado que encontrase el *Cyrinishad* y lo había hecho. Ahora sólo tenía que entregarlo.

Miré por la ventana y vi que el cielo empezaba a volverse gris con la media luz que precede al amanecer. Faltaba poco tiempo para el juicio de Cyric, pero sólo necesitaba un momento para coger la caja de hierro y arrojarme por la ventana, y menos aún para pronunciar el nombre del Oscuro. Rodeé el cajón con los brazos. Era tan grande como el vientre de un caballo, pero lo levanté con todas mis fuerzas.

Sentí un estallido entre los hombros.

Pensando que alguien me había golpeado con el pomo de una espada, me volví, y este movimiento no hizo más que aumentar mi dolor. Caí encima de la caja y me mordí la lengua para no gritar. Sólo entonces me di cuenta de que no había nadie detrás de mí, que yo mismo me había hecho daño. Se me formó un gran nudo de dolor en el centro de la espalda que se extendió a todo el pecho en una franja tan ancha como la correa de una espada y que hacía que cada vez que respiraba creyera morir.

Los guardias de la escalera sonaban más y más cerca, y en algún lugar un poco más abajo, la bruja empezó a dar órdenes a gritos.

Viendo que jamás conseguiría levantar la caja de hierro decidí que era mejor abrirla. Otra vez me mordí la lengua para no gritar y me acerqué a Gwydion para rebuscar en sus bolsillos la llave de la cerradura.

Sólo llevaba monedas. Aunque en una época les había tenido tanto amor como a mi propia esposa, significaban muy poco para mí ahora que desechaba la plata y el cobre y sólo guardaba el oro. Entonces cogí la vela de la mesa, empuñé la daga y entré a gatas en la otra habitación.

La cámara de la mujer era idéntica a la primera, pero no tenía ninguna puerta que diera al vestíbulo. La mesa había sido trasladada junto a la ventana. Sobre ella había un gran libro con una gruesa encuadernación de cuero y también una pluma nueva y un tintero. Nada de llaves.

La mujer dormía en un jergón al otro lado de la habitación y se removió bajo las mantas. Sus ropas colgaban en un gancho de la pared junto a mí. Puse la vela sobre la mesa y me dediqué a examinar sus prendas en silencio. Juro por mi honor ante el Uno y el Todo que sólo lo hice para ahorrar tiempo y no porque me importara asesinarla. Si me temblaban las manos mientras buscaba era sólo porque la voz amortiguada de Ruha llegaba desde abajo llamando a Gwydion.

Al no encontrar llave alguna en la ropa, me volví hacia la mujer. Una pierna larga y desnuda asomaba entre las mantas y una cadena de plata le rodeaba el cuello, desapareciendo en una sombría hendidura debajo del borde del cobertor. Me arrastré hasta el borde de la cama y me puse de rodillas a su lado. Su pelo oscuro y sedoso cubría la almohada en seductor abandono, y en ese momento la mujer sonrió, tal vez porque había sentido mi presencia y pensó en sueños que se trataba de Gwydion. Se me ocurrió que tal vez sería más prudente dejarla viva, pues quizá hubiera alguna trampa en la caja de la que pudiera advertirme.

Entonces la voz de un hombre sonó atronadora a través de la puerta de la sala de estar pidiendo a Gwydion que sacara la tranca de la puerta. La mujer frunció el entrecejo e inmediatamente advertí mi estupidez. Una sierva del ladrón Oghma jamás me ayudaría a recuperar el *Cyrinishad*. Apliqué la punta de mi daga al esternón de la escriba y en ese momento la voz de la bruja llenó la habitación.

—¡Rinda, abre la puerta!

Los ojos verdes de Rinda se abrieron ante mí. Incluso a la luz de la vela debo de haberle parecido un demonio del Abismo, tal como estaba, con la cara llena de ampollas, un ojo maltrecho y los labios agrietados. Cuando hice el intento de taponar la boca con la mano despellejada la escriba ya había sacado un cuchillo de no sé dónde y trataba de clavármelo en la garganta.

—¡Gwydion! —gritó.

Todo lo que viene a continuación sucedió como un torbellino, con tal rapidez que no puedo recordarlo con absoluta precisión ni contarlo con total exactitud.

Me eché hacia atrás. La hoja del cuchillo de Rinda me alcanzó en la mejilla, derramando sangre caliente por mi pecho y dejándome la cara tan entumecida como la piedra. Entonces la arpía saltó de la cama, desnuda como un animal, y se lanzó sobre mí. Como mi daga estaba entre ambos, se la clavó hasta la empuñadura. Dio un grito espantoso y trató de alcanzarme otra vez, errando por muy poco. Vi que lo que llevaba al cuello no era una llave, sino el reluciente amuleto de Oghma. Entonces pensé que tal vez la cerradura de hierro no tuviera llave, ya que sus guardianes nunca quisieron que se abriera.

De la habitación contigua llegó un gran estruendo. Esto me produjo cierta confusión ya que no era el ruido de una puerta al ser derribada. Empujé a la mujer muerta apartándola de mí y me dirigí a la arcada para ver qué magia estaba utilizando Ruha.

Me encontré con Gwydion en la entrada. No tenía ni el menor rastro de sangre, lo cual hacía que contemplarlo resultase aún más espantoso. La cabeza le colgaba de los hombros y se movía atrás y adelante mientras trataba de darle la vuelta para verme y atacarme. Había elegido armas para la lucha cuerpo a cuerpo, y sostenía una daga en una mano y un hacha en la otra. Al parecer, tenía pensado seccionarme los miembros por su cuenta, ya que los guardias seguían aporreando la puerta y él no mostraba interés por abrirla.

No diré cuál fue la reacción de mi cuerpo en ese momento, ya que no es presentable y carece de importancia. Retrocedí a la habitación de Rinda hasta que choqué con el borde de la mesa. Gwydion me perseguía, con los hombros de lado para poder mirar hacia mí. Un instante después, su hacha describía un arco en dirección a mi cabeza.

Me pegué al libro que había sobre la mesa de la escriba, volcando el tintero y tirando la pluma al suelo. El hacha de mi atacante golpeó en la pared por detrás de mi cabeza, tocando a muerte en mi honor. Me arrastré hacia el único lugar posible y me acurruqué en el hueco de la ventana colocando el libro de Rinda como escudo ante la cara.

La daga de Gwydion dio en el libro con tal fuerza que me tiró por la ventana. Me encontré cayendo hacia el humeante foso sin soltar el libro de Rinda que tenía entre las manos.

Dije lo único que podía decir en esas circunstancias:

—Cyric, el Uno, el Todo.

Capítulo VIII

En esto al menos los dioses son iguales que los mortales: los más ansiosos por algo llegan antes. Mucho antes del juicio de Cyric, Mystra se manifestó en el Pabellón de Cynosure y se escondió en un rincón sombrío. Allí estuvo oculta un tiempo, tan quieta como un ladrón entre camellos. La cámara tenía el aspecto que siempre había tenido para ella, el del laboratorio de un alquimista lleno de hornillos y probetas, pero ahora estaba oscuro y vacío. Revisó con la vista todos los rincones y sombras, y cuando estuvo segura de que ningún otro dios andaba por allí salió de su escondite para poner en marcha su traición.

La arpía se movió con rapidez. Primero hizo sonar una campanilla de latón para hacer que la voz de Cyric tuviera un tono falso cuando leyera el *Cyrinishad*. Después limpió todas las mesas del pabellón con una esponja viva, de modo que se absorbiera el poder de todas las palabras sagradas cuando surcaran el aire. Después hizo aparecer una serpiente a través del suelo y le arrancó la lengua viperina de la boca. Esto era como protección contra las palabras insidiosas de la persuasión y las medias verdades y promesas de conveniencia así como las mentiras de todo tipo.

Cuando Mystra hubo terminado con la pobre serpiente, ocultó su traición dejando caer un velo blanco sobre el suelo. Apenas acababa la tela de tocar las piedras cuando empezaron a aparecer los demás dioses: Tempus con su armadura; Shar refugiándose entre las sombras; Talos rodeado por un aura de luz resplandeciente.

—¿No está Kelemvor aquí? —preguntó Talos. En la voz del Destructor había un estremecimiento de excitación, ya que nada servía mejor a su salvaje naturaleza que la aniquilación de un dios—. Supongo que no habrá cambiado de idea.

—¡Por supuesto que no! —dijo Sune apareciendo en un remolino de pelo rojo y de dientes relucientes—. Kelemvor tiene un corazón constante. —Eché una mirada a Mystra antes de añadir:— Demasiado constante a veces.

Apresurándose a desviar los celos de Sune, Tempus se dejó caer de rodillas a sus pies.

—¡Si hay una batalla hoy en algún lugar de Faerun, será por amor! —declaró. La diosa del Amor era tan voluble como un halfling en el desierto, y sólo se podía confiar en que mantuviese su promesa cuando se la regalaba con un afecto constante—. Estoy deslumbrado por tu brillo.

—¡Y a mí me devora la lujuria! —añadió Talos.

Para demostrar que hablaba en serio, Talos colocó una crepitante diadema de luz en el cabello de Sune y bailó en torno a ella una danza lujuriosa. La diosa se ruborizó y rió entre dientes, pero no apartó la mirada.

Chauntea y Lathander llegaron juntos sobre un rayo de dorada luz del amanecer, y el viejo Silvanus vino detrás de ellos montado a horcajadas sobre el rayo. El siguiente

en aparecer fue Tyr. Como siempre, le faltaban la mano derecha y los ojos. Ocupó su lugar en el círculo e hizo un gesto de fastidio al ver los puestos que todavía estaban vacíos.

—El juicio debía empezar temprano, cuando amaneciera en el Alcázar de la Candela.

En ese momento, Kelemvor apareció al lado de Mystra. Su cara estaba pálida de miedo y llevaba la espada al cinto.

—Pido perdón por llegar tarde, pero se requería mi atención en la Ciudad de los Muertos. Gwydion ha regresado.

Respingos y murmullos llenaron el pabellón. Todos los dioses sabían quién era Gwydion y qué era lo que protegía, y todos estaban tan atentos como cobras al uso que Cyric pretendía hacer del libro contra ellos.

—¿Y qué pasó con el *Cyrinishad*? —preguntó Tempus.

La mirada de Kelemvor se volvió inexpresiva. Luego negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—No puedo recordarlo —dijo.

Esto no sorprendió a nadie, porque todos los dioses conocían el poder del encantamiento de Oghma. Todos los ojos miraron al Justo, y nueve voces exigieron al unísono que se prohibiera la presencia del libro en el juicio. La voz de Mystra fue la que sonó más alto, pues era la más versada en el arte de engañar a los hombres y sabía que Tyr sospecharía de su traición si no se mostraba preocupada.

El Ciego alzó el muñón de su muñeca imponiendo silencio.

—Nos hemos atrevido a someter a juicio a otro dios. Si el veredicto le es adverso, en nuestro poder está aniquilarlo, un castigo que muchos ansían. —Al decir esto hizo una pausa y volvió sus cuencas vacías hacia Kelemvor—. Es de justicia que Cyric se defienda como quiera. Si sus palabras nos esclavizan, eso no es nada comparado con el destino que tenéis pensado para él.

Mientras el Pabellón era un clamor de indignación, Oghma se manifestó al lado de Mystra con los ojos llenos de pavor.

—Perdonadme. Tuve que centrar toda mi atención en el Plano del Olvido. Puedo oír la llamada de Rinda, pero el amuleto que lleva encima me impide encontrar su espíritu.

—¿Qué importa el espíritu de Rinda? —dijo Talos el Destructor con voz tonante. Su miedo se difundió por todo el pabellón en relámpagos blancos y crepitantes—. ¡Cyric tiene su libro!

El silencio se hizo en el pabellón. Kelemvor llevó la mano a la empuñadura de la espada.

Mystra le sujetó el brazo.

—¿Qué estás haciendo?

—¡No estoy dispuesto a escuchar ese libro de mentiras! —gritó Kelemvor para que todos lo oyeran—. ¡Prefiero pudrirme en el Abismo antes que servir a Cyric!

Tyr sacó de la nada una maza blanca reluciente y fijó su mirada ciega en el dios de la Muerte.

Antes de que el Justo pudiera advertir a Kelemvor contra cualquier ataque a Cyric, Mystra cogió por el brazo al dios de la Muerte.

—¿Qué te hace pensar que no tenemos más alternativa que pudrirnos o ser esclavos? —preguntó.

—Tyr ha decidido...

—No vas a hacer que Tyr cambie de idea con tu espada, y él es el juez. No podemos desafiarlo. —Mystra le apartó la mano de la espada—. Ao no lo permitiría. Confía en mí.

Kelemvor hizo una mueca de disgusto. Mystra le sostuvo la mirada sin apartar los ojos hasta que finalmente en los de él apareció una luz de comprensión.

—Como deseas. Tal vez me esté precipitando.

—Bien. —Mystra miró a Tyr—. No importa cuánto odiamos a Cyric, tenemos que acatar las decisiones del Justo.

Tyr asintió, porque era un payaso y los payasos se dejan engañar fácilmente por las palabras falsas de una mujer. Abrió la mano y, tal como había aparecido, su maza resplandeciente desapareció en el aire.

Oghma no se dejaba engañar tan fácilmente.

—Espero que lo que dices sea verdad —dijo frunciendo el entrecejo—. Recuerda, señora de la Magia, que Ao lo sabe todo.

—Ao no lo sabe todo. Si así fuera ya habría hecho algo respecto a Cyric antes de ahora. —Mystra volvió a mirar a Tyr—. Puesto que debemos acatar tus órdenes, Justo, te pido que sometas a Cyric a la misma norma. Creo que este juicio debía haber empezado cuando amaneciera en el Alcázar de la Candela.

—Y así era —respondió Tyr—. El cargo es de inocencia por locura, por lo cual se acusa a Cyric de no cumplir su deber divino de difundir la contienda y la discordia fuera de los límites de su propia Iglesia. Puesto que el Loco está ausente, ¿alguien se opone a este veredicto?

A ninguno de los dioses sorprendió que el silencio que siguió fuera tan profundo como el Abismo. La mirada vacía de Tyr se posó uno tras otro en todos los dioses, deteniéndose el tiempo suficiente para observar una formalidad.

Fue en ese momento cuando Gwydion me atacó en la Torre del Guardián. Su golpe me hizo salir volando por la ventana aferrado al grueso volumen que había parado su ataque.

—¡Cyric, el Uno, el Todo! —grité.

Entonces di contra algo que parecía una pila de troncos. Me quedé sin aire en los

pulmones al golpearme el libro en el pecho, y una calavera eclipsó el cielo que empezaba a iluminarse encima de mí.

—Llegas tarde —dijo el Uno con voz ronca. A mí me pareció un gigante. Me encontraba en la palma de su mano esquelética, cuyos dedos tan largos como cuellos de camello bailaban a mi alrededor. Tenía unos ojos del tamaño de ruedas de carreta, la nariz era una caverna oscura y sus dientes parecían dos filas de escudos de marfil. Con un dedo tocó el volumen que tenía sobre el pecho.

—Esconde eso bajo la ropa.

Al principio no entendí nada. Me parecía totalmente descabellado que el Uno y el Todo pudiera confundir el feo volumen que tenía entre mis brazos con el santo *Cyrinishad*, pero Cyric me rodeó con sus dedos huesudos y empezó a apretar.

—¡Obedece!

—Pero Poderoso, éste es...

—¡Hazlo ya, Malik! —La oscuridad que derramaban sus ojos me envolvió como un río y me sentí arrastrado hacia un mar de sombra helada—. El juicio ha empezado.

Es imposible decir cuánto tiempo estuve flotando allí. Me pareció un instante y una eternidad. Apenas tuve tiempo de guardar el libro bajo mi capa y sin embargo mil pensamientos me daban vueltas en la cabeza. Recordé que mientras Rinda llevara al cuello el diamante de Oghma, ni Cyric ni ningún otro dios podían conocer el paradero del *Cyrinishad*. Me di cuenta de que aunque el libro que tenía en mis manos hubiera sido el tomo sagrado el Uno no lo habría sabido, y él sin duda era consciente de ello. Entonces vi el error de nuestro señor oscuro: él creía que el encantamiento de Oghma había ocultado el *Cyrinishad* dándole el aspecto del libro que había traído conmigo.

Después de un tiempo indeterminado, el mar de sombra helada se desvaneció y entramos en el Pabellón de Cynosure. Vi al mismo tiempo una docena de lugares diferentes, un bosque y una caverna, un cielo dorado y un campo de batalla y ocho escenarios más, todo en el mismo espacio. Cada uno de ellos parecía tan sólido y verdadero como el propio Faerun, y en cada uno de ellos había doce radiaciones informes y cegadoras. Temeroso de perder la vista, me tapé en seguida el ojo bueno ya que el otro seguía cerrado por la hinchazón, pero las luces atravesaban incluso el espesor de mi cráneo. Eran un anillo de soles feroces dentro de mi cabeza que ardían en una docena de colores, y nada de lo que pudiera hacer conseguiría impedirles el paso.

—Llegas tarde, Cyric. —Las palabras de Tyr me llenaron hasta dejarme a punto de estallar—. Ya hemos leído los cargos.

—Te equivocas como de costumbre, Ciego —respondió el Uno—. Llego puntual. Tú y los demás habéis venido antes.

Aunque la indignación que se expresó en el pabellón sólo fue un murmullo para los dioses, para mí fue como un atronador terremoto. Cyric no hizo el menor caso y

me colocó encima de lo que para él era un banco, para Sune un cojín de plumas y para Kelemvor una cripta.

—Sin embargo, vuestra anticipación no tiene importancia —dijo el Uno—. Conozco los cargos y estoy preparado para refutarlos.

—¿De qué modo? ¿Torturando a este pobre mortal hasta la muerte? —preguntó Mystra. Un torrente de magia reluciente se apartó de su resplandor y atravesó el pabellón envolviéndome. De inmediato desaparecieron todas mis heridas—. Todos sabemos que eres cruel, Cyric. La cuestión es saber si eres capaz.

Me di cuenta en seguida de que la arpía trataba de enfurecer a Cyric y de conseguir que me matara.

—¿Qué has hecho? —grité—. ¡No necesito para nada la bondad de una zorra! —Al lado de las voces resonantes de los dioses, mis palabras sonaron como el canto de un grillo, pero no dejé que eso me arredrara. Escupí contra el resplandor de Mystra y seguí gritando—. ¡Maldigo tus Misterios y tu Orden! ¡No son nada ante el Camino de la Fe Verdadera!

Una risotada de Cyric me hizo caer de mi asiento al suelo. Esto me dejó doloridas las costillas, pero al mismo tiempo me salvó la vida. En ese instante, seis rayos provenientes de seis dioses diferentes descargaron sobre el banco donde había estado. Estoy seguro de que si ninguno de estos ataques provino de Mystra y si ella no revocó la magia que había curado mis heridas fue sólo porque temía la ira de nuestro señor oscuro.

Sin dejar de reír, Cyric me levantó del suelo y me mostró a los demás.

—Éste es Malik el Sami yn Nasser y no permitiré que lo matéis. Malik es mi testigo.

—¿Testigo? —rugió Kelemvor.

—Supongo que se me permitirá un testigo. —La pregunta iba dirigida a Tyr—. Será mi única defensa.

—Por supuesto —dijo Tyr—. El que tú quieras podrá hablar.

—¿Y esta vez no va a interrumpir nadie? —preguntó Cyric—. ¿Especialmente con rayos de magia?

—Cualquier testigo que hable estará bajo mi protección —prometió Tyr—. No sufrirá ningún daño. ¿Está claro, Talos?

Un crepitar de reacio consentimiento partió del resplandor de Talos y luego empezó a desplazarse por el pabellón, sembrando la destrucción por las doce formas de existencia del lugar. El resplandor de Kelemvor se acercó al de Mystra. Sune se colocó detrás de Tempus y la sombra luminosa de Shar empezó a replegarse. Todos sabían de la presencia del libro que escondía entre mis ropas y, al igual que Cyric, todos creían que era el *Cyrinishad*.

—¡No hay necesidad de que hable el mortal! —El resplandor de Sune se acercó

tanto a Tempus que los dos se transformaron en uno—. ¿No estaría dispuesto Tempus a reconsiderar sus cargos?

—No.

—¿Ni por mí? —En su desesperación por impedir la lectura del *Cyrinishad* es asombroso que Sune no se ofreciera a ser poseída allí mismo—. Sería de lo más... apasionada.

—Tempus, harías bien en aceptar su oferta —lo animó Shar—. Insistir en los cargos no hará más que empeorar las cosas para todos.

No había terminado la Precursora de la Noche en sumar su voz a la de Sune cuando Silvanus y Talos se unieron a ella y fueron seguidos de inmediato por Chauntea y Lathander, que engrosaron el creciente coro.

Me di cuenta de que poco importaba lo que yo escondiera bajo mi ropa. El libro podría haber sido la Guía del Califa para el Amor e igualmente habrían retirado los cargos.

Pero no Mystra, ni Kelemvor ni Tempus.

—¡No! —exclamaron los tres al unísono, y un viento real barrió el Pabellón.

—No voy a retirar los cargos —añadió el señor de la Batalla cuando hubo pasado—. No puedo. —Y era verdad, pues Tempus no estaba dispuesto a faltar a la palabra dada a Máscara.

—Tampoco te lo pido —dijo el Uno. Sentí su desdén en las ampollas ardientes que me aparecieron en la piel—. De hecho, exijo el derecho a responder a los cargos. Malik, tú leerás el libro.

—¿Leer, poderoso señor? —Casi me sentí aliviado por no tener el *Cyrinishad* debajo de mi capa. Todavía recordaba la terrible náusea que me asaltó al mero contacto con el libro y dudaba de que hubiera sobrevivido a la lectura del tomo sagrado—. ¿Yo?

—Tú, Malik. ¡Ahora!

Cuando saqué el volumen de debajo de mi ropa un murmullo ensordecedor llenó el pabellón. Los resplandores de Tempus, Talos y Kelemvor se acercaron, y Tyr se dispuso a interceptarlos. Se me formó tal nudo en la garganta que no podía hablar, ya que tenía la impresión de que iba a ser aniquilado en la batalla que sobrevendría a continuación.

Mystra dio un paso adelante y sujetó el brazo de Kelemvor.

—¡Espera! Deja que lea. —Sin esperar respuesta se volvió hacia mí—. Adelante, Malik, empieza desde el principio. Nadie te hará daño.

La tranquilidad de aquella zorra dejó tan atónitos a los demás dioses como a mí. Kelemvor se paró en seco, lo mismo que Talos y Tempus, e incluso el resplandor de Tyr se dio la vuelta para encararse a Mystra.

—¿Qué? —gritó Cyric.

—Ha dicho que le permitan leer. —La voz de Tyr era reflexiva. Guardó silencio un momento y luego su resplandor se volvió otra vez hacia Cyric—. Supongo que no tendrás ninguna objeción.

—Por supuesto que no, pero ¿y si ha cambiado el libro cuando formuló el conjuro de curación sobre mi testigo?

—No ha modificado en nada tu prueba —dijo Tyr—. Lo he comprobado. Ahora ¿le permitirás que lea?

—Sí. —El engreimiento de la voz de Cyric había sido reemplazado por cautela, y cuando se dirigió a mí pude notar la desconfianza en sus palabras—. Adelante, Malik.

Abrí el libro y vi que era el diario de Rinda, que tan sólo en el primer párrafo contenía una docena de blasfemias. Consciente del terrible error que sería leer semejantes sacrilegios en presencia del Uno, decidí reemplazarlas por la historia de la ascensión de nuestro señor oscuro que todos los niños de la Iglesia de Cyric aprenden de memoria.

Pero cuando abrí la boca para hablar, un gran murmullo me llenó los oídos, y en vez de *"Una niñez en las sombras"*, un terrible sacrilegio brotó involuntariamente de mis labios. Sólo podía leer lo que tenía ante mí.

«Mi primer encuentro con Cyric tuvo lugar en una tienda de pergaminos donde el aire pútrido hedía a pieles ensangrentadas y a cubas de curtir llenas de vísceras. La fetidez del lugar era abrumadora pero adecuada. Nada podría describir mejor los sentimientos que despertó en mí el Príncipe de las Mentiras.»

Intenté dejar de leer, pero en cuanto aparté la vista de la página, aquel terrible bisbiseo llenó mi cabeza y me encontré mirando la siguiente línea. Todavía no lo sabía, pero el conjuro de Mystra contra las mentiras se había adueñado de mí. ¡Tenía que leer la historia de aquel tomo, y una vez empezado me era imposible parar! Imaginen mi horror al ver las blasfemias que seguían saliendo de mi boca:

«Ésta es la historia de Rinda, una escriba de Zhentil Keep que fue obligada por el señor de la Corrupción a escribir el Cyrinishad, un volumen de viles mentiras en el que no hay una sola palabra veraz...»

—¡Malik! —La voz de Cyric me arrojó del banco y me hizo caer al suelo dando tumbos, pero a pesar de todo no podía dejar de leer.

«... y de cómo el sabio Oghma la ayudó a escribir una versión verdadera de la vida del mentiroso...»

Vi que una bola roja se separaba del resplandor oscuro de Cyric y venía arrolladora hacia mí, y caí una vez más. Mi mundo estalló en un fuego lacerante. Ése debería haber sido el fin de este relato, pero las llamas no me devoraron. No me levantaron una sola ampolla en la piel ni erizaron un solo pelo de mi barba ni chamuscaron una sola página del libro que sostenía entre las manos, y yo todavía seguía leyendo:

«... lo cual dio como resultado la expulsión de Cyric de la Ciudad de los Muertos y la decadencia de su poder sobre el mundo...»

—¡Silencio!

Aunque la voz rugiente de Cyric ahogó el lastimero chirrido de la mía, yo seguí leyendo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¡Obedece, Malik! ¡Obedece o acabaré dejando tus huesos limpios con ácido hirviente!

—¡No lo harás! —bramó Tyr—. Eso sería interferir en el testimonio de un testigo. Hasta que este juicio termine, Malik el Sami yn Nasser está bajo mi protección y, a través de mí, de la de Ao. Ni tú ni nadie puede hacerle daño.

Cyric calló y, por supuesto, yo llené el silencio con otra blasfemia.

«Él leyó su libro y sus propias mentiras lo volvieron loco.»

—¡Ya basta! —gritó Cyric. Por un momento, su resplandor se volvió tan débil que pude verlo tapándose los oídos con sus manos descarnadas—. ¡Lo libero de su función!

Con esto, los resplandores informes de los doce dioses se oscurecieron dentro de mi cabeza, y las doce formas del Pabellón de Cynosure se desvanecieron a mi alrededor y me hundí otra vez en el mar de sombra helada, dejando al Uno solo ante sus acusadores.

En mi ausencia, la sala quedó silenciosa. Los pensamientos de los dioses se volvieron introspectivos, primero por el alivio al ver que el libro que llevaba bajo mi capa no era el *Cyrinishad*, después por la extraña compulsión que me había obligado a seguir leyendo a pesar de la ira de mi dios. Mystra vio sus miradas inquisitivas y

supo que muy pronto ni su magia podría impedir que todos supieran la verdad.

—¿Es que tu ladrón se ha equivocado de libro, Cyric? —preguntó—. ¿O acaso te resultan halagadoras las impresiones del diario de Rinda?

Muchos dioses rieron entre dientes, pero no Tyr ni Oghma. El dios sabio frunció el entrecejo y se volvió a mirar a Mystra.

—Señora de la Magia, ¿por qué crees que seguía leyendo el mortal?

Mystra no respondió, porque si decía algo, su propio conjuro la obligaría a revelar lo que había hecho como protección contra el poder del *Cyrinishad*.

Oghma insistió en obtener una respuesta.

—Evidentemente, Malik sabía que su dios estaba molesto.

—Sumamente molesto. —El Uno fijó sus abrasadores ojos negros en la diosa de la Magia y la observó atentamente—. ¿Y bien?

Al ver que Mystra no respondía, Sune dejó de pavonearse.

—El hombrecillo estaba impresionado, por supuesto —dijo—. ¡Por los doce dioses! ¿Qué mortal no lo estaría?

Oghma se mordió el labio para no dar una respuesta impaciente.

—No me explico cómo el hecho de estar impresionado podría llevarlo a desafiar a su dios. El efecto sería todo lo contrario, supongo.

Sune alzó el mentón y miró a Oghma con furia.

—Es imposible saber lo que pueden hacer los mortales cuando están impresionados..., son tan impredecibles. Deberías saberlo. ¿Acaso no eres el señor del Conocimiento?

—Así es —respondió Oghma.

—La reacción del mortal no tiene importancia —dijo Kelemvor aprovechando el silencio de Oghma—. No ha leído nada que no supiéramos ya.

—Sí debería tener importancia —replicó Tyr—. En el Pabellón de Cynosure todos deberían ser libres para dar su propia opinión, incluso los mortales, si tienen importancia suficiente como para estar aquí.

—Dices que debería tener importancia —observó Oghma—. ¿Significa eso que no se vio obligado?

—No por medios mágicos ni por el pensamiento. No he podido detectarlo con el poder de Ao —replicó el Ciego.

Esto se debía, por supuesto, al velo que Mystra había echado antes del juicio. Por más que Tyr disfrutara del uso del poder de Ao, la señora de la Magia era la dueña del mismísimo Tejido y podía hacer con magia cosas que el Justo ni siquiera podía soñar.

Fuera así de toda sospecha, Mystra se sintió bastante segura para romper su silencio.

—Ahora que Cyric ha dicho lo suyo y todo parece estar en orden, ha llegado el momento de dictar sentencia.

—Tú dirás lo que quieras, a mí no me importa. —Al decir esto, Cyric se volvió tan traslúcido como un espectro y empezó a desvanecerse del Pabellón—. Estoy por encima de vuestros veredictos.

—No exactamente —le respondió Tyr. El Ciego extrajo una cadena de la nada y la arrojó contra Cyric; la cadena se desvaneció antes de tocar el suelo, pero la forma del Uno se tornó tan sólida como la piedra—. Hasta que este juicio termine, Ao me ha dado poderes para encadenarte para ser juzgado.

—¿Qué? —Cyric agitó las manos y el tintineo de la cadena se propagó en el aire—. ¿Ao te ha dado poder sobre mí?

—Por supuesto. Tu poder supera tanto al nuestro —se burló Talos—, que sabía que lo necesitaríamos.

—Y ha llegado el momento de ejercer nuestro poder —remachó Tempus—. Escuchemos el veredicto y cumplamos con nuestro verdadero deber: determinar el castigo de Cyric.

Tyr fue el único que no sumó su voz al coro de los que estaban de acuerdo.

—Cyric todavía no ha terminado su defensa —dijo el Justo—. Todavía tiene oportunidad de hacer su alegación.

—¿Ante vosotros? —Aunque el tono de Cyric era de desdén, paseó su mirada por el círculo y estudió a todos los dioses, uno por uno, deteniéndose más tiempo en los rostros de Mystra y de Kelemvor—. ¿Cómo puedo esperar que me entendáis? Yo me he hecho solo. Existe entre nosotros la misma diferencia que entre los dragones y las lagartijas.

—De todos modos, tal vez deberías intentarlo —repuso Oghma con serenidad—. Estas lagartijas parece ser que tienen poder de vida o muerte sobre ti.

Los ojos de Cyric doblaron su tamaño y ardieron como negras bolas de fuego, pero cuando habló su tono no tenía nada de civilizado.

—¿Me acusáis de inocencia por motivo de locura?

—Ése es el cargo —afirmó Tyr.

—Ah... Tal vez me daréis ocasión de demostrar que los cargos son, cuando menos, verdades a medias. —Cyric echó a Mystra una mirada furiosa, luego sonrió y atravesó el Pabellón hasta colocarse delante de Kelemvor—. Solicito que el señor de la Muerte sea mi testigo.

—¿Qué? —Kelemvor llevó la mano a la espada—. Si crees que yo...

—Así es, Kel. —Cyric miró la mano de Kelemvor sobre la espada—. Aunque pudieras desenfundarla, supongo que la protección de Tyr no sólo me comprende a mí, sino también a mis testigos.

Kelemvor retiró la mano.

—No entiendo cómo puedes imaginar que yo podría ayudarte.

—Claro que no puedes. Estoy loco —replicó Cyric—. Sólo quiero saber si

estarías dispuesto a servir como mi... inferior, por así decirlo.

—¡Jamás!

—Eso suponía. Después de todo siempre te he tratado bastante mal. —El Uno asintió con la cabeza y se dispuso a alejarse, pero hizo una pausa y se volvió hacia Kelemvor—. Entonces dime: si pensabas que Malik tenía el *Cyrinishad*, ¿por qué dejaste que lo leyera?

Mystra trató de sujetar el brazo del señor de la Muerte para advertirle que callara, pero Kelemvor, pensando que podría evadir la cuestión con una respuesta vaga, ya había abierto la boca.

—Porque Tyr dijo... —En ese momento se detuvo y de su garganta salió un ronquido. Sacudió la cabeza como para alejar un zumbido repentino y prosiguió—. Porque cuando Mystra animó a Malik a que leyera, supe que había hecho algo para protegernos.

Esto no sorprendió a nadie, excepto a Tyr.

—¡Pero si yo comprobé que no había magia!

Cyric no le prestó atención y se volvió hacia Mystra.

—¿Tiene razón Kelemvor? ¿Hiciste algo para neutralizar el *Cyrinishad*? —Aquí hizo una pausa y miró a Tyr—. Estoy seguro de que a nadie se le escapan sus razones para no querer responder.

—Responderé. —Mystra miró directamente a Tyr, que empuñaba su maza reluciente y parecía dispuesto a usarla—. Desvié el Tejido para protegernos de la corrupción del *Cyrinishad* y para asegurarme de que nadie mintiera en este juicio.

En cuanto dijo esto, su velo mágico apareció en el suelo. Tyr se metió la maza en el cinto y levantó la tela.

—¡Esto estaba prohibido!

—Así es —dijo Cyric—, pero como yo soy la parte perjudicada, te pido que esperes a que termine antes de imponer tu castigo.

—Que así sea. —Tyr hizo una bola con la tela y la sostuvo en la mano.

—Sólo una pregunta más, señora de la Magia. —Cyric sonrió ladinamente al decir esto, pues sabía mejor que ningún dios que Mystra no era una señora—. ¿Quieres verme destruido porque me temes, o porque eres partidaria de lo que tú llamas «el Bien»?

La respuesta de Mystra no se hizo esperar.

—Porque te odio. —Cerró la boca y trató de mantenerla cerrada, pero todavía quedaban verdades por decir, de modo que volvió a abrirla—. Y porque soy partidaria de lo que es bueno para los mortales de Faerun.

Estas palabras suscitaron muchos murmullos entre los dioses. Mystra tenía el deber divino de mantener el equilibrio imparcial del Tejido, y lo que había admitido era una violación de ese deber sagrado.

Tempus dio un paso adelante y señaló a Cyric.

—Una treta ingeniosa, Loco, pero podemos ocuparnos de Mystra más tarde. A quien estamos juzgando aquí es a ti.

Cyric giró sobre los talones para mirar al dios de la Batalla, y se acercó a él casi bailando.

—¡Ya lo sé, Tempus! ¡No estaba tratando de distraer a nadie! —Ahora el Uno casi se reía, y el señor de la Batalla retrocedió como lo hace un visir ante un mendigo—. Pero ya que lo preguntas, ¿puedes acusarme sólo a mí de la decadencia de la guerra en Faerun?

—¿Por qué no?

—¡No has estado escuchando, torpe! ¿Cuántos espectadores han sido derribados últimamente por bolas de fuego perdidas? ¿Cuántas ciudades han sido barridas por terremotos mágicos? —Cyric se dio la vuelta y señaló a Mystra con un dedo huesudo—. ¿Y cuántos ríos se han secado de repente cuando una partida de refugiados necesitaba escapar de sus perseguidores? ¿A cuántas crestas les han brotado espinas para detener a una banda de merodeadores que pretendía atacar a un pueblo indefenso?

Mystra nada podía decir, ya que las acusaciones de Cyric eran tan ciertas como las palabras del *Cyrinishad*.

Después de pensar un momento, Tempus asintió.

—Todo lo que dices es verdad. La magia de guerra de Faerun ha sido poco contundente últimamente, y cuando destruye, siempre favorece al lado virtuoso. Puede que parte de la culpa la tenga Mystra...

—¡Aguarda! —interrumpió Cyric—. Todavía hay más..., ¿o acaso no has notado que los guerreros más nobles están perdiendo todo miedo a la muerte mientras que los cobardes y los que matan por la espalda son más cautelosos que nunca?

Tempus asintió una vez más, pero no dijo nada y esperó a que Cyric continuase.

—Todos sabemos de quién es la culpa. —Esta vez el Uno señaló a Kelemvor—. El Usurpador premia a los hombres nobles tan favorablemente que no pueden esperar a morir. Se sacrifican por las causas más ridículas mientras que los más astutos están tan aterrorizados por sus castigos que casi no se atreven a combatir. ¡No tardarán en desaparecer las guerras de Faerun! Todos los hombres valientes estarán muertos en sus paraísos, y los cobardes no se atreverán a trasponer sus propios umbrales por temor a que los mate una olla caída del cielo.

Kelemvor no pudo decir más que Mystra, pues lo que Cyric decía era la verdad.

Cuando el Uno hubo terminado, Tempus lo miró de arriba abajo.

—Todo lo que dices es verdad, pero si piensas que puedes cambiar tu propia vida por...

—¡En absoluto! —lo interrumpió Cyric—. Lo único que pido es que se me

juzgue por mis propias... acciones.

—La petición es razonable. —El comentario de Oghma sorprendió más a Cyric que a la propia Mystra o a Kelemvor—. Podría afirmarse que la señora de la Magia y el señor de la Muerte son más culpables de desatender sus deberes que el propio Cyric.

El rostro de Tempus, cubierto con la visera, se volvió hacia Tyr.

—¿Puedo ampliar mis cargos para incluir a los otros dos?

Tyr echó una mirada al velo arrugado que tenía en la mano.

—De acuerdo.

Mystra se volvió hacia el Ciego.

—¿Cómo te atreves? —vociferó—. Puede que te haya desobedecido, pero yo no soy como Cyric. ¡Y Kelemvor tampoco!

—Eso lo decidiremos dentro de diez días —respondió Tyr—. Emplead ese tiempo en prepararos para vuestro juicio.

Capítulo IX

Ni siquiera la oscuridad del mar de sombra pudo salvarme del poder de la magia de Mystra. Aunque el diario de Rinda estaba escondido bajo un manto helado de tinieblas y mis ojos no podían leer una sola letra, las sílabas salían de mis labios una después de otra y se unían formando palabras. Las palabras se hilvanaban en frases que a su vez formaban párrafos, y yo pronunciaba las blasfemias más sucias que jamás habían llegado a mis oídos. Sin embargo, estas palabras no eran nada comparadas con las que había pronunciado en el Pabellón de Cynosure. Pronto Cyric me torturaría de mil maneras, y yo las veía todas hasta el menor detalle. Todas acababan en la amarga muerte, conmigo solo y abandonado en el Plano del Olvido sin ningún dios al que acudir, ninguno salvo el dios de la Muerte, que me sentenciaría a una eternidad de tormentos tan terribles como los de Cyric.

Después de un tiempo indeterminable, sentí que el estómago se me subía a la garganta y el mar de sombra helada se fundió en volutas de niebla negra. La pared de una gran torre apareció ante mí, recortada contra el disco dorado del sol del amanecer de Lathander. Cyric me había devuelto al Alcázar de la Candela, al mismo lugar del que me había recogido, y yo me precipitaba desde la Torre del Guardián.

Prefiriendo una muerte rápida sobre la pared rocosa del foso que otra lenta en las aguas hirvientes, di una voltereta en el aire. El diario de cuero se abrió en mis manos e incluso entonces la magia de Mystra me obligó a leer lo que había atisbado:

«La piel de mi padre, Bevis el Iluminador...»

La silueta de la escarpada orilla surgió del vapor sulfuroso de abajo. Pensé que la muerte sería rápida y por fin acallaría a mi lengua blasfema, pero el juicio de Cyric no había terminado. Caí sobre la piedra con un golpe sordo y a continuación reboté en el aire y caí pendiente abajo. Tan importante era la protección de Tyr que sólo acabé mareado.

Me detuve por fin contra un pino enclenque y acabé la frase que había permanecido suspendida en mis labios cuando choqué contra el suelo:

«... fue utilizado para hacer el pergamino del cuadernillo 398, y yo sabía que mi propia piel serviría para el 399 si mis palabras no complacían a Cyric.»

¡El maldito diario seguía en mis manos!

Ya había amanecido del todo sobre el Alcázar de la Candela; el sol estaba un palmo por encima de las almenas, iluminando la ciudadela con su luz dorada y dejando largos trazos de sombra detrás de los árboles y de las torres. Desde abajo llegaba el estrépito de las compañías que formaban filas para recibir órdenes inesperadas, pero la zona próxima a la Torre del Guardián parecía sorprendentemente desierta. Ni un monje ni un soldado a la vista.

El hedor del *Cyrinishad* permanecía denso en el aire y sentí una sombra de la

repulsión que me había revuelto el estómago cuando lo toqué en su caja de hierro. El murmullo de las páginas de pergamino se transformó en un zumbido arrollador, pero ya no salía por la ventana de Rinda. Ahora reverberaba a través de las gruesas murallas de la Torre del Guardián y se había vuelto más profundo y más sonoro al asentarse en el piso más bajo.

¡Estaban trasladando el *Cyrinishad*!

Y aunque mi mayor ambición seguía siendo recuperar el tomo sagrado, me encontraba impotente para rescatarlo de los ladrones que ahora lo tenían en sus manos. Aunque hubiera sido un poderoso guerrero capaz de matar a una docena de hombres, la magia de Mystra me impedía hacer nada que no fuera la lectura del maldito diario que llevaba en las manos.

«Cyríc me había traído a la tienda de pergaminos para comenzar su historia porque ése era el lugar donde había nacido. Es una pena que su madre no lo hubiera ahogado en una de las tinas de curtir y se hubiese olvidado de que había nacido; sin duda, habría sido mucho mejor para Faerun.»

Cuando este sacrilegio salió de mis labios, un sonoro clamor se oyó en el otro extremo de la Torre del Guardián. Una compañía de guardias atronó en el puente levadizo y el crujido de las páginas del *Cyrinishad* se convirtió en un rugido ensordecedor. Entonces aquella arpista entrometida gritó algunas órdenes que no pude entender por el ruido que envolvía mis oídos, y un pequeño grupo de guerreros se separó de la formación y corrió hacia el puesto de guardia. En seguida me di cuenta de que llevaban el libro sagrado del Uno, porque el sonido que me llenaba la cabeza se hizo más distante y más agudo.

Reuní fuerzas y atravesé la colina a trompicones, pensando que podría rodearla y seguirlos desde una distancia segura. Mis ojos iban del diario de Rinda al terreno escarpado y otra vez al libro, atrapados en una lucha constante entre el suelo y la página. Sólo había recorrido unos pasos cuando la maldita bruja llegó del otro lado de la torre con más de una docena de hombres. No estarían a más de treinta pasos de distancia, sin embargo eran meras siluetas abriéndose camino entre el vapor que subía del foso, agachándose para examinar la superficie acerada del agua en busca de mi cuerpo escaldado. Temeroso de llamar su atención, me detuve y me dejé caer de rodillas, tapándome la boca con la mano que me quedaba libre. Aun así, no pude dejar de leer.

«Cyríc estuvo hablando hasta el amanecer, aunque no voy a ofender a mis lectores con todas las mentiras y palabras falsas que profirió esa primera noche. Sólo diré que volví a casa asqueada y agotada. Allí me recibió el segundo dios con el que me encontré aquel día, una figura misteriosa que llegó con lord Chembryl de los Zhentarim para pedirme que escribiese un tomo paralelo al de las mentiras de Cyríc. Así fue que empecé a escribir "La vida verdadera de Cyríc" ese mismo día.»

Aunque mi mano amortiguaba estas blasfemias, sonaban en mis propios oídos como auténticas campanadas, y estaba seguro de que mis enemigos también podrían oírlas. Di la vuelta atravesando la colina y coloqué el diario en el suelo, ante mí, me puse entonces en cuatro patas y, mientras leía lo más bajo que podía, entre palabra y palabra buscaba rocas sueltas que pudiera hacer rodar colina abajo.

La bruja y sus acompañantes avanzaban bordeando el foso y se detuvieron bajo la ventana de Rinda, donde los guardias removieron el agua con los astiles de sus alabardas. Por supuesto, no encontraron mi cuerpo.

—Lodar, trae algunos ganchos y cuerdas para que podamos dragar el foso —ordenó Ruha. El zumbido del *Cyrinishad* se había alejado lo suficiente como para que yo pudiera oír sus palabras—. Balas, ve y pídele a Zale que reúna al resto de sus hipogrifos. Si ese pequeño asesino no se ahogó, será que ha huido volando.

Los dos soldados se dispusieron a obedecer: Lodar volvió al puente levadizo y Balas se dirigió al lado de la pendiente donde me encontraba yo. Me arrastré hacia una grieta poco profunda donde había enraizado un pino. Su profundidad era un poco mayor que el grosor de mi cuerpo, y tenía el ancho suficiente para poder introducir mi tripa, es decir, un lugar ideal para esconderme, al menos hasta que pudiera acabar el maldito diario de Rinda y dedicar todos mis pensamientos al *Cyrinishad*.

Cuando Balas hubo pasado, me puse boca arriba para poder observar a mis enemigos y dedicarme a esa actividad compulsiva. En el diario no había más que blasfemias y mentiras, y sin embargo tenían tanto sentido como la verdad, de modo que no sólo me veía obligado a leer la vil historia de Rinda, sino también a pensar en ella y a buscar las incongruencias que demostrasen su falsedad. Por desgracia, éstas eran demasiado pocas y nimias, pues la escriba era la mentirosa más consumada que haya escrito jamás.

Después de ese primer día en que Rinda conoció a Cyric y a ese otro dios cobarde que no quería dar la cara, se dedicó a escribir noche y día, reuniéndose con Cyric en la tienda de pergaminos a las horas más extrañas y volviendo luego a casa para dedicar un tiempo igual a la profana "Vida verdadera de Cyric". Y mientras hacía todo esto, Mystra, Oghma y muchos otros dioses celosos luchaban contra el Uno y su plan sagrado, convirtiendo a Zhentil Keep, que era la ciudad de Rinda, en un lugar de letales intrigas y de sombrías batallas. Llegó el momento en que su último amigo pereció en esta contienda. Desesperada de sobrevivir sola y temiendo la ira del Uno en la otra vida, decidió sabiamente destruir su obra inacabada sobre la verdadera vida de Cyric. Antes de que pudiera hacerlo, el dios cobarde se le reveló como Oghma el Sabio y prometió cuidar de ella y protegerla del Uno y el Todo.

Rinda escribía con un estilo tan llano y tan sincero que habría creído esas mentiras de no haber sido por la contradicción presente en su historia: sólo un necio creería que Oghma tenía poder suficiente para desafiar a Cyric el Todopoderoso, y

Rinda no era ninguna necia.

Mientras estas cosas leía, el zumbido del *Cyrinishad* se hacía más lejano y estridente en mis oídos, pero yo no podía responder a su llamada. Mientras Ruha y los soldados siguieran buscando en el foso por encima de mí, me descubrirían en el instante mismo en que hiciera rodar una piedra colina abajo.

Una larga hilera de hipogrifos empezó a alzar vuelo desde sus corrales y a volar en todas direcciones en mi busca. Entonces volvieron Lodar y otros tres hombres con cuerdas y ganchos, y los soldados empezaron a dragar el foso. Empezaron debajo de la ventana de Rinda y fueron rodeando la torre entera, sacando del agua viejos jergones empapados y esqueletos de animales y toda suerte de cosas repugnantes, ninguna de las cuales era mi cadáver. Fue un gran alivio ver a la bruja apresurándose a inspeccionar cada nuevo descubrimiento. Mientras esto la mantuviera ocupada, era poco probable que interrumpiera mi lectura.

Por fin llegó el día en que Rinda acabó su obra. Cyric fue a su casa y leyó el *Cyrinishad* de cabo a rabo. Vio que era perfecto y lo complació sobremanera ordenar a Fzoul Chembryl, que era un notable no creyente, que lo examinase con detenimiento. Fzoul reconoció en seguida la omnipotencia del Sol Oscuro. Entonces Cyric le ordenó que castigase a Rinda, ya que el Uno había encontrado La verdadera vida de Cyric oculta bajo las tablas del suelo de su casa y se había enterado de que lo había traicionado con Oghma. Fzoul obedeció, apuñalándola en el estómago para que ella muriera lenta y dolorosamente. Esto satisfizo tanto a Cyric que concedió a Fzoul el honor de leer el *Cyrinishad* ante las masas de Zhentil Keep. También le ordenó destruir La verdadera vida, un volumen que al Uno le resultaba demasiado despreciable para tocarlo con sus propias manos.

Mientras leía esto, un hipogrifo solitario se lanzó en picado sobre mi cabeza e hizo que se me parara el corazón, pero no que dejara de leer. Sin embargo, la criatura no dio la vuelta para arrancarme de mi escondite. En lugar de eso, alzó las alas y se posó en la cima de la colina. La bruja acudió corriendo para hablar con el jinete. Se colocó muy cerca de él, como una amante, y hablaron en voz tan baja que no pude oír nada. El hombre negó con la cabeza y señaló el cielo con la mano. La entrometida arpista se volvió a mirar el foso, que sus soldados ya habían dragado dos veces, y empezó a explorar la ladera a mi alrededor. Sentía en el estómago algo que me impulsaba a saltar y salir corriendo, pero mi cabeza sabía muy bien que no podría escapar y leer el libro al mismo tiempo.

Mis ojos se sintieron atraídos hacia la página que relataba la baja traición de los enemigos del Uno. Cuando Cyric se hubo marchado de casa de Rinda, el dios Máscara salió del cuerpo de Fzoul Chembryl, donde había estado oculto, para proteger a Fzoul del poder del *Cyrinishad*. El señor de las Sombras curó a Rinda. También apareció Oghma y le entregó a Fzoul La verdadera vida de Cyric para que la

leyera en lugar del *Cyrinishad* ante las masas de Zhentil Keep. Entonces, el dios ladrón de la Sabiduría entregó a Rinda el talismán de diamante y le encargó la salvaguarda de la crónica sagrada de Cyric.

Alcé la vista del diario de Rinda y vi que la bruja hacía señas a sus soldados para que se apartaran del foso.

—No está ahí, si no ya lo habríais encontrado. Recorramos las laderas hacia abajo.

Los soldados dejaron sus ganchos y se dispersaron por la pendiente. Volví a mirar el diario de Rinda; no podía evitarlo.

Fzoul leyó *La verdadera vida de Cyric* a la mañana siguiente, y las mentiras contenidas en el envilecido libro inflamaron tanto a las masas que en seguida se sublevaron. Entonces, mientras el Uno estaba centrado en arrasar Zhentil Keep, la ramera Mystra provocó una rebelión en la Ciudad de los Muertos y Cyric no pudo salvarse.

Estuve a punto de creerme estas mentiras, ya que se afanaban mucho en explicar cómo había perdido el Uno el Trono de la Muerte. Por suerte, en el último momento me di cuenta del fallo en las palabras de Rinda, que era la imposibilidad de que el Uno estuviera indefenso en cualquier momento.

Arriba, cerca de la Torre del Guardián, la arpista y sus soldados empezaban a bajar la ladera, examinando los troncos de los árboles y metiendo las alabardas en todos los huecos. Yo empecé a retroceder colina abajo muy lentamente, con los ojos todavía fijos en la página que tenía ante mí.

Aunque Rinda no afirmaba haber visto con sus propios ojos el fracaso de Cyric, una honestidad rara en ella, más tarde se enteró de que Máscara había sido vencido por el poder del *Cyrinishad*, y de que durante la rebelión en la Ciudad de los Muertos confesó su traición a Cyric. Según Rinda, el Uno se puso tan furioso que perdió el control y, en su intento de matar a Máscara, accidentalmente liberó el espíritu de Kelemvor. No es necesario hacer ningún comentario sobre esta falsedad, ya que todos sabemos que el Uno nunca tiene accidentes. Escupí sobre la página y froté mi saliva para emborronar la tinta.

Entonces el *Cyrinishad* llenó mis oídos con un zumbido tremendo. Volví a sentir la fría náusea que me había asaltado en la cámara de Gwydion, y mis fosas nasales se llenaron del espantoso hedor a sulfuro y vísceras. Supe en seguida que mis enemigos se proponían arrojar el libro a uno de los hirvientes pozos negros que había debajo de las letrinas, donde ningún mortal podía y ningún inmortal querría aventurarse. Sentí un ansia terrible de correr a rescatar el sagrado tomo y también un miedo horroroso a entrever una vez más sus oscuras verdades.

Empecé a incorporarme, pero entonces vi a la arpista de pie en el otro extremo de la grieta que ocupaba, examinando las copas de los pinos. Temiendo que el menor

movimiento pudiera llamar su atención, me quedé paralizado combatiendo el impulso de volver otra vez la vista al libro de Rinda.

A pesar de mi firme decisión, perdí la batalla. Mis dedos volvieron la página con muchísima suavidad y mis ojos leyeron la primera línea, y las palabras se agolparon dentro de mí y nada pude hacer para evitar que mis labios las pronunciaran:

*«En cuanto a Cyric, ahora se encuentra solo en su torre devastada, perdido en sus delirios de grandeza y poder absoluto, dejando que su iglesia en Faerun se fragmente y debilite progresivamente. Algunos dicen que esto se debe a que la impresión de perder la Ciudad de los Muertos lo volvió loco, pero yo sé que no fue así. Cyric fue el primero en leer el *Cyrinishad* y sus propias mentiras fueron las que lo volvieron loco.»*

Esta blasfemia ya era demasiado, especialmente cuando yo mismo había sentido la omnipotencia de las verdades oscuras del *Cyrinishad* y había visto con mis propios ojos la conducta descabellada del Uno, y también porque había percibido lo bien que explicaban las mentiras de Rinda todo lo que había visto. Un mar rojo me llenó la cabeza, y olvidando mi terrible situación me puse de rodillas y arrojé bien lejos aquel libro profano.

—¡Basura!

Recordé cuál era mi misión cuando mi mundo se transformó en un destello blanco. Un rayo ensordecedor partió el aire y un tirón terrible me arrancó de mi escondite y me envió dando tumbos colina abajo hasta que por fin me di de bruces contra el tronco de un árbol y me cayó encima una lluvia de pinas. Todo esto no me causó ni la más leve herida. Me puse de pie con dificultad y me encontré mirando en la dirección hacia la que quería ir, es decir, lejos de la entrometida arpista y de sus asistentes.

En cuanto intenté correr me empezaron a temblar las piernas con un dolor espantoso. Mis pensamientos me devolvieron al vulgar diario de Rinda, y especialmente hacia su afirmación sobre la causa de la locura de Cyric. ¡Sin duda se trataba de otra de sus sucias mentiras! A pesar de que los gritos de mis enemigos resonaban por doquier detrás de mí, me encontré girando sobre los talones para volver a dirigirme hacia donde estaba el diario, y ni siquiera sabía si esto se debía al conjuro de Mystra o a mi propia necesidad de encontrar la mentira en la afirmación de Rinda.

Me encontré con una formación cerrada de soldados vestidos con armadura que, blandiendo todo tipo de armas, se precipitaban hacia mí. El espectáculo me volvió las rodillas de trapo, y sin embargo cogí una piedra del suelo y corrí a su encuentro.

Seguramente contribuiría a mejorar la narración si dijera aquí que mi ataque los dejó tan sorprendidos que me abrí camino entre sus filas armado sólo con una piedra y recuperé el libro, pero la verdad es muy diferente. Algunos de ellos enarcaron las

cejas y al instante nos encontramos frente a frente. La piedra voló de mi mano en cuanto golpeé a alguien en la cabeza, y sobre mí llovieron armas por todas partes, llenando el aire de tal número de silbidos y tintineos que a punto estuve de morir de miedo, que era la única manera en que podía morir, ya que todavía estaba bajo la protección de Tyr y no podría haber muerto ni siquiera engullido por un dragón.

Sin duda, causé buena impresión entre mis enemigos. En su furia, lanzaban estocadas con cegadora velocidad, cargaban con todo el peso de sus cuerpos, y sus golpes tenían tanta fuerza como para cortarme en dos. No obstante, sus aceros siempre se desviaban y cada golpe encontraba a otro de los suyos. Poco después, la mitad de ellos se hallaba en el suelo, sangrando. Ante mí se abría un camino despejado hacia el libro de Rinda, y salí disparado de aquel tumulto como un haba sale de su vaina cuando se hace presión sobre ésta, saltando de gozo y considerándome invencible.

La voz de la bruja rompió en encantamientos. Alcé la vista y la vi arrojando tierra, pero ¿por qué habría de preocuparme aquello?

—¡Ahórrate tu magia, bruja! —Salté por encima de la grieta donde había estado escondido y vi el diario de Rinda delante de mí—. ¡Nadie puede detener al poderoso Malik!

Finalizó su conjuro en cuanto acabé mi pulla. No sabía cómo iba a poder dejar atrás a mis perseguidores mientras siguiera leyendo el maldito libro de Rinda, pero esto era secundario para un guerrero invencible como yo. Me paré para recoger el libro y mis pies se hundieron en un pozo de barro.

Caí de bruces, y tal era mi compulsión a seguir leyendo que extendí la mano y encontré el diario justo al alcance de los dedos. Traté de encoger las piernas para impulsarme hacia adelante, pero no pude. ¡Cuando miré hacia atrás para ver por qué, me encontré con que tenía los pies apresados en un bloque de basalto!

—Se puede detener a cualquiera, Mukhtar. —La bruja vino hacia mí, recogió el diario de Rinda y me lanzó una mirada burlona por encima del velo—. ¿O debo llamarte poderoso Malik?

Capítulo X

Kelemvor se encontraba sumido en sus cavilaciones en su trono de cristal, mirando al otro lado del suelo de cristal, a través de una pared de cristal: la antesala de la Torre de Cristal, donde una masa de espíritus ansiosos esperaba ser admitida en la sala del juicio. La multitud ya llenaba la sala a rebosar, y los escoltas traían más y más almas. La afluencia de los Falsos y los Infieles no acababa nunca, y a Kelemvor le correspondía elegir un destino para cada uno de ellos. Si se retrasaba, nunca conseguiría ponerse al día. Sin embargo, ¿cómo podía juzgar él a todas estas almas cuando él mismo estaba acusado de no cumplir con su deber?

—¡Jergal!

Apenas había terminado Kelemvor de pronunciar el nombre cuando una capa llena de sombra apareció junto al trono de cristal, elevándose y descendiendo a impulsos de un viento inexistente. La capucha de la capa contenía un gris vacío oval con dos ojos saltones como única facción. Un par de guantes blancos, a los que no daban soporte brazo ni apéndice alguno, colgaban a los lados.

—Aquí estoy a tus órdenes, como siempre —dijo el senescal con su saludo habitual—. ¿En qué puedo servirte?

—Sabes que se me ha acusado de descuidar mis deberes —le recordó Kelemvor—. ¿Soy demasiado blando con los valientes y demasiado duro con los malvados? ¿Merezco tales acusaciones?

—No me corresponde a mí decidirlo —replicó Jergal—. No soy quién para juzgar a nadie, y mucho menos a ti.

—No pido que me juzgues —dijo Kelemvor—. Sólo estoy pidiendo tu opinión.

La capa de Jergal se agitó bajo el tono áspero de Kelemvor.

—Yo no tengo opinión —se resistió el senescal—. Sólo puedo decir que siempre eres magnánimo con los nobles de corazón y duro con los cobardes. Tus predecesores no tenían esas preocupaciones, sólo consideraban si un alma era Infiel o Falsa.

—Mis predecesores...

El señor de la Muerte se inclinó hacia adelante, apoyó la barbilla en la mano y se sumió en una profunda contemplación, ya que a sus espaldas había una larga fila de dioses de la muerte. Kelemvor le había arrebatado el trono a Cyric, que lo había ocupado después de que hubiera perecido Myrkul durante la Era de los Trastornos. El propio Myrkul lo había ganado jugando a las tabas, y todo esto le recordó a Kelemvor que si faltaba a sus deberes podrían reemplazarlo con suma facilidad.

Una segunda capa llena de sombra apareció en la entrada de la sala. También era la de Jergal, porque incluso él había sido una vez dios de la Muerte y conservaba el poder de manifestarse en muchos lugares al mismo tiempo.

—Cyric ha solicitado una audiencia.

Esto arrancó a Kelemvor de sus ensoñaciones, ya que la mera mención del nombre del Uno lo ponía en guardia.

—¿Cyríc? No tengo nada que decirle a ese loco.

—Pero yo tengo algo que decirte a ti. —Al pronunciar Cyríc estas palabras, un enorme trono de huesos pulidos apareció en el centro de la desierta Sala de Juicios de Kelemvor, y en él se sentó el Uno y el Todo. Volvió los soles negros que le brillaban bajo las cejas hacia Jergal—. No he solicitado una audiencia. La he exigido.

Kelemvor sacó del aire su espada negra, pero estaba demasiado conmocionado para usarla. Aparte de Máscara, nadie osaba entrar en casa de un gran dios sin solicitar permiso, y con buenas razones, ya que cualquier dios se reviste de sus mayores poderes en su propio reino. Sin embargo, aquí estaba Cyríc, que no sólo no había sido invitado sino que además estaba sentado en su propio trono. El mero esfuerzo de creer lo que veía hizo que a Kelemvor le doliera la cabeza.

Un tercer aspecto de Jergal apareció a la entrada de la Sala de Juicios.

—Lady Mystra.

La diosa de la Magia se manifestó ante el trono del señor de la Muerte de forma inmediata, porque la Torre de Cristal siempre estaba abierta para ella.

—Ven rápido.

Kelemvor manifestó un aspecto propio en Dweomerheart, el palacio de cortinas mágicas de la señora de la Magia, y vio que Cyríc y su trono de huesos también estaba en la reverberante sala de audiencias de Mystra.

—Entró sin permiso.

—Aquí también —afirmó el Kelemvor que se encontraba en la Torre de Cristal. Señaló por encima del hombro de Mystra al Cyríc sentado en la Sala de Juicios—. Exigió una audiencia.

Mystra se dio la vuelta y se encontró con Cyríc sentado ante ella en la Torre de Cristal, igual que en Dweomerheart, de modo que los tres dioses estaban en ambos palacios al mismo tiempo. Todo lo que sigue sucedió en cada salón del trono al mismo tiempo.

—Como en los viejos tiempos. —Cyríc abrió la boca en una especie de sonrisa—. Sólo falta Adon para que estemos todos.

—Adon tiene mejores cosas que hacer —replicó Mystra—. ¿Por qué has irrumpido en nuestros palacios?

El Uno se recostó en el trono y se rascó con los dedos huesudos el mentón.

—¿Fui yo el que vino a vosotros? —preguntó—. Es gracioso, pero juraría que fue al revés.

—Si yo hubiese venido a ti, a estas alturas estarías muerto —dijo Kelemvor—. Tú exigiste una audiencia. ¿Qué es lo que quieres?

El Uno se inclinó hacia adelante. En Dweomerheart miró a Mystra a los ojos, y en

la Torre de Cristal fijó la mirada en los de Kelemvor.

—He decidido acogerlos a los dos bajo mi ala.

En ambos palacios, Mystra y Kelemvor se miraron intrigados.

—Vamos —dijo Cyric—. ¿Es tan difícil de entender? Los tres debemos estar juntos. Los demás están conspirando contra nosotros.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Kelemvor.

—Los demás tienen celos —explicó el Uno—, y miedo. Hemos progresado mucho.

—Te tienen miedo a ti —replicó Mystra—. Con Kelemvor y conmigo sólo están enfadados. ¿O acaso has olvidado cómo usaste contra nosotros la irritación de Tyr?

Cyric frunció el entrecejo al oír estas palabras.

—¿Yo? ¡Fue Tempus quien os acusó!

—A instancias tuyas —apuntó Kelemvor—. De no ser así, tendríamos problemas, pero Tyr...

—¡Tyr está tan asustado como los demás! —Cyric abandonó su trono y en la Torre de Cristal apuntó con un dedo a Kelemvor mientras hacía lo mismo con Mystra en Dweomerheart—. No os creáis toda esa basura sobre la justicia ciega. Lo que quiere es ponerlos a todos en contra de nosotros.

Mystra puso los ojos en blanco y Kelemvor negó con la cabeza.

—Tarde o temprano os uniréis a mí. Hacedlo ahora y os prometo a cada uno un cuarto del botín. —El Uno amenazó con el dedo a los dos dioses menores—. ¡Imaginaos, los tres gobernando Faerun!

Mystra se quedó boquiabierta.

—¿Es posible que estés tan loco? ¡Deberías saber que preferimos morir!

—Te hemos dedicado más tiempo del que mereces, Cyric. —Kelemvor se puso de pie y apuntó al Uno con su espada negra—. Ahora vete antes de que le ahorre a Tyr el trabajo de juzgarnos a cualquiera de nosotros.

Cyric se quedó mirando a los dos dioses en silencio. Después cerró la boca y se recostó en el trono.

—¡Necios! Estaba dispuesto a perdonaros. —Su trono se desvaneció y dio la impresión de que estaba sentado en el aire—. Ahora estáis en el mismo grupo que los otros.

Capítulo XI

El diario de Rinda estaba encima de una mesa en el otro extremo de la mazmorra y yo no podía hacer nada para alcanzarlo. Tenía las manos atadas a la espalda y los pies metidos en un bloque de basalto tan pesado como la madre del califa. Desde hacía ya muchas horas, Ulaunt me tenía privado de alimento y agua. Les había ordenado a dos guardias corpulentos que me sujetasen los brazos, después me había amenazado con golpearme con mazas claveteadas y con aplicarme atizadores candentes. De hecho, en ese momento tenía todavía un hierro calentándose en un brasero. Sin embargo, la única tortura que me atemorizaba era la de estar privado del diario. Mi necesidad de leerlo se volvía más acuciante a cada instante y había llegado al punto en que hubiera vendido todas mis posesiones a un cuarto de su valor por entrever siquiera una de sus páginas. Repudiaba esta compulsión como hace cualquier hombre con una debilidad secreta, y juraba que aunque Ulaunt sostuviese el libro ante mis ojos no leería una sola palabra.

Claro que éste era un juramento imposible de cumplir. Y todavía no había comprendido que la magia de Mystra era la culpable de mi aflicción. Sólo sabía que el diario de Rinda parecía tener tanto sentido como la Verdad Oscura, y que sus sacrilegios explicaban lo que yo había contemplado con mis propios ojos: que la Iglesia de Cyric se estaba desmoronando y que éste tenía que ser un lunático para mandar a un humilde mercader como yo a recuperar el *Cyrinishad*. Estos pensamientos eran una gran vergüenza para mí, y más que un hecho eran un reflejo de mi propia cobardía, pero eran tan persistentes como un mendigo hambriento y a ellos atribuía yo mi obsesión.

Ulaunt volvió del brasero con su hierro candente y me lo puso ante los ojos. Yo apenas lo miré, ya que tenía la mirada fija en el diario que se encontraba al otro lado de la habitación, donde estaban Tethtoril, el Primer Lector, y Ruha, con expresión de desconfianza en los rostros.

Mi falta de atención molestó al Guardián.

—¡Mira esto! —Agitó el hierro delante de mis ojos—. ¿Sabes lo que puedo hacer con esto?

—A mí nada. —A estas alturas yo sabía que eso era verdad, ya que todas las palizas que me habían dado antes de que Ruha me capturara no me había producido ni una sola magulladura, ni una ampolla—. Estoy bajo la protección de Tyr.

—¡Tyr no protege a asesinos! ¡Sujetadle la cabeza!

Aunque la cuerda con que me habían atado las manos era tan fuerte como el roncal de un camello, los ayudantes de Ulaunt eran reacios a soltarme los brazos, sin duda a causa de la feroz reputación que me había ganado durante mi captura. Uno de los hombres se deslizó por detrás de mí y me cogió por los codos, y sólo entonces me

soltó el otro los brazos y me sujetó la cabeza haciéndome una llave. Era tan corpulento y fuerte que habría sido inútil resistirse, de modo que no lo intenté.

Ulraunt esperó a asegurarse de que sus ayudantes me tuvieran bien sujeto, después se adelantó y me puso el hierro cerca de la cara para que no pudiera ver otra cosa que la punta candente. Me acercó más el atizador hasta que sentí que me ardían los ojos por el calor.

—Sólo te lo preguntaré dos veces más, y cada vez que mientas te quemaré un ojo. Dicen que duele mucho.

—Ulraunt, esto no es necesario —dijo Ruha. Por una vez me alegró la intervención de la arpista—. Ya ha respondido, y tu propio sacerdote ha dicho que no mentía.

—¡Este gusano es inmune a la magia de la verdad! —gritó Ulraunt. Tal era la furia del Guardián que su propio sacerdote había abandonado el lugar por miedo a presenciar la tortura de un hombre indefenso—. Nadie puede nadar en ese foso. ¡Podría cocer a un cordero!

Ulraunt acercó el hierro a mi ojo y me di cuenta de que estaba dispuesto a cumplir su promesa y dejarme ciego. Me pregunté cómo haría Tyr para protegerme de esto, y entonces el astil del atizador se puso tan blanco como la punta. Se oyó un leve chisporroteo y empezó a oler a carne quemada.

Ulraunt dio un grito y, soltando el atizador, se cogió la mano.

—¿Cómo has hecho eso?

No pude responder porque su gigantesco ayudante me estaba apretando tanto el cuello que no podía mover la boca.

Ruha asió a Ulraunt por el hombro y lo apartó de mí.

—Tú ya has tenido tu oportunidad. Ahora déjame a mí.

Ulraunt hizo un gesto de desprecio, después se miró los dedos chamuscados y se encogió de hombros.

—Como gustes, pero mi paciencia ha llegado al límite. Si no dice la verdad, lo ejecutaremos por lo que les ha hecho a Rinda y a Gwydion.

La bruja indicó a los asistentes que se retiraran y observó que mi mirada volvía a dirigirse al diario. Cuanto más tiempo pasaba, mayor era mi compulsión a leer..., y no sólo por el conjuro de Mystra. La afirmación de Rinda sobre la causa de la locura de Cyric pesaba como una losa sobre mi alma, ya que no podía olvidar la náusea helada que había sentido al tocar el *Cyrinishad*. ¿Acaso estaría en lo cierto la escriba? ¿Era posible que las verdades oscuras del sagrado tomo fueran tan poderosas que hubieran obnubilado incluso la mente divina del Uno y el Todo?

Esa duda espantosa era más de lo que podía soportar. Tenía que recuperar el diario y encontrar la mentira en sus palabras y desechar esta recelosa duda antes de que me volviera tan loco como a Cyric.

Después de contemplar durante unos instantes cómo miraba el diario de Rinda, la bruja lo cogió y me lo acercó, pero se quedó donde no pudiera alcanzarlo.

—Voy a hacer un trato contigo, Malik. —Ya me había hecho admitir mi verdadero nombre—. Por cada pregunta que respondas con veracidad, te dejaré leer una página del diario de Rinda.

—¡Tengo que leerlo! —exclamé. Tethtoril enarcó una ceja y Ulraunt frunció el entrecejo, y antes de que uno de ellos pudiera hacer una objeción añadí:— Te diré lo que quieras.

Tal vez pueda perdonármeme esta promesa recordando que yo no sabía nada del conjuro de Mystra. Sólo tenía la sensación de haber sido presa de una extraña compulsión: la de seguir leyendo el diario de Rinda. Hasta donde yo sabía, era tan capaz de mentir como siempre.

La bruja asintió.

—¿Has venido a buscar el *Cyrinishad* o este libro? —preguntó mostrándome el diario.

—El *Cyrinishad*. —Ésta parecía una respuesta totalmente inofensiva pues sin duda ya habían adivinado la verdad—. Cyric me envió para que lo recuperara. Lo necesitaba para su juicio y el encantamiento de Oghma sigue impidiéndole recuperarlo por sí mismo.

Esta explicación pareció salir de mis labios por su propia cuenta. Atribuí mi falta de autocontrol a mi obsesión, y no me preocupé por ello.

Ruha enarcó las cejas.

—¿Juicio?

Negué con la cabeza.

—Página ocho —dije.

—¡Responde! —ordenó Ulraunt, pero la bruja le indicó que no se entrometiera, y tras abrir el libro en la página señalada me lo puso ante los ojos.

«Acerca de lo que fue de "La verdadera vida de Cyric", he oído que Fzoul Chembryl todavía lo guarda en un lugar seguro cerca de las ruinas de Zhentil Keep. Aunque me gustaría que estuviera en manos de un guardián más fiable, ruego que esto sea verdad. La verdadera vida es la única manera de liberar las mentes hechas prisioneras por las mentiras del Cyrinishad y me temo que llegará un día en que sus simples verdades sean necesarias para salvar a todo Faerun. Gwydion y yo no somos más que humanos; es inevitable que algún día el Cyrinishad caiga en manos indebidas.»

Ruha bajó el diario, pues ahí terminaba la escritura, cuando quedaba todavía media página en blanco.

—¡No es justo! —exclamé al borde de un ataque de pánico, ya que el pasaje me había hecho concebir la curiosa idea de que tal vez podría servir mejor a Cyric

recuperando *La vida verdadera* y curándolo de su locura, y estaba ansioso de encontrar algo que me desengañara antes de que se convirtiese en otra maligna obsesión—. ¡Era sólo media página!

—Pero era todo lo que había escrito en ella.

La bruja cerró el libro y me miró a los ojos, disponiéndose a hacerme la siguiente pregunta. Durante un buen rato me estuvo mirando sin decir nada, como si estuviera sopesando sus palabras. No parpadeó ni una sola vez. Me di cuenta de lo silenciosa que se había quedado la estancia. Las antorchas no crepitaban; no se oía ni el roce de un pie sobre el suelo de piedra; ni siquiera el susurro de una respiración. Ulaunt y Tethtoril estaban tan quietos como la arpista. El sudor humedeció mi cuerpo.

—¿Poderoso señor? —farfullé. Sentí en la lengua un sabor espantoso.

El aire se volvió helado. Una sombra surgió de entre las piedras del pavimento y adquirió la forma de un hombre enorme. Tenía por cara una calavera sonriente, sus ojos eran dos bolas de fuego negro y su cuerpo una masa de venas y tendones.

—Malik, me has fallado —hablaba con mil voces roncadas, todas cargadas de amargura y furia—. Has traído el libro equivocado.

—Yo... no pude levantar el *Cyrinishad* —expliqué—. Estaba en una caja de hierro y soy sólo un humilde mercader...

—¡Ya sé lo que eres! ¿Todavía sabes dónde está el *Cyrinishad*?

La verdad, no quería decirle adónde lo habían arrojado.

—Más o menos, poderoso señor. Se lo han llevado, pero creo que todavía está en...

—No me lo digas —gruñó el Uno. Dio un paso, afirmó los pies en el bloque de basalto que tenía sujetos los míos y me asió por la garganta—. Todavía tenemos una oportunidad, Malik.

Dicho eso, empezó a elevarse. Me empecé a alargar, incluso el pecho, el abdomen y las piernas se me alargaron y adelgazaron, y juro que llegué a ser tan alto como un peñasco.

—¡Por favor, dios de dioses, estoy a punto de estallar!

—Tonterías, Malik. No podría hacerte daño aunque quisiera.

El Uno tiró de mi cuello hacia arriba. Un crujido alarmante se produjo en el suelo, y como los huesos son más débiles que el basalto, me temí lo peor. Entonces mis rodillas salieron disparadas hacia arriba y me golpearon en el vientre con tal fuerza que empecé a toser.

Abrí los ojos y miré hacia abajo. Vi con alivio que tenía dos pies colgando al final de las cortas piernas.

—Estás bajo la protección de Tyr. —Cyríc seguía sujetándome por el cuello, de modo que no tocaba el suelo con los dedos de los pies—. Y por eso mi plan no fracasará esta vez.

—¿Esta vez? —Mi voz era apenas un gorgoteo porque el puño de Cyric me tenía atenazada la garganta—. ¿Todavía quieres que lea el *Cyrinishad* a todos los dioses? —Realmente estaba atónito.

—¿Ves? Tal vez no seas tan tonto después de todo. Y ahora tienes mucho tiempo. El juicio se reanudará dentro de diez días.

En ese momento me di cuenta de que mi dios estaba más loco de lo que había pensado.

—¡Pero los dioses no me permitirán...!

El Uno cerró el puño, ahogando mi voz a mitad de la frase.

—Por supuesto que sí. Tyr ha visto mi gloria. Ahora es un verdadero creyente.

Un estremecimiento me recorrió el cuerpo pues sabía que nuestro señor oscuro se estaba engañando. Tyr estaba decidido a celebrar un juicio justo, pero eso era muy diferente de rendir culto al Uno. Si Cyric no podía ver esto, estaba condenado, y todos los verdaderos creyentes con él. ¡Me volvió a la cabeza el pasaje que acababa de leer en el diario de Rinda y con él la curiosa idea de que la forma de ayudar al Uno no era recuperar el *Cyrinishad* sino inducirlo a leer La verdadera vida de Cyric! ¡Si conseguía hacerle recuperar la cordura no necesitaría el *Cyrinishad* ni ninguna otra cosa para aplastar a los demás dioses y doblegarlos a su voluntad!

Me di cuenta en seguida de que ésta era la misión que los Hados me habían asignado y que yo había interpretado mi visión del libro de una manera demasiado literal. ¡Mi destino era unir la Iglesia de Cyric, no recuperando el *Cyrinishad* sino encontrando un libro diferente y curando al Uno de su locura! Di un grito de alegría, y Cyric, pensando que era de entusiasmo por la alianza de Tyr, me dejó en el suelo.

Evité mirar hacia el diario de Rinda, temiendo que el Uno adivinara mi plan secreto, pero mi compulsión pudo más. Sin darme cuenta había ido hacia la bruja paralizada y le había quitado el libro de las manos.

Empecé a leer en voz alta.

Cyric cubrió la página con una mano huesuda.

—¿Debes hacerlo?

Cuando alcé la cabeza para responder, la vergüenza que sentí era mayor que la que jamás había sentido en mi vida.

—Al parecer, no puedo evitarlo.

De los ojos de Cyric brotaron lenguas de fuego, pero no me castigó en absoluto.

—El conjuro de Mystra. ¡Maldita sea! —Miró el libro con furia y a continuación sacudió la cabeza—. La única solución es dejar que lo leas hasta el final. Destruirlo sólo contribuiría a hacer de ti un tonto más grande de lo que eres...

En respuesta, leí unas cuantas líneas que contaban cómo el general Vrakk había ayudado a Rinda a escapar de la destrucción de Zhentil Keep. Después saqué la daga curva de la bruja de su cinturón y la alcé por encima de su corazón, decidido a honrar

al Uno y a liberarme de mi castigo de un solo golpe.

La fría mano de Cyric me sujetó la muñeca, a continuación me arrancó la daga y la tiró hacia un rincón.

—¡Ahora no! Ya tengo bastante de que preocuparme como para permitir que Oghma y Mystra se enteren de que estoy dentro de su preciosa ciudadela.

Mientras decía esto, despojó a la arpista de todas sus ropas y las depositó en mis brazos, dejándola como el día en que había venido al mundo. No voy a decir lo que pasó entonces por mi mente, ya que ningún hombre debe tener pensamientos semejantes sobre sus enemigos.

—Póntelas.

Obedecí de inmediato, dejando el diario abierto sobre la mesa y leyendo acerca del peligroso viaje de Rinda por los valles mientras me vestía. Es una suerte que la bruja llevase la ropa holgada y que fuera un poco más alta que yo, ya que el sobrante contribuía a esconder mi gordura. El Uno en persona me envolvió la cabeza con el turbante de la arpía, me tapó la cara con su velo y me pintó los ojos con el kohl que ella llevaba en el bolsillo, pero el cinturón de plata de la bruja era demasiado pequeño para mi cintura.

—No importa —dije haciendo una pausa después de la narración de cómo Rinda había escapado de una banda de gigantes de la escarcha merodeadores—. Tal como está, el disfraz servirá para ayudarme a escapar.

—¿Escapar? —inquirió el Uno—. No necesitas escapar. Lo único que tienes que hacer es encontrar el *Cyrinishad* e invocar mi nombre como hiciste la otra vez.

Recogí el libro y abrí la puerta de hierro de las mazmorras.

—Por supuesto, poderoso señor.

Así era como pretendía dejar las cosas, pues sabía que escapar del Alcázar de la Candela sería fácil una vez que estuviese fuera. Disfrazado con el turbante y el velo de la bruja, podía salir sin más por la puerta principal y a nadie le extrañaría, pero en cuanto dejé el calabozo y me encontré en la estrecha escalera, sentí que la verdad pugnaba por salir de mi boca, y sin darme cuenta se me escaparon aquellas estúpidas palabras.

—Haré cualquier cosa por ayudarte, poderoso señor. —Mientras lo decía, cerré la puerta del calabozo y puse la tranca—. Pero recuperar el *Cyrinishad* no hará más que empeorar tu estado. Voy a curarte.

El Uno dio un tremendo golpe a la puerta que dejó una marca en el hierro y me lanzó cinco escalones escalera arriba, sin embargo, la tranca sólo se torció, no se rompió. Me apoderé del diario de Rinda y corrí hacia arriba por la escalera de caracol, e incluso en esa situación, con el corazón en la boca por el miedo, mi obsesión me obligó a leer la historia de cómo Rinda se había despertado una mañana y había encontrado a Gwydion montando guardia en su campamento.

Por fin, un cuadrado de luz brillante apareció en lo alto de la escalera. Subí otro escalón y me detuve a pasar la página. Cuando volví a mirar hacia arriba, un fantasma me bloqueaba el camino.

«¿Curarme, Malik? —Esta vez las voces de Cyric me hablaban directamente desde el interior de la cabeza, pues no tenía el menor interés en que se notara su presencia—. Soy el dios de dioses. Si alguien necesita cura, no puedo ser yo.»

Me detuve sin dar un paso más y lancé un grito que me dejó la garganta en carne viva.

«¿Por qué tienes tanto miedo? —El fantasma se me acercó un paso más—. Sabes que no puedo hacerte daño..., al menos hasta que termine el juicio.»

Me hincé de rodillas y toqué con la frente el frío suelo.

—Por favor, poderoso señor —farfullé—. Deja que te explique...

—¿Ruha? —Aunque esta voz me resultaba familiar, no pertenecía al Uno—. Deja que te ayude.

Alcé la vista y vi al sacerdote de Oghma que corría escalera abajo con su camisa y sus pantalones blancos. Aunque no había ni rastro del Uno, el sacerdote se detuvo dos escalones por encima de mí y se estremeció.

«Diez días, Malik —las mil voces del Uno resonaron en mi cabeza—. El juicio habrá terminado en diez días y después volverás a ser mío.»

Sentí un malestar en el estómago y empecé a notar esa sensación terrible que precede al vómito. Entonces percibí la mano del sacerdote bajo mi brazo.

—¿Es que Ulraunt realmente está torturando a ese pobre mendigo? —preguntó.

Por única respuesta emití un gruñido como el de alguien que lucha con su propio estómago. Me volví y me llevé la mano al velo.

—No tienes que sentirte azorada. La tortura me produce el mismo efecto. —El sacerdote me ayudó a ponerme de pie y me guió escalera arriba—. Tal vez sea mejor que vayamos a la torre para que respires un poco de aire fresco.

Capítulo XII

Gwydion el Veloz avanzó a empujones hasta dejar atrás la atestada antesala y atravesó la Sala de Juicios, que se encontraba vacía, para arrodillarse ante el trono de cristal de Kelemvor. Una roja cicatriz sonreía desde la garganta del caballero muerto, pero a sus ojos esto no era más grave que su vergüenza.

—Rinda está muerta. —Mantuvo la mirada fija en el suelo—. Permití que el asesino de Cyric la matara mientras dormía.

—La salvaste un centenar de veces antes de eso —le recordó Kelemvor—. Mírame a los ojos, Gwydion. No tienes de qué avergonzarte.

Gwydion alzó los ojos y miró a Kelemvor, pero su expresión seguía siendo de vergüenza.

—¡Fue ese pequeño y sucio mendigo! Debí haberlo matado cuando tuve ocasión de hacerlo.

—¿Cómo ibas a saberlo? Si hubieras matado a todos los que podían ser agentes de Cyric habrías matado a cientos sólo para castigar a unos cuantos. ¿Crees que ésa es la razón por la que te permití volver a Faerun?

—Por supuesto que no —respondió Gwydion acompañando las palabras con un movimiento de cabeza.

—Bien. —Kelemvor sonrió con tristeza—. Entonces al menos puedo tomar esta decisión sin dudar de mí mismo. Has cumplido bien con tu deber, Gwydion, y no me corresponde a mí juzgar tu alma. Sin embargo, antes de dejar que vayas a buscar el lugar que te corresponde junto a Torm el Veraz, quiero solicitar tu ayuda.

Gwydion asintió.

—Por supuesto.

—El alma de Rinda está en algún lugar fuera de la Ciudad de los Muertos, perdida entre las muchedumbres que deambulan por el Plano del Olvido. Oghma no puede encontrarla mientras lleve al cuello el amuleto, pero si se lo quita, Cyric encontrará el *Cyrinishad*.

—Quieres que la encuentre —dijo Gwydion poniéndose de pie.

—Y que la escoltes hasta el palacio de Oghma —respondió Kelemvor—. Él no sabrá de su presencia, pero creo que el espíritu de Rinda encontrará consuelo en la Casa del Conocimiento.

Gwydion sonrió y su orgullo habitual le desplazó la vergüenza del rostro.

—Eso haré.

El señor de la Muerte hizo un movimiento con la mano y la forma espectral de Jergal se manifestó junto a Gwydion.

—Mi senescal te guiará al palacio de Oghma y de vuelta al Plano del Olvido. Torm acudirá en cuanto lo llames, y te deseo una feliz vida de ultratumba en su

castillo.

—Gracias, señor de los Muertos. —Hizo una reverencia, y con Jergal flotando a su lado se dio la vuelta y partió.

Sin embargo, Gwydion se dejó atrás su sombra sobre el suelo de cristal. El señor de la Muerte iba a llamarlo, pero se lo pensó mejor y se recostó con expresión pensativa y tamborileando con los dedos en el posabrazos del trono de cristal. Después de un buen rato, un par de ojos blancos aparecieron en la cabeza de la sombra, que a continuación se despegó del suelo y se apoyó sobre las piernas.

—Me alegra encontrarte de tan buen humor, Kelemvor. —Los miembros de la sombra adquirieron volumen y ésta tomó la forma de un elfo de capa sombría—. Tal vez recibas mi petición tan amablemente como trataste a Gwydion.

—Lo dudo. No me caen bien los ladrones. —Kelemvor le dedicó al intruso una mirada hostil. Máscara era capaz de abrir cualquier cerradura y robar el tesoro más escrupulosamente guardado, y por ese motivo jamás era bienvenido en el palacio de ningún dios—. ¡Jergal!

Un par de guantes blancos se cerraron en torno a las muñecas de Máscara y le mantuvieron los brazos tensos. Una capa llena de sombra apareció a cada lado del señor de las Sombras, y Jergal habló con dos voces al mismo tiempo.

—Aquí estoy, a tus órdenes, como siempre.

Máscara cambió su forma por la de una indefensa humana, pero no hizo mayor caso al senescal y siguió dirigiéndose sólo a Kelemvor.

—¡Te disgustan los ladrones pero a mí me has robado! —La voz vaporosa del señor de las Sombras no era ni masculina ni femenina—. ¿O será sólo que has cometido un error?

—¡Error! —Kelemvor se inclinó hacia adelante, pero tuvo mucho cuidado de no levantarse. Acusar a un dios de un error era peor que decir que había robado algo, y se dio cuenta de que Máscara hablaba así para provocar una reacción violenta—. ¡Explícate y márchate! No quiero que Kezef te ande buscando por mi ciudad.

Un estremecimiento recorrió la figura sombría de Máscara, pero se recuperó rápidamente y continuó:

—Tú has juzgado a un tal Avner de Hartsvale, ¿no es cierto?

Aunque muchos millares de espíritus se habían presentado ante Kelemvor después de Avner, las memorias de los dioses son ilimitadas y perfectas. El señor de la Muerte supo en seguida que Máscara se refería a un huérfano que había burlado la ley en las calles de Hartwick, robando a mercaderes honrados y a todos los que eran bastante tontos para acercarse a él. Un comerciante llamado Tavis Burdun se había compadecido del muchacho y le había enseñado a ganarse el pan con su trabajo, y Avner le había vuelto la espalda a su vida de ladrón y se había convertido en el explorador de más confianza del reino de Hartsvale.

—Avner dio su vida para salvar al hijo de su reina —dijo Kelemvor—. Envié su espíritu a Torm el Veraz.

—Y me robaste lo que me pertenecía. —La figura enjuta de Máscara empezó a ensanchar y a desarrollar abultados músculos en los brazos y en el pecho.

—¿Lo que te pertenecía? —replicó Kelemvor con un bufido—. En cuanto un espíritu entra en la Ciudad de los Muertos ya es mío y puedo hacer con él lo que me plazca.

—¡Puedes castigarlo como te plazca, pero no pasárselo a alguno de tus compinches!

La figura corpulenta de Máscara cobró proporciones gigantescas y forcejeó para librarse de Jergal, pero Kelemvor sólo observó su bravuconada con gesto burlón y nada dijo.

—¡Avner era uno de mis Falsos! —continuó Máscara—. No se negó a rendir culto en mi altar cuando la única manera de llenarse la barriga era robar. Sin embargo, ¿qué homenaje me rindió cuando el comerciante se hizo cargo de él? ¡Ninguno! ¡Durante el último año de su vida no robó un solo cobre!

Kelemvor se encogió de hombros.

—A los mortales les está permitido modificar su conducta, sobre todo si es para mejor.

Máscara dejó de discutir y cambió su forma por la de un anciano encorvado.

—Avner cambió su conducta, pero ¿cambió de dioses?

—¿Cambiar de dioses?

—¿Elevó preces a Torm? ¿Dejó alguna ofrenda en el altar de Torm?

En ese momento, uno de los aspectos de Jergal apareció en la puerta.

—Torm pide permiso para entrar en la Torre de Cristal tal como se solicitó.

—¿Tal como se solicitó?

Máscara cambió su forma por una perfecta imitación del propio señor de la Muerte.

—Espero que no te importe. —La voz del señor de las Sombras sonó exactamente como la de Kelemvor—. Me tomé la libertad en la seguridad de que querrías que se hiciera esto adecuadamente.

Kelemvor se puso de pie en seguida, pero Torm ya se había manifestado ante el trono de cristal. En la palma de la mano, el dios del Deber llevaba a un joven de pelo rubio con ojos color de acero: Avner de Hartsvale.

Torm contempló a los dos Kelemvors y vio en seguida que el que se encontraba junto a las manifestaciones de Jergal era un impostor. Hizo una reverencia al auténtico dios de la Muerte.

—He traído al joven en cuestión.

—Me disculpo por importunarte, Torm, pero yo no te pedí que vinieras.

—Fui yo —interrumpió Máscara tomando ahora la forma de un elfo oscuro—. Sólo quería saber si Avner de Hartsvale te elevó preces alguna vez.

El joven que ocupaba la palma de Torm se puso pálido, y el dios del Deber respondió.

—No, sólo dio su vida cumpliendo con su deber.

—Pero eso no es rendir culto, ¿verdad? —respondió Máscara—. ¿Alguna vez depositó una ofrenda en tu altar?

Torm puso cara de perplejidad, miró a Kelemvor y, aunque de mala gana, negó con la cabeza.

Una sonrisa blanca brilló en la cara de Máscara. Adoptó la forma de una diosa de la destrucción de seis brazos. Con una de sus varias manos buscó bajo su sombría capa y extrajo una colección de objetos relucientes que le mostró al mortal que Torm tenía en la palma de la mano.

—¿Los recuerdas, Avner?

El mortal miró por encima de la mano de Torm y dio un respingo.

—¡Di esas cosas a Diancastra!

—Pero ella es la diosa de un gigante, y tú eres un humano. —Aunque el cuerpo de Máscara seguía siendo el de una diosa de seis brazos, su cara se transformó en otra de huesos muy marcados, la de la taimada gigante Diancastra—. Tus ofrendas eran para mí. Como puedes ver, yo adopto muchos aspectos diferentes en distintas tierras.

El mortal se quedó con la boca abierta, y después empezó a abrirla y cerrarla sin decir una sola palabra.

—Veamos. Tu tributo regular era de una moneda a la semana. ¿Cuántas tenemos aquí? ¿Setecientas diez? —Máscara empezó a pasar monedas de cobre de una mano a otra—. Y no debemos olvidar las ofrendas especiales: una pepita de plata, un peine de bronce, un trozo de lino... —A medida que iba nombrando cada cosa, la dejaba caer en la palma de la mano—. Y esta ágata de mármol. Si no recuerdo mal, fue tu primer regalo...

—Ya basta —protestó Kelemvor—. Esas ofrendas no significan nada. Los Falsos son míos y yo hago con ellos lo que me place.

—Eso no los transforma en míos. —Torm alzó la mano y habló al atemorizado mortal—. Avner de Hartsvale, moriste con dignidad, y si alguna vez hubieras elevado hacia mí una sola plegaria, habría sido un orgullo mantenerte en Trueheart para siempre.

—Pero mi vida fue... —El mortal se contuvo y a continuación inclinó la cabeza—. Perdona, Veraz. Tendría que haber sabido que tú, entre todos los dioses, no puedes desatender tu responsabilidad.

—Bien dicho —replicó Torm—. Te echaremos de menos en Trueheart.

El Veraz se volvió para entregarle Avner a Máscara, pero Kelemvor se interpuso y

extendió su propia mano.

—Los Falsos me pertenecen, y siempre tengo algún uso para un espíritu leal como Avner. —El señor de la Muerte arrebató a Avner de la mano de Torm y luego retrocedió hacia su trono. Un par de alas de negro plumaje brotaron de la espalda del joven.

—Avner de Hartsvale será el primer Serafín de la Muerte —dijo.

—¡Serafín de la Muerte! —se burló el señor de las Sombras—. ¿Y qué hará? ¿Cantar las glorias de la descomposición por los cielos?

—Tal vez, o tal vez se dedique a vigilarte. Siempre puede llamar al Perro del Caos cuando plantees problemas.

Los ojos de Máscara relucieron como ascuas.

—Me alegra ver que tienes sentido del humor, señor de la Muerte. —El cuerpo del señor de las Sombras se derritió fundiéndose con el suelo de cristal y Jergal se quedó sujetando el aire—. Antes de que acabemos con esto, vas a necesitarlo.

Capítulo XIII

Con el tonto sacerdote de Oghma sosteniéndome por el brazo mientras yo ocultaba mi cara cubierta por el velo en la manga del traje de la bruja, salimos de la Torre de las Mazmorras y nos dirigimos por un sendero hasta el atestado patio de armas de la ciudadela, donde cientos de monjes y guerreros se habían reunido para conocer las novedades de mi interrogatorio. Se acercaron en seguida para averiguar qué sabíamos, pero el sacerdote se deshizo en imprecaciones y advertencias sobre la ira del Encuadernador. Mantuve los ojos bajos en todo momento para que nadie pudiera verlos, pues no se parecían en nada a los de la bruja. Mientras tanto no dejaba de hacer arcadas, que no eran fingidas, y movía la cabeza de un lado a otro. No dejaba de pensar que en cualquier momento alguien gritaría que yo no era la arpista entrometida, o que se oían extraños golpes en el subsuelo de la Torre de las Mazmorras, pero no sucedió ni lo uno ni lo otro.

El diario de Rinda seguía atormentándome. No bastaba con no poder parar de leerlo a pesar de lo revuelto que tenía el estómago, sino que la doncella de la Desgracia se complacía con que me viera compelido a pronunciar las palabras en voz alta. Procuraba mantenerlo en un susurro, de ahí que el sacerdote hiciera continuas pausas para acercarse y preguntar: «¿Qué?» o «¿Has dicho algo, querida?».

Sólo podía negar con la cabeza y echar otro vistazo al malvado libro. Nadie descubrió mi disfraz y pronto llegamos al portillo.

Un monje, atendiendo a la urgencia que percibió en la voz del sacerdote, se apresuró a abrirlo, y yo me puse de cuatro patas para entrar en el sombrío pasadizo que había debajo de la caseta de la guardia. Me encontré en lo alto de la torre. Más allá no había nada más que cielo y viento. Me puse en pie de un salto y atravesé corriendo el patio pensando en tirarme por el borde y confiar en la protección de Tyr para salvar la vida.

Pero nunca había sido tan valiente. Al acercarme al borde, mis piernas refrenaron la marcha por iniciativa propia, y cuando llegué a él apenas caminaba. Me dejé caer de rodillas y de mi boca escapó un débil gruñido, más por las palabras de Cyric en la escalera que por temor a ser capturado otra vez, aunque este peligro existía realmente.

En el cielo, una cinta de humo negro trazaba su sinuoso camino por el peñasco donde se habían matado Jabbar y Haroun. Había motas negras arremolinándose por toda la colina, arrastrando otras motas oscuras por el suelo hasta una hoguera chisporroteante. No necesité una mirada más atenta para darme cuenta de que los defensores del Alcázar de la Candela estaban quemando los restos del Ejército de los Creyentes.

Aquella visión maldita fue demasiado. Mi estómago dejó de luchar y se purgó con una violencia tal que caí hacia adelante y me encontré mirando directamente

hacia el abismo.

Al principio pensé que los dedos que me habían sujetado por el cuello eran los del propio Tyr, pero la que sonó en mi oído fue la voz familiar del sacerdote.

—Tranquila, ya te tengo.

Dejé que tirara de mí y me sentara en el suelo, y a continuación me apoyé las manos sobre los muslos. Había dejado el velo de la bruja convertido en un amasijo de olor espantoso, pero casi no me daba cuenta. El sacerdote me soltó y se arrodilló a mi lado. Me apresuré a desviar la mirada y a esconder mis manos hombrunas en las mangas..., y entonces me di cuenta de que el diario de Rinda había desaparecido.

Me eché boca abajo y miré por el borde, gritando de desesperación.

El sorprendido sacerdote se me tiró encima.

—¡Ruha! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo?

No respondí nada. Sólo seguí mirando hasta que por fin vi el libro volando por un lado de la colina. Chocó contra una roca a medio camino y rebotó. Después el viento agitó sus páginas y lo llevó hacia la costa.

Me aparté del borde y salí de debajo del sacerdote que, alarmado como estaba, me había cogido por una pierna y no me quería soltar.

—¿Qué pasa, Ruha?

Señalé hacia el borde de la torre y corrí hacia el sendero que conducía a la Puerta Baja.

—¡El libro! —grité con mi mejor voz de mujer.

No me paré a observar si esta explicación lo satisfacía, sino que levanté las faldas del traje de la bruja y me lancé camino abajo a la carrera, y no sólo por mi extraña obsesión de acabar de leer el diario. Creía más que nunca que la única manera de ayudar al Uno y el Todo era curar su locura. Y si alguna verdad contenían los sacrilegios de Rinda —cosa que, por supuesto, me resistía a creer—, la única manera de contrarrestar el poder del *Cyrinishad* era leer La verdadera vida de Cyric, y la única manera en que yo podía encontrar La verdadera vida era seguir el viaje de Rinda hasta donde ella había visto por última vez a Fzoul Chembryl.

En cuanto el camino superaba la primera curva, se volvía estrecho y empinado, y a veces tenía una inclinación hacia el borde, de modo que tenía la sensación de que mis pies resbalaban hacia el precipicio a cada paso. Los monjes no habían colocado una sola cuerda ni una cadena para sujetarse, ya que para ellos un sendero traicionero era la mejor defensa, y tenían razón. Mantenía los ojos fijos en el camino y corría lo más rápido que me atrevía, esperando a cada instante que sonara una alarma.

Pero la campana no sonó. La senda rodeaba la colina y se mantenía durante un trecho suspendida sobre la costa en la que rompían las olas del mar de las Espadas. Me detuve para mirar por el borde hasta que conseguí ver las páginas revoloteantes del diario de Rinda. El libro se encontraba a treinta largos de flecha por debajo de mí,

en la orilla de piedra que separaba la verde llanura de la costa granítica, y cada vez que una ráfaga removía las páginas, se deslizaba un poco más abajo por la pendiente. De más está decir lo que le sucedería al diario si llegaba hasta el fondo: la costa era una maraña de caminos trazados por la lava, estanques naturales y simas profundas e irregulares en las que rugían las olas atrapadas.

Sin que recuerde cómo sucedió, me encontré echado boca abajo y con las piernas colgando por el borde del sendero. De inmediato, mi miedo a las alturas hizo que me resonara en la cabeza el latido del pulso, pero los brazos se negaban a alzarme otra vez hasta el camino. Empecé a descender por la pendiente rocosa. Mis dedos y pies confiaban el peso del cuerpo a grietas y salientes tan delgados como una moneda. Esto era obra de mi obsesión, no de la razón, pues yo conocía los límites de mi valor y jamás habría intentado semejante cosa.

Dos veces se me enredó un pie en el ruedo del vestido de la arpista y a punto estuve de caer por el acantilado, y sólo la protección de Tyr dio a mis manos la fuerza necesaria para sostenerme hasta que liberé el pie y encontré un apoyo. Lo único que podía hacer con aquella incómoda falda era sujetármela a la cintura, pero se soltaba continuamente. Se me enredó el pie una tercera vez. Me enfadé tanto que arranqué el velo y lo arrojé lejos. Al hacer esto miré hacia abajo y vi que el diario de Rinda ya había recorrido las tres cuartas partes de la pendiente. Peor todavía, gran parte de la costa rocosa había desaparecido ya bajo la marea, y había vivido en esta costa el tiempo suficiente para saber que en menos de un cuarto de hora el mar estaría tan alto que las olas barrerían el lugar donde ahora se encontraba el libro.

Seguí bajando por el acantilado durante un buen rato, deteniéndome de vez en cuando para echar una mirada al libro y a la marea. El agua había empezado a lamer la roca cuando el eco del sonido de la campana de alarma llegó desde las ventosas alturas y supe que Ulraunt y la bruja se habían liberado. La costa estaba más o menos al doble de la estatura de un gigante por debajo de mí. Si conseguía alcanzarla antes de que mis enemigos pudieran verme suspendido del acantilado, estaría a salvo.

Las olas habían roto sobre estas piedras siglo tras siglo, transformando hasta las menores fisuras en pequeñas cavernas. Durante los largos inviernos pasados a las puertas del Alcázar de la Candela había dormido en un centenar de ellas. No es que fueran muy confortables, pero protegían de la lluvia, e incluso había una gruta cuya entrada quedaba anegada con la marea alta. Dentro podría esconderme hasta que la marea bajara a medianoche para iniciar a continuación mi viaje bajo la protección de la oscuridad.

El viento impulsó el diario de Rinda y lo volteó. Se deslizó por la orilla hasta quedar tan cerca del agua que podía ver la espuma salpicando las rocas a su alrededor. Cerré los ojos, salté y rogué que la protección de Tyr me salvara de torcerme un tobillo o de romperme una pierna y, sobre todo, de ser arrastrado por el

retroceso de una ola y morir ahogado.

Capítulo XIV

En otro océano lejos de Faerun, donde el agua salada tenía un olor tan dulce como la miel, el oleaje tintineaba como campanillas y las estrellas y la luna inundaban el cielo con una luz tan reluciente como la plata, Kelemvor y Mystra aparecieron en los bancos de brillante arena próximos a la orilla. Al frente, en la distancia, el monte Celestia flotaba por encima del horizonte, con la base perdida en una bruma envolvente de niebla marina y el escarpado pico sosteniéndose en el aire como una nube. Allí cerca, cubriendo totalmente la corona rocosa de una isla próxima, dominándolo todo, estaba el inmenso palacio blanco de Tyr el Justo.

Cuando Mystra y Kelemvor se volvieron hacia la isla, quedaron perplejos al ver a Oghma el sabio esperando. Estaba sobre la playa rocosa al pie de las murallas de la ciudadela, cubierto con un albornoz amarillo que no absorbía en absoluto el agua que le lamía los pies. Una amplia sonrisa se abrió entre su espesa barba y entonces alzó una mano a modo de saludo.

—Pensé que os encontraría aquí —dijo—. Habéis venido a pedir a Tyr que celebre vuestro juicio independientemente del de Cyric, ¿no?

Mystra y Kelemvor avanzaron hacia la orilla.

—Eso no es asunto tuyo —respondió el dios de la Muerte.

—Puede que no, pero podríais haberme pedido consejo.

—No nos pareció oportuno pedirte nada —objetó Mystra—. Parecías muy contento de vernos acusados junto con Cyric.

—Cierto —replicó Oghma—, pero no se pierde nada con hablar. Por la discusión se llega a la sabiduría.

Kelemvor se detuvo en la playa.

—Habla entonces. Nosotros escucharemos.

Oghma saludó al señor de la Muerte con una inclinación de cabeza.

—Me han dicho que has mandado a Jergal y Gwydion en busca del espíritu de Rinda. Gracias. No tienes la menor idea de lo mucho que me han atormentado sus gritos.

—Eso fue por justicia hacia ella, no para ganarme tu favor. Los valientes y los verdaderos no deberían sentirse abandonados por sus dioses.

Mystra salió del agua y tras colocarse al lado de Oghma apoyó una mano en el brazo del Encuadernador.

—De todos modos, si el servicio de Kelemvor te ha hecho cambiar de idea, agradeceríamos tu apoyo en el juicio.

Oghma puso cara seria y no miró a Mystra sino que siguió con la vista fija en Kelemvor.

—Se os acusa a los tres juntos. Si hablo para defenderos, también hablaré en

favor de Cyric. ¡Estoy seguro de que no queréis eso! —El dios de la Sabiduría frunció el entrecejo—. Cyric ha faltado a sus deberes y todos estamos de acuerdo en que es algo terrible, aunque no podamos decidir qué hacer al respecto.

Kelemvor dejó atrás a Oghma.

—¿Vamos, Mystra? Él no es diferente de los demás.

Mystra asintió y se aprestó a seguirlo, pues Kelemvor tenía razón. Ya habían visitado a los demás dioses del Círculo y habían recibido la misma respuesta, incluso de Sune, que estaba siempre dispuesta a cambiar de idea. A excepción de Tyr y del propio Cyric, las grandes deidades estaban tan decididas a celebrar un juicio contra Cyric que no iban a hablar en defensa de la señora de la Magia ni del señor de la Muerte. Kelemvor había empezado a preguntarse si podría haber otra razón, pero no había expresado sus dudas. Lejos de su ánimo estaba sugerir a Mystra que los cargos contra ellos podían ser merecidos.

Llegaron a la cabecera de la playa y se encontraron con que las puertas de la ciudadela de Tyr estaban abiertas para recibirlos. Dentro esperaba una guardia de honor de doce paladines de reluciente armadura para escoltar a Mystra y a Kelemvor hacia el interior.

El capitán dio un paso al frente e hizo una reverencia.

—Señora de la Magia y señor de la Muerte, os ruego que me sigáis. El Justo os aguarda.

—¿Ah, sí? —Mystra miró a Kelemvor e hizo un gesto de perplejidad ya que no había esperado que el dios de la Sabiduría se opusiera a ellos tan activamente—. Parece que el Encuadernador ha hecho algunos preparativos.

—No he sido yo —respondió Oghma uniéndose a ellos.

—¿Quién entonces? —preguntó Kelemvor.

—Tal vez deberíais averiguarlo vosotros mismos. —Oghma dejó a Kelemvor y a Mystra pasar delante de él por las puertas.

Los tres dioses siguieron a su guardia de honor por un largo pasillo y salieron a una plaza enorme rodeada por grandiosos edificios con columnatas. Los paladines atravesaron la plaza, abriendo un ancho camino a través de la multitud de sirvientes que se detenían a contemplar a los dioses a su paso, y se detuvieron frente al edificio más grandioso. La escalera del pórtico era tan alta como un acantilado, y las columnas daban la impresión de estar aguantando el cielo.

Mystra, Kelemvor y Oghma entraron en la sombra del primer escalón, y de golpe se encontraron dentro de la gran Cámara del Tribunal de Tyr el Justo.

La sala del tribunal tenía forma de herradura, con altas gradas de bancos en tres de los lados y el trono de alabastro del Justo en el cuarto. Junto a dicho trono, apoyado en el respaldo como si fuera el aliado más cercano de Tyr, había un fantasma con cara de calavera y vestido con armadura de cuero.

—¡Cyríc! —exclamó Mystra entre dientes.

—El Uno y el Todo —replicó Cyríc.

Aunque el tribunal estaba lleno de fieles de Tyr que ocupaban los bancos día y noche para recrearse en la sabiduría de sus decretos, reinaba un silencio absoluto. No era frecuente que los propios dioses discutieran una cuestión en esa cámara, y nadie quería perderse una sola palabra de lo que se dijese.

—Supongo que no tendréis nada que oponer a que escuche vuestra petición —dijo Cyríc—. Después de todo, seguro que me afectará.

—A mí me toca decidir qué es lo que te afecta, Cyríc. —Tyr giró la cabeza para dirigir al Uno y al Todo una mirada de desaprobación—. Puede que tengas razón, pero te habría mandado llamar de haberlo considerado apropiado.

—Pero lo es. —El Uno avanzó hasta el borde de la plataforma y dirigió a Mystra una mirada furiosa—. Mystra y su chico han venido a solicitar un juicio por separado.

Con un pensamiento, Tyr aumentó el tamaño de su trono hasta que fue lo bastante alto para mirar por encima de la cabeza de Cyríc.

—Me gustaría oír de boca de la señora de la Magia y del señor de la Muerte por qué están aquí —dijo.

Mystra asintió.

—Hemos venido a pedir un juicio por separado. Tal como están las cosas no podemos defendernos ya que estamos de acuerdo con los cargos contra Cyríc.

—Y porque nadie hablará en defensa vuestra ya que eso significaría hablar en mi propia defensa —añadió Cyríc—. Ya os había advertido al respecto. Están todos muy celosos de mí.

—¿Celosos? —dijo Kelemvor con un bufido—. No lo creo.

Mystra impuso silencio al dios de la Muerte y luego, haciendo caso omiso de Cyríc, habló directamente al Justo.

—Tyr, nos has colocado en una situación indefendible. No es justo que tengamos que elegir entre defendernos o juzgar a Cyríc.

—Señora de la Magia, yo no soy el dios de la Imparcialidad, soy el dios de la Justicia, y eso es algo muy diferente. —El comentario hizo surgir en los bancos un murmullo respetuoso que Tyr silenció con una sola mirada de sus ojos ciegos—. Y si os resulta imposible defenderos de los cargos de que se os acusa, tal vez deberíais preguntaros si no es porque son merecidos.

Ante esto, los presentes rompieron en un aplauso y Tyr no hizo nada para silenciar a sus admiradores.

Cyríc alzó las manos esqueléticas y echó una mirada por la galería como si hubiera obtenido un gran triunfo, y es prueba de su clemencia y su paciencia que no se considerase ofendido al ver lo poco que duró la ovación.

Oghma aprovechó el silencio para dar un paso al frente y hablar.

—Bien dicho, Tyr. Un poco de introspección les vendría muy bien tanto a Kelemvor como a Mystra. —Miró primero al señor de la Muerte, que se mordió los labios y desvió la vista, y luego a la señora de la Magia, que hizo un gesto despectivo y entrecerró los ojos. El Encuadernador volvió a prestar atención al Ciego—. Y a mi entender, en eso reside la diferencia crucial entre ellos y Cyric.

Cyric descendió de la plataforma y apuntó con un dedo escuálido a la cara de Oghma.

—Te advierto, anciano...

Tyr se puso de pie y cogiendo a Cyric por un hombro tiró de él hacia atrás.

—Y yo te advierto, Loco: mi tolerancia tiene sus límites. ¡Ésta es mi Cámara del Tribunal, y no amenazarás a ninguna alma estando dentro de sus paredes!

Cyric se quedó boquiabierto. Dio la vuelta sobre los talones y se enfrentó al Justo. En la cámara se hizo el silencio. Los dos dioses se quedaron mirándose un rato hasta que el Uno pareció recordar dónde estaba y echó una mirada en derredor, a los atónitos súbditos de Tyr. La furia desapareció de los ojos negros de Cyric, que cerró la boca y asintió como concediendo una petición.

—Puedes hablar por ti mismo, por supuesto. No debemos olvidar que éste es tu palacio.

—No, jamás debemos olvidarlo —respondió Tyr.

Oghma carraspeó antes de hablar.

—Tal como iba diciendo, los cargos contra Mystra y Kelemvor no pueden quedar como están.

—¿Que no pueden? —la voz de Mystra sonó sorprendida—. Pero si dijiste...

—Que no hablaría para defenderos. Sin embargo, no puedo permitir que se os juzgue por un cargo equivocado. —Oghma se volvió hacia Tyr y hubo un destello en la mirada del dios sabio—. Hemos acusado a Cyric de incompetencia por motivos de locura, pero Kelemvor y Mystra no son incompetentes ni locos. Les hemos pedido que demuestren una reputación, lo cual es a la vez ridículo e injusto.

Tyr asintió con aire pensativo.

—¡Pero Tempus ya ha formulado sus cargos! —soltó Cyric antes de que el Justo pudiera decir nada—. ¡Son tan incompetentes como yo!

—Eso tiene que decidirlo el Círculo —replicó Tyr—. Pero Oghma tiene razón. Los cargos se transforman en incompetencia por humanidad.

Mystra y Kelemvor se volvieron para dar las gracias a Oghma, pero sus palabras quedaron ahogadas por el aullido furioso del Uno.

—¡Nooooo!

La cámara quedó silenciosa. Todos los ojos se volvieron hacia Cyric, que arrancaba trozos de cuero de su armadura y los arrojaba al suelo. En cuanto tocaban la piedra, los despojos se convertían en un vapor fétido que llenaba la sala de un

hedor tan ponzoñoso que todos los fieles de Tyr se pusieron de pie y corrieron hacia las salidas.

El Justo no dio la menor muestra de enfado.

—Cyríc —dijo—. ¿Cuál es la base de tu objeción?

El Uno alzó la vista de su sagrada ocupación.

—¿Base?

—La razón —aclaró Oghma.

Cyríc apartó las manos de la destrozada armadura y echó una mirada a la contaminada cámara. Satisfecho de lo que vio, cerró de golpe los dientes de su calavera y se volvió hacia Tyr.

—La razón es simple —habló el Uno con voz tranquila y agradable, como si no hubiera hecho nada en el tribunal de Tyr—. Mystra ya trató en una ocasión de desbaratar mi juicio. Si separas nuestros casos, ¿qué va a impedir que vuelva a intentarlo?

—No puedo negar lo que dices —reconoció Tyr.

El Justo se sumió en un silencio pensativo mientras consideraba el argumento de Cyríc. Su mirada se detuvo en una pila de pestilencia. El Uno, dándose cuenta de lo que estaba mirando Tyr, hizo un movimiento envolvente con la mano esquelética y la pila se desvaneció. La mirada del Ciego se dirigió al montón siguiente, que Cyríc recogió rápidamente con un movimiento idéntico, y así continuaron hasta que la totalidad de la sala quedó tan despejada como al principio.

Tyr sonrió y a continuación miró a Mystra.

—Los juicios se celebrarán al mismo tiempo. —A esto respondió el Uno con una risita victoriosa—. Pero los cargos se harán por separado. El veredicto de Cyríc será independiente de los que se dicten sobre ti y sobre Kelemvor.

—¿Qué? —graznó el Uno.

Tyr no le hizo el menor caso y siguió dirigiéndose a Mystra.

—Te advierto, no me des ningún motivo para lamentarlo. Estaré en guardia contra cualquier manipulación. Si descubro que...

—No descubrirás ninguna manipulación —replicó Mystra. Después, como para asegurarse de que Tyr no hubiese confundido su promesa con un alarde, añadió:

»He aprendido la lección.

Cyríc arrancó un trozo de cuero de su armadura, pero Tyr se apresuró a sujetarle la mano.

—Tus acciones no influirán sobre mi juicio —le advirtió Tyr—, pero podría presentarlas como pruebas en el proceso contra ti.

—¡Traidor! —gritó el Uno. Abrió la mano y el trozo desapareció—. ¡Todos me han traicionado!

—Eso parece —Oghma habló en voz baja, y Cyríc tuvo que dejar de gritar para

oír las palabras del Encuadernador—. Harías bien en descubrir por qué..., a menos que quieras perder el juicio.

Capítulo XV

Abandoné la cueva con la marea de medianoche y conseguí escapar, avanzando agazapado a lo largo de la costa hasta que las luces del Alcázar de la Candela desaparecieron tras el horizonte y dejé de ver a los hipogrifos volando en círculos en el cielo. Entonces trepé por la muralla de protección y pasé horas arrastrándome entre la alta hierba costera hasta una pequeña granja con un establo maloliente. Pensando que el lugar era adecuado para descansar y poner mis pensamientos en orden, abrí la puerta y me deslicé dentro.

Me saludaron los ojos brillantes de cinco cabras y un perro sarnoso que me miraban desde debajo de la panza de una yegua de lomo combado. Con un silbido advertí a los animales que guardaran silencio y me volví para montar guardia mirando a través de un nudo de la madera. A punto estuve de delatarme con un grito.

Fuera, recortado contra una franja rosada sobre los primeros atisbos del alba, un hipogrifo solitario pasaba junto a la choza del granjero. En su lomo iban dos jinetes, el hombre que llevaba las riendas y la figura envuelta en telas de la bruja arpista. No sabría decir si habían seguido mi rastro hasta aquí o simplemente habían ampliado su radio de búsqueda, pero verlos me llenó de espanto. No tardaría en hacerse de día, y si huía, me verían atravesando la llanura abierta. Sin embargo, no podía pasarme todo el día en ese establo. Seguramente habría exploradores entre las compañías que habían acudido a defender el Alcázar de la Candela, y la luz del sol les facilitaría la tarea de seguirme hasta donde estaba.

El hipogrifo trazó un círculo alrededor de la granja pasando a una distancia inferior al largo de una espada por encima del tejado, pero no bajó a tierra. Mis enemigos buscaban a ciegas, en la esperanza de que su montura me asustara y me obligara a salir de mi escondite, o de que captara mi olor, algo que parecía imposible teniendo en cuenta el ganado que había en el establo. Me atreví a respirar otra vez, pero no aparté el ojo del agujero y di las gracias a Tymora por haber terminado de leer el diario de Rinda.

Lo había terminado en la caverna marina, a la luz de un pequeño fuego encendido con un montón de viejos nidos de rata que siempre están tan secos que se queman estupendamente. El libro era, en su mayor parte, una narración de las andanzas de Rinda en compañía de Gwydion y de sus muchas batallas con los fieles de Cyric. Por momentos, las palabras de Rinda podrían haber sido las mías, ya que había quedado aislada de Oghma tal como había estado yo de Cyric durante mi vigilia a las puertas del Alcázar de la Candela. Gwydion tampoco era un gran consuelo, ya que lo mismo que hacía de él un guardián excelente lo convertía en un compañero poco entretenido. Casi no comía ni dormía ni tenía ninguna de las necesidades que suelen tener los hombres, lo cual era una gran tristeza para Rinda, que, como mujer saludable que era,

tenía sus propias apetencias. A menudo pensaba en su casa de Zhentil Keep y en los amantes y amigos que allí había conocido y que nunca volvería a ver, pero en esto éramos tan diferentes como el día y la noche, ya que yo confiaba en volver un día a ver a mi amigo el príncipe y a mi amante esposa y en darles todo lo que se merecían.

En el diario sólo se volvía a mencionar *La verdadera vida de Cyric* para decir que había oído que Fzoul Chembryl se había refugiado durante un tiempo en un lugar llamado Teshwave y luego había vuelto a las ruinas de Zhentil Keep para rendir culto a un nuevo dios llamado Iyachtu Xvim. Fue un gran alivio saber que mi presa era tan importante que la gente seguía sus movimientos, ya que tenía menos de diez días para completar mi viaje y encontrarlo.

Ahora tenía entre manos una misión sagrada, una búsqueda para salvar a mi dios, y aunque el Uno por el momento no apreciaba mis esfuerzos, tenía confianza en que me recompensaría con generosidad una vez que hubiera leído *La vida verdadera* y hubiera recuperado el juicio. La otra alternativa era demasiado terrible como para pensar en ella, aunque, por supuesto, casi no podía apartarla de mi mente. Si Cyric seguía loco cuando se reanudara su juicio, nada podría salvarnos, ni a él ni a mí. Comparados con el castigo del que me haría acreedor por desobedecer al Uno, los tormentos de la ciudad de Kelemvor me parecían gozos celestiales.

El hipogrifo voló tres veces en círculo sobre la granja, acercándose desde un ángulo diferente en cada ocasión, y precisamente se lanzaba en picado hacia el establo cuando la yegua lanzó un relincho de miedo. Esto hizo surgir varios balidos y un gruñido debajo de su panza. Di la vuelta en redondo como movido por un resorte y me llevé un dedo a los labios.

—¡Silencio! —susurré.

—La verdad, Malik, te estás volviendo un creído.

Aunque las mil voces del Uno eran apenas un susurro, sonaron en mis oídos como el rugido del viento. Un frío punzante me atenazó los huesos y vi la sombra de un hombre bloqueando el brillo dorado de los ojos de los animales. Una suave vibración sonó en el exterior cuando el hipogrifo batió el aire con las alas y voló por encima del establo. Caí de rodillas y pegué la cabeza al suelo maloliente.

—¡Poderoso señor!

Las botas de Cyric se arrastraron por la suciedad y una mano huesuda me cogió por el hombro.

—No muestres una reverencia que no sientes. —El Uno me levantó del suelo y me hizo poner de pie—. Nos rebaja a ambos, y tú, por ahora, sigues bajo la protección de Tyr.

—Pero...

—Malik, no hay de qué preocuparse. Sólo quiero saber por qué me has traicionado. —Me observó la ropa. Todavía llevaba puesto el aba de la bruja, ya que

la tela oscura era un camuflaje excelente de noche—. Habla libremente. Digas lo que digas, no va a agravar tu castigo.

Le creí, pues no conocía nada que pudiera influir sobre lo que ya tenía previsto para mí. Sin embargo, era imposible hacer lo que me mandaba.

—Poderoso señor, no te he traicionado. ¿Cómo podría traicionar al dios de dioses?

El Uno me cogió por la garganta y estoy seguro de que sólo la protección de Tyr impidió que me rompiera el gaznate.

—¡No mientas, quejumbroso...! —dejó la frase sin terminar, me soltó y me dio unas palmaditas en el pecho. Arrancó el broche de la arpía de mi ropa y lo arrojó a un lado. Oí que caía sobre algo húmedo y blando, donde merecía estar—. Estoy tratando de mantener la calma, Malik. ¿Tal vez podría hacerle una visita a tu mujer?

Por supuesto, aquello era un honor inesperado para mí.

—¿Harías eso por mí, poderoso señor?

—Por supuesto, Malik —sus mil voces sonaron tan melodiosas y placenteras al oído como un coro de eunucos—. Tú sólo tienes que decirme lo que quiero saber.

—Pero si ya lo he hecho, sagrado señor —repliqué—. Un amil no traiciona a su califa pues ha invertido demasiado en él. ¿Qué esperanza puedo tener que no seas tú de recuperar todo lo que he sacrificado a tu servicio? Ningún otro dios me compensará por lo que he hecho.

Esto pareció convencer a Cyric. Una luz purpúrea llenó repentinamente el establo inquietando a la yegua y a las nerviosas cabras y el Uno fijó en mí los relucientes ojos negros y se quedó estudiándome largo rato. El perro se metió en un rincón y se escondió debajo de un pesebre donde siguió gruñendo suavemente, pero me di cuenta de que el animal no era decididamente valiente, de lo contrario no habría vivido hasta edad tan avanzada.

—Malik, ¿es posible que estés diciendo la verdad?

—Por supuesto, poderoso señor —respondí asintiendo con la cabeza.

El Uno no estaba interesado en mis tranquilizadoras palabras. Me apoyó la mano huesuda en el centro del pecho y empezó a empujar. Yo fui retrocediendo a trompicones hasta que llegué a la pared y ya no pude seguir.

—Es posible que esto te duela —me advirtió Cyric—, pero no va a matarte..., no mientras estés bajo la protección de Tyr.

Miré la garra huesuda apoyada en mi pecho y de pronto sentí que el corazón me latía como los cascos de un corcel.

—¿Q-qué vas a ha-hacer?

Cyric seguía empujando y mi esternón se curvó hacia dentro. Las costillas se abombaron hacia fuera en torno a su mano. Sentí un terrible crujido dentro del torso, como si un gigante se me hubiera puesto de pie encima del pecho, y dejé de respirar.

El corazón latía más y más fuerte. Cada vez que el órgano se expandía, sentía que tocaba al mismo tiempo el esternón y la columna, y pensé que el Uno se proponía aplastarme dentro de mi propio cuerpo.

Entonces su mano se volvió tan espectral como un fantasma y se introdujo en mi pecho, de modo que sólo podía ver su muñeca pegada a mi esternón. Sentí el cuerpo frío y entumecido, y el dolor desapareció. Con cada latido sentía su mano apretando los músculos esponjosos. A cada contracción la presión de sus dedos se hacía más fuerte.

—Más fuerte de lo que pensaba —dijo—. Es posible que eso no sea bueno. Los corazones resistentes son para Tempus y Torm, no para mí.

Se me doblaron las rodillas. Caí contra la pared y me desplomé. No podía hacer nada. El calor volvió a inundar mi cuerpo y un retumbo sordo me llenó los oídos al tiempo que sentía un vacío extraño en medio del pecho. El caballo emitió un relincho y el viejo perro se atrevió a ladrar, y aun antes de haberlo visto, ya sabía que el Uno tenía mi corazón en la mano.

El espectáculo no fue tan macabro como imaginaba. Me recordó a una esponja pequeña y palpitante, salvo que cada vez que latía lo que salía por sus poros no era agua sino sangre.

—¡En nombre del Uno! —No estaba en condiciones de pensar en lo que decía—. ¡Soy sólo un pobre mortal! ¡Devuélvemelo!

Cyric ni siquiera me miró, pero se llevó mi corazón a la boca y le dio un bocado. Lancé un grito que sin duda habría despertado incluso al perezoso granjero que no se levantaba antes del amanecer a vigilar a sus animales, y entonces vi que el Uno escupía el trozo que había mordido.

—¡Aajj! ¡Está fresco!

—Claro que está fresco —respondí—. Me lo has sacado del pecho.

—No es eso lo que quiero decir. —Cyric me cogió por la ropa y me obligó a ponerme de pie. Tenía la boca manchada de sangre y no pude soportar mirarlo a la cara—. Estás diciendo la verdad.

—No me atrevería a mentir. ¡A mentirte a ti!

—Por supuesto que sí. —Cyric me apoyó en la pared. Creo que tenía miedo de que me cayera otra vez. Se apartó de mí y meneó la cabeza. Cuando habló lo hizo con una sola voz aguda—. No tiene sentido. No tiene sentido.

Miró hacia el techo y él mismo se dio la respuesta con una voz atronadora y demoníaca.

—No seas necio. ¡Ya sabes lo que está pasando!

Cyric giró sobre los talones y habló mirando al suelo, esta vez con un suave tono femenino.

—Malik siempre ha sido tu más devoto adorador. —Éstas fueron las palabras

exactas del Uno y el Todo, y no he modificado ni una sola sílaba—. Es sincero contigo. Tú mismo lo has probado.

—¡Pero todos nos han traicionado! —ahora la voz de Cyric era profunda y furiosa—. ¡Hasta Oghma lo dijo!

Otra voz diferente salió de los labios del Uno.

—¡Dijo que eso parecía! —Esto lo dijo mirando al rincón donde estaba el perro, que dio un gemido y se apretó más contra la pared—. ¡Y dijo que teníamos que averiguar el porqué!

Dicho esto, el Uno hundió la mano que le quedaba libre en su propio pecho y sacó una masa amorfa como la cuajada y de un color oscuro como el de granos de café tostado. Más que latir parecía sorber entre los dedos, y en todo Faerun no había nada que oliera tan fuerte. Las cabras doblaron las patas delanteras y frotaron los hocicos en la tierra sucia. De la garganta de la yegua salieron unos sonidos ahogados y el perro salió de debajo del pesebre e hizo lo que yo mismo habría hecho de no haber estado tan asustado.

Cyric se llevó a la boca esa masa pútrida, le dio un mordisco y se lo tragó.

—¡Podrido! —anunció esta vez con sus mil voces, todas ellas bastante satisfechas al parecer—. Podrido hasta la médula.

Una vez recuperado el autocontrol, el Uno complació al caballo y al perro volviendo a mi lado del establo. Me puso el repugnante corazón delante de la cara.

—¿Te apetece? —preguntó.

Yo, por supuesto, estaba demasiado abrumado para responder. El número de mortales invitados alguna vez a compartir una comida con su dios puede contarse con los dedos de una mano, pero ¿a qué hombre se le habría ofrecido un honor como éste? Durante mucho tiempo, lo único que pude hacer fue mirar aquella masa informe y pensar en las muchas ventajas de darle un bocado al corazón del Uno: fortaleza inquebrantable o una vida libre de enfermedades... ¿Tal vez la mismísima inmortalidad?

El órgano estaba ahora tan cerca que pude ver que estaba surcado de largas hebras blancas y que éstas se retorcían con vida propia. Eran los espíritus de todos los dioses a los que Cyric había matado al transformarse en el Uno, pero en ese momento yo no lo sabía y confieso que se me revolvió el estómago. De todos modos, cerré los ojos y abrí la boca tratando de no pensar en el hedor mientras bajaba la cabeza para participar en el maná de mi dios.

Pero ¿acaso he sido alguna vez un hombre fuerte? En cuanto mis labios tocaron la inestable masa, me empezó a dar vueltas la cabeza, empecé a verlo todo negro y un silencio ensordecedor me llenó los oídos impidiéndome oír el latido de mi propio corazón que el dios tenía en la otra mano.

Cuando abrí los ojos, estaba caído contra la pared y el Uno se encontraba sentado

ante mí con las piernas cruzadas. Todavía sostenía los dos corazones y movía las manos hacia arriba y hacia abajo como sopesando la diferencia.

Miró la masa babosa que tenía en la mano izquierda.

—Yo creía que no —murmuró negando con la cabeza antes de alzar la vista—. Malik, ¿de qué me está advirtiendo Oghma? ¿Qué hay de malo en mí?

Como muchas veces me habían hecho preguntas similares amigos poderosos en Calimshan, sabía que lo que se esperaba no era una respuesta sincera. Me atreví a apoyar una mano tranquilizadora sobre el brazo del Uno cuidando de no tocar el corazón.

—Nada —respondí. Mi intención era parar ahí, pero la verdad salió a borbotones de mis horrorizados labios antes de que supiera lo que estaba diciendo—. Nada que no pueda arreglarse, poderoso señor. Tu corazón está podrido porque has traicionado a tus fieles y has faltado a tus deberes, eso es lo que Oghma trata de decirte.

La mano de Cyric se cerró en torno a mi corazón. Sabía que su intención era aplastarlo, lo cual significaría mi muerte, sin duda, cuando Tyr hubiera abandonado mi protección, pero no pude parar de hablar.

—Te encierras en la Torre Devastada...

—¡Castillo del Trono Supremo!

—... y te engañas creyendo que manejas a los otros dioses como marionetas. Cuando se niegan a obedecer tus órdenes, dices que están celosos de tu poder, pero hasta los mortales sabemos que se ríen a tus espaldas...

—¿Que se ríen?

La fuerza del bramido de Cyric me estampó contra la pared, y supe que ni siquiera la protección de Tyr iba a salvarme de la furia del Uno. Incliné la cabeza.

—Perdóname, poderoso señor. —Mi voz era tan baja y aguda como la de un niño asustado—. No sé qué se apoderó de mí.

—El conjuro de la verdad de Mystra —masculló entre dientes. Entonces, una tras otra, sus mil voces empezaron a reír y no tardaron en convertirse en un ciclón de risas incontroladas—. ¡Ella me ha salvado!

—¿Que te ha salvado?

El Uno dejó caer nuestros corazones en el sucio suelo y me cogió por los hombros.

—¡La magia de Mystra estaba pensada para un dios, y tú no eres más que un mortal! —Jamás había oído hablar antes de su magia de la verdad, pero mi lengua desatada no permitía albergar dudas sobre su significado—. No puedes mentir ni siquiera aquí, en Faerun.

Gruñí contrariado. Ésas no eran buenas noticias para un mercader.

—¡Tenías que decirme la verdad! —Cyric se reía a carcajadas—. ¡Y ahora la verdad me salvará! —Después de un rato por fin consiguió el Uno controlar su

alegría y recogió mi corazón—. ¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó mientras le limpiaba la suciedad.

—¿Me preguntas a mí, poderoso señor?

Cyric asintió.

—Sí, y dame una respuesta sincera.

Otra vez tuvo un ataque de alegría que me dio tiempo para pensar, y cuando dejó de reír, yo tenía una buena respuesta preparada.

—Mi padre solía decir: el camello teme a su jinete no porque el jinete quiera que así sea, sino porque lo conoce.

El Uno me miró, pero no había carne cubriendo su calavera y no pude ver, su confusión.

—¿De qué demonios estás hablando, Malik?

—El camello no teme la fusta de su jinete. Una tunda no significa nada para una criatura con un pellejo tan duro. Lo que teme más bien es al jinete, porque lo ha visto comer camello.

El Uno siguió mirándome hasta que consideré necesario darle una explicación.

—Verás, poderoso señor, tú eres el jinete...

—Lo sé, Malik. Soy un dios, ¿acaso lo has olvidado? Lo que quieres decir es que debo hacer algo para recordar a mis inferiores lo peligroso que puedo ser.

—Sí.

—Y sé precisamente cómo. —Una luz roja apareció en los ojos de Cyric—. ¡Adon!

—¿El patriarca de Mystra? —Yo conocía el nombre de Adon por el diario, porque él había hecho mucho por ayudar a Rinda y a Gwydion poco después de la destrucción de Zhentil Keep, e incluso lo había dispuesto todo para que pasaran un mes aproximadamente en una pequeña aldea llamada Tegea—. Pero seguramente Mystra habría puesto muchas salvaguardas sobre...

—Deja que yo me ocupe de eso. Tú límitate a volver. —En este punto, el Uno vaciló. El encantamiento de Oghma todavía estaba vigente y él no podía recordar dónde estaba escondido el *Cyrinishad*—. Vuelve a donde mataste a Rinda y consigue el *Cyrinishad*.

—Como... —iba a decir «ordenes», pero me había olvidado del conjuro de Mystra; se me torció la lengua y en lugar de eso dije la verdad:— debes saber, no tengo intención de volver al Alcázar de la Candela. Voy a Zhentil Keep.

—¿Qué? ¿A Zhentil Keep? —El rugido del Uno hizo que el perro empezara a arañar las paredes del establo—. ¿Para qué?

No dije nada, pues sabía que si hablaba no diría nada más que la verdad.

—¿Y bien?

Seguí sin responder.

Cyric me estuvo estudiando un buen rato. Me encontraba incómodo y miré hacia otro lado mientras veía mi corazón latiendo en su mano y me preguntaba si lo recuperaría alguna vez. El Uno siguió mi mirada y también miró mi corazón, y después de un instante cerró sonoramente su descarnada mandíbula.

—Ya veo. No me lo puedes decir. —Volvió a buscar mi mirada que yo mantuve obstinadamente fija en mi corazón—. ¿Qué puedo hacer entonces, Malik? ¿Confiar en ti?

—Haga lo que haga, lo hago por tu propio bien —dije, y el conjuro de Mystra me obligó a añadir:

»Y porque es la única manera de salvarme.

Cyric se llevó mi corazón a la boca. Hice una mueca y miré a otra parte porque pensé que le daría otro mordisco, pero se limitó a tocarlo con su larga lengua y a hacer un gesto de desprecio.

—Supongo que debo confiar en ti. Tu corazón es veraz —pronunció estas palabras como si fueran una profanación—. Eso explica tu fracaso en el Alcázar de la Candela. ¿Posiblemente Rinda ni siquiera tenía el *Cyrinishad*? ¿Cómo decís vosotros, los comerciantes? ¿Un ladrón roba primero el baúl cerrado?

Asentí, pues aquél era uno de los dichos favoritos de mi padre. Significa que un hombre sabio no esconde su oro en el lugar esperado.

—¡Eso es! ¡Ella llevaba un señuelo! —Cyric dio un salto y a punto estuvo de pisar la masa viscosa de su propio corazón que había dejado en el suelo—. Y escondió el *Cyrinishad* en Zhentil Keep. ¿Es correcto?

Apreté la mandíbula y me sentí muy aliviado al notar que no me sentía compelido a responder. La magia de la Ramera me obligaba a ser sincero cuando hablaba, pero no me obligaba a hablar contra mis deseos. Al menos me había dejado esa libertad.

Al ver que no respondía, Cyric lanzó una risita de deleite.

—¡Brillante! —Se agachó y me levantó del suelo—. Pero necesitarás ayuda para llegar a Zhentil Keep antes de mi juicio.

—¿Me llevarás allí, entonces?

—Sabes que no puedo, Malik. Nunca encontrarías el *Cyrinishad*. La magia de Oghma todavía me impide descubrirlo. —Me puso el corazón en la mano y se volvió hacia la vieja yegua. El animal piafó, levantó la cabeza y lo miró con sus grandes ojos redondos—. Pero puedo asegurarme de que tengas una buena montura.

—¿Una buena montura? —Bajo ninguna circunstancia se podría llamar a aquella gruñona de lomo combado una buena montura, aunque yo ya tenía intenciones de hacerme con ella porque daba la impresión de ser un animal al que incluso yo podría controlar—. Si por lo menos quisieras ayudarme con el bocado, poderoso señor.

—¿El bocado? ¿Para un animal tan vigoroso como éste? —Cyric se acercó a la yegua.

La pobre bestia temblorosa reculó contra la pared, y las cabras corrieron hacia el lado del establo donde yo me encontraba y cogieron del suelo el corazón del Uno. Incluso cuando tienen miedo, las cabras son animales voraces capaces de devorar cualquier cosa.

Cyric cogió a la yegua por las crines y atrajo la cabeza del animal a su boca. La pobre bestia se asustó tanto que de una coz arrancó un tablón de la pared. Por el agujero abierto entró la luz dorada de la mañana y se mezcló con el purpúreo resplandor que el Uno había encendido antes. Nuestro señor oscuro mordió una vena del cuello del animal, que lanzó un grito tan agudo como el de un halcón, aunque cien veces más alto. Me resonaron los oídos. El perro abandonó corriendo su escondite debajo del pesebre y las cabras balaron y dieron topetazos contra la puerta en su furia por escapar.

La sangre brotó de la garganta de la yegua con más ímpetu del que Cyric esperaba. Lo salpicó en el mentón y cayó en cascada al suelo. El animal se debilitó y empezó a tambalearse, pero el Uno siguió bebiendo, obligando a la yegua a arrodillarse en un charco humeante de su propia sangre. Al ver esto, mi delicado estómago amenazó con volver a traicionarme, de modo que me di la vuelta y apoyé la cabeza contra la pared. A través de una hendidura entre las tablas vi a un anciano de pie. Sostenía una ballesta cargada en sus manos temblorosas, pero tenía la boca abierta y daba la impresión de que el miedo le tuviera los pies clavados en el suelo.

—¡Malik! Deja ya de soñar despierto. Trae el arnés.

Sosteniendo el corazón en el hueco del brazo cogí el arnés de un gancho que había en la pared y se lo alcancé. El animal había dejado de resistirse, y ahora Cyric estaba encima de ella, sosteniéndola de la garganta con la muñeca herida. Un líquido blanco y pegajoso fluía de su herida hacia la de la yegua y esto parecía transmitirle fuerzas: el lomo hundido se enderezaba, el cuerpo enclenque se robustecía y fortalecía y el pelaje deslucido se volvía brillante y reluciente.

Cyric apartó la muñeca del cuello del animal. Tanto su herida como la de la yegua dejaron de sangrar, y los ojos del animal se volvieron tan azules como zafiros. Sus belfos se retrajeron dejando ver unos dientes afilados y amenazantes como los de un tiburón. De sus fosas nasales salían nubes de vapor frío cuando alzó la cabeza y me miró.

—Está esperando que le pongas nombre. —Cuando el Uno dijo esto, me cogió el arnés de la mano y le arrancó el bocado antes de deslizárselo por encima de la cabeza—. Eres tú quien debe ponerle un nombre.

—*Halah*. —Elegí este nombre no por su significado, que era «ágil», sino porque me recordaba a mi esposa, cuya belleza se parecía a la de la yegua en más de un sentido—. Tu nombre es *Halah*.

Halah relinchó suavemente, y el sonido era como el frío repiqueteo de las

cadena de un cautivo. Dobló las patas y se puso de pie, tirando al Uno de su cuello como si no pesara nada.

—Hazte a un lado —ordenó—. Tiene hambre.

Apenas tuve tiempo para apartarme de un salto antes de que *Halah* atravesara el establo y arrinconara a las cabras contra la pared. Las mató a las cinco en un frenesí de dentelladas y coces y luego se volvió hacia el gemebundo perro, que al ver cuál era su intención, salió disparado de su escondite y escapó a través del agujero que había abierto antes la yegua en la pared. El animal se detuvo antes de llegar allí, aunque estoy seguro de que podría haberla derribado, y volvió hasta las cabras muertas.

—Nunca le impidas comer —me advirtió Cyric—. Puedes hacerla cabalgar día y noche a galope tendido, pero cuando tenga hambre, no te interpongas.

Aparté la vista de las cabras, a las que se estaba comiendo con pezuñas, cuernos y piel.

—No creo que pudiera —dije.

El Uno estiró la mano y cogió mi corazón.

—Con esto seguro que no. Tendremos que darte algo más fuerte.

—¿M-más f-fuerte?

—Yo te guardaré éste. —La mano de Cyric se volvió translúcida, entonces se metió mi corazón en su pecho y sacudió la cabeza como si acabara de comer algo amargo—. Incluso podría serme de ayuda si tienes razón sobre lo que dijo Oghma.

Me miré el pecho, en cuyo interior había un hueco que yo sentía tan grande como todo el establo.

—No hay de qué preocuparse, Malik. Puedes usar el mío hasta que terminemos. —Cyric cogió su propio corazón de mi mano, después arrancó las hebras blancas de la masa babosa y se las metió en la boca—. Pero no sería prudente dejar a éstos contigo, ¿no te parece? Menudos problemas podrían ocasionar.

Miré cómo arrancaba la última de las hebras y se la tragaba y entonces caí de rodillas.

—¡Por favor, poderoso señor, no soy digno! Deja que me quede con mi propio corazón.

Cyric me cogió por un hombro.

—Deja ya de gimotear, Malik. —Me metió la mano en el pecho y con ella su fétido corazón—. Esto es por tu bien.

Capítulo XVI

Talos cabalgaba sobre una tormenta desde el mar de las Espadas y podía ver hipogrifos acudiendo al Alcázar de la Candela desde todas las direcciones. Sus jinetes estaban ansiosos de encontrar refugio antes de que un rayo del cielo cayese sobre ellos. Sólo una bestia, la que llevaba a la bruja arpista junto con su jinete, seguía sobrevolando la planicie de un lado a otro.

Ese día, los jinetes no tenían de qué preocuparse. El dios de la Destrucción no les lanzaría ningún rayo. Ese día su furia iba dirigida hacia un lugar tierra adentro que ellos no podían ver, hacia un pequeño jinete sobre un rápido corcel que ya había galopado más lejos de lo que ellos podían imaginar. Aunque la protección de Tyr impedía que Talos pudiera hacerle al jinete ningún daño, el Destructor estaba decidido a transformar en barro el terreno que pisaba el veloz caballo.

Mientras la tormenta avanzaba atronadora hacia la costa, un gran aullido surgió de las nubes detrás de Talos. El sonido era tan profundo y ensordecedor como un trueno, pero hizo que incluso al Destructor le corriera un escalofrío por la espalda. Venía el Perro del Caos.

Talos hizo brotar del aire un puñado de rayos relampagueantes y se volvió dispuesto a lanzarlos sobre la bestia en cuanto la viera. El Perro del Caos se alimentaba de la médula de los Fieles, y el Enfurecido tenía Fieles dispersos por toda la tormenta, lanzando rayos relampagueantes y golpeando el suelo con oleadas de hiriente granizo. Otro aullido surgió entre las negras nubes. Entonces, una sombra tenebrosa salió de la rugiente oscuridad.

Talos lanzó su primer rayo, pero la sombra lo vio venir y lo esquivó. El proyectil se estrelló contra una nube arrolladora y floreció en un reluciente corazón de plata, y un tremendo estallido atronó todo el frente tormentoso.

—¡Quieto donde estás, Destructor! —Aunque su voz era espectral, era tan fuerte como los furiosos vientos—. No pretendo hacer daño.

—¿No pretendes hacer daño? —A pesar de su rugido, Talos depuso sus rayos relampagueantes y dejó que se desactivaran en el mar—. ¿Por qué, entonces, lanzas al Perro del Caos a través de una ráfaga de mis Fieles?

Máscara atravesó una nube y llegó junto a Talos.

—Perdona, pero no era ésa mi intención. —El señor de las Sombras apoyó las manos sobre las rodillas y cambió su forma por la de un gnoll jadeante—. Kezef captó mi olor en cuanto me introduje en la tormenta.

—Vete entonces.

Otro aullido llegó de la profundidad de la tempestad y Máscara echó una mirada al trueno que había estallado detrás de ellos.

—Pronto. —El señor de las Sombras mantuvo la forma del gnoll porque le harían

falta todas sus fuerzas para huir de Kezef—. Quiero hablar contigo sobre este problema en el que te has metido.

—Yo lanzo mis tormentas donde y cuando quiero.

—No me opongo a eso —replicó Máscara—, pero me parece una pena que malgastes tanto esfuerzo en un mortal al que ni siquiera puedes matar.

—No tengo necesidad de matarlo, sólo de hacer su marcha más lenta.

Máscara asintió.

—Entonces hemos llegado a la misma conclusión. Malik sigue buscando el *Cyrinishad*.

—No lo sé con certeza. —Al hablar Talos la tormenta empezó a descargar sobre el Alcázar de la Candela. Con el pensamiento dio instrucciones a sus Fieles de lanzar truenos y sembrar de relámpagos la costa y luego volvió a mirar a Máscara—, pero no se me ocurre ninguna otra razón para que Cyric le diera semejante caballo.

—Cierto, pero eso es tan... obvio. —Máscara señaló con una mano la tormenta—. Aun cuando Tyr no te detuviese, seguramente Cyric te contrarrestaría con una medida suya.

Talos se encogió de hombros.

—Eso no puedo evitarlo.

—No, pero tal vez algo más sutil resultaría más efectivo y también favorecería tu causa contra Mystra.

De las profundidades de la tormenta llegó el gemido de un alma en pena, seguido de un largo aullido de satisfacción. Talos hizo un gesto de contrariedad y miró a Máscara con rabia.

—Di lo que hayas venido a decir y vete. Si pierdo a otro de mis Fieles me olvidaré de que mereces la cortesía de un dios.

—Como gustes. —Máscara señaló a la bruja arpista y a su acompañante que seguían volando en su hipogrifo sobre la llanura—. Ya ves lo decidida que está la bruja a capturar a Malik. Tal vez le vendría bien una ayudita.

—¿Ayudar a una adoradora de la diosa de la Magia? Jamás.

—¿Estás enfadado porque Mystra debilitó la magia de destrucción?

Talos no respondió pues la pregunta no lo merecía. La magia había dejado de servir a las fuerzas de la destrucción, y la situación se había tornado tan mala que el Destructor a menudo disfrazaba a un avatar como un nuevo dios y lo enviaba a esparcir la magia del salvajismo y de los estragos.

—No siempre es combatir el mejor modo de vencer a un enemigo —dijo Máscara viendo que Talos no respondía—. A veces es mejor robar.

Talos lo miró con desconfianza.

—¿Qué te importan mis problemas con Mystra?

—Nada. —Un aullido ensordecedor sonó en el interior de la tormenta eléctrica de

la que había salido Máscara. Éste se estremeció pero siguió mirando fijamente a Talos—. Voy a por Cyric. Hasta que recupere lo que él robó, no tendré jamás la fuerza necesaria para espantar a Kezef.

El Destructor entrecerró los ojos.

—Pero el Ciego dividió los cargos. Para combatir a Cyric no necesitamos combatir a Mystra y a Kelemvor.

—Demasiado tarde para mí —replicó Máscara—. Ya le he puesto una trampa a Kelemvor y no quiero que Mystra se venga después del juicio. A menos que los dos desaparezcan junto con Cyric, estaré peor que antes.

Talos torció el gesto y negó con la cabeza.

—¿No fue una de estas conspiraciones lo que puso a Kezef sobre tu pista?

—¡No es culpa mía! ¿Cómo iba a saber que Tyr iba a dividir los cargos? —casi gritó Máscara—. Además, es más probable que el Círculo falle en contra de Cyric si antes lo ha hecho contra Kelemvor y Mystra.

—Como de costumbre, te has enredado en tu propia madeja. —Talos observó a la arpista y a su compañero que hacían descender a tierra al hipogrifo y desmontaban. Ahora el vendaval arrasaba la planicie y ni siquiera el jinete más valiente volaría con semejante tormenta—. No veo razón alguna para enredarme yo también.

—¿Ni siquiera para librarte de Mystra?

Un aullido tremendo atravesó la nube y casi ahogó la pregunta del señor de las Sombras. Kezef, el Perro del Caos, salió a la carrera de un trueno distante. De sus feroces fauces pendía el torso de uno de los Fieles de Talos.

Máscara siguió mirando fijamente al Destructor y no huyó.

—Aunque las cosas se vuelvan en mi contra, nadie te culpará a ti. Dará la impresión de que tú sólo tratabas de detener a Cyric.

Ahora Máscara miró a Kezef, que olfateaba entre las arremolinadas nubes. Como un perro cualquiera, a veces confiaba más en su olfato, aunque le habría sido más útil confiar en su vista.

Talos sopesó el plan del señor de las Sombras y dio instrucciones a sus Fieles de no lanzar rayos relampagueantes hacia la bruja.

—Mi magia no es igual a la de Mystra —dijo—. Si favorezco los poderes de Ruha, ella sabrá que algo pasa.

El Perro del Caos lanzó otro gran aullido, y lanzando lejos los restos devorados a medias del fiel de Talos avanzó a saltos entre las nubes.

—Deja que yo me preocupe de lo que sabe Ruha. —Máscara se acercó al borde de la nube y echó una mirada al remolino de oscuridad que había debajo de la tormenta—. Tú dale la magia necesaria para coger a Malik.

Acto seguido, saltó.

Capítulo XVII

Todos los dioses tienen un mortal al que prefieren por encima de todos los demás, y para Mystra, ese mortal era Adon el Petimetre. Había nacido en el seno de una acaudalada familia de Sembia hacía más de treinta años, y su vida había sido de indolencia y excesos hasta su decimoquinto cumpleaños, cuando llevado por la obsesión normal de los muchachos por la belleza de las mujeres entró en la Iglesia de Sune Pelo de Fuego. Allí había aprendido todas las disciplinas del amor; los conjuros de encantamiento y el arte del acicalamiento y las técnicas del combate cuerpo a cuerpo. Fue debido a estos talentos que Cyric y Kelemvor soportaron la compañía de Adon, que estuvo presente cuando conocieron a Medianoche, como se llamaba Mystra por entonces, y empezaron su busca de las Tablas del Destino.

A comienzos del viaje, Adon sufrió una de las cosas más terribles que pueden acaecerle a un clérigo de Sune la Veleidosa, la Hermosa: un loco le hizo un corte en la cara que le dejó una horrible cicatriz. Pensando que la marca era una señal del desagrado de Sune, el Petimetre perdió su fe y se apartó de la Iglesia de la Belleza. No obstante permaneció tan leal a sus amigos como un perro a su amo, y en las muchas batallas que siguieron, él y Medianoche se salvaron el uno al otro un centenar de veces. Fue él el que restañó su herida en Aguas Profundas cuando fue apuñalada por Cyric, que se apoderó de las Tablas del Destino, y cuando la mentirosa Ramera convenció a Ao para que la hiciera diosa de la Magia, Adon fue el primero en declarar su fe.

Después de eso, se dedicó a conseguir adeptos para la Iglesia de los Misterios. Mystra lo recompensó con muchos favores especiales, siendo el mayor de ellos su nombramiento como patriarca de su Iglesia. También lo visitó a la vista de los demás, para que todos supieran que Adon era favorecido por los dioses, y así se convirtió en un huésped muy apreciado en las casas de los poderosos y los ricos.

En ningún momento se hacía esto más evidente que durante los Rituales de la Alegría. Debido al amor entre Kelemvor y Mystra, el momento de la muerte se había convertido en ocasión de milagros. Si el que abandonaba el mundo había llevado una vida virtuosa y un clérigo de Mystra estaba presente en el instante de la muerte, todo tipo de maravillas podían producirse en el aire. Cualquiera que expresara un pequeño deseo podía verse satisfecho, siempre y cuando el deseo fuese digno y contribuyese al bien de los demás. Entre quienes valoraban tonterías tales como la caridad y la compasión, los Rituales eran considerados como señal inequívoca de la felicidad del muerto en la otra vida.

Adon había participado en un centenar de esos Rituales en los últimos años, pero había algo en la Casa Bhaskar que le producía inquietud. Tal vez fuera la propia Pandara Bhaskar, que no permanecía junto a su esposo moribundo como una buena

esposa, sino que estaba permanentemente colgada del brazo de Adon y lo presentaba a sus distinguidos huéspedes. Había más de cien invitados, entre ellos la esposa de lord Yanseldara y su buena amiga Vaerana Hawklyn, el príncipe Tang, Thusroon Frostbryn, y una docena más de personajes que habían contribuido generosamente a la construcción del nuevo templo de Mystra en Elversult.

A fin de que todos estos huéspedes pudieran presenciar el momento de la muerte, el lecho del pobre Nadisu había sido trasladado a la sala de los banquetes y colocado sobre una plataforma para que fuera visible por encima de la multitud de músicos, danzarinas, acróbatas y malabaristas contratados para animar la celebración. Tampoco pasarían hambre los huéspedes mientras esperaban que Nadisu muriese, ya que la comida que llenaba las mesas del festín podría haber alimentado a los pobres de Elversult durante una semana... aunque, por supuesto, Pandara no había invitado a un solo mendigo a la ceremonia. Según le había explicado a Adon, su esposo había hecho en vida tanto por los pobres que merecía morir con dignidad. Las sobras serían llevadas a los barrios pobres para ser repartidas entre los hambrientos.

Tal vez fuera la opulencia de la celebración la causante de la incomodidad de Adon, porque no percibía ni sombra de la melancolía normal en los ritos, incluso en los más gozosos. O tal vez fuera sólo el picor que sentía bajo su anillo de la estrella, un simple aro de oro con un diamante en bruto. Mystra se lo había dado como protección contra los Fieles de Cyric, que siempre estaban tratando de ganarse el favor del Uno con la muerte del patriarca. Cada vez que se acercaba un asesino, el diamante brillaba como una estrella y el aro se calentaba. Sin embargo, nunca le había producido escozor, de modo que Adon no sabía si esto era una advertencia o sólo una irritación de esas que experimentan muchos hombres donde llevan los anillos.

Pandara tiró de Adon hacia una multitud reunida en torno a un par de bailarinas con turbante y se detuvo junto a una huésped envuelta en gasas. La mujer, de voluptuosas formas y sensual belleza, miró al patriarca y le sonrió. Adon sintió que el dedo del anillo le picaba más.

—Adon, permíteme que te presente a Usreena Juepara —dijo Pandara—. Creo que es... una admiradora de tu diosa.

—Incluso una seguidora —Usreena ofreció la mano para que Adon la besara—, lo cual no quiere decir que haya sido favorecida por ella.

—Es un placer. —Adon saludó a Usreena con una reverencia, pero no le cogió la mano—. Debes visitar pronto el templo. Está casi terminado. Ahora, si me perdonan, debo acudir al lado de Nadisu. Al fin y al cabo, esta celebración es en su honor.

Dicho esto, Adon se encaminó hacia el frente de la sala. Pandara asió su brazo y se dejó arrastrar hacia allí.

—¡Vaya, patriarca! ¿Sabes quién era ésa?

—Sé lo que era —replicó Adon. Se detuvo y miró de frente a Pandara al tiempo que acercaba la boca a la oreja de la mujer—, y debo decir que estoy preocupado por los Rituales de tu esposo. Has invitado a demasiadas personas como Usreena.

Pandara se apartó un paso.

—¿Qué quieres decir con eso, patriarca?

Tan aguda sonó su voz que los huéspedes que estaban próximos se volvieron a mirar. Entre ellos había varios que habían hecho generosas donaciones al nuevo templo de Mystra, pero Adon no podía sustraerse a la verdad.

—Hay algo aquí que no me gusta, Pandara. —Mientras hablaba no dejaba de tocar el anillo—. Los Rituales de la Alegría honran a los moribundos. No son para tratar de impresionar a los amigos.

Pandara entrecerró los ojos.

—¡Cómo te atreves! Sé muy bien todo lo que Nadisu te dio para construir el templo de Mystra, pero parece que tú no.

—Sí que lo sé, y por eso debo ser sincero contigo. —En toda la sala se había hecho el silencio, y todos los ojos, salvo los de Nadisu, por supuesto, estaban fijos en Adon y en Pandara—. Los Rituales de la Alegría los conceden Kelemvor y Mystra a los que ellos consideran merecedores. Yo no tengo influencia alguna en la materia.

Pandara recorrió la estancia con la mirada y su expresión se volvió tormentosa.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quieres más dinero para tu templo?

Adon negó con la cabeza.

—En absoluto. Eso no implicaría ninguna diferencia. —Cogió las manos de Pandara y habló con su voz más reconfortante—. Lo que trato de decirte es que hay algo que no da buena impresión. Estoy recibiendo una señal. La opulencia de la celebración podría haber ofendido a Kelemvor, o tal vez Mystra sea reacia a conceder tantos deseos. Incluso podría ser que el momento de Nadisu no hubiera llegado todavía. Es posible que se recupere tan repentinamente como enfermó.

Pandara soltó las manos.

—¡No seas ridículo! ¡Claro que va a morir Nadisu! Tiene la cara tan verde como el moho, y los círculos debajo de sus ojos son tan negros como el ala de un cuervo.

Adon enarcó las cejas.

—Casi pareces ansiosa.

—¿Y por qué no debería estarlo?

En la voz de Pandara no había ni sombra de amor y, cosa extraña, esto no sólo sorprendió a Adon sino que le produjo una sensación de alivio. Tal vez hubiera sido el egoísmo de la mujer lo que le había causado desazón. No sería ésta la primera vez que una buena persona se hubiera casado con otra malvada.

—Nadisu será más feliz en la otra vida, ¿no es verdad? —inquirió Pandara—. ¿No es ésa la razón de los Rituales?

—Los Rituales no hacen nada —volvió a explicar Adon—. Sólo son una señal...

Desde el trono se oyó un resuello seguido de un balbuceo agitado. Nadisu se incorporó y miró confundido a su alrededor. Su cabeza tenía el color de una calabaza verde y era tan redonda como la luna, mientras que sus ojos estaban tan oscuros y hundidos como pozos.

—¡Pan... dara! —dijo con voz entrecortada. Tenía los labios agrietados y sangrantes—. ¡Ven... a... mí!

Nadisu se dejó caer sobre las almohadas y emitió un largo gorgoteo ahogado.

Adon cogió a Pandara de un brazo y se puso en marcha hacia la plataforma, pero la mujer se desasíó y negó vehementemente con la cabeza.

—No..., ve tú. —El miedo que había en sus ojos era la primera emoción que había mostrado con respecto a su esposo—. No quiero verlo... De esa manera, quiero decir.

—Pero ha preguntado por ti. Podría ser la última...

—¡No quiero! —Pandara se cubrió la cara y apartó la vista. Adon permaneció detrás de ella con expresión de perplejidad.

Yanseldara acudió al lado del patriarca.

—Creo que ha llegado el momento. Debes ir al lado de Nadisu.

Adon apenas la oyó, pues sus pensamientos estaban totalmente centrados en el extraño comportamiento de Pandara. Aunque no sintiera nada por su esposo, al menos debería guardar las apariencias.

—¿Qué sucede, Pandara? —preguntó Adon—. ¿Le tienes miedo a tu esposo?

Pandara encontró el valor para darse la vuelta. Ahora estaba llorando.

—No, por supuesto que no. Sólo es que... —Hizo una pausa para mirar a los dignatarios que la observaban y a continuación se enjugó las lágrimas—. No quiero que Nadisu me recuerde así.

Adon puso cara de incredulidad. Fuera lo que fuese lo que ocultaba la mujer, el hecho es que el dedo le picaba más que nunca.

De la cama llegó un prolongado estertor, y una criada sonriente se acercó al borde de la plataforma.

—¡Está sucediendo!

Yanseldara cogió a Adon por el brazo.

—¿No deberías acudir a su lado?

Adon negó con la cabeza.

—No creo que vaya a suceder. Pandara nos está ocultando algo.

Yanseldara se acercó al oído de Adon al tiempo que tiraba de él hacia la plataforma.

—Pandara está medio loca —susurró—. Se pasa la mayor parte del tiempo en las Torres de la Luna, pero Nadisu nunca se quejó de ello, e hizo más por los pobres que

cualquier otro hombre de la ciudad. Yo lo consideraría como un favor personal hacia mí que estuvieras a su lado en el momento de su muerte.

—Como desees —suspiró Adon—. No me hará ningún daño estar allí, siempre y cuando recuerdes que nadie puede comprar...

—Gracias, Adon. —Yanseldara le soltó el brazo.

Puesto que la palabra de lady Yanseldara era ley en esta ciudad, y que ella misma le había cedido el terreno para el templo de Mystra, a Adon sólo le quedaba esperar que la dama no lo culpara a él si Kelemvor y Mystra denegaban los Rituales. Subió la escalera y se dirigió al lecho del moribundo, perfectamente consciente de que todos los ojos estaban fijos en él. En el aire había un hedor terrible, y las sábanas estaban empapadas de los fluidos que supuraban los poros del cuerpo hinchado de Nadisu. Los dedos del moribundo se habían ennegrecido y desprendido. El patriarca no conseguía imaginar qué enfermedad aquejaba al pobre hombre, ya que hasta esa mañana gozaba de una salud de hierro.

Los párpados de Nadisu se abrieron con dificultad, pero sus ojos parecían dos agujeros oscuros. Alzó la mano hinchada.

—¿Pandara?

Adon se sentó en el borde de la cama y le cogió la mano. La piel de Nadisu era escamosa al tacto, pero debajo de ella, la carne era esponjosa y blanda.

—No, Nadisu. Soy Adon.

—¿Adon? —Nadisu se asió a la mano del patriarca y se incorporó en la cama. A continuación fijó la mirada en el artesonado del techo—. ¡Perdóname, señor! ¡Perdona a mi infiel corazón!

Un murmullo sorprendido recorrió el salón del banquete. Pandara soltó un pequeño grito y se desplomó en una butaca, pero nadie le hizo el menor caso. Todos los presentes, tanto los artistas como los sirvientes y los dignatarios, tenían los ojos fijos en la plataforma. El anillo de Adon se puso más caliente. Trató de soltar la mano y no lo consiguió, ya que Nadisu lo sujetaba con la fuerza de un ogro. El diamante empezó a brillar a modo de advertencia, y haces de luz plateada surgieron entre los dedos de Nadisu y bailaron por el techo.

—¡Mirad! ¡Los Rituales! —gritó alguien.

El silencio se impuso en la sala mientras los huéspedes de Pandara pensaban sus pequeños deseos, pero Adon sabía que estaba en apuros. Su anillo estaba tan caliente que le quemaba la carne. Con la mano que tenía libre golpeó a Nadisu en la cabeza.

—¡Eh! —dijo alguien—. ¿Eso forma parte de los Rituales?

Nadisu lo seguía sujetando con la misma fuerza, y su mirada se desplazó hacia el rostro de Adon.

—¡Cyric, el Uno, el Todo! ¡Acógeme en tu seno!

Aunque Nadisu hablaba con mil voces al mismo tiempo, éstas eran apenas algo

más que un suspiro, tan leve que de toda la gente presente en el salón sólo Adon oyó lo que había dicho. El patriarca cruzó el otro brazo por delante del cuerpo y sacó la maza que llevaba al cinto.

—¿Qué está haciendo? —gritó alguien.

Los ojos hundidos de Nadisu casi se salían de las órbitas. Eran tan negros como una tumba y mil veces más profundos. Cuando Adon los miró, una oscuridad absoluta salió de sus profundidades y lo engulló.

Se oyó un grito.

—¡Detenedlo!

Adon blandió la maza y sintió cómo se hundía en la cabeza hinchada de Nadisu. Entonces, el oro de su anillo estrella se volvió candente y le quemó la piel del dedo.

Llamó a gritos a su diosa.

—¡Mystra!

«¿Mystra? —Adon sintió la palabra dentro de la cabeza, pronunciada por una voz aguda, sibilante y cruel, y le volvió el recuerdo de hacía una década—. *Como mandes, viejo amigo..., pero te lo advierto, ella ha cambiado. ¡Vaya si ha cambiado!*»

Por supuesto, la voz era la de Cyric. En cuanto hubo hablado, Mystra surgió de la oscuridad y se lanzó sobre Adon. Sus largas trenzas negras se agitaban tras ella tan sucias y acres como el humo. Llevaba un delgado vestido negro que se le pegaba al escuálido cuerpo como seda mojada. Los pómulos sobresalían en la piel correosa de la cara, mientras que su boca sin labios se abría dejando a la vista dos filas de dientes cubiertos de sangre. El odio de sus ojos manaba de sus pupilas como largas y retorcidas lenguas, y cuando tendió la mano a su patriarca, eran una garras con colgajos de vísceras.

Adon dio un grito y se protegió los ojos con los brazos pues había visto el auténtico rostro de Mystra. Ahora la veía como la zorra asesina que era. Quería matarlo tal como había matado a todos los que conocían su secreto, y borrar incluso la memoria de su existencia de la faz de Faerun.

Retrocedió dando tumbos y se cayó de la plataforma. Su cabeza dio en el suelo con un crujido que hizo que el silencio reinara en toda la estancia.

«*Ahora la ves como yo* —dijo Cyric entre dientes—. *¿A que no es tan bonita?*»

Adon no oyó la voz del Uno, pues yacía sobre el suelo de mármol hecho un ovillo y con la ensangrentada maza en la mano. El anillo estrella le había reducido el dedo a un muñón carbonizado, y los ojos de Adon estaban fijos en algún lugar más allá de las paredes de la Casa Bhaskar.

—¿Por qué me odia? —no paraba de preguntarse—. ¿Por qué?

Ni siquiera se dio cuenta de que se había roto un brazo al caer, ni de que Vaerana Hawklyn se abría paso entre la multitud para llegar a su lado.

—¡Por Torm! —Le arrebató la maza ensangrentada de las manos—. ¡Ha perdido

la razón!

Capítulo XVIII

El rastro del caballo infernal, como había dado en calificar Ruha a la bestia a la que perseguía, se internaba en el bosque de los Dientes Afilados tan recto como una flecha. Desde la linde del bosque se podía ver cien pasos más adelante por el túnel que había abierto entre la maleza, y no había una sola curva en toda esa distancia. El caballo siempre seguía una trayectoria recta hacia el este, sin desviarse más de uno o dos pasos de su curso.

Ruha se apartó del bosque y se dirigió a donde estaba su compañero, un jinete alto y guapo de nombre Zale que cabalgaba un hipogrifo. Estaba arrodillado a cierta distancia del bosque, en medio de un círculo color carmesí donde el caballo infernal había realizado su última matanza. Había devorado a su presa casi por completo, dejando sólo diez largas garras, un par de afilados colmillos y sangre en el suelo.

—¿Cuánto tiempo hace? —preguntó la arpista sin meterse en el círculo rojo.

—Por lo menos seis horas. —Zale desmenuzó un terrón de tierra roja entre los dedos—. Sólo puede ser nuestro hombre. ¡Cabalgamos un hipogrifo! Nadie puede sacarnos tanta ventaja.

—Es él.

Ruha tocó con los dedos el broche de arpista que ahora adornaba el pecho de su *aba* de recambio. Después de haber sido atraída al establo por el fuego de un explorador, había recuperado su broche de un montón de estiércol ensangrentado y había jurado vengarse, tanto de la falta de respeto manifestada al Arpa y la Luna como de la muerte del anciano que yacía pisoteado en medio de la granja. La bruja y Zale se habían lanzado a perseguir al caballo infernal casi de inmediato, pero el animal era tan rápido que todavía no habían conseguido verlo siquiera.

Desde lo más profundo del bosque llegó un largo aullido, tan fantasmagórico como escalofriante. Ruha se volvió a mirar la tenebrosa senda y luego al hipogrifo de Zale. La bestia estaba posada en el suelo en una pose majestuosa, con las enormes alas plegadas a los lados del cuerpo equino y la enorme cabeza de águila erguida y orgullosa.

—¿Puede Nube de Plata volar por el bosque? —preguntó Ruha—. Parece demasiado enmarañado.

—Tendremos que volar por encima y descender para examinar la senda en cada claro que encontremos. —Zale miró hacia el oeste, donde el sol se estaba poniendo detrás de los truenos que les habían estado pisando los talones todo el día—. Pero no podemos hacerlo esta noche. Nube de Plata está agotado, y si esa tormenta nos sorprende encima del bosque, nos veremos en serios problemas.

Ruha hizo un gesto de contrariedad, aunque su espeso velo lo ocultó a los ojos de Zale.

—Si esperamos, nunca atraparemos al asesino. Ya nos lleva mucha ventaja.

—Lo sé —dijo Zale—, y yo también quiero cogerlo, pero no a costa de la vida de Nube de Plata. Capturar a ese pequeño mendigo no devolverá la vida a Rinda ni a Gwydion, ni al hombre de la granja.

En ese momento, un relámpago apareció en la tormenta distante, y el ruido del trueno se propagó por el cielo haciendo temblar el suelo bajo sus pies. Nube de Plata chilló y, abriendo las grandes alas, se pegó al suelo. La mirada que le echó a Zale dejó perfectamente claro lo que piensan los hipogrifos sobre enfrentarse a una tormenta en espacio abierto.

Otro aullido siniestro llegó del bosque de los Dientes Afilados, pero Ruha le prestó menos atención que al trueno.

—Zale, lo que dices es cierto, pero Malik no es un ladrón cualquiera. Cuando Pelias lo dejó entrar en el Alcázar de la Candela parecía que lo hubiera atacado un león, pero atravesó a nado un foso hirviente y trepó por la Torre del Guardián. Después mató a Rinda y a Gwydion, algo que cien asesinos de Cyric no habrían sido capaces de hacer.

—Lo sé. —Zale se puso de pie y fue a coger las riendas de Nube de Plata, ya que un retumbo constante de truenos había empezado a recorrer la planicie—. Y está también lo de su huida de las mazmorras.

Esto hizo que Ruha se ruborizara, ya que las mujeres bedines no tenían costumbre de mostrar el rostro, y mucho menos el cuerpo desnudo, motivo por el cual se había sentido muy avergonzada. Precisamente este azoramiento era la razón de que estuviera tan empeñada en vengar las muertes de los portadores del *Cyrinishad*, pero no fue eso lo que le dijo a su compañero.

—Zale, este asesino cuenta con la ayuda de Cyric. Es la única explicación posible de todo lo que hemos visto. Y si Cyric lo está ayudando, tiene que haber una razón muy poderosa para lo que está haciendo.

—¿Qué razón?

Ruha negó con la cabeza.

—No lo sé, pero no daría la espalda al *Cyrinishad* sin una buena razón. Si no la descubrimos pronto, estoy segura de que no vamos a ser los únicos en lamentar nuestro fracaso.

La bruja no le habló a Zale de la visión que había tenido de mí, pues hacía tiempo que sabía que pocas personas entendían su cruz. O bien la culpaban a ella de los males pronosticados por sus visiones, o se enfadaban cuando no los avisaba de alguna otra catástrofe.

El aullido funesto volvió a sonar en el bosque, y esta vez más cerca. Nube de Plata alzó la cabeza y abrió el enorme pico para lanzar al bosque un chillido de protesta. Zale sujetó mejor las riendas y tiró de ellas para bajar la cabeza del

hipogrifo.

—Puede que tengas razón, pero ¿dónde está la diferencia? Aunque nos arriesgáramos a volar, no podemos seguir el rastro en la oscuridad.

Ruha lo miró inquisitiva.

—Pero ¿correrías el riesgo si pudiéramos seguir el rastro?

Zale miró los espesos nubarrones cada vez más cercanos y asintió.

—Lo haré, pero no perdamos tiempo.

—Eres un hombre valiente, Zale. —Ruha se le acercó—. ¿Puedes prestarme tu pedernal y tu acero?

Zale sacó lo que le pedía de sus alforjas y se lo dio a Ruha, que se colocó ante la huella del caballo infernal. Cerró los ojos y arrancó una chispa al acero al tiempo que entonaba el encantamiento de un conjuro de fuego.

El mundo se iluminó con un resplandor plateado y a continuación un trueno estrepitoso le hizo perder pie. La bruja se encontró sentada en el suelo, con las sienas palpitantes y las fosas nasales llenas de olor a hierba chamuscada. Ante sus ojos bailaba una cortina de puntos blancos. En los oídos le sonaba el tintineo de mil campanas y un temblor incontrolable se le había apoderado de los músculos. El aire parecía insoportablemente caliente y lleno de humo.

—¡Ruha! —La voz de Zale era apenas audible a través del tintineo de sus oídos—. ¿Estás herida?

El jinete la cogió por debajo de los brazos y la arrastró por el suelo. Los puntos plateados empezaron a desaparecer, lo mismo que el temblor de los músculos y el tintineo de los oídos, y vio el motivo por el cual el aire parecía tan caliente y lleno de humo: su conjuro había disparado una columna de llamas por la pista del caballo infernal.

La ardiente columna había incendiado el bosque a ambos lados del sendero. Ahora, dos enormes cortinas de fuego se abrían camino por el bosque en direcciones opuestas. Por encima del bosque, el cielo se había puesto negro por la multitud de pájaros que escapaban, y el aire estaba lleno de los ruidos de los animales que huían a ciegas entre la maleza. Otro aullido lúgubre salió del bosque, más cercano y más espectral que el anterior.

—Zale, ¿qué ha sucedido? —preguntó Ruha con voz entrecortada.

—Un rayo relampagueante —respondió el jinete—. Cayó cuando tú formulaste el conjuro.

—¿Fui yo quien hizo esto? —La bruja se agarró al brazo de Zale y se puso de pie. Después lo empujó en la dirección de su nervioso hipogrifo—. ¡Rápido, tráeme un poco de agua!

Mientras el jinete se aprestaba a obedecer, una voz de mujer salió del bosque en llamas.

—No te preocupes, Zale —Las palabras eran tranquilizadoras y autoritarias al mismo tiempo, tan poderosas como el trueno y tan suaves como una caricia—. El fuego se extinguirá por sí solo.

Una mujer de pelo oscuro y de inimaginable belleza salió del humo. Su piel era pálida y radiante, y sus ojos tan brillantes como el ébano. Llevaba puesta una túnica sencilla de pesada seda negra, sujeta en el corpiño por la red sagrada de Mystra. Ruha y Zale cayeron de rodillas al mismo tiempo, boquiabiertos de admiración.

Antes de que pudieran decir una palabra, habló la mujer:

—No digáis nombres. No queremos atraer la atención de nuestro enemigo, ¿verdad?

Ruha y Zale se miraron y no dijeron nada.

Un aullido lúgubre salió del bosque. La mujer echó una mirada preocupada por encima del hombro; independientemente de la forma que adoptara el señor de las Sombras o del dios que aparentase ser, el Perro del Caos nunca andaba muy lejos de él.

Máscara se detuvo ante los dos y le indicó a Ruha que se pusiera de pie.

—Nuestro enemigo ha mandado a su mascota en mi busca —dijo el señor de las Sombras hablando siempre con la voz de Mystra—. No puedo perder mucho tiempo, pero debéis saber algo: lo que os he dado esta noche, os lo he dado por una buena razón. Aunque destruya un reino entero, no debéis dudar en usarlo. Hay más en juego de lo que podéis imaginar, y por mucho que destruyáis, no será nada comparado con lo que salvaréis. ¿Lo entendéis?

—Sí, mi...

Máscara apoyó un dedo femenino sobre el velo de Ruha, porque no quería que la bruja atrajera la atención de Mystra.

—Nada de nombres.

—Sí, mi señora.

—Bien.

Un aullido salvaje sonó al otro lado del bosque en llamas. Entonces se produjo un terrible estruendo y una sombra enorme, informe, salió del humo. Máscara apoyó una mano sobre el hombro de Ruha y otra sobre el de Zale y a continuación los empujó hacia Nube Plateada.

—¡Adelante!

Los dos mortales corrieron hacia la montura y saltaron sobre su lomo, y un terrible gruñido se oyó en el lugar en el que acababan de estar. Incluso antes de que Zale hubiera dado la orden, Nube de Plata desplegó las alas y alzó el vuelo. Ruha cogió un guijarro que llevaba en el bolsillo e invocó las palabras de un conjuro de arena, pero cuando dieron la vuelta hacia el bosque ardiente, vio que Mystra se había desvanecido como si nunca hubiera estado presente.

Ahora un enorme mastín ocupaba su sitio, arañando el suelo con las garras y aullando. La bestia eran tan grande como un caballo de tiro y tenía un pelaje formado por movedizos gusanos, y unos dientes cubiertos de materia pútrida tan negros como el azabache. Sus ojos amarillos relucían de una manera profana que superaba la capacidad de comprensión del hombre, y de la lengua le colgaban babas verdes y ponzoñosas.

—La diosa tenía razón —observó Zale—. Nuestro enemigo es realmente horrible.

—Y ésa no es más que su mascota —dijo Ruha—. Que la diosa me perdone, pero me alegro de que la persiga a ella y no a nosotros.

Capítulo XIX

Mystra estaba en la antecámara de Adon, mirando por una ventana las tranquilas aguas del lago Hillshadow y contemplando el reflejo de su nuevo templo. Aunque todavía faltaban seis meses para que estuviera terminado, ya era un reluciente edificio de torres de alabastro, cúpulas de plata y contrafuertes de cristal que contribuían a su gran gloria. Cuando estuviera terminado, tenía pensado pedir a su patriarca que instalara en él su hogar; las vidas de los mortales no eran eternas, y Adon ya había pasado la mayor parte de la suya difundiendo su culto de un extremo a otro de Faerun.

Mystra se apartó de la ventana y encontró a un puñado de personas arrodilladas sobre el suelo de mármol, con las manos juntas en actitud de plegaria. Dos hombres llevaban la cota de mallas de los maceros, los guardianes de la ciudad de Elversult, y casi todos los demás iban vestidos con las sencillas túnicas de su propia Iglesia. Sólo un hombre no se había puesto de rodillas; tenía la piel amarilla, el pelo negro y los ojos almendrados de la raza Shou, y lucía una túnica de seda de amplias mangas que su pueblo llamaba maitung.

Saludó a Mystra con una leve inclinación de cabeza, pero no hizo ninguna otra señal de reverencia. Era el príncipe Tang, el hijo mayor de la Tercera Concubina Virtuosa del emperador Kao Tasao Shou Tang de Shou Lung, y no hacía reverencias ante ningún dios salvo que fuera de la burocracia celestial. Mystra dejó pasar aquello y se dirigió a la puerta de Adon, pues no tenía interés en explicarle al príncipe la pluralidad del ser.

Tang la interceptó, colocándose ante las grandes puertas de bronce dorado que protegían la cámara de Adon.

—Por favor, deja descansar a Adon.

—¿Qué? —Mystra no disimuló su irritación—. Te atreves a...

—He dado al honorable patriarca una poción para ayudarlo a dormir —explicó el príncipe—. Estaba sumamente perturbado.

—¿Perturbado? —Mystra todavía no conocía los acontecimientos que habían tenido lugar en la Casa Bhaskar, ya que su atención había sido requerida en otra parte cuando Adon la llamó, y luego él tenía la mente cerrada a la imagen mental que ella le envió. Se preguntaba si la poción de Tang habría causado el extraño comportamiento del patriarca—. ¿Qué le has dado?

—Una poción de hoja de lasal. Impide que los pensamientos perturbadores...

—Sé perfectamente lo que hacen las hojas de lasal, príncipe Tang. —Mystra percibía las cualidades de todas las hierbas y especias de Faerun, y sabía que las hojas de lasal se usaban para adormecer la mente. También sabía que causaban confusión y provocaban temblores musculares, y que cuando se usaban con demasiada frecuencia

o en concentraciones demasiado fuertes, destruían la mente en lugar de adormecerla—. Te advierto que si has hecho algún daño a mi patriarca...

—¡Lo he ayudado! —insistió Tang—. Adon está loco. Piensa que tú lo odias e incluso ha asesinado a un hombre enfermo.

—¿Adon? ¡Adon no es un asesino!

El príncipe Tang sostuvo la severa mirada de Mystra.

—Con mis propios ojos lo vi matar a Nadisu Bhaskar.

La diosa lo miró con incredulidad, luego miró a sus acólitos arrodillados.

—¿Es cierto?

La más anciana, una mujer pelirroja llamada Chandra, asintió.

—Había un centenar de testigos. Nadisu se estaba muriendo y todos esperaban los Rituales de la Alegría...

—¿Ese hombre convocó a un centenar de personas para presenciar su muerte?

Chandra palideció al ver el disgusto de su diosa.

—Fue su esposa quien lo hizo, y Adon era el sacerdote... —Miró al príncipe Tang, y luego otra vez a Mystra—. Bueno, incluso Vaerana Hawklyn dice que el patriarca se volvió loco y aplastó la cabeza del pobre Nadisu sin razón alguna.

—Hay una razón, Chandra. —El rostro de Mystra era tan feroz como una tormenta de arena—. Su nombre es Cyric.

La diosa pasó de largo ante Tang, lo que arrancó a éste un grito, y entró en el dormitorio de Adon sin necesidad de abrir las puertas de cobre doradas. La habitación era tan majestuosa como el resto del templo, con un encofrado de roble en el techo y paredes de alabastro decoradas con bajorrelieves que representaban los milagros de Mystra. Sin embargo, la cama en la que yacía el patriarca era tan humilde como la de cualquier hombre, una simple estructura de madera y un delgado jergón de paja cubierto con una manta de algodón gris. Estaba en el otro extremo de la habitación, colocada de modo que Adon pudiera ver a través de la ventana las aguas purpúreas del lago Hillshadow entre los balaustres.

El patriarca se debatía debajo de la manta, farfullando incoherencias y tembloroso por los efectos de la poción del príncipe. Mystra buscó dentro de la mente de Adon y se perdió en un torbellino de niebla de hojas de lasal. Mantuvo el contacto con sus pensamientos y empezó a atravesar la habitación, deslizándose por encima del frío suelo de mármol tan silenciosa como un djinn.

—Adon.

La cabeza del patriarca se volvió de repente para mirarla con unos ojos rodeados de cercos rojos del tamaño de platos. Tenía las mejillas hundidas, y al verla lanzó un grito penetrante. Alguno de los que estaban fuera trataron de abrir las puertas, pero Mystra las cerró con el pensamiento y siguió avanzando hacia Adon.

Él arrojó a un lado la manta y se puso de pie sobre la cama, apuntando a Mystra

con la mano como si fuera una ballesta. La diosa se dio cuenta de que el dedo donde antes lucía el anillo de estrella era ahora un muñón carbonizado. Se le cayó el alma al suelo, pues sabía que sólo Cyric podía haber hecho que el oro se calentara tanto.

—¡No te acerques, zorra!

Dentro de la mente de Adon, la diosa no veía nada más que la niebla arremolinada del lasal. Esto aumentó su ira contra el príncipe Tang, porque la niebla le impedía ver lo que estaba mal.

—Adon, no hay razón alguna para estar asustado. Soy yo, Medianoche.

—¿Medianoche? —Adon bajó la mano.

—Sí, sigo siendo yo —respondió Mystra con tono apaciguador.

Adon entrecerró los ojos y luego se los frotó.

—¡Colmillos! —dijo.

La diosa negó con la cabeza.

—No, Adon, no tengo colmillos. —Hizo un intento de acercarse—. Deja que te abrace.

—¡Garras! —gritó Adon señalando las manos de Mystra.

El patriarca se lanzó hacia el balcón, moviendo la cabeza a un lado y a otro como un animal salvaje que trata de huir, pero no encontró escapatoria. La galería daba a la orilla del lago y tenía una altura que duplicaba la de un gigante. Nada había entre ella y el suelo, sólo vacío.

Mystra abrió las manos y le mostró los dedos.

—Adon, no tengo garras. Cyric te está engañando.

—¡Fuego! ¡Veneno! —Adon se volvió para arrojar por encima de la balastrada.

Antes de que pudiera dar un paso, Mystra manifestó un segundo avatar en su camino. El patriarca chocó contra ella a la carrera, pero el impacto no hizo vacilar siquiera a la diosa. Lo levantó como si fuera un niño sin hacer caso de los golpes que él hacía llover sobre la cara del avatar.

—Esto es obra de Cyric y no te culpo de ello.

Mystra llevó a Adon de vuelta a su dormitorio y fue entonces cuando vio la sangre que corría entre sus dedos. Media docena de heridas, todas tan profundas y rectas como las que hubiera producido un cuchillo, se habían abierto en el hombro y en el muslo de Adon. La diosa se dio cuenta de que habían sido las manos de su avatar las que habían causado estas heridas, aunque no entendía cómo. Puso al patriarca sobre la cama. Él dio un grito y trató de tirarse de la cama, pero ella lo mantuvo en su sitio. Donde sus manos lo tocaron surgieron cuatro chorros de sangre.

En ese momento llegó una plegaria de Ruha, la bruja arpista, pidiendo orientación para usar sus poderes recién adquiridos. Demasiado atribulada por la extraña situación de Adon, Mystra sólo se dio cuenta de que Ruha pedía una señal sobre si

debía usar toda su magia contra el asesino de Rinda y Gwydion. La diosa hizo bajar una estrella del cielo para dejar claro que deseaba que la bruja utilizara todos los medios a su alcance y ya no pensó más en la cuestión, pues no sabía nada del rayo relampagueante que había dado poder de destrucción a la entrometida arpista.

Mientras hacía todo esto, Mystra envió a su primer avatar a la puerta de la habitación de Adon para solicitar ayuda. El príncipe Tang entró corriendo, seguido de cerca por los guardias y los acólitos, a los que la diosa dio instrucciones de sostener los brazos y las piernas del patriarca.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó Tang mirando alternativamente a Adon y a los dos avatares de Mystra—. ¿Fue él mismo quien se hizo esto?

—No, creo que lo hice yo. —El segundo avatar de Mystra se apartó de la cama del patriarca y se fundió con el primero, que estaba situado fuera del campo visual de Adon, cerca de la puerta—. Me he convertido para él en una especie de monstruo.

Tang frunció el entrecejo.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco. —Mystra indicó al príncipe que se acercara a ella—. La poción de lasal me impide ver dentro de su mente.

Tang se detuvo a tres pasos de la diosa y la miró con desconfianza.

—Te pido que me perdones por este contratiempo, pero no sabía que fueras a venir, venerable diosa. Sólo trataba de ser útil.

—Y lo serás, Tang —al decir esto, Mystra se volvió tan translúcida como un fantasma y apareció de repente sobre el hombro del príncipe—, eso te lo aseguro.

—¡No! Esto no está permitido. —Tang trató de retroceder, pero Mystra seguía invadiendo su cuerpo—. Soy un Shou imperial...

El último pliegue de la túnica de la diosa desapareció y el príncipe guardó silencio. Parpadeó varias veces y después estiró los brazos como se hace al levantarse de la cama.

—Esto servirá. —La voz era la de Tang, pero las palabras pertenecían a Mystra. El cuerpo del príncipe avanzó hasta llegar a la cama de Adon y se inclinó sobre él—. Ahora, mi querido amigo, veamos qué es lo que ha hecho Cyric.

Adon miró con desconfianza el cuerpo del príncipe, pero no hizo intención de desasirse de los acólitos que lo sujetaban. Los dos guardias estaban cerca, con las mazas preparadas y aparentemente incómodos. Vaerana Hawklyn les había dicho que golpearan a Adon si trataba de escapar, pero ellos eran reacios a hacer eso estando presente la diosa de la Magia.

Mystra retiró un anillo de diamantes del dedo de Tang y lo apretó entre las dos manos. Cuando el príncipe vio lo que pretendía hacer, gritó mentalmente: «¡No! ¡Es un anillo mágico de poder camaleónico!»

Mystra siguió aplastando el anillo, creyendo en su arrogancia que toda la magia le

pertenecía y podía hacer con ella lo que quisiera. El diamante se hizo polvo, produciendo un olor acre, un desagradable chirrido y un destello brillante. La diosa pasó las manos por encima de Adon, cubriéndolo de pies a cabeza con resplandeciente polvo de diamante. Con esto pretendía desactivar la magia que Cyric había utilizado para volverlo loco.

—¡Veneno! —gritó Adon.

La piel se enrojeció y se llenó de ampollas llenas de pus allí donde el polvo la había tocado. Adon aulló de dolor y empezó a manotear, consiguiendo liberar un brazo y una pierna. Los dos guardias alzaron las mazas y se abalanzaron sobre él.

Mystra los miró y sus armas se transformaron en humo. Les indicó que se acercaran a Adon.

—Ayudad a sujetarlo —ordenó la diosa. Después se volvió hacia Chandra—. ¡Lávalo, rápido!

Chandra cogió la jarra de agua que había en la mesilla y la vertió sobre el cuerpo del patriarca. Adon dejó de gritar, pero miró al cuerpo del príncipe Tang como si fuera su propio asesino. Seguía teniendo la piel roja y llena de ampollas, y empezó a sacudirse de una manera incontrolable.

Nadie se atrevía a preguntar qué había sucedido, cosa que agradeció Mystra, pues no tenía respuestas. El estado de Adon no podía ser de origen mágico, de lo contrario su conjuro lo hubiera eliminado. En cuestiones como éstas, sólo Ao tenía poder para desafiarla. Cada vez estaba más enfadada con el príncipe Tang por la poción de lasal. Eso no le dejaba ver lo que andaba mal, pero si trataba de eliminar la niebla de la mente de Adon también borraría buena parte de sus recuerdos. No obstante, no estaba dispuesta a abandonar.

—Chandra, dame esto —Mystra señaló un halo solar de plata, el símbolo sagrado de la Iglesia de los Misterios que la mujer llevaba al cuello—, y abre la túnica de Adon.

El patriarca no opuso resistencia mientras Chandra obedecía. Mystra se llevó el símbolo sagrado a los labios de Tang y lo besó.

Adon abrió mucho los ojos y empezó a luchar contra sus captores.

—¡Fuego!

Mystra estuvo a punto de volverse atrás, pero pensó en la infinita astucia de Cyric y se dio cuenta de que él habría previsto su aversión a dañar al patriarca. ¿Qué mejor forma de proteger su maldición que hacerlo tras semejante escudo de dolor? Con el beso todavía reciente sobre el metal, la diosa apoyó el símbolo sagrado sobre el pecho desnudo de Adon.

Se produjo un horrible chisporroteo y Adon levantó la cabeza al tiempo que lanzaba un grito terrible. Mystra mantuvo el símbolo sobre su pecho.

—¡Quítalo! —Adon miraba a Tang a los ojos, pero Mystra sabía que la veía a ella

—. ¿Qué he hecho para merecer tu odio?

Pequeñas lenguas amarillas empezaron a surgir en torno al símbolo y Adon soltó un chillido espantoso. Chandra y los demás reprimieron un grito y miraron a Mystra abriendo mucho los ojos, pero la diosa siguió ejerciendo presión con el símbolo sobre el pecho de Adon.

Dentro de su mente oía la voz de Tang: «¿*Matar a tu estimado patriarca es la única manera de eliminar la maldición de Cyric?*»

La diosa no le hizo caso y continuó sujetando el símbolo. Después de un rato, un círculo de llamas anaranjadas surgió en torno al amuleto y el patriarca dejó de gritar. Por un momento pensó Mystra que su plan había funcionado, pero las llamas se inflamaron más aún. El hedor a carne quemada llenó el aire y Adon vio con horror que su piel se ennegrecía y se volvía quebradiza.

Mystra retiró el símbolo.

—¡Cyric! —El grito reverberó al mismo tiempo en los nueve cielos—. ¡Has ido demasiado lejos!

«*Tal vez seas tú la que ha ido demasiado lejos* —sugirió el príncipe Tang—. *Esa quemadura es muy grave*».

Mystra abandonó el cuerpo de Tang y retrocedió para que la figura del príncipe la ocultara a la vista de Adon.

—Adon se recuperará de la quemadura, príncipe Tang, si se lo cuida adecuadamente.

—Lo curaremos en seguida —dijo Chandra sorteando a un guardia y yendo hacía la cabecera del lecho—. Tenemos a una docena de sacerdotes...

—No, Chandra. —Mystra apartó a la mujer—. Hasta que descubra qué es lo que ha hecho Cyric, me temo que nuestra magia le hará más daño que bien —dijo devolviéndole el símbolo estelar.

Chandra miró la quemadura que tenía Adon en el pecho y dudó un momento. Después venció el miedo y aceptó el símbolo sagrado. Estaba tan frío como cuando se lo había cedido.

—Pero si no curamos al patriarca...

—Adon se recuperará rápidamente atendido por el príncipe. —Mystra se volvió hacia Tang—. Es evidente que su poción de lasal le hizo efecto.

El príncipe se sonrojó, pero asintió.

—Puedo curar las quemaduras y la urticaria del estimado patriarca, pero su locura...

—Eso déjame a mí, pero no le des más lasal, al menos hasta que descubra lo que le hizo Cyric. —La diosa se volvió hacia Chandra—. Me llamarás con una plegaria en cuanto Adon parezca lúcido.

Chandra pareció sorprendida.

—¿No te quedarás a observarlo?

—Estaré ocupada —Mystra miró a su atormentado patriarca—, y Cyric también
—añadió tras una pausa.

Capítulo XX

Primero se desató un viento tremendo a nuestras espaldas, después un muro de aire nos golpeó por detrás. *Halah* se tambaleó y a punto estuvo de caer, catapultándome por encima de su cruz, y me encontré colgado de sus crines y deslizándome cuello abajo hacia sus veloces cascos negros.

—¡*Halah*, espera! —Ya habíamos dejado atrás el mediodía y nos encontrábamos en la llanura al este del bosque de los Dientes Afilados, avanzando hacia la lejana ciudad de Berdusk a galope tendido—. ¡Para!

Halah me sorprendió obedeciendo en seguida. Me solté de sus crines y fui a parar al suelo, tambaleándome más de doce pasos en un barranco tan hondo como alto soy. Por un momento me quedé allí tirado, demasiado mareado para moverme, mirando al cielo y asombrado ante la fuerza del repentino viento. Entonces el rugido se fue quietando y el viento empezó a arrastrar hojas, pequeñas ramas y pájaros que surcaban el aire entre chillidos. Me levanté y miré por el borde del barranco.

Inmediatamente me vi atacado por un torrente de arena y grava y me di cuenta de que no se trataba de una tormenta de polvo corriente. El horizonte occidental estaba oculto tras una cortina de polvo de gran altura.

—¡*Halah*, ven aquí!

Creyendo que quería que se refugiara, la yegua se acercó al trote y se metió en el barranco. Cogí las riendas y salí de la hondonada, pues era tal mi devoción que tenía intención de cabalgar en medio de la tormenta.

Halah afirmó los cascos y se negó a seguirme ladera arriba. La tormenta seguía azotando, y cuanto más se acercaba, más ensordecedora se hacía, hasta que empezaron a dolerme los oídos bajo el impulso del viento arrollador. Se me pusieron los pelos de punta y vi formas oscuras —ramas, arbustos y árboles arrancados de raíz— que eran engullidos por el torbellino de la cortina gris.

Tiré firmemente de las riendas.

—¡*Halah*, yo soy el jinete! ¡Haz lo que te digo!

Halah bufó disgustada y después alzó la nariz hacia la tormenta. En ese momento vi otra figura oscura en el cielo, lanzándose en picado por encima de la tormenta. Tenía la forma de una cruz, con un cuerpo macizo y dos alas emplumadas extendidas para aprovechar el feroz viento, y avanzaba con tal ímpetu que su tamaño se duplicó en un abrir y cerrar de ojos.

Incluso antes de ver el turbante de la bruja asomando sobre el hombro del jinete, supe que venían a por mí.

—¡Rápido, *Halah*! —Me monté saltando desde el borde del barranco—. ¡Veloz como el viento!

Y así lo hizo.

Capítulo XXI

Kelemvor había transformado la pared de su Sala de Juicios en un espejo tan perfecto que permitía ver todos los defectos de quien se reflejaba en él, ya fuesen físicos, mentales o de carácter, y en ese momento estaba de pie ante este espejo observándose en sus plateadas profundidades. Lo que vio fue un hombre de mandíbula cuadrada y rostro atezado, penetrantes ojos verdes y una gran mata de pelo negro. No percibió distorsiones ni deformidades de ningún tipo, pero tampoco el halo resplandeciente de un dios.

—Eso no te servirá de guía —dijo Jergal acercándose al señor de la Muerte mientras arrastraba con una de sus manos incorpóreas a uno de los Falsos—. Todo lo que hace un dios es perfecto.

—Si eso fuera verdad, yo no sería el último de una larga sucesión de dioses de la Muerte.

En el espejo, Jergal no era más que un rostro gris sin ojos y dos brazos incorpóreos, el complemento de la capa llena de sombra que se movía por la sala. El espíritu al que sujetaba se reflejaba como una rata negra con ojos amarillos y un pelaje lleno de piojos.

Kelemvor señaló la espantosa imagen.

—Ya te lo he dicho, no voy a juzgar a ningún espíritu hasta que se haya dictado sentencia.

—Eso has dicho. Juzga a éste de todos modos. —Jergal no esperó a que el señor de la Muerte diera su aprobación, sino que obligó al espíritu del Falso a postrarse ante él—. Vuelve a contar la historia de tu vida, Nadisu Bhaskar, y el dios de la Muerte te juzgará.

Kelemvor se volvió para increpar a Jergal por atreverse a darle órdenes, y Nadisu Bhaskar, pensando que la ira del dios iba dirigida a él, juntó las manos sobre el pecho.

—¡Ten piedad de mi desdichado espíritu y yo haré que te haya valido la pena hacerlo!

El dios de la Muerte enarcó una ceja y bajó la mirada hacia el descarado espíritu. Nadisu Bhaskar era un hombre de cara redonda y piel amarillenta y tenía la mirada maliciosa, oscura, de un asesino. Sus palabras representaban una afrenta de tal calibre que Kelemvor no tardó en perdonar la audacia de Jergal.

—Nadisu Bhaskar, tal vez pudieras sobornar a los jueces de Elversult, pero eso no funciona aquí. —Kelemvor se volvió hacia Jergal—. ¿Quieres empezar? Puesto que Nadisu está dispuesto a hacer una confesión libre y sincera, puede hablar por sí mismo.

—Sin duda. —Jergal apuntó a Nadisu con un guante espectral—. Nadisu Bhaskar,

eres el hijo nacido en las cloacas de una puerca de burdel. Aprendiste a robar bolsas antes que a hablar, y mataste al primer hombre a los diez años. Debido a esto, Indrith Shalla te reclutó para el Culto del Dragón. A los veinte años eras el principal asesino de un leal siervo de Bhaal, por entonces señor del Asesinato.

—Y fue entonces cuando Indrith me consiguió un empleo en casa de Ganesh Lal. —Al ver que Jergal estaba decidido a describir su vida de la manera más reprobadora, Nadisu decidió seguir él mismo con el relato—. Las caravanas de Ganesh se habían mostrado sumamente eficaces para repeler los ataques de los bandidos del culto, y yo debía matar a Ganesh de modo que resultase una disuasión para quienes pretendieran seguir su ejemplo.

Aquí, Nadisu hizo una pausa y alzó la vista. Había en sus ojos una sinceridad absoluta.

—Pero entonces algo cambió en mi vida. En el ejercicio de mis deberes conocí a Pandara Lal y nos enamoramos.

—Querrás decir que fue ella quien se enamoró —lo corrigió Jergal—. A ti sólo te pareció divertido engendrar un bastardo en la hija de tu víctima.

—Es posible que yo me haya enamorado más tarde. —Aunque Nadisu seguía mirando fijamente a Kelemvor, el roedor reflejado en el espejo lanzó una bocanada de vapor negro al reflejo de Jergal—. En cualquier caso, convencí...

—Indrith decidió —lo interrumpió Jergal.

—Se decidió que yo sería más útil al culto dentro de la compañía de caravanas Lal. Se le perdonó la vida a Ganesh por un tiempo —Nadisu echó una mirada a Jergal antes de continuar—, y Pandara y yo nos casamos. Después de un período de tiempo prudente, Indrith me ordenó que le cortara el cuello a Ganesh, pero el hombre me había tratado tan bien que opté por asfixiarlo mientras dormía.

El Falso esbozó una leve sonrisa pensando que Kelemvor aprobaría su compasión.

El señor de la Muerte volvió a mirar a Jergal.

—Hasta el momento no veo razón alguna para acelerar el juicio de Nadisu Bhaskar. Por lo que he oído hasta ahora, sospecho que será objeto de mayor clemencia si espera su turno.

—Déjame acabar. —Los ojos saltones de Jergal se volvieron hacia Nadisu—. Cuenta lo que ocurrió después de la Era de los Trastornos.

Nadisu continuó. Su voz sonaba demasiado confiada para alguien en su situación.

—Cuando Bhaal murió y Cyric fue ascendido a dios, me sumé a su culto y continué matando en nombre de Indrith Shalla. Entonces, cuando Yanseldara derrocó al grupo de Raunshivear y convirtió el lugar en una ciudad de orden, Indrith decidió introducir un agente en su círculo de amigos. Me ordenó que dejara de matar e hiciera donaciones caritativas, y pronto mis carretas alimentaban a la mitad de los mendigos

de la ciudad. Yanseldara nos admitió a Pandara y a mí como amigos y empezó a gustarme ayudar a los demás.

—Lo que te gustaba era sentirte importante —lo corrigió Jergal—. Ni siquiera Indrith sabía que mezclabas la harina con serrín.

Nadisu se encogió de hombros ante de proseguir.

—Cuando me di cuenta de que Indrith no tenía la menor intención de volver a emplearme como asesino, mis ofrendas a Cyric empezaron a ser más reducidas y menos frecuentes, hasta que un día me di cuenta de que ya no era tan importante para mí como la gente a la que estaba ayudando. Incluso abrí un orfanato, y jamás robé una sola moneda de él.

Jergal indicó que eso era cierto.

—Pero debería haber sabido que no se podía abandonar tan fácilmente la Iglesia del Uno. Un día se me presentó Cyric...

—¿En Elversult? —Kelemvor estaba empezando a interesarse tanto por la historia de Nadisu como por su propio juicio—. ¿Cuánto hace de eso?

—Fue poco antes de mi muerte. —El roedor del espejo sonrió con satisfacción, ya que Nadisu percibió el interés de Kelemvor y se proponía sacar buen provecho de él—. Se apoderó de mi cuerpo y a continuación me dijo: «Decir la verdad es bueno para el alma». Me obligó a pegarle a la pobre Pandara y a contarle que había matado a su padre y que jamás la había amado.

—Y eso último era una mentira, ¿verdad? —dijo Jergal con sorna.

Nadisu asintió.

—Pandara era una mujer tonta, pero también era la madre de mis hijos. A lo largo de los años, a medida que me fui ablandando fui queriéndola cada vez más. Habría preferido matarme a decirle que no la amaba.

—Habrías hecho bien en matarte antes que asesinar a su padre —intervino Kelemvor—. ¿Qué hizo Cyric entonces?

—Me dejó —respondió Nadisu—. Caí mortalmente enfermo, y la propia lady Yanseldara sugirió una fiesta para celebrar los Rituales.

—¿Y Adon acudió para darles legitimidad!

—Sí, en cuanto me tocó, Cyric volvió a apoderarse de mí.

—¿Qué magia utilizó con Adon?

En los ojos de rata de Nadisu apareció un destello de astucia.

—Sería útil que me acordara, ¿no?

—Te he dicho que no trates de sacarme ninguna ventaja.

—¿Por qué habría de responder entonces? —Aunque la voz de Nadisu reflejaba su miedo, miró a Kelemvor a los ojos y no vaciló—. No pretendo mucho, y es más para mi esposa que para mí.

Kelemvor no pudo soportar tanta insolencia.

—¡Jergal! ¡Dime qué pasó!

—Como desees, señor de la Muerte..., pero tal vez quieras mirar antes el espejo.

Kelemvor frunció el entrecejo y se volvió a mirar. En cuanto lo hizo dio tal respingo que todos los buitres de Faerun graznaron al mismo tiempo. Su imagen estaba cubierta de alquitrán de la cabeza a los pies, de modo que sólo se le veían los ojos y la gran esmeralda de la hebilla de su cinturón. El señor de la Muerte reconoció en esa figura la imagen de un timador, pues había vivido años suficientes en el reino de Cormyr, donde era costumbre castigar a los que abusaban de sus funciones pintándolos con alquitrán.

—¿Qué es esto? —le preguntó Kelemvor a Jergal—. ¡Tú dijiste que todo lo que hace un dios es perfecto!

—Y tú dijiste que si yo estuviera en lo cierto tú no serías el último de toda una serie de dioses de la Muerte —replicó Jergal—. Esto es obra tuya. Tú estableciste las normas según las cuales cumples tus funciones, y ahora debes decidir si es mejor aplicarlas o violarlas.

—Pero debo saber cómo murió este espíritu —Kelemvor señaló el reflejo de Nadisu—. Es necesario para un juicio justo.

—Sí, pero no hay necesidad de contarle a Mystra lo que descubras —replicó Jergal—. Eso equivaldría a violar la privacidad de la muerte de Nadisu, y tú eres el que declaró que los muertos son dueños de los secretos que se llevan a la tumba. Si ahora cambias de idea, será sólo por tu vinculación a Mystra y a su patriarca.

—¿Y si yo dijera que se lo puede contar a Mystra? —Nadisu dijo esto en voz baja y en tono malicioso.

Kelemvor dirigió al espíritu una mirada dura.

—¿A cambio de indulgencia?

Nadisu sonrió pensando que se había ganado la simpatía de Kelemvor.

—A cambio de un poco de clemencia y de mantener en secreto la verdadera naturaleza de mi vida. Si mi reputación se viene abajo, las altas casas de Elversult le cerrarán las puertas a Pandara. Ella no se lo merece..., sobre todo después de las cosas que Cyric me obligó a decirle.

Kelemvor se quedó largo rato mirando a Nadisu.

—Supongo que un asesino y espía debe tener ese temple —dijo por fin—, pero yo no te dispensaré ninguna clemencia aquí.

Nadisu abrió los ojos como platos.

—¿No te importa Adon?

—Sí que me importa, pero si alguna vez decido incumplir mi deber como dios de la Muerte no será para beneficiarte a ti. —Kelemvor miró a Jergal—. ¿Cómo murió este hombre?

Los ojos amarillos de Jergal se volvieron hacia Nadisu.

—Cyric volvió a poseer su cuerpo, después de apoderarse de Adon y de cruzar su mirada con la de él. El patriarca trató de defenderse aplastando la cabeza de Nadisu.

—¿Y qué magia usó Cyric contra Adon?

—¿Estás seguro de que quieres saberlo?

Kelemvor echó una mirada al espejo y vio que sus ojos se mantenían abiertos gracias a unos semicírculos de hielo. Supo que ésa era la marca de alguien que traiciona su deber, porque en las frías tierras de Vaasa, a esos hombres se los mantenía atados en medio de fuertes ventiscas después de haberles cortado los párpados.

—Quiero saberlo —exigió Kelemvor.

—Ninguna —respondió Jergal—. Cyric no empleó magia. Se limitó a abrir su alma y dejar que el patriarca mirara dentro.

—¡Y Adon vio a Mystra a través de los ojos de Cyric! —Kelemvor siguió mirando la imagen que le devolvía el espejo.

—Sí, eso fue lo que lo volvió loco —respondió el senescal—. La fe de Adon es extraordinaria, pero no es rival para la mente de un dios.

Kelemvor se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta de la antesala.

Jergal fue flotando detrás de él.

—¿Adónde vas, señor de la Muerte?

—A la ciudad —respondió Kelemvor—. Un paseo me ayudará a pensar.

Jergal flotaba a su lado, arrastrando con su mano incorpórea a Nadisu por el suelo.

—¿Y qué hay de Nadisu?

—Nadisu Bhaskar, que sepas que tu reputación en Elversult seguirá sin tacha, porque he dicho que los secretos de los muertos les pertenecen a los muertos. Pero has vivido una vida vil y falsa, y por eso sufrirás. —Kelemvor señaló al roedor piojoso del espejo—. Lo que ahí ves será tu castigo. Mientras las monedas que diste alguna vez con engaño se sigan contando en algún lugar de Faerun, deambularás por las calles de mi ciudad bajo esa forma.

Capítulo XXII

Si los Picos de las Tormentas no son las montañas más altas y más frías del mundo, entonces es que yo no sé nada de montañas. No son más que unos escarpados dientes de granito, donde no hay un solo árbol más alto que un gigante de fuego, pero sí un viento frío que sopla de las cumbres desiertas a toda hora del día y de la noche. Sin embargo, los bárbaros viven allí, y algunos de ellos habitaban en una pequeña aldea a horcajadas sobre un traicionero sendero de cabras al que en su necesidad llamaban Camino Real. En el centro mismo de dicha aldea había una pequeña ciudadela, y por el sol negro y la calavera discretamente talladas en el arco de las puertas supe que era un templo del Uno.

A pesar del hambre y la fatiga, no tenía muchas ganas de llamar a la puerta. Desde el interior del castillo se oía un terrible aullido, y al acercarse a los muros el aire olía a muerte. Esto podría haberse debido a la última víctima que *Halah* se había cobrado al pasar por la aldea, pero el olor básico a podredumbre y a humedad hacían pensar en otra cosa. Sin embargo, ni siquiera esto era tan inquietante como la mosca verde que sobrevolaba la ciudadela. Era tan grande como un elefante, con patas negras más largas que lanzas y ojos como ruedas de carreta. No era la clase de mascota que los verdaderos creyentes solían tener en sus templos, al menos no en las tierras civilizadas, y a mí me resultaba difícil creer lo que veía.

Pensé en seguir adelante. Sin duda *Halah* era capaz, pues ya había recorrido al galope una distancia mayor que la extensión de Calimshan y parecía tan fresca como cuando salió del establo. Era yo quien necesitaba descansar. La bruja había estado siguiendo mi rastro desde que la tormenta de viento me había derribado de la montura, y ésta era la primera vez que paraba sin atisbar su presencia en algún punto del lejano horizonte. No sabía si por fin ella y su compañero habrían matado de agotamiento a su hipogrifo o si simplemente se habrían detenido a descansar, pero eso no tenía mucha importancia. Incluso con el corazón del Uno latiendo en mi pecho, dos días ininterrumpidos cabalgando me habían dejado tan exhausto que por dos veces me había caído del caballo. Sólo la protección de Tyr me había salvado de partirme el cráneo.

Halah arrancó una pierna a su víctima y empezó a mordisquear el hueso del muslo tratando de llegar a la médula. Me volví para no ver el macabro espectáculo y me dediqué a estudiar mi rastro tal como me había habituado a hacer. El río Tun serpenteaba al pie de las montañas, tan cenagoso y sombrío como la planicie del otro lado, y a lo lejos, el cielo era tan azul como el acero. Tras comprobar que no se veían por ninguna parte los tornados ni las arrolladoras inundaciones que al parecer solían acompañar a la bruja, me incliné para llamar a la puerta.

Ésta se abrió antes de que mi mano la tocara. Un anciano sacerdote que llevaba

los brazaletes de plata con la calavera de un verdadero creyente asomó la cabeza y me miró. Sus ojos eran tan vacíos como un pozo seco, su carne tan gris y tan inerte como la arcilla. No sé si se daba cuenta de que las moscas le atormentaban las orejas, ojos y fosas nasales, pues no hacía el menor intento de espantarlas parpadeando o moviendo los músculos de la cara. Por lo que pude ver, incluso evitaba respirar encima de ellas.

—¿Sí?

—Cumpló con una misión del Uno y el Todo —tuve que gritar para que me oyera por encima del zumbido ensordecedor de la gran mosca que nos sobrevolaba—. Necesito comida y refugio y tal vez protección contra mis enemigos.

Eché una mirada a los restos sanguinolentos que mi caballo había depositado ante la puerta y luego volvió a mirarme a mí.

—¿Puedes pagar?

—No, pero tú sí que lo harás si me niegas tu ayuda.

Espolee a *Halah*, que cogió su comida y atravesó la puerta. El portero retrocedió con el paso rígido de alguien que tiene dos patas de palo o de un sonámbulo, y fue entonces cuando me di cuenta de que había estado hablando con un cadáver. Esto no me sorprendió demasiado. Más bien lo tomé como otra de las novedades de mi agotador viaje por tierras bárbaras.

—¿Qué te sucedió, anciano? —pregunté mientras desmontaba.

Su encogimiento de hombros fue el de un hombre cansado. Después miró a la gran mosca.

—Los Trastornos —dijo, como si eso explicara por qué no estaba en la tumba. Cerró la puerta y puso la tranca antes de volverse hacia mí—. El nuestro fue la pestilencia.

Eché una mirada por el patio y vi lo vacío y descuidado que parecía. En los rincones pululaban las moscas, y grillos del tamaño de gatos cantaban sobre las piedras calientes del suelo. Aunque lo que vi me sorprendió, no tenía ganas de parecer ingenuo, y de todos modos estaba demasiado cansado para hacer preguntas.

—Espero que puedas darme de comer.

El sacerdote señaló a un par de ratas que se peleaban ante una puerta abierta.

—Están sirviendo el almuerzo, si te atreves.

—No es ningún riesgo para mí —respondí, preguntándome a qué se referiría el anciano. Le entregué las riendas de *Halah*—. Ocúpate de que la cepillen. Dale de comer dos cabras y todo lo que quiera, y no dejes que se acerque a ella ningún niño que te caiga bien.

El cadáver andante cogió las riendas y se encaminó hacia el establo sin volver a mencionar el dinero para nada. Su cara de muerto no dejó entrever si era por mis modales o por alguna otra razón. Yo sólo sabía que mi sagrado peregrinaje y el corazón del dios que hacía circular la sangre por mis venas me convertía en la

persona más importante de toda la Fe. Ahora entendía cómo se sentía el hijo del califa cuando cabalgaba en su brioso semental a través de la Ciudad de la Luminosidad, y por qué lo hacía tan a menudo. Atravesé el patio y tras expulsar de un puntapié a las ratas del refectorio, entré.

La estancia estaba en penumbra, como era habitual, iluminada sólo por un candelabro de cuatro velas que colgaba del techo abovedado. El aire olía a cerveza y a carne, y en el centro de la sala había una docena de figuras oscuras sentadas a una mesa en la que podrían haber cabido el triple de comensales. No se oía más ruido que el del movimiento de sus mandíbulas y el entrechocar de sus jarras, y si alguno de ellos alzó los ojos para ver quién había en la puerta, no lo noté.

Ocupé un asiento cerca del centro de la mesa. Al ver que ninguno de mis compañeros sabía cómo usar la cubertería de plata, utilicé los dedos para poner una tajada de carne con olor a moho sobre una rebanada de pan duro como una piedra y empecé a comer. La comida era tan detestable como la compañía, pero para alguien que durante dos días no había probado nada más que el polvo de la carretera, cualquier cosa parecía deliciosa. Devoré aquella comida repugnante como si fuera perdiz con miel, e incluso repetí.

Cuando empezó a saciarse mi apetito, la sed empezó a requerir mi atención. Al no ver ningún jarro vacío sobre la mesa, me decidí a hablar con la figura que tenía enfrente.

—No tengo con qué beber.

Una mujer con el pelo tan áspero como la paja acercó la cabeza a la mía y me dijo con expresión ceñuda:

—¿Quieres que me ocupe yo?

Me volví hacia ella.

—Consígueme algo. —Al ver que no se movía añadí:— Tengo que cumplir una misión del Uno y el Todo.

Su ceño se acentuó. Después pareció sentir en mí la presencia del Uno y suavizó la expresión. Se puso de pie, fue a un rincón oscuro y volvió con un jarro de madera que llenó con el contenido de la jarra que había sobre la mesa. La cerveza era amarga y granulosa, pues tenía el polvo que ella no había eliminado del vaso, pero después de dos días de beber sólo el asqueroso contenido de mi odre, la encontré tan refrescante como el elixir de la vida, y tanto más dulce porque me la había servido otra persona.

Me serví una tercera ración de comida, menos para satisfacer el hambre que para disfrutar de mi recién obtenido prestigio, y fue entonces cuando algo golpeó sobre la mesa.

—Pasadme un poco de perro.

La sonora voz hizo saltar a la mujer y a todos los demás tenebrosos comensales en sus asientos, y al fijar la vista en la mesa vi un círculo de esferas amarillas

relucientes a la luz de las velas. Las esferas eran del tamaño de un ojo humano y todas relucían como diamantes y se movían en sus cuencas.

—¿Perro? —pregunté. Detrás de los ojos brillantes vi en la penumbra ocho piernas peludas y una forma bulbosa tan grande como la grupa de *Halah*. Eché una mirada a la carne grasienta que tenía sobre el pan—. ¿Esto?

—¿Esperabas que comiera rata?

—Claro que no. —Llevé la bandeja hasta donde estaba la araña y la puse sobre la mesa. También le coloqué delante un jarro de cerveza y a continuación me incliné para mirarla a los ojos—. ¿Eres tú, poderoso señor?

—Te felicito, Malik —ahora la araña hablaba con las mil voces del Uno—. Pronto serás padre.

—¿Qué?

—¡Padre, Malik! —La araña formó un círculo con una de sus patas y usó otra para hacer un gesto obsceno dentro del círculo—. Supongo que sabes cómo se convierte un hombre en padre, ¿verdad?

—¿Padre? —Me desplomé sobre mi asiento—. Pero ¿cómo? No he visto a mi esposa desde hace... ¡No! ¡Di que no es cierto!

Golpeé la mesa con el puño con tal fuerza que sólo la protección de Tyr impidió que me rompiera la mano.

—La verdad, Malik —dijo el Uno—, pensé que te alegrarías un montón. Supongo que querrás un hijo. Incluso puedo hacer que ese posible hijo se parezca a ti.

Dicho esto, la araña hundió sus colmillos en la carne y empezó a sorber el jugo, mientras yo hundía la cabeza entre las manos y empezaba a gemir. ¿Qué iban a pensar mis amigos? Eran un montón de malpensados y cínicos, y nunca aceptarían el milagro del embarazo de mi esposa. Seguramente ya me estarían llamando cornudo y haciendo los cuernos con la mano al pronunciar mi nombre.

—Deja ya tanto lloriqueo —dijo el Uno entre dientes—. ¿Qué motivo tienes para quejarte? ¿Acaso Mystra ha estado saqueando tus templos?

En cualquier otro momento, eso habría hecho que levantara la cabeza y maldijera a la Ramera, pero ahora sólo podía pensar en el buen nombre de mi esposa y en las muchas indignidades que tendría que soportar por culpa de este milagro. Ni siquiera el favor del príncipe podría salvar su reputación, ni tampoco a mi negocio, ya que los hombres prudentes nunca se asocian con aquellos que se ven envueltos en un escándalo. Golpeé la mesa con la frente.

—La insolencia de la Ramera es inaudita —gruñó el Uno, aunque, por supuesto, se refería a Mystra y no a mi esposa—. Le ordenó a Kelemvor que mantuviera a todos mis muertos aquí, en Faerun, y después enmarañó el Tejido en torno a todos mis templos.

Miré a Cyric y lo vi alzar un par de patas contra la mosca de fuera.

—Ahora mis Fieles se ven asediados por insectos gigantes, por cascadas de alquitrán hirviente y por roedores chillones. —El Uno se me acercó corriendo e hizo sonar sus mandíbulas ante mis ojos—. Nunca te metas con una mujer, Malik. Lo lamentarás eternamente.

—Por supuesto. —Fijé los ojos en la oscura superficie que había bajo mi cara—. Los milagros son cosas terribles.

Capítulo XXIII

Ruha y Zale cabalgaron denodadamente para alcanzar a su presa, y al anochecer buscaron refugio en un oscuro callejón mientras vigilaban el templo de Cyric en los Picos de las Tormentas. Dejaron su montura atada en las afueras de la aldea por causa de la gran mosca verde que sobrevolaba en círculos la ciudadela. *Nube de Plata* se había negado a acercarse a la horrible criatura, ya que los hipogrifos sólo concebían cualquier cosa provista de alas o bien como algo que se podían comer o como algo que los podía comer a ellos.

—¿Fue ahí adonde se dirigió el hombrecillo? —Ruha susurró la pregunta a un hombre demacrado con círculos rojos en torno a los ojos. Cuando ella y Zale entraron en la aldea y preguntaron por un jinete rollizo montado en un caballo del infierno, el hombre se ofreció en seguida a conducirlos al templo—. ¿Estás seguro de que sigue dentro?

El hombre negó con la cabeza.

—No puedo estar seguro. Hay demasiadas salidas y túneles secretos —hablaba con lentitud y en tono bajo y ronco—, pero nadie ha visto ni a él ni a su caballo salir de allí, y ése es el camino por donde entró. Todavía puede verse la sangre de mi sobrino.

El campesino señaló un trozo de terreno oscurecido frente a la puerta. Ruha estudió el lugar y vio que estaba cubierto de moscas, después alzó la vista hacia la puerta. Un viejo sacerdote montaba guardia, tan inmóvil como una estatua. Había otros cuatro centinelas montando guardia en las torres de las esquinas.

—¿Siempre colocan tantos guardias? —preguntó Ruha.

El hombre negó con la cabeza.

—Sólo en la puerta, y por lo general se escabulle a la hora de dormir.

—Están protegiendo algo —masculló Zale entre dientes—, y apostaría a que es a nuestro pequeño amigo.

—¿Sois amigos de este asesino?

—Sólo lo conocemos bien —le aclaró Ruha—, pero puedes estar seguros de que tenemos tantas ganas como tú de darle caza.

—¡Yo no tengo ningunas ganas! —exclamó el campesino—. ¡Tengo esposa y tres hijos! Pero me haría muy feliz que vosotros lo matarais.

—Eso se dice muy rápido. —Zale miró a Ruha—. ¿Qué crees, bruja? ¿Rodeamos la aldea con *Nube de Plata* y le tendemos una emboscada en el camino, más adelante?

—Sería mejor sorprenderlo durmiendo. Si podemos mantenerlo lejos de su caballo tendrá menos oportunidades de escapar.

Zale frunció el entrecejo.

—Tendríamos que usar magia para sortear a los guardias.

No tuvo necesidad de decir más, porque cada vez que Ruha formulaba un conjuro, también provocaba un tornado, un terremoto o una tormenta eléctrica, y cuanto más usaba su magia, peores eran esos desastres. Su último encantamiento había desatado una granizada que había destruido la mitad de las granjas de las afueras de Iriaebor.

Mientras Ruha sopesaba lo que un simple conjuro podría hacerle a la aldea, el rostro de Zale se desdibujó ante sus ojos, después se convirtió en una cara redonda y mofletuda de gruesos labios carnosos y ojos saltones como los de una mosca. En seguida supo a quién estaba viendo, pues había contemplado este rostro en sus visiones una docena de veces desde que habían muerto Rinda y Gwydion. Mientras lo observaba, los ojos saltones se volvieron tan negros como el carbón y empezaron a arder con un fuego tan frío como el vacío. Una larga lengua de fuego color azul noche surgió de entre sus labios carnosos y empezó a bailar, vertiendo pequeñas gotas de abrasador veneno en todas direcciones.

Ruha cerró los ojos y empezó a temblar porque nunca había tenido tantas visiones en tan poco tiempo. Su frecuencia tenía que ser una señal de la gran urgencia de su misión, pero agotada como estaba, las visiones estaban afectando a sus nervios.

—¿Qué pasa, Ruha? —inquirió Zale. Aunque muchas veces había visto que la mirada de la mujer se perdía en la distancia, ella jamás le había explicado qué era lo que veía, de modo que sólo podía hacer conjeturas sobre la posible causa de sus temblores—. Ve a descansar, yo montaré guardia.

—No, debemos atacar ahora. —Ruha acompañó sus palabras con un gesto negativo—. Ya has oído a la diosa, Zale, no hay nada más importante que coger a nuestra presa.

Zale negó a su vez.

—No si hay...

—Hagáis lo que hagáis, será mejor que os deis prisa. —El campesino señaló hacia la puerta—. Mirad.

El guardia había desaparecido.

Ruha se volvió hacia el campesino.

—Diles a todos que abandonen la aldea ahora mismo.

El hombre la miró preocupado.

—¿Irnos ahora? ¡Si es casi de noche!

Antes de que Ruha pudiera decir algo más, Zale la cogió del brazo.

—Tal vez el guardia haya ido a pedir que lo releven.

—¡Y tal vez nos haya visto y haya ido a alertar a Malik! No podemos arriesgarnos. Si se nos escapa ahora, ¿crees que *Nube de Plata* tendrá energías suficientes para darle alcance?

Zale negó con la cabeza.

—Lo raro es que nos haya traído hasta aquí.

Ruha se volvió hacia el campesino.

—¡Ve! Avisa a los demás que se marchen si quieren ver amanecer.

Empujó al hombre callejón adelante y Zale desenvainó la espada. Estuvieron montando guardia en silencio hasta que oyeron al hombre llamando a las puertas. Los guardias de la ciudadela se aproximaron a la parte frontal de sus torres y echaron una mirada en dirección a la aldea. Al ver que ninguno de ellos abandonaba su puesto para informar de lo que estaba pasando, la bruja supo que el centinela de la puerta había ido a alertar a su presa.

Ruha recogió un puñado de guijarros.

—No malgastéis esfuerzos tratando de matar a Malik —dijo mientras agitaba los guijarros—. Matad al caballo infernal si podéis y dejadme a mí el resto.

La bruja pronunció un conjuro solar y lanzó los guijarros. Las piedras estallaron en un destello dorado y redujeron la puerta a astillas. Ni siquiera Ruha había previsto lo que sucedió a continuación.

Una descarga ensordecedora sacudió el polvo de los muros de la ciudadela y, acto seguido, un chorro de vapor amarillo brotó en el centro del patio. El vapor era tan pestilente como el azufre y tan caliente como para escaldar la carne de cualquier criatura a la que tocara. En menos que canta un gallo, el patio estaba lleno de ratas con la piel llena de ampollas, de grillos gigantes achicharrados y de creyentes que gritaban y corrían hacia los rincones más alejados del templo, donde desaparecían.

Ruha y Zale atravesaron la calle a todo correr. Cuando llegaron a la puerta, el vapor amarillo formaba una gran nube rugiente. Una bocanada de la sustancia hizo que se le cerrara la garganta a la bruja y que los ojos le empezaran a lagrimear. Un torrente de ratas, todas ellas sangrando por los ojos y por la nariz, empezó a lanzarse sobre la calle. La gigantesca mosca verde bajó del cielo y quedó flotando sobre la puerta, mirando con rabia a la bruja y a sus compañeros con uno de sus saltones ojos negros.

Zale no le hizo ningún caso y empezó a dar puntapiés a las ratas que huían.

—¿Por qué no salen los fieles de Cyric junto con el resto de las alimañas? —dijo escudriñando la niebla amarilla—. ¡Deben de estar saliendo por las otras puertas, y Malik con ellos!

Zale se cubrió la cara con la capa y, antes de que Ruha pudiera detenerlo, desapareció entre la niebla ardiente. La bruja introdujo las manos debajo de su velo y las llenó con su aliento antes de pronunciar el conjuro.

Esta vez su magia sacudió a toda la aldea. La caseta del guardia se tambaleó y el empedrado del patio se levantó. De las calles que había a su espalda llegaron el choque amortiguado de cacharros que caían al suelo y los gritos estridentes de los

campesinos que huían.

Ruha volvió sus palmas hacia el patio y sopló. Un viento feroz se metió por la puerta, aullando, para despejar el vapor ponzoñoso. Al otro lado del ponzoñoso geiser estaba Zale de rodillas, tal vez a cinco pasos del establo. El vapor amarillo había transformado su capa en andrajos, y toda la piel que llevaba al aire estaba cubierta de llagas amarillentas. Aspiró una larga bocanada de aire limpio, después se puso de pie con dificultad y se encaminó tambaleándose hacia la puerta abierta del establo.

Ruha se puso en marcha detrás de él.

Del geiser salió un ruido atronador y el vapor amarillo se transformó en fuego, haciendo que se hundiera la parte central del patio. Zale miró hacia atrás, y una cortina de cenizas y roca triturada que salió por la fisura los separó a él y a la bruja.

Ruha cogió el odre que llevaba al cuello y le quitó el tapón. En ese momento, la mosca verde apareció por encima del muro y descendió delante de ella. La bruja retrocedió hasta dar con un tramo de estrechos peldaños de piedra pegados a la caseta del guardia.

Y en el tiempo que tardó en suceder esto, la fisura lanzó tal cantidad de cenizas y de enormes piedras que incluso *Halah* y yo fuimos lanzados lejos de las puertas del establo y encontramos nuestro camino bloqueado por una pared de piedra ardiente. Esa pared ya tenía la altura de un hombre y del otro lado surgía una nube de roca pulverizada. No podía ver nada al otro lado salvo el muro de la ciudadela y a la bruja arpista sobre la escalera de la caseta.

—¡Maldita sea la arpía!

Yo estaba profundamente dormido cuando el guardia de la puerta me despertó para decirme que alguien estaba vigilando el templo, y después de recoger mis cosas precipitadamente corrí medio dormido hacia el establo. Todavía tenía el diario de Rinda en la mano cuando me di la vuelta para buscar otra forma de salir del patio. Ni siquiera vi a Zale hasta que *Halah* retrocedió y piafó amenazadora, y fue sólo el miedo lo que me llevó a levantar el libro de Rinda a modo de escudo para protegerme.

La espada de Zale atravesó el libro hasta la mitad.

Halah se lanzó hacia adelante y el diario estuvo a punto de caérseme de las manos, ya que había atrapado la espada de mi enemigo del modo en que un tronco a veces atrapa un hacha. Solté las riendas, azuzé a mi montura con las piernas mientras sujetaba el libro con ambas manos y me encontré frente a frente con la cara abrasada de Zale al otro extremo de su espada. El hombre maldijo el nombre de mi padre y trató de arrancarme de la montura, pero *Halah* lo arrastraba a través del patio. Lo único que podía hacer él era tratar de no perder pie, y lo único que podía hacer yo era tratar de sujetar el libro.

Un costado de Zale se puso de repente tan rojo como un tomate, y yo sentí en la

cara un calor ardiente. Miré hacia adelante y vi que *Halah* alzaba la cabeza mientras subía por las piedras hacia la nube de piedra molida.

La razón por la que mi enemigo no soltó su espada es un misterio aún más grande para mí que el hecho de que consiguiera mantenerme en mi montura cuando *Halah* saltó atravesando la fisura. Vi el fuego subiendo por las piernas de Zale y me llegaron el olor a carne quemada y su grito de agonía. Después se convirtió en una llama anaranjada y vi el fuego del peor infierno de Kelemvor rugiendo en la sima por debajo de mí. Sólo tardamos un instante en cruzar, pero me pareció una eternidad. Me quemaba la piel y me ardían los ojos. Al dolor de cabeza se sumaron el vacío en el estómago y la lengua hinchada en la garganta.

Halah aterrizó al otro lado y se dirigió hacia la puerta, quemándose los cascos mientras atravesaba un torrente de roca molida. La espada de Zale se desprendió y cayó del libro de Rinda, lo cual no impidió que las páginas se prendieran fuego. Golpeé el diario contra mi pecho y lo único que conseguí fue que se prendiera el *aba* de la bruja. Por un momento estuve allí, quemándome, con el libro en llamas entre las manos, sin saber qué hacer.

Entonces oí que los cascos de *Halah* golpeaban piedras firmes y al alzar la vista vi la puerta delante de mí y a la entrometida arpista sobre la escalera por encima de la gigantesca mosca verde.

Vi que la bruja arrancaba un pellizco de polvo de la pared de la caseta, y esto me causó auténtico terror ya que había demostrado que era capaz de capturarme. Apretándome contra *Halah*, me abracé a su cuello y el calor de mi ropa en llamas la hizo galopar el doble de rápido. Estábamos a medio camino de la puerta cuando me di cuenta de que se me había caído el diario de Rinda.

No hace falta decir que ni me volví a mirar. Había otras formas de encontrar Zhentil Keep.

Ruha alzó la mano para formular un conjuro, pero la gigantesca mosca verde retrocedió para bloquear su magia.

—¿Qué habéis hecho aquí? —preguntó la mosca.

Aunque el insecto seguía teniendo el tamaño de un elefante, sus ojos negros se fundieron y se convirtieron en ojos humanos tan oscuros y suaves como la noche. La trompa de alimentación se transformó en una fina nariz, y las feas mandíbulas se unieron hasta convertirse en un elegante mentón. Las alas se plegaron sobre la espalda y se transformaron en una cascada de pelo negro. Por fin el cuerpo se adelgazó convirtiéndose en la figura de una mujer agraciada y el aire a su alrededor se concretó en un simple vestido cuyo corpiño se cerraba con un broche en forma de red.

—¡Diosa!

Ruha cayó de rodillas, pero no pudo dejar de echar una mirada más allá del avatar

de Mystra para ver qué había sido del libro abandonado; tal vez el libro contuviera alguna pista sobre el destino de su presa.

Vio con alivio que las páginas del diario habían dejado de arder al dar contra el suelo. Ahora estaba allí tirado, ardiendo sin llama cerca de la puerta, a menos de doce pasos de la marea imparable de roca molida.

—¡Préstame atención, Ruha! —dijo Mystra—. Responde a mi pregunta: ¿qué habéis hecho aquí?

Ruha volvió la vista hacia la diosa.

—Estaba tratando de detener a Malik, siguiendo tus instrucciones.

—¡Yo no di instrucciones para esto! —Mystra señaló la cortina de fuego a su espalda—. Habéis derribado una cuarta parte de la aldea, y esta corriente de lava destruirá lo que queda.

—¡Pero si tú dijiste que lo que aniquilara no representaría casi nada al lado de lo que habría de salvar! ¡Dijiste que debía hacer lo que fuera necesario para detener a Malik... aunque eso significara destruir todo un reino!

La ira oscureció los ojos de Mystra.

—Eso es insultante. Yo jamás diría tal cosa.

Conmocionada por la reacción de su diosa, Ruha bajó la mirada y notó que el diario estaba ahora a apenas nueve pasos de la lava que avanzaba.

—Pensaba que querías que yo detuviera a Malik. Pedí una señal y me mandaste una estrella.

Esto hizo callar a Mystra, pues recordaba la plegaria y lo que estaba haciendo cuando le llegó.

—Envié la señal, es cierto, pero eso no te da derecho a destruir toda una aldea. ¿En qué estabas pensando?

Ruha dio la única respuesta que podía dar.

—En que tú querías que lo cogiera a costa de lo que fuera.

—¿Que yo quería esto? Sólo se me ocurre una cosa que pueda disculparte... —Mystra hizo una pausa y se quedó pensativa—. ¿Fue eso Ruha? —preguntó por fin—. ¿Recuperó Malik el *Cyrinishad* después de todo?

—No, diosa, está a salvo en...

—¡No lo digas! Puede que no quede mucho en pie de este templo, pero sigue perteneciendo a Cyric.

La expresión de Ruha fue de estupor. A diferencia del primer encuentro que había tenido fuera del bosque de los Dientes Afilados, Mystra empleaba ahora los nombres sin problema. Tal vez la diosa ya no temía atraer la atención de sus enemigos..., o tal vez la explicación fuera otra.

—Diosa...

—Ahora no, Ruha. —Mystra se volvió hacia la cortina burbujeante del centro del

patio. El montón de cenizas y de roca fundida ya tenía la misma altura que su avatar, y no daba muestras de perder fuerza—. Ahora mismo tengo una aldea que salvar. Hablaré contigo después. Hasta entonces te queda vedado el acceso al Tejido.

—¿Vedado? —Ruha vaciló y estuvo a punto de caer por la escalera—. ¿Me privas de mi magia?

La diosa hizo una pausa para volverse a mirar a la arpista sin darse cuenta, al parecer, de que la lava empezaba a arremolinarse alrededor de sus tobillos.

—Por ahora, Ruha. Vete ahora mientras puedas. Me consideraré afortunada si consigo cerrar este volcán que abriste antes de que se trague toda la aldea.

Ruha bajó la cabeza en señal de acatamiento y se volvió hacia el diario que estaba cerca de la puerta. La roca líquida estaba a apenas tres pasos de él, pero incluso sin su magia era capaz de correr más rápido.

Capítulo XXIV

Los muros de la ciudadela se habían reblandecido y vuelto rojizos por la acción del calor, y las pasarelas habían empezado a vencerse. Un portal de color rojo reluciente en la puerta vacía impulsaba la lava de vuelta al plano paraelemental de magma, pero no con la misma rapidez con que salía la roca líquida del suelo, y el promontorio que se había formado en torno a la fisura ya era tan alto como la puerta. A cada lado de la grieta había arrodillado un avatar de Mystra más grande que cualquier dragón que barría cenizas y brasas hacia la sima, cerrando la abertura con su aliento mágico. No obstante, los volcanes son cosas poderosas, uno de los juguetes favoritos de Talos el Destructor, y aunque éste era de pequeñas proporciones, cubría la ciudadela más rápido de lo que la diosa podía cerrarlo. La piedra líquida acumulada en el patio ya llegaba a la altura del pecho de un hombre. En cualquier momento se abriría camino a través de las paredes de la ciudadela y enviaría una marea de magma feroz que arrollaría la aldea.

Sin embargo, Mystra no podía manifestar allí más avatares. El volcán era sólo una de las mil cuestiones que la preocupaban en ese momento. Tenía a dos avatares tratando de conseguir apoyo para su juicio inminente, y uno más investigando la falta de avance de éstos. Cuatro más estaban ocupándose de los problemas que había desencadenado con Cyric, ya que sus ataques no le habían dejado al Uno más opción que asaltar sus templos pagándole con la misma moneda. En un momento cualquiera estaba siguiendo la pista del Gusano del Desastre a través de las cuevas del monte Talath, o luchando contra los gigantes en Elventree, o persiguiendo a un kraken en el lago Hillshadow, o defendiendo sus templos en innumerables lugares.

E independientemente de todo lo que ocurriera en los cielos o en Faerun, un avatar permanecía en la Casa del Conocimiento, investigando en la biblioteca de Oghma para identificar el conjuro que había puesto a Adon en su contra. ¡Como si el Uno necesitara buscar sus recursos en un libro!

Así pues, cuando un avatar de Kelemvor salió de la lava hirviente de la fisura, se sintió agradecida por la ayuda. El avatar de Kelemvor era casi tan grande como los que ella había manifestado, de modo que, aunque estaba hundido hasta la cintura en la roca líquida, sus hombros sobresalían por encima del borde del feroz montículo.

—Kelemvor, llévate las cenizas de vuelta a la fisura y yo la cerraré detrás de ti.

Kelemvor estaba tan sometido que en un primer momento alzó las manos para obedecer, después tomó conciencia de ello y retiró las manos. Se quitó algunos restos de lava de la reluciente cota de malla, como si ésa hubiera sido su intención desde el principio, y se quedó mirando a la piedra rugiente.

—No quiero involucrarme en esto. Una cosa es negar a los muertos de Cyric la posibilidad de abandonar Faerun y otra muy distinta destruir sus templos. Si no tienes

cuidado, vas a desencadenar la guerra de dioses a la que tanto teme Oghma, y entonces Ao os expulsará a los dos.

Los dos avatares de Mystra se quedaron boquiabiertos, y el que estaba frente a Kelemvor hizo una pausa para mirarlo con rabia.

—Si sólo has venido a sermonearme, estás perdiendo el tiempo.

Mystra abarcó con un gesto el lago rojizo que llenaba el patio.

»¿Crees que yo le pedí a Ruha que hiciera esto? Ni siquiera sé muy bien cómo lo hizo.

Kelemvor puso cara de sorpresa, pues parecía raro que una fisura de lava coincidiera justo con el ataque de Ruha.

—Tal vez sea obra de Talos.

El avatar de Mystra reanudó su trabajo.

—En eso ya había pensado. Sin duda lleva la marca de su magia, y él tiene tantos motivos como nosotros para retrasar a Malik.

Kelemvor asintió.

—Y hablando de Malik: ¿por qué dejaste que se fuera? Habría sido fácil impedirselo.

—Meterme con el testigo de Cyric hubiera significado romper la promesa que le hice a Tyr de no interferir en el juicio. Además, Ruha me asegura que no va en busca del *Cyrinishad*.

—Si estás preocupada por la promesa que le hiciste a Tyr, entonces ¿para qué enviaste a Ruha tras él?

—Yo no la envié. Lo cierto es que he estado esquivándola. ¿Cómo puede culparme Tyr de lo que ella ha hecho por su propia iniciativa? —Mystra cerró una parte de la fisura con su aliento mágico y alzó la mirada—. ¿Vas a ayudarme o no?

Kelemvor miró hacia la rampa frontal de la ciudadela que en ese momento se estaba desmoronando hacia la lava y negó con la cabeza.

—Si esto es obra de Talos, el dios de la Muerte no se puede poner a salvar la aldea.

—¿Qué? —Esta vez los dos avatares de Mystra se lo quedaron mirando—. ¿Quieres decir que esta gente se merece lo que le está pasando?

—Estoy diciendo que tal vez no me corresponda a mí evitarlo —replicó Kelemvor—. Como dios de la Muerte debo ocuparme de sus espíritus, no de sus casas.

—¿Y esa ocupación te impide ser compasivo?

La caseta de la guardia se derrumbó hacia el patio y envió una gran ola de lava contra el muro haciendo que una parte de la misma se inclinara hacia el Camino Real y se desintegrara. De inmediato, una lenta lengua de roca líquida se dirigió hacia la brecha abierta. Mystra cogió un puñado de piedra ardiente y llenó con ella el agujero,

cerrándolo con otro portal reluciente que se abría sobre el plano paraelemental del magma.

—Kelemvor, si no has venido a ayudar, ¿para qué has venido entonces? —Los avatares de la diosa volvieron a la tarea de llenar la fisura.

—He venido a decirte...

Kelemvor tenía pensado terminar la frase diciendo «cómo Cyric volvió loco a Adon», pero las palabras se le atragantaron. Mentalmente se vio de pie ante el espejo, mirando la imagen de un guerrero cubierto de alquitrán con semicírculos de hielo en los ojos.

—¿Qué? —Mystra barrió un montón de cenizas hacia la grieta sin alzar la vista—. ¿Qué era lo que querías decirme?

Kelemvor cerró los ojos sin saber muy bien si lo que sentía era vergüenza o pena.

—Vine a decirte que necesito encontrar a Zale. —Desenfundó la espada y tanteó la roca líquida que le llegaba a la cintura—. Tengo algo que preguntarle.

Mystra lo miró con aire de sospecha.

—¿Y no puedes hacerlo en tu propia ciudad?

—No puedo esperar tanto tiempo. —Kelemvor seguía sondeando la lava y se cuidaba mucho de mirar a la señora de la Magia—. Zale viajará por todos los planos elementales antes de que su espíritu deje de arder, y necesito hablar con él ahora.

Mystra lanzó una palada de cenizas contra el pecho de Kelemvor.

—Entonces hazlo rápido. No voy a esperar para cerrar esto.

Kelemvor se apartó y siguió sondeando. No mucho después sacó la espada de la roca fundida y la levantó ante sus ojos. Una llamarada tan roja como la sangre danzaba en el extremo, crepitando y quejándose mientras se retorció.

—¡Zale Protelyus!

La llama dio una vuelta sobre la espada de Kelemvor, luego dejó de quejarse y se puso de rodillas sobre la hoja humeante.

—Señor de la Muerte.

—Zale Protelyus, ¿por qué dejaste que tu enemigo te arrastrara hacia esta grieta? ¿Por qué te aferraste a tu espada cuando podrías haberla soltado y haberte salvado?

—¡Para... detener... al... asesino! —las palabras de Zale parecían salir con mucho esfuerzo y dolor.

—Pero cuando supiste que morirías y de todos modos no lo conseguirías, seguiste sin soltarte. ¿Por qué?

—No hay nada que temer... en la muerte. —Zale mantuvo la llameante cabeza baja en dirección a la espada—. Un hombre valiente en vida... seguramente recibirá su compensación al morir.

—¡Pero tú eres un Infiel! ¿Quién te va a recompensar?

Por primera vez Zale alzó la cabeza con decisión.

—¡Tú... lord Kelemvor! Confío más en tu justicia... que en la de cualquier dios... que pide alabanzas... y ofrendas.

Tan atónito quedó Kelemvor que se encogió hasta que el pecho se le hundió en la lava hirviente.

—¿Es posible que Cyric tenga razón? —La cabeza apenas le sobresalía del borde de la grieta—. ¿He sido demasiado justo?

Fue entonces cuando Kelemvor percibió la astucia infinita del Uno y el Todo. Para ganar Faerun, Cyric sólo tenía que apartarse y no hacer nada. La señora de la Magia haría la mitad de su trabajo denegando el Tejido a cualquier fuerza que dañara a sus amados mortales, y Talos el Destructor, Tempus, el dios de la Batalla y Shar, la Precursora de la Noche, se debilitarían y empezarían a perder adeptos. Kelemvor haría el resto, tratando a los espíritus de los nobles y los compasivos con tanta bondad que muchos abandonarían a sus dioses y confiarían en él para obtener justicia.

Pero lo más terrible era que los valientes e intrépidos perderían su miedo a la muerte y se sacrificarían luchando por causas estúpidas, como había hecho Zale. Faerun quedaría en manos de los cobardes y los corruptos. Y cuando esto fuera así, cuando todos los demás dioses se hubieran vuelto débiles debido a la compasión de Kelemvor y Mystra, entonces el Uno se levantaría de su «locura», llamaría a los malvados para que lo honraran y expulsaría del mundo a todos los demás dioses.

Todo esto vio Kelemvor, y también que estaba sucediendo tal como Cyric había planeado. Sin embargo, se negaba a pensar que había estado haciendo el trabajo del Uno. En su necesidad creía que todos los hombres luchaban por valentía y por nobleza de espíritu, y no entendía que la protección de los desvalidos alentaba la pereza y la dependencia, y que tratar a los muertos con compasión sólo contribuía a hacer la vida más insoportable.

Una avalancha de cenizas ardientes cayó sobre la espalda de Kelemvor. Otra cayó justo delante de él y cubrió su cota de malla con salpicaduras de piedra líquida.

—Si ya has terminado aquí, tengo una aldea que salvar.

—He terminado aquí, pero me temo que no hemos acabado ni mucho menos. —Kelemvor bajó su espada y devolvió a Zale a la lava—. Siento que tu viaje deba ser tan largo y penoso.

—¿Y... mi juicio? —La figura de Zale empezó a fundirse en la lava—. ¿Qué encontraré... en la Ciudad de los Muertos?

—Eso no lo sabré hasta que llegues allí.

Kelemvor rebuscó bajo la lava para enfundar la espada y luego se apartó del promontorio. Aunque su cota de malla se había vuelto blanca por el calor y del cuerpo le caían pegotes de piedra líquida, el señor de la Muerte casi no lo notaba. Era tan inmune a los estragos del fuego como a cualquier tipo de agonía, salvo a la de no complacer a Mystra.

El templo de Cyric había desaparecido por completo, convertido en un estanque de lava y escurrido hacia el plano paraelemental de magma. Sólo tres pequeñas lenguas de roca fundida se habían colado por los portales relucientes de Mystra y cruzaban el Camino Real, y Kelemvor vio que no consumirían más que unas cuantas chozas antes de detenerse. El señor de la Muerte podría haber parado esto con poco más que un pensamiento, pero se volvió hacia otro lado y alzó el brazo, extendiendo un dedo a modo de percha.

—¡Avner!

La silueta de alas oscuras del serafín apareció en el cielo sombrío y bajó describiendo círculos como un gran buitre. Sus alas eran más negras que la noche, de modo que parecían de sombra más que de plumas, y estaba cubierto del cuello a los pies con una armadura de cuero tan brillante que parecía de ébano. Llevaba un arco tan grande como su cuerpo, con una doble curva para aumentar su potencia y encordado con una cuerda dorada. Sobre la cadera llevaba un carcaj de flechas de cristal, y una cimitarra desnuda relucía al otro lado. Se colocó detrás de Kelemvor, abrió las alas y se posó en el dedo tendido del dios.

—A tus órdenes, lord Kelemvor. —Sus ojos parecían dos bolas de acero, pues no tenían iris ni pupila y eran tan grises como la plata—. Estoy listo para servirte.

—Y eso harás, mi serafín. Ve y observa a los hombres que mueren por todo Faerun. Cuando hayas presenciado mil diez muertes vuelve a la Torre de Cristal y cuéntame lo que has visto.

—Como desees, señor de la Muerte.

Mystra se acercó al lado de Kelemvor.

—Un hermoso heraldo, señor de la Muerte. ¿Es el precursor de tu recién inaugurada indiferencia hacia los indefensos?

—Puede ser. Cuando vuelva, ya veremos.

El señor de la Muerte alzó la mano y el serafín alzó el vuelo tan silencioso como una lechuza. Kelemvor vio cómo se alejaba su mensajero por la llanura de Tun y se desvanecía contra el suelo de sombras. Luego cogió la mano de Mystra.

—Estoy preocupado, Medianoche —le habló sin mirarla—. Creo que hemos estado cometiendo un terrible error.

—¿Error? —Mystra pensó en el error que Kelemvor había cometido al negarse a ayudarla con el volcán, pero ella tenía formas mejores de hacérselo saber que diciéndoselo con palabras—. ¿Qué error?

Kelemvor se enfrentó a ella, y cuando la miró a los ojos vio el reflejo de un dios cubierto de alquitrán.

—A...

El señor de la Muerte no pudo articular el nombre de Adon. Se sentía un traidor por valorar su propia conciencia más que el bien de su viejo amigo.

—¿Qué, Kelemvor? —Mystra se desasíó de su mano—. Sabes lo ocupada que estoy. Mientras estamos aquí parados, Cyric ha...

—¡Un error de conciencia! Y Cyric ocupa el lugar central.

Mystra enarcó las cejas.

—Te estoy prestando atención. Continúa.

Kelemvor hizo un gesto negativo.

—No puedo decir más, excepto que tenemos más problemas de lo que imaginamos, y Cyric está detrás de todos ellos. Siempre ha estado detrás de ellos.

Mystra se quedó pensando, después miró a Kelemvor a los ojos.

—Esto tiene que ver con Adon. Tú sabes algo.

Kelemvor asintió.

—Pero no puedo decírtelo. Los secretos de los muertos les pertenecen a los muertos y no traicionaré la santidad de la tumba, ni siquiera por ti.

—Pero Adon...

—Si encuentro a Adon de pie ante mi trono, lo trataré con todo el respeto que se merece.

—¿Delante de tu trono? Adon es uno de mis Fieles. Debes saber que cuando muera le tendré reservado un lugar en... —Mystra dejó la frase sin terminar y sus ojos reflejaron el horror que sentía al adivinar el significado de las palabras de Kelemvor—. No. ¡No permitiré que muera sin Fe!

Capítulo XXV

Ser padre siempre impresiona, y más aún cuando un hombre lleva años sin ver a su esposa. Galopé hacia el norte en un estado de estupor tal que a duras penas reparé en los picos cada vez más altos que se alzaban a mi alrededor, ni en la gran curva hacia el oeste que describía el Camino Real antes de atravesar el paso del Cuerno Alto. ¡No podía pensar en nada que no fuera el momento indecoroso de la concepción de mi esposa, y en dirigirme directamente a casa para increparla por semejante infidelidad!

Era tal mi agitación que casi no me importaba caer en manos de la bruja arpista, olvidando mi sagrado peregrinaje a Zhentil Keep y sacrificando toda esperanza de encontrar *La verdadera vida* y curar al Uno de su locura. Tampoco pensaba en que me condenaría al infierno de Kelemvor por toda la eternidad; ningún tormento del dios de la Muerte podía ser peor que la vergüenza que mi propia esposa había arrojado sobre mí. ¡Sólo mi devoción a nuestro señor oscuro me impedía hacer que *Halah* diera la vuelta... Mi devoción y también la perspectiva de que todos mis amigos murmuraran a mis espaldas!

En estos pensamientos iba sumido mientras *Halah* galopaba por el Camino Real al borde de un hondo precipicio, y tan absorto estaba que ni siquiera reparé en la sombra de una bestia voladora que se proyectaba sobre mí. El primer atisbo que tuve del peligro fue cuando una garra enorme me golpeó en el hombro arrebatándome de mi montura y llevándome por los aires sobre el borde del acantilado.

Me encontré colgando a una altura de vértigo sobre un valle boscoso y supe de inmediato quién había hecho esto.

—¡Bruja!

—Dilo con un tono agradable, Malik, o harás todo el viaje de vuelta al Alcázar de la Candela en las garras de *Nube de Plata*.

Me di cuenta en seguida cómo me había dado alcance la arpista: volando en línea recta por encima de las montañas mientras *Halah* y yo recorríamos al galope la enorme curva que precede al paso del Cuerno Alto, y me maldije por haber ido tan distraído como para no pensar en su atajo. Volví la cabeza y vi las alas del hipogrifo con su brillo de plata mientras subía cada vez más alto por encima del valle. Los ojos de Ruha resaltados con kohl miraban por encima del hombro de la bestia.

Como no sabía que Mystra le había denegado a la bruja el acceso al Tejido, mi mayor temor era que estuviese preparando algún conjuro para inmovilizarme. Rebusqué bajo el aba robada y saqué la daga.

—¡Malik, mira a qué distancia estamos del suelo!

No miré, porque si lo hubiera hecho no habría tenido el valor de actuar. Apunté con la daga hacia atrás, torciendo el brazo para clavarla en la tripa equina de *Nube de*

Plata.

—¡No! —gritó Ruha—. ¡Conseguirás que nos matemos los dos!

—¡Los dos no! —repliqué, y entonces el conjuro de Mystra me obligó a añadir:—
¡A mí me protege la magia de Tyr!

Y debido a estas últimas palabras, la bruja tuvo tiempo para dar una palmada en el plumoso cuello de su montura.

—¡Muérdelo!

Mi daga salió disparada y en el mismo instante la cabeza de *Nube de Plata* se aprestó a atacar. Mi daga dio contra su pico ganchudo y se desvió, deslizándose por su parte superior y clavándosele a fondo en un ojo.

Nube de Plata dio un chillido y abrió las garras dejándome caer. Sentí que el estómago se me subía a la boca y a continuación el hipogrifo y su jinete pasaron a ser motas en el cielo. Pasé de largo por la cima del acantilado y vi a *Halah* galopando camino abajo. Después el valle salió corriendo a mi encuentro y caí a través de la ondeante copa de un gran roble, partí una rama tan gruesa como mi cuerpo y me precipité al suelo.

¡Arpistas entrometidas!

Capítulo XXVI

En las estribaciones de las montañas Alfrun, un millar de soldados de infantería hlondethar acarreaban cien escaleras de asedio por una pendiente escarpada. Una constante lluvia de flechas y piedras brotaba del castillo de sus enemigos y los hombres caían heridos por docenas. Cuanto más se acercaban las escaleras a la ciudadela, menos hombres quedaban para transportarlas. El ladrido de los perros de guerra resonaba sobre las murallas de la fortaleza. El Serafín de la Muerte observaba desde una torre de granito, y seis avatares de Tempus, el señor de la Batalla, deambulaban por el campo de batalla.

Con los pectorales castigados, los visores cerrados y los miembros ensangrentados, todos tenían el mismo aspecto mientras corrían por la ladera arrancando flechas de los guerreros caídos y curando heridas para enviar a los heridos de vuelta a las escaleras tan fuertes como antes. A pesar de todo, el avance se hacía más lento. Los hlondethar sabían que nunca tomarían la ciudadela, y ni siquiera la presencia del propio señor de la Batalla los había convencido de lo contrario.

Mystra se manifestó junto a uno de los avatares de Tempus, que casualmente metía la mano a través de la armadura de cuero de un guerrero para arrancarle una flecha que tenía alojada en el pulmón. La cara del hombre, que habitualmente era colorada, estaba tan pálida como la mostaza, y la visión de dos dioses de rodillas junto a él pareció conmocionarlo más que la flecha que llevaba clavada. Miraba ora a uno, ora a otro, sollozando y riendo como un loco.

Mystra le tocó la frente, y cuando se hubo calmado le dijo a Tempus:

—Parece extraño curarlos y enviarlos otra vez para que los vuelvan a herir.

—Es la única manera de que no cese la lucha. —Tempus hizo una pausa para levantar el rostro cubierto con el visor, y a Mystra se le erizó la piel al sentir su mirada oculta—. Los hlondethar son aficionados a los conjuros de guerra. Es extraño que hayan atacado cuando tú niegas la magia a sus magos de guerra.

Mystra se encogió de hombros.

—No es culpa mía que sus hechiceros descuiden sus estudios.

—Ningún mortal puede estudiar veinte horas al día. —Tempus cogió la flecha entre los dedos y la arrancó del pecho del hombre. El proyectil no tenía rastros de sangre ni de vísceras—. No les quedaría tiempo para comer ni para dormir, y mucho menos para hacer la guerra.

—Vaya, eso sí que sería una pena.

—Más de lo que piensas. —Tempus colocó la mano sobre la herida y pronunció una palabra mística. Un círculo de humo salió de debajo de la palma de su mano y el hombre gritó—. Pero tú no has venido aquí a aprender la gloria de la guerra. ¿Qué quieres?

—Adon. Dime qué magia usó Cyric para volverlo loco.

Tempus ladeó la cabeza y guardó silencio. A Mystra le ardió otra vez la cara, pero no podía mirar a través de su visor para ver su expresión. Los perros de la guerra empezaron a ladrar más alto, y un aullido sobrenatural respondió desde las profundidades de las montañas. Una flecha dio en el hombro de la diosa y se partió en dos, y ella la sintió con menos intensidad que la mirada del señor de la Batalla.

Tempus volvió a prestar atención a su paciente y levantó la mano. Una marca carmesí en la palma señalaba el punto en que la mano del dios había tocado la armadura del hombre, pero no había orificio ni ningún otro signo de la herida. Tempus puso de pie al guerrero y lo empujó hacia la escalera más próxima.

—Ve, y haz que tu maharaní se sienta orgullosa de ti.

A pesar de las palabras de Tempus, el guerrero avanzó dando tumbos por los guijarros, más gateando que andando. El señor de la Batalla negó con la cabeza con aire de disgusto.

—Ése es un candidato para el señor de la Muerte, aunque Kelemvor no le dará el castigo que merece.

—No te vale de nada cambiar de tema. Dime qué magia usó Cyric contra Adon.

Tempus no respondió. Ni siquiera se volvió hacia Mystra.

—Hasta el momento sólo les he hecho la vida más difícil a tus magos de guerra. A menos que quieras que les niegue el Tejido a todos los formuladores de conjuros que participan en la guerra, contéstame —lo amenazó la diosa.

Tempus miró a Mystra de frente.

—¿Y por qué habría de saber yo algo sobre Cyric y tu patriarca?

—Porque Cyric está detrás de este juicio. Está metido en él lo mismo que tú.

—¿Cómo que lo mismo que yo? Eso no es cierto. Él no tuvo nada que ver con mis acusaciones, como no fuera para recibirlas.

Mystra lo miró con expresión ceñuda, pues mentir no era propio del señor de la Batalla. Era de los que prefieren un enfrentamiento directo a la intriga, de los que dicen la verdad o no hablan en absoluto.

—¿Quién ha dicho que Cyric está detrás de este juicio? —Tempus se puso en marcha, no trepando por las piedras como un mortal, sino atravesándolas y caminando sobre el aire que había entre ellas—. No me gusta que nadie mienta sobre mí.

—Nadie dijo que Cyric esté detrás del juicio. —Mystra flotó a su lado—. Lo deduje de algo que dijo Kelemvor: «Tenemos más problemas de los que imaginamos».

El dios de la Guerra se detuvo y se puso de rodillas junto a un guerrero inconsciente. Introdujo dos dedos en la cabeza del hombre y le recolocó el cráneo roto.

—Tenéis más problemas de los que imagináis, pero la causa es Máscara, no Cyric.

—¿Máscara?

Tempus asintió.

—Espera recuperar lo que le robó Cyric.

A Mystra le cayó el alma a los pies. Presionar a Tempus había sido su esperanza más cierta de descubrir lo que Cyric le había hecho a su patriarca, y el estado de Adon estaba empeorando. La última vez que le había echado una mirada, estaba tan asustado como antes, y esta vez el lasal no le enturbiaba la mente. Mystra no se había atrevido a sondear sus pensamientos por temor a volverlo totalmente loco.

Miró con severidad a Tempus, que apretaba con la mano la herida que tenía el hombre en la cabeza, e hizo con los dedos una señal de corte. De inmediato, la magia desapareció del tacto del señor de la Batalla y el guerrero caído permaneció inconsciente.

Tempus alzó la cabeza y su mirada se le clavó a Mystra como una tormenta de arena.

—¿Te atreves a denegarme el acceso al Tejido?

—Para salvar a Adon, sí. Tus cargos me están distraendo en este momento. A lo mejor querrías retirarlos.

—¡No puedes hacer esto! —le advirtió Tempus—. El Círculo...

—Consideraré mis acciones en el juicio. Hasta entonces tendrás que desempeñar tus funciones sin el Tejido. —Mystra echó una mirada a los cadáveres diseminados por la ladera—. Me pregunto cómo será Faerun después de siete días sin guerra.

—Ni siquiera tú puedes detener la guerra. Sobrevivirá sin magia —la voz de Tempus era más reflexiva que airada—. Aunque a lo mejor podríamos llegar a un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo?

Se oyó otro aullido, y éste parecía retumbar desde la base misma de la colina. Tempus no le prestó atención.

—Debes comprometerte a restaurar toda la fuerza de la magia de guerra si te demuestro que la guerra es buena para Faerun.

—Eso no lo probarás nunca.

—De todos modos, retiraré mis cargos si simplemente te comprometes a considerar...

—¡Pero, Martillo de Enemigos! —protestó una voz etérea. Una sombra negra se alzó de entre las piedras en las que estaba apoyado Tempus y a continuación tomó la forma de un soldado hlondethar—. ¿Y qué pasa con nuestro acuerdo? Prometiste no retirar los cargos.

—¡Máscara!

El tono incisivo de Mystra llamó la atención del Serafín de la Muerte, que abrió las alas y alzó vuelo pasando por encima de dos compañías de infantería de los hlondethar. Más de cincuenta hombres rompieron filas y salieron corriendo. La señora de la Magia casi ni se dio cuenta ya que tenía la mirada fija en el señor de las Sombras.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Corazón Negro.

—Claro que sí. —Máscara seguía mirando de frente a Tempus y ni siquiera la miraba a ella—. Martillo de Enemigos y yo tenemos un acuerdo.

—Ese acuerdo es sobre Cyric —dijo Tempus.

—Pero no fue por obra mía que ampliaste los cargos para incluir a Mystra y a Kelemvor. —Otro aullido brotó de entre las piedras. Máscara echó una mirada a la gruta, después volvió a mirar a Tempus y habló rápidamente—. Ni que Tyr separara los veredictos... Para entonces yo ya había tomado ciertas medidas.

—¿Medidas? —Mystra entrecerró los ojos—. Si estás planeando algo contra Kelemvor y contra mí, detente ahora mismo.

—¿O qué? —la desafió Máscara con sorna. Un estremecimiento agitó a su figura de sombra y una nueva cara le apareció en la parte posterior de la cabeza—. Todo lo que me hagas a mí se volverá atrás después del juicio. Ya os he inducido a ti y a tu amante a demostrar vuestra culpabilidad.

—¿Lo has hecho? —inquirió Tempus. Ésta era la complicación que había temido al presentarse Máscara—. ¿No me dijiste que habías superado tu propensión a la intriga?

—¡No fue culpa mía! —Un profundo gruñido brotó de entre las piedras a los pies de Máscara, que empezó a andar ladera arriba hacia el castillo asediado—. Además, no tienes nada que temer. Mystra y Kelemvor tienen tan pocas probabilidades de salvarse como Cyric.

La señora de la Noche hizo un gesto despectivo.

—Si así son las cosas, Máscara, ¿qué me impide destruirte ahora mismo?

El que respondió fue Tempus.

—Tyr el Justo. —El visor del señor de la Batalla se orientó hacia arriba, hacia la forma en retirada de Máscara—. Necesito llamar al señor de las Sombras como testigo. Es el único que puede revelar de quién fue la idea de formular estos cargos.

Máscara se paró en seco.

—Pero si Cyric descubre que yo...

—No tienes nada que temer de Cyric —lo interrumpió Tempus—, no si todo sale como lo planeaste.

El señor de las Sombras se redujo a la mitad de su tamaño normal, y en ese momento una pestilencia de carne podrida llenó el aire. Un par de ojos amarillos aparecieron en las sombras a los pies de Tempus y el Perro del Caos saltó de entre las

piedras. Antes de que la bestia pudiera encontrarlo, Máscara huyó hacia la cima y se desvaneció a la sombra de los muros del castillo. Kezef lanzó un gruñido bajo y siniestro y levantó la nariz, de la que salía una sustancia viscosa, para olisquear el aire.

Mystra señaló colina arriba.

—Allí, Kezef.

Kezef ladeó la enorme cabeza, esbozó una especie de sonrisa y se alejó por las piedras. Arrasó una pesada escalera de asedio de los hlondethar y pisoteó a los pobres hombres que la transportaban desapareciendo a continuación en las sombras en pos de su presa.

El Serafín de la Muerte elevó las alas y se desvaneció en el cielo. Mystra se volvió a mirar a Tempus y negó con la cabeza.

—Martillo de Enemigos, deberías comportarte de una forma más prudente y no dejarte envolver en los planes de Máscara. Esto hará que acabes mal.

—Es posible, pero ya he dado mi palabra. —Tempus miró ladera arriba hacia el poco decidido avance de los hlondethar—. Además, no me has dejado otra opción. No podemos seguir así.

Capítulo XXVII

De todos los lugares de la Ciudad de los Muertos, ninguno como la Ronda del Éxtasis para demostrar el carácter del reinado de Kelemvor. La ronda era un amplio círculo de jardines en el que confluían una docena de distritos, y desde la colina de la Penitencia, que ocupaba el centro, el señor de la Muerte podía verlos todos. En el Claustro de la Paz, una vasta región de altos picos y valles sombríos, habitaban los espíritus de pacíficos eremitas que habían vivido toda la vida deseando más que nada la soledad y el silencio. A su lado estaban las Aldeas Idílicas, que era donde habitaban simples espíritus campestres que valoraban la familia y la buena compañía más que la fortuna y el poder. Flanqueando dichas aldeas estaban la Ciudad Canora y la Floresta Fructífera, y a éstas enviaba el Señor de la Muerte a almas que encontrarían la felicidad en ellas. Bordeando estos distritos había otros llenos de espíritus bondadosos y nobles que o bien habían dado la espalda a sus dioses o nunca habían tenido uno.

La vista no era tan agradable por detrás de Kelemvor. En el Pantano Ácido, los espíritus de charlatanes y timadores se reunían en las calles y los puentes para mendigar ayuda a los paseantes. A su lado, la Jungla Carmesí estaba llena de asesinos y torturadores de toda laya, todos transformados en bestias voraces demasiado ocupadas en devorarse las unas a las otras como para escapar. Colindante con estos distritos estaban el Laberinto de Callejones y la Ciudad del Frío, donde el señor de la Muerte enviaba a los espíritus de los ladrones y los complacientes, y limítrofes con éstos, los hogares de todos los espíritus desmedidos y pragmáticos que sólo se ocupaban de cuidar de sí mismos.

—¿Sabes, Jergal?, hubo una época en la que todos los actos que realizaba tenían que ser egoístas.

Cuando Kelemvor habló, la capa que envolvía la sombra del senescal apareció junto a él.

—Ah, sí, la maldición de los Lyonsbane: realizar un acto desinteresado hacía que se convirtieran en bestias devoradoras de hombres.

—¿Adónde me hubieras enviado a mí? —Kelemvor se volvió y señaló a la Red de las Serpientes—. ¿Allí? ¿Al hogar de los irremisiblemente confundidos?

—Yo no te habría enviado a ninguna parte —respondió Jergal—. Myrkul te habría colocado en su Pared de Cuerpos, y ¿quién puede saber lo que habría hecho Cyric?

—Yo tenía una idea bastante aproximada. —La voz era la de Mystra, que se manifestó en la colina junto a Kelemvor—. Por eso me esforcé tanto por derrocarlo antes de que te encontrara.

Kelemvor despidió a Jergal con un pensamiento y se volvió hacia Mystra.

—Me alegro de que me salvaras de las mercedes de Cyric, pero a veces tengo mis dudas sobre el acierto de haberme dado su trono.

—Yo no te di nada. Los engendros de la ciudad te eligieron como su gobernante. En los ojos de Kelemvor se reflejó una gran tristeza.

—No lo he olvidado. Creo que sería más fácil ser un auténtico dios de la Muerte si pudiera conseguirlo.

Mystra frunció el entrecejo.

—Kelemvor, no me gusta esta propensión a «pensar». Tú eres más un hombre de acción, y me gustaría que emprendieras alguna.

Kelemvor pareció sorprendido, después alzó la cabeza y se irguió.

—Es posible. ¿Es eso lo que has venido a decirme?

Mystra negó con la cabeza.

—No, he venido a decirte que fue Máscara y no Cyric el que inició todo esto.

Kelemvor asintió.

—Lo sé. Avner volvió a la Torre de Cristal y me informó de todo lo que dijo Máscara.

—¿Incluso de su pretensión de habernos engañado?

—Me temo que es más que una pretensión. Vino a exigirme que castigara a Avner como uno de sus Falsos y yo caí en la trampa como un oso ciego. Me negué.

Mystra se mostró sorprendida.

—Pero si Avner murió sirviendo a su reina.

—Eso habría tenido mucha importancia si él hubiera sido un fiel de Torm, pero Avner no honraba a más dios que al dios de los Ladrones.

—Ya veo. —Mystra se mordió el labio—. ¿Qué ha planeado Máscara para mí? No he recibido ninguna petición por el estilo.

Kelemvor negó con la cabeza.

—No tengo ni la menor idea, pero puedo decirte que hay una sola manera de desactivar su trampa.

—¿Y cuál es?

—Reflexionar sobre nosotros mismos. Asegurarnos de estar sirviendo a nuestra naturaleza y al Equilibrio.

Mystra puso los ojos en blanco.

—Creo que sería más prudente obligar a nuestros acusadores a retirar sus cargos. Yo me ocuparé de Máscara. Tú debes encargarte de Tempus.

—¿Encargarme de él? —el tono de Kelemvor dejaba entrever un gran cansancio—. ¿Cómo?

—Aplaza la muerte de la parte justificada en cada batalla.

—¿Aplazar la muerte? —Kelemvor estaba demasiado estupefacto para decir algo más.

—Nada podría conseguir que se acabaran más rápido todas las guerras en Faerun. Tempus se vería obligado a hacer lo que le pidamos.

—¡Tú estás tan loca como Cyric! —gritó Kelemvor. Por supuesto, esto no era posible, Mystra no era lo bastante lista como para ser siquiera la mitad de loca que Cyric—. Aunque pudiera decidir cuál de las partes está justificada, lo cual es prerrogativa de Tyr y no mía, Tempus rompería la promesa que le hizo a Máscara.

—Para cuando yo haya terminado con él, Máscara le rogará a Tempus que retire los cargos.

Kelemvor alzó una ceja.

—Pensé que habías prometido no interferir en el juicio.

—Eso fue antes de lo que le sucedió a Adon. Y todavía hay más: Máscara no era parte del juicio en el pasado ni lo será en el futuro. No habrá juicio, al menos no lo habrá para nosotros.

Kelemvor respiró hondo y nada respondió.

Mystra se quedó estudiándolo.

—No vas a hacerlo, ¿verdad?

Kelemvor negó con la cabeza.

—Me estás pidiendo que incumpla mi deber como dios de la Muerte.

—¡Pero es por Adon!

—Lo sé —Kelemvor cerró los ojos—, pero mi negativa es por nosotros. Si haces esto, estás perdida.

Mystra retrocedió.

—¿Qué ha pasado contigo? —Abandonó la colina y quedó suspendida en el aire—. ¡Hablaré contigo cuando hayas recuperado la razón!

Kelemvor vio cómo se desvanecía la diosa, después miró a la Red de las Serpientes.

—¡Jergal!

—Aquí estoy, a tu servicio como siempre. —La capa vacía del senescal apareció junto a Kelemvor—. ¿En qué puedo servirte?

—¿Has oído lo que sucedió entre Mystra y yo?

—¿Querías que lo hiciera?

Kelemvor se lo pensó un momento y después negó con la cabeza.

—No. Supongo que no.

Los ojos amarillos de Jergal se desviaron hacia un macizo de lirios rojos.

—Entonces no he oído nada. ¿Algo más?

Kelemvor asintió y miró de frente al senescal.

—Mystra tenía razón en una cosa: es hora de que entre en acción. —Abandonó la cima de la colina y apareció directamente en la sala del trono de la Torre de Cristal, aunque la distancia entre ambas era mayor de la que podía recorrer un camello en dos

días—. Jergal, quiero que prepares una lista de todos los juicios en los que he intervenido desde que soy dios de la Muerte.

El senescal apareció al lado del dios. Su capa vacía ondeaba como un estandarte movido por el viento.

—¿De todos tus juicios?

—De todos. Avner volverá pronto con su informe. Si las cosas son tal como espero, tendremos un montón de trabajo.

Capítulo XXVIII

A *Halah* le llevó muy poco tiempo encontrarme en el bosque donde había caído, ya que mi mano estaba cubierta de sangre de *Nube de Plata* y ella tenía muy buen olfato para esas cosas. Y de nuevo yo estaba montado otra vez galopando hacia la meta de mi sagrado peregrinaje. Aparte de la tensión que mi miedo había impuesto al rancio corazón de Cyric, yo estaba en un estado lamentable después de la larga caída. Aunque seguía muy preocupado por el milagro de infidelidad de mi esposa, había aprendido la lección y no dejaba de mirar por encima del hombro. Aparentemente, el hipogrifo de la arpista había salido menos favorecido que yo de nuestro rápido intercambio. En todo el día no vi la menor señal de la bruja ni de su bestia, de modo que llegué a Arabel a la hora de la cena, poco antes de que oscureciera.

Aunque el Uno había honrado a la ciudad viviendo allí antes de la Era de los Trastornos, Arabel no parecía diferente de cualquier otra ciudad bárbara, pues los perros deambulaban por las calles y los insectos se arremolinaban en las alcantarillas a cielo abierto. Las avenidas era estrechas y retorcidas y estaban casi desérticas, ya que la mayor parte de la población estaba cenando en sus casas. El olor a carne asada y pan caliente llenaba el aire. Después de haber escapado por los pelos aquella mañana y de la dura cabalgada que siguió, me sentía merecedor de una buena comida y un blando lecho.

Guié a *Halah* hacia una de las escasas personas que había en la calle, un corpulento guardia que parecía vigilar la entrada de un callejón. Al aproximarnos, se volvió y puso la alabarda de través ante su cuerpo.

—Bien hallado, viajero —dijo—. En qué puedo...

Antes de que pudiera preguntarle nada, *Halah* ya le había partido la alabarda en dos de un mordisco y lo empujaba con el hocico hacia el interior del callejón.

—¡En nombre de Torm! —El guardia dejó caer el astil roto y echó mano a su espada—. ¡Controla a tu montura!

Aquella pobre alma no sabía que lo que pedía era una tontería. Antes de que la espada abandonara la funda, *Halah* arrancó la mano del atónito guardia. No tiene mucho sentido describir lo que siguió, salvo para señalar que tuve suerte de salvar su monedero antes de que mi voraz caballo se lo tragara entero. Me retiré a la entrada del callejón, y gracias a mi aba oscura y a mi aspecto desaliñado debía ofrecer una imagen bastante sospechosa, por lo cual los pocos viandantes que pasaban por allí cruzaban al otro lado de la calle. Mientras oía cómo devoraba *Halah* su comida, como es natural empecé a pensar en mi estómago vacío y en la mullida cama que disfrutaría después.

Y en cuanto pensé en la mullida cama, como es natural, pensé también en mi esposa y en el momento tan poco propicio que había elegido para su milagro. Sentí

que la bilis me subía a la garganta y una presión en el pecho, y mi enfado por lo que estaba sucediendo en Calimshan llegó a tal punto que no reparé en la figura larguirucha cubierta con una capa y una capucha hasta que la tuve encima de mí.

Di un paso para salirle al encuentro, pensando en distraerla con la misma pregunta que había querido hacer al guardia.

—Señor, ¿me puedes indicar una buena taberna?

—¡Por supuesto! —la figura habló con mil voces, y cuando alzó la cabeza vi la cara huesuda de Cyric—. Pero hasta que encuentres el *Cyrinishad*, ¿para qué quieres una posada?

Otra vez sentí que el conjuro de Mystra me empujaba a hablar.

—Estoy hambriento y cansado.

—¿Y? —preguntó Cyric.

Suspiré, pues sabía que no servía de nada decir que no podía seguir adelante sin descansar. La verdad era que estaba sumido en la autoconmiseración y por eso no quería seguir adelante, y en esas circunstancias uno no sabe lo que podría llegar a decir.

—Malik, da la impresión de que ya no pones el corazón en la misión. —El Uno se tocó el pecho para recordarme cómo lo sabía—. ¿Tal vez hay algo que te... distrae?

—Tal vez —respondí, y entonces el conjuro de la Ramera me obligó a seguir hablando—. ¡No puedo pensar en nada que no sea la vergüenza que mi esposa y el príncipe han arrojado sobre mí!

Cyric hizo una mueca de disgusto, lo cual es algo horrible en la cara de un esqueleto.

—Ya me parecía. —El Uno apartó la mirada un momento—. Ya no tienes necesidad de ocuparte de tu esposa y del príncipe —añadió—. Ya he eliminado ese problema.

—¿Eliminado, poderoso señor?

—¡Sí, Malik! Entiendes la palabra «eliminado», ¿no es cierto? No dejes que eso siga turbando tus pensamientos.

—¿A ellos? —Retrocedí tambaleante, porque una cosa era maldecir a mi infiel esposa y otra muy distinta saber que había sido eliminada—. ¿Entonces mi esposa está... muerta? ¿No volveré a verla nunca?

—No en esta vida. —Los soles negros que brillaban bajo la frente del Uno adquirieron el doble de su tamaño habitual—. Me sorprende que te inquiete su muerte. ¿Cómo puedes pensar en tu esposa cuando me están juzgando a mí?

—Por la terrible vergüenza que ella... —En ese momento mi corazón pareció cerrarse sobre sí mismo y otra respuesta salió de mi boca:— Porque podría echarla de menos.

El Uno se quedó boquiabierto y clavó en mí sus ojos durante tanto tiempo que

pensé que se había convertido en una estatua. Sin embargo, su sorpresa no podía ser mayor que la mía, ya que no me había dado cuenta de la verdad que había en mis palabras hasta que salieron de mi boca.

Por fin, el Uno negó con la cabeza.

—No voy a volverla a la vida, Malik. Es una distracción demasiado poderosa. — Me pasó un huesudo brazo por los hombros y me atrajo hacia sí como podría hacerlo un hermano—. Pero tal vez, si cabalgas sin descanso, atenderé a su llamada desde el Plano del Olvido. Entonces, cuando hayas recuperado el *Cyrinishad*, podrás reunirte con ella en el Castillo del Trono Supremo.

No sabía si regocijarme o desesperarme, pues él no había dicho cuándo podría ser eso.

—¡Es más de lo que merezco!

Cyric me palmeó el hombro.

—Nada de eso, Malik. Si me fallas te reunirás con tu esposa en la Ciudad de los Muertos, te lo prometo. —El Uno miró hacia el oeste, hacia los Picos de las Tormentas que asomaban más allá de las murallas de la ciudad.

»Ahora, no pienses más en tu esposa, tienes que preocuparte más por otras mujeres.

Me aparté del edificio y miré hacia donde él miraba. Allí, recortada sobre la esfera carmesí del poniente vi la figura distante de un hipogrifo y un jinete.

—¡Esa bruja es un demonio del Abismo!

—No, Malik —me corrigió el Uno—. Es una arpista.

Capítulo XXIX

Cuando un hombre se siente presa de un miedo irracional y lo sabe, empieza a temer por su cordura. Duda de lo que ven sus ojos y de lo que oyen sus oídos, de lo que huele y de los sabores que prueba, e incluso de los pensamientos que le rondan por la cabeza. No puede estar seguro de nada, salvo de que existe y de que hay algo ahí fuera que no quiere que siga existiendo. Éste era el estado en que se encontraba Adon el patriarca. Yacía en su humilde lecho, cogido a los bordes del jergón de paja, temeroso de volver la vista hacia cualquier cosa que no fuera el artesonado del techo. Cuando miraba hacia afuera, su mirada se deslizaba entre los balaustres y veía al avatar de Mystra a orillas del lago Hillshadow. Una nube de pelo flotaba como humo negro en torno a su cabeza, y sus garras color carmesí lanzaban rayos y fuego contra un monstruo de muchos tentáculos que andaba por el agua.

Pero ni el enfrentamiento ni la presencia de Mystra perturbaban tanto a Adon como la convicción de que todo era fruto de su imaginación. La lucha era tan silenciosa como un espejismo; el relámpago y el fuego arrollador no retumbaban ni estallaban, y cuando la viscosa bestia abría las fauces para rugir, no emitía el menor ruido. Esto era porque la diosa, que no quería perturbar el sueño de su atribulado patriarca, había aislado el combate dentro de una cortina de silencio. Pero Adon no lo sabía. A él, la lucha le parecía un sueño, salvo que estaba despierto. Y como estaba despierto, el sueño sólo podía ser una alucinación, y como el sueño era una alucinación, sólo podía estar loco.

Este pensamiento fue un gran alivio para él. Como cualquier necio que haya amado alguna vez a una mujer mentirosa, Adon prefería la ignorancia a la traición. Estar loco era la excusa que necesitaba para no hacer caso de lo que había visto en los ojos de Nadisú Bhaskar. Donde antes latía un corazón lleno de adoración por Mystra, ahora sólo había un vacío sin fondo que no podía soportar. Ya había sentido un vacío similar en otra ocasión, cuando perdió su fe en Sune después de que la daga de un loco lo hirió en la cara. Después de eso, durante meses había sentido sólo vacío y asco dentro de sí, y ya no podía volver a sentir ese vacío.

Sin embargo, era difícil no considerar esa perspectiva. Cuando miraba a cualquier sitio que no fuera el techo, veía el horrible semblante de Mystra. Su gesto torvo aparecía tallado en todos los paneles de las grandes puertas de la habitación, y su forma amenazadora aparecía reflejada en todas las horripilantes escenas esculpidas en las paredes. Adon recordaba haber elegido él mismo esas escenas, aunque por alguna razón había creído que representaban milagros y no cataclismos. ¿Es que estaba loco entonces, o lo estaba ahora?

Después de varias horas, Adon decidió probar su locura centrándose en un relieve que recordaba perfectamente. En la pared opuesta a su cama había un retrato de la

diosa uniendo las manos de dos reyes rivales. En una época había considerado esta escena como una ilustración del divino amor de Mystra. Si ahora la miraba y veía otra cosa, sabría que había perdido la razón. El patriarca apartó la vista del techo.

En cuanto posó los ojos en la talla, se le nubló la vista. Respiró hondo y entrecerró los ojos forzando la vista. Casi esperaba que la diosa empezara a moverse, pero permanecía tan quieta como una piedra. Se le aclaró la visión y suspiró aliviado. No había colmillos ni garras ni huesos descubiertos en el rostro de Mystra.

Y sin embargo, la talla era tan tersa y blanca como la piel de la diosa la última vez que vino a verlo. Las sedosas trenzas largas podrían haber sido el pelo humeante que recordaba, y ¿quién podía decir si el artista había visto dientes o colmillos asomando tras los labios carnosos?

La respiración de Adon se volvió rápida y superficial, pero se obligó a estudiar otras escenas. ¿Estaba la diosa apagando un incendio o propagándolo por los campos? ¿Estaba deteniendo una ola o haciéndola avanzar?

El patriarca cerró los ojos y sofocó un grito de desesperación. Tuvo cuidado de no gritar; no quería que viniera un acólito a ver cómo estaba. Todos apestaban a magia de la diosa, y ese olor hacía que se retorciera en la cama.

—¡Todo es tan vago! ¿Ve realmente estas cosas?

—¿Qué cosas, querido Adon?

Aunque la voz era tan queda como un pensamiento, el patriarca supo que no venía de su cabeza. Arrojó lejos la manta, se puso de rodillas y miró en derredor buscando a quien había hablado.

La habitación estaba vacía.

—Eso lo demuestra. —Adon se acurrucó debajo de la manta—. Estoy loco.

—¿Loco? —Ahora la voz le llegaba desde atrás. Era suave como la de una mujer, pero empalagosamente dulce—. En absoluto, Adon. Si estuvieras loco pertenecerías a Cyric. ¿Crees que yo permitiría que sucediera eso?

—Estoy loco. —Adon se negó a volverse hacia la voz—. Oigo voces.

Se oyó una risa.

—¿Y no es normal eso cuando una diosa habla con su patriarca?

Algo se removió en el otro extremo de la habitación. Adon se volvió en esa dirección, pero no vio nada. El ruido había salido de un bajorrelieve próximo a las enormes puertas.

Empezó a sudar y miró fijamente la escena. La talla representaba a Mystra bailando rodeada de demonios con cuernos. Las bestias la rodeaban por todas partes, caían al suelo y se retorcían en éxtasis..., o tal vez de dolor. Adon ya no podía percibir la diferencia; todo dependía de cómo se lo mirara. Llegó a la conclusión de que los brutos tanto podían estar sonriendo como haciendo muecas de dolor.

Optó por cerrar los ojos.

—Si algún afecto sientes por mí, querida diosa, déjame solo.

—No tienes nada que temer de mí, Adon. No te haré daño.

El patriarca se atravesó en la cama, apartándose de la voz, y puso los pies en el suelo. Miró por la ventana y vio a Mystra fuera, batallando todavía con el kraken. Esto no lo sorprendió, ya que todavía conservaba la cordura suficiente para recordar que los dioses pueden crear más de un avatar.

Un par de fuertes pisadas sonó en el suelo, como si alguien hubiera entrado en la habitación. Adon miró hacia la puerta y vio que la figura de Mystra había salido de la talla de la pared, y lentamente avanzaba hacia él.

Adon se puso en cuclillas tras el cabecero de la cama.

—¡No te acerques!

La diosa de alabastro era pequeña. Apenas le llegaba a Adon a la cintura. El cabello le flotaba en torno a la cabeza como humo pálido, y los ojos relucían con una feroz luz amarilla. Debajo de la curva de su labio superior asomaban las puntas de cinco pequeños colmillos.

La figura movió una garra blanca al lado de su pálido cuerpo.

—¿Cómo puedes dudar de lo que ves, Adon, cuando es de piedra?

Adon gritó, pues lo que veía era más vil que cualquier demonio del Abismo.

Las puertas que daban a la antesala se abrieron de golpe. El príncipe Tang entró esgrimiendo una espada.

—¡Patriarca! ¿Qué es...?

El avatar detuvo con un brazo al intruso.

—¡Déjanos!

De inmediato las puertas volvieron a cerrarse, obligando al príncipe a retirarse del umbral. No pudo apartar la mano y su brazo quedó apresado entre las dos grandes hojas. Se oyó un fuerte crujido y la espada se le cayó al suelo.

El príncipe permitió que un grito de dolor se le escapara de los labios, pero rápidamente recuperó su habitual compostura.

—Mil perdones, diosa —se excusó Tang mirando por la rendija que quedaba entre las puertas. A pesar de la curva insólita de su brazo, en la voz no había ni rastro de dolor—. No pretendía interrumpir.

—¡Cállate entonces!

Con un movimiento ondulante de la mano, Mystra hizo que el príncipe cerrara los ojos y se desplomara en el suelo a continuación. Su brazo siguió cogido entre las puertas. La diosa casi ni lo miró. En lugar de eso, alzó un brazo de alabastro hacia Adon.

—Ahora acércate a tu diosa para que te consuele.

Adon no podía mirar otra cosa que no fuera el brazo contorsionado de Tang. La Mystra a la que él recordaba jamás habría herido a un mortal tan despiadadamente.

«Por supuesto que no —dijo una voz en su cabeza—. Le habrías dado la espalda si hubieras conocido la verdad sobre ella, y necesitaba que impulsaras su Iglesia. Mystra siempre ha sido hábil en este tipo de juegos... ¿o has olvidado cómo hizo para enfrentarnos a Kelemvor y a mí?»

—¿Cy-cyric?

En cuanto Adon farfulló el nombre, el avatar de Mystra saltó a los pies de la cama.

—¡Adon, ven a mí!

La voz del avatar fue tan autoritaria que Adon se sorprendió rodeando el cabecero dispuesto a obedecer.

«¡No, Adon! Si vas con ella no puedo protegerte.»

El patriarca se detuvo.

«Pronuncia mi nombre ahora y podré salvarte.»

—¿Salvarme? —Adon hizo un gesto negativo, rogando no estar tan loco como para creerse esa mentira—. Tú jamás me salvarías.

«Di mi nombre y te salvaré de su ira.»

La diosa de alabastro saltó del pie de la cama.

—No, Adon, haz lo que yo te digo. —Empezó a acercarse a él y los labios se replegaron dejando ver los colmillos en toda su dolorosa plenitud.

Adon se retiró hacia el arco que daba al balcón.

—¡No te acerques! No me obligues a decirlo.

—¿A decir qué? —El pequeño Avatar de Mystra se detuvo a un paso de él. La carne había desaparecido de sus mejillas y quedaba a la vista el hueso, tan blanco como el resto de ella—. Adon, quiero ayudarte.

—¡Entonces déjame solo!

Mystra negó con lentos movimientos de cabeza. Su sedoso cabello se transformó en negro humo y se propagó por la habitación como incienso glacial.

—Eso no puedo hacerlo. Te has vuelto loco, mi pobre muchacho.

—Pero tú dijiste... —Adon dio un respingo y se frotó el cuello; el humo le había secado tanto la garganta que le resultaba difícil pronunciar las palabras—. Tú dijiste que si me volvía loco pertenecería a...

El patriarca se negaba a pronunciar el nombre del Uno.

«Adelante, Adon. Dilo.»

Adon movió la cabeza sin dejar de mirar a Mystra.

—Dijiste que si me volvía loco le pertenecería a él.

—Dije que no permitiría que sucediera eso, y ahora ha llegado el momento de impedirlo.

La estatua dio un paso adelante y alzó un brazo para golpear.

Adon corrió al borde de la balconada. En el lago Hillshadow vio al avatar de

Mystra caminando por el agua. No levantó la cabeza, pues estaba buscando algo bajo la superficie, atravesando a su presa con arpones relampagueantes. A cada golpe el agua se alzaba como una cortina, pero a pesar de todo no hacía ruido.

«¡Di mi nombre y te salvaré!»

—¡Preferiría morir! —Y era verdad, ya que Adon temía aún más a las promesas de Cyric que a morir como un Infiel—. Me confiaré a la justicia de Kelemvor, pero jamás confiaré en ti.

Dicho esto, pasó una pierna por encima de la barandilla del balcón y miró hacia abajo. Cinco pisos más abajo, la Fuente de la Mañana lanzaba su chorro, rodeada por una terraza de piedra donde a los Fieles del templo les gustaba rezar sus oraciones matutinas. Ahora el patio estaba vacío; los Fieles se habían dirigido a la orilla para contemplar la silenciosa batalla entre Mystra y el kraken. Unas docenas de habitantes del lugar habían acudido también a ver el espectáculo.

El avatar de la diosa cogió a Adon por el brazo. Él trató de desasirse, pero sus garras estaban clavadas demasiado profundas.

«*Di mi nombre*», lo urgía la voz dentro de la cabeza.

—¡Os rechazo! —gritó—. ¡Os repudio a los dos!

Entonces Adon se volvió y se arrojó al vacío.

Estaba a medio camino de la fuente cuando se preguntó dónde había encontrado la fuerza para soltarse de un dios, y para entonces ya no había tiempo de retractarse, ni de entregarse al Uno.

Capítulo XXX

Mystra seguía todavía luchando con el kraken cuando sintió un dolor en el corazón y oyó el ruido de un cuerpo cayendo al agua de la fuente, debajo del balcón de Adon. Su avatar llegó a la terraza antes de que el chapoteo se hubiera desvanecido en el aire, pero ya sabía que era tarde. El patriarca flotaba en el estanque, con los ojos inertes fijos en el cielo, y una nube de sangre roja empezaba a extenderse en torno a su cabeza. Se había abierto una grieta en la pared de la fuente en el punto donde había golpeado su cráneo, y ahora un chorro constante de agua se vertía sobre la terraza.

La diosa sacó el cadáver de Adon de la fuente y lo apretó contra su pecho. Entonces vio su espíritu escurriéndose por la grieta de la pared.

—¡Adon!

—Perdónameeee... —Las palabras del patriarca llegaban confusas y alargadas. La corriente teñida de rojo había estirado su espíritu convirtiéndolo en algo inexistente fruto de una pesadilla, y su cara espectral era tan delgada como una serpiente—. Cyric me engañooó...

—Adon, no tengo nada que perdonarte. Esto no fue culpa tuya. —Mystra se arrodilló junto a la fuente y esperó a que el espíritu de su patriarca cayera al patio en una burbuja reverberante—. Pronuncia mi nombre y te dejaré volver.

La cara de Adon se descompuso en un patrón cuarteado: el agua se colaba por entre las piedras del pavimento y su espíritu con ella.

—¿Decir... nombre? —la voz resquebrajada sonaba trémula de miedo—. ¡Eso es... lo que él... quería!

—¡No importa lo que él quisiera! —gritó Mystra. A estas alturas, la cara de Adon se había transformado ya en un dibujo de líneas fantasmales. La diosa metió una mano en el agua para ofrecer un asidero al espíritu—. ¡Llámame, pídemme que te salve y haré que tu espíritu vuelva a tu cuerpo!

Hubo un gorgoteo entrecortado, pero ni siquiera Mystra pudo reconocer su nombre en él. El sonido podría haber sido lo mismo el de un gusano ahogándose que la voz de su patriarca.

El espíritu de Adon se hundió bajo las piedras.

Mystra lanzó un grito y hubo tal estallido de magia que los conjuros circularon errantes por todo Faerun. Ahora Adon deambularía perdido hasta que ella pudiera encontrarlo en el Plano del Olvido, y para eso tenía que pasar algún tiempo después de que consiguiera salir del plano elemental del agua. El viaje no sería tan penoso como el paso de Zale por el plano paraelemental del magma, pero de todos modos sería difícil, y Mystra juró vengarse.

Una multitud de personas se agolpó para mirar el cadáver en el regazo de la diosa. La mayoría eran acólitos de Mystra, pero unos cuantos eran vecinos curiosos de la

ciudad a los que no les daba apuro invadir la privacidad del templo. Todos estaban demasiado anonadados para hablar debido a la muerte de Adon y al milagro de ver a una Mystra sobre la terraza mientras otra perseguía al kraken en el lago. Unos cuantos Fieles cayeron de rodillas y abrieron las manos haciendo el signo del halo solar de su diosa, y otros se rasgaron las vestiduras como señal de lamento por el patriarca, pero a nadie se le ocurrió ofrecer ayuda ni preguntar qué había pasado hasta que el príncipe Tang apareció en la terraza.

—Señora de la Magia, ¿qué ha sucedido? —El príncipe se sujetaba el brazo roto sobre el pecho y llevaba en la otra mano su espada recta—. ¿Qué le has hecho a Adon?

Mystra lo miró sin entender.

—¿Que qué le hice yo, príncipe Tang? —Mientras hablaba, su avatar se agrandaba y se expandía hacia adelante, de modo que de repente se dirigió al príncipe desde arriba—. No le hice nada. Sólo confié en ti para protegerlo.

El príncipe Tang palideció hasta tomar el color del marfil.

—Por favor, perdóname, señora de la Magia. He cometido un terrible error. Cuando vi que tu estatua hablaba...

—¿Mi estatua, príncipe Tang? —Mystra se puso de pie. Todavía sostenía a Adon entre los brazos y ahora era tan alta como un verbeeg.

—Tu estatua del bajorrelieve de la pared. —En cuanto dijo esto, el príncipe se dio cuenta de la facilidad con que había sido engañado y empezó a balbucear, totalmente perdida su habitual compostura—. Tu estatua me ordenó que me fuera, después cerró la puerta de un portazo apresándome el brazo, de modo que no pude hacerlo, y me puso a dormir, y cuando me desperté...

—Ya basta, príncipe Tang —Mystra habló en un tono más mesurado, pues era una diosa de débil voluntad que nunca castigaba a sus sirvientes por un fallo que no hubieran podido evitar. Cuando Tang guardó silencio, depositó el cadáver de Adon en brazos de cuatro acólitos que aguardaban—. Cuidad bien del cuerpo del patriarca. Pronto tendrá necesidad de él.

—Así lo haremos. —Tras recibir el cuerpo se pusieron en marcha hacia el templo.

Mystra se volvió hacia el príncipe Tang y redujo su estatura hasta una altura semejante a la de él.

—Veamos ahora esa fractura.

—Eso sería una gran amabilidad de tu parte, honorable diosa. —El príncipe le mostró el brazo retorcido—. Lamento mi ineficacia en la defensa de tu patriarca, pero antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando ya estaba dormido e incapaz de pedir ayuda.

—No es necesario que te disculpes.

Mystra sujetó el brazo del príncipe por encima y por debajo de la fractura y luego

tiró en direcciones opuestas. El hueso volvió a su sitio con un suave sonido seco. A Tang casi le fallaron las piernas, pero su vanidad le impidió gritar o desmayarse, cosa que hubiera hecho cualquier hombre sincero. La diosa colocó las manos sobre la lesión y continuó descargando al príncipe de toda culpa.

—No se podía esperar de ti que mantuvieses a Adon a salvo de otro dios.

—¿Otro dios? —preguntó Tang—. ¿Piensas que fue Cyric?

—Alguien quiere que piense que fue Cyric. —Mystra no mencionó quién era ese «alguien» porque no quería pronunciar el nombre ante tantos testigos—. Y cuando alguien quiere que yo crea una cosa, me siento inclinada a creer otra.

Mystra estaba pensando en la batalla entre los hlondethar y sus enemigos cuando Máscara se había jactado de haberla engañado con malas artes para que demostrase su propia culpabilidad. Vio lo conveniente que sería para el señor de las Sombras iniciar un enfrentamiento entre ella y Cyric, y se dio cuenta de que Máscara a menudo era proclive a la duplicidad y de que podría haber robado la salud mental de Adon en lugar de usar conjuros o maldiciones para perjudicarla. Decidió que eso era exactamente lo que había sucedido y tomó la resolución de vengarse de él.

Cuando Mystra retiró las manos del brazo de Tang, la inflamación había desaparecido, lo mismo que el enrojecimiento, y no quedaba ni señal de la lesión. El príncipe Tang flexionó los dedos y sonrió.

—Mil gracias, señora de la Magia. —Inclinó la cabeza levemente—. El brazo se me ha curado.

Mystra sonrió.

—Curar tus heridas es lo menos que puedo hacer. Ahora pásame tu espada y tendrás una auténtica recompensa.

Los ojos del príncipe Tang brillaron, y le entregó la espada inmediatamente. La empuñadura y la funda llevaban incrustaciones de rubíes, zafiros y diamantes, pero cuando Mystra la desenfundó se vio claramente que estaba pensada para la lucha. La hoja plateada relucía con el brillo legendario del acero shou centuplicado, lo que permitía un filo más perfecto que el de cualquier metal elaborado por los mortales.

La diosa pasó el dedo por el filo, cubriéndolo con una película de su roja y reluciente sangre. Ésta se convirtió en volutas de humo pardo y a continuación una luz carmesí relució en el interior del acero shou. Tan hermoso era este brillo que todos los presentes sofocaron un grito de admiración.

Mystra volvió a enfundar la espada.

—Esta espada matará a cualquier perro al que ataques, ya sea que la criatura haya sido engendrada por criaturas mortales o sobrenaturales.

Aunque era tan inescrutable como cualquier príncipe Shou, Tang no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—¿Cualquier perro, señora de la Magia?

—Sí, príncipe Tang. —Un murmullo de perplejidad se extendió entre los espectadores. Mystra hizo caso omiso de él y mantuvo la atención fija en el príncipe—. Y mientras la sostengas en tu mano, ninguna bestia podrá seguirte el rastro, sea una criatura de este o de otro mundo.

—Ah, qué magnífico. —Tang aceptó la espada e inclinó la cabeza, pero en sus ojos se reflejaba una confusión evidente. Los príncipes shou estaban más acostumbrados a perseguir a asesinos que a perros—. Me será sumamente útil. Estoy seguro de que me salvará la vida... algún día.

—Es sólo una pequeña muestra de gratitud por las atenciones que le dispensaste a Adon. Espero que te preste un buen servicio.

Mystra condujo al príncipe Tang de vuelta al templo entre los susurros de los presentes. Podría haber escuchado cada una de sus palabras de haberlo querido, pero no era necesario; sabía que su plan funcionaría.

Los ladrones de la Máscara Púrpura habían estado robando planchas de alabastro y carretas de mármol desde el día en que se empezó la construcción del templo, y sin duda tendrían espías entre los que la habían visto bendecir la espada de Tang. Esos mismos espías pondrían al tanto de su regalo a los jefes de sus gremios, y éstos no tardarían en darse cuenta de la ventaja que semejante arma podía dar a su divino patrono. Antes de que el príncipe Tang llegara a su palacio, el propio Máscara conocería los poderes especiales del arma, y entonces Mystra se tomaría su venganza.

O eso pensaba la estúpida Ramera.

Capítulo XXXI

Después de mi audiencia con el Uno, me marché de Arabel y galopé hacia el norte pasando por Tilverton y por el Desfiladero de las Sombras hasta el Valle de las Sombras, donde vivía un pueblo de granjeros ignorantes y un fastidioso y viejo baboso llamado Elminster. Ruha, que había hecho noche en Arabel para que un sanador atendiera el ojo herido de *Nube de Plata*, me seguía con medio día de retraso, tan persistente como su mala reputación. Cada tanto, al coronar un paso de montaña o cruzar una vasta hondonada, echaba una mirada hacia atrás y veía una mota en el cielo meridional que me confirmaba que ella seguía allí, siguiendo mi rastro tal como el Perro del Caos persigue a Máscara. Y entonces maldecía a la bruja infernal y alzaba los ojos al cielo preguntándome qué le habría hecho yo, aunque, por supuesto, jamás recibí respuesta alguna. La verdad era que no me odiaba por que le hubiera hecho jamás algún mal, sino por mi aparición en los terribles sueños y visiones que había tenido últimamente, y porque temía que esos espejismos la volvieran tan loca como a Cyric si no conseguía detenerme.

Pero aunque la bruja hubiera estado más lejos, no me habría detenido más tiempo del necesario para que *Halah* saciara su apetito. La visita de Cyric había renovado mi celo por el sagrado peregrinaje, ya que no tenía el menor deseo de enviar a mi infiel esposa a la Ciudad de los Muertos, ni de unirme allí con ella, lo cual sin duda sería mi destino si no conseguía recuperar *La verdadera vida* y curar al Uno de su locura. Renovada así mi santa devoción, cabalgué día y noche, sin pensar en descansar ni en comer ni en ninguna necesidad que no pudiese ser satisfecha en el tiempo que le llevaba a *Halah* ingerir su comida.

Y tal era mi fervor, que cuando entramos en una pequeña y cenagosa aldea y vi el sagrado símbolo del Uno ondeando en lo alto de una imponente fortaleza negra, sólo me detuve el tiempo necesario para pedir comida para *Halah* y para mí. Como de costumbre, al principio los acólitos se mostraron reacios a proporcionarme alimentos cuando les dije que no iba a pagar, pero su actitud cambió en cuanto percibieron la presencia de Cyric en mi persona. *Halah* fue conducida al corral de las cabras y a mí me llevaron a una sala y me sentaron a la cabecera de una larga mesa de banquetes. Al igual que el resto del templo, toda la sala se sacudía y temblaba por los efectos de los injustos ataques de Mystra al Uno, pero yo estaba demasiado cansado como para que esto me inquietara.

Mientras esperaba a que me trajeran la comida, dos Creyentes se me colocaron uno a cada lado con las manos sobre la empuñadura de sus espadas. Uno de ellos, un hombre musculoso con ojos de mirada dura y rostro afilado, llevaba una túnica de color púrpura bordada con plata negra. El otro, cuyos hombros eran tan anchos como los de *Halah*, vestía una armadura de cuero rojo, y fue él quien me habló.

—¿Quién eres tú para venir a Voonlar e insultar a Gormstadd —al decir esto señaló con un dedo a su compañero vestido de seda— dando órdenes a sus monjes en su propio templo?

Respondí sin ponerme de pie.

—Soy Malik el Sami yn Nasser, y realizo un sagrado peregrinaje en nombre del Uno. Es un gran honor para Gormstadd —aquí yo también señalé al hombre de la túnica de seda— ayudarme en lo que pueda.

Esto hizo que los dos hombres abandonaran su gesto torvo y retiraran las manos de las armas, pues como cualquier verdadero creyente, pronto percibieron la presencia del Uno. En ese momento llegó un monje con una bandeja repleta de comida y bebida, y el propio Gormstadd cogió la bandeja y se la entregó al hombre de la roja armadura.

—¿Por qué no le sirves tú mismo, Buorstag?

Buorstag asintió, puso el jarro en la mesa delante de mí y lo llenó con la hidromiel que había en la jarra. Esto me animó mucho, ya que me hizo pensar en el gran honor y el poder que tendría en cuanto hubiera salvado al Uno.

—Pareces cansado, el Sami —dijo Buorstag. Con su propia daga cortó un trozo de pan y lo mojó en la miel—. Tal vez deberías quedarte y descansar en Voonlar.

Negué con la cabeza.

—Me persigue una bruja arpista, y si dejo que me dé alcance nunca podré curar al Uno de su locura.

¡No sé si era mi propio cansancio o el conjuro de Mystra lo que me hizo pronunciar estas últimas palabras, pero en cuanto las dije me di cuenta de que había cometido un gran error! Buorstag y Gormstadd se miraron con gesto contrariado y volvieron a llevar las manos a las armas.

De un salto me puse en pie para huir. Gormstadd me puso una mano en el hombro y Buorstag me cogió por un brazo, y pensé que iban a encadenarme y denunciarme a nuestro señor oscuro.

Sin embargo, era tal el respeto que les inspiraba la presencia que había en mí, que pensaron que era más prudente pasar por alto mi blasfemia o hacer como si no hubieran oído nada.

—Esta arpista... ¿podrías describirla? —preguntó Buorstag.

Por la fuerza con que cogía la espada me di cuenta de que le gustaban tanto como a mí las arpistas entrometidas.

—Por supuesto, la reconoceréis por el hipogrifo que monta y por el velo con que se cubre la cara.

—Bien —dijo Gormstadd empujándome otra vez hacia mi silla—. Acaba tu comida. Buorstag se asegurará de que la arpista no te dé alcance.

Capítulo XXXII

El príncipe Tang pasó el día reuniendo a su compañía de guardaespaldas y cabalgando de regreso al palacio del Jengibre, que estaba a aproximadamente medio día de camino hacia el sur de Elversult. Terminó el viaje tan agotado que dio orden a sus criados de lavarlo y meterlo directamente en la cama. Ni se movió hasta bien entrada la noche, cuando lo despertó de un sueño profundo un extraño y lóbrego aullido. El aullido sonaba al mismo tiempo lejano y próximo, como si sus aposentos se hubieran ampliado hasta una extensión de muchos *li*.

Tang pensó en el regalo de Mystra y se incorporó. Su cama configuraba su propia habitación, cubierta como estaba por un dosel de seda y cerrada por paneles lacados donde estaba representado todo tipo de monstruos lascivos. Éstos eran los guardianes de su sueño, que evitaban que los malos espíritus le robaran el alma mientras dormía. Al no oír ni el menor ruido proveniente de su sirvienta nocturna, que permanecía sentada detrás de los paneles al pie de la cama, se preguntó si el aullido habría sido un sueño.

Entonces llegó otro aullido, más alto que antes y tan fantasmagórico que hizo que un escalofrío le corriera por la espalda. La sirvienta nocturna no abrió un panel ni hizo el menor intento de despertarlo, cosa que a Tang le resultó extraña. Buscó bajo la almohada y sacó una daga de acero shou plateado, después se arrastró hasta el extremo de la cama, preguntándose si la diosa habría previsto esto cuando bendijo su espada. Introduciendo la punta del cuchillo entre dos paneles los abrió lentamente, procurando no hacer el menor ruido.

La sirvienta nocturna yacía en el suelo; tenía los ojos muy abiertos y la mirada vacía fija en la pequeña lámpara que mantenía encendida sobre la mesilla de noche. El cordón color púrpura con que la habían estrangulado permanecía enrollado alrededor de su cuello, y la forma tenebrosa del asesino se vislumbraba unos pasos más allá, de espaldas a la cama. A la luz vacilante, el cuerpo del intruso parecía inestable y etéreo como el humo. Estaba contemplando el armero donde Tang guardaba sus piezas más preciadas. El armero se parecía a una escalera y en cada peldaño había una funda enjoyada que valía por toda una caravana de incienso. En el nivel más alto estaba el *chien* que Mystra había bendecido.

Tang no llamó a sus guardias pues supuso que el intruso ya los habría matado. Se limitó a mirar la siniestra silueta con creciente perplejidad. El ladrón estaba mirando el *chien*, pero parecía reacio a cogerlo.

Tang no supuso que el intruso fuera Máscara, y el dios de los Ladrones tampoco se dio cuenta de que Tang se había despertado ya que estaba totalmente absorto en la contemplación de la espada. Incluso a través de la funda, la magia de Mystra se irradiaba con tal fuerza que lo cegaba. Esto hizo que el dios ladrón desconfiara más

que nunca, ya que en cuanto oyó la plegaria del jefe del gremio supo que la espada era el señuelo para hacerlo caer en una trampa. A pesar de todo había venido. Un arma capaz de mantener a raya al Perro del Caos, o de matarlo, bien valía cualquier riesgo.

El aullido lúgubre de Kezef volvió a sonar a lo lejos. El señor de las Sombras se estremeció, imaginando qué sucedería si los colmillos rezumantes de veneno de la bestia se hundían alguna vez en su tenebrosa carne. Rebuscó bajo la capa y sacó un trozo de carne cruda de venado que arrojó a un rincón oscuro. Entonces extrajo un lobezno medio muerto de hambre de su otro bolsillo y lo puso en el suelo para ver si la magia de la espada podía impedir que el animal encontrara su comida.

El lobezno echó una mirada en derredor, después aplicó la nariz al frío mármol y cayó muerto.

Máscara estuvo a punto de gritar de alegría, ya que el arma era más poderosa de lo que esperaba: había matado al lobezno sin siquiera tocarlo. Sólo faltaba encontrar la trampa de Mystra y desactivarla, una tarea que el aura cegadora de magia haría mucho más difícil.

Desde el mismo rincón oscuro por el que había entrado Máscara llegó otro aullido, esta vez tan fuerte que hizo que retemblaran los paneles lacados de la cama del príncipe.

Tang se encogió, temiendo que el sonido atrajese la atención del intruso hacia su escondite. Pero eso no sucedió. El ladrón, y el príncipe pensaba que era simplemente eso, retrocedía y avanzaba frente al armero.

En la oscuridad, la figura parecía a veces un elfo y otras un hombre, y por un momento incluso pareció un orco. Tang atribuyó estos cambios a distorsiones de la escasa luz.

El príncipe no podía imaginar por qué vacilaba el ladrón, pero deseaba que por fin pudiera encontrar el valor para hacer lo que iba a hacer. Los extraños aullidos lo convencieron de que Mystra había previsto la necesidad de esa arma, y se proponía atacar tan pronto como el intruso echara mano del chien. Por desgracia, daba la impresión de que el perro llegaría a la habitación antes de que el tipo se decidiese.

Tang seguía mirando por la rendija abierta entre los paneles, observando mientras el intruso estudiaba el armero. Dos veces más aulló el perro, y eso perturbó incluso al ladrón, que se estremeció como una tela vacía y miró en la dirección de donde venía el sonido.

Un gruñido sordo atravesó la habitación y aparecieron un par de ojos amarillos en el rincón oscuro. Los ojos empezaron a agrandarse, y el príncipe no se atrevió a seguir mirando. Abrió el panel y se lanzó sobre el intruso con la daga lista para atacar.

La silueta más que volverse se onduló, y el príncipe se encontró frente a los ojos

color ciruela de un enorme gnoll. Como todos los nobles shou, Tang dominaba el arte del combate mortal, y en un abrir y cerrar de ojos se paró en seco y descargó en la rodilla del gnoll una patada capaz de partir en dos un árbol ginkgo.

Lo único que consiguió fue romperse varios huesos del pie.

—¡Necio! —dijo el intruso con desdén—. Déjame a solas o...

El gruñido proveniente del rincón se convirtió en un aullido estruendoso, y un hedor insoportable a carne podrida llenó la habitación. Se oyó el ruido de las garras contra el suelo, y el príncipe supo que si no recuperaba su chien estaba perdido. Amagó otra patada y lanzó una cuchillada entre los ojos de su enemigo para hacerlo a un lado y coger la espada.

Un brazo tenebroso descendió para bloquear el ataque y Tang salió despedido hacia su cama. En ese momento el príncipe entrevió a una bestia enorme que pasaba por debajo de él mientras atravesaba un par de los paneles deslizantes y se encontró tirado sobre la cama, donde había empezado.

Aunque le dolía todo el cuerpo, de una voltereta se acercó al borde de la cama y vio a una criatura tan grande como un caballo con una cola que no eran más que huesos y un halo de aliento oscuro que le rodeaba la enorme cabeza. La bestia se detuvo y se sacudió, esparciendo una nube de gusanos movedizos en todas direcciones, y a continuación se lanzó sobre el ladrón. Tang dio un respingo, seguro de que el perro lo atacaría a él en cuanto hubiera dado cuenta del intruso.

Consciente de que Tang lo había dejado sin escapatoria, el ladrón dio la vuelta en redondo y cogió la espada, tratando de completar el círculo y de atacar al Perro del Caos en un solo y fluido movimiento.

No pudo hacerlo.

Un brazo delgado salió del armero donde estaba el chien y asió a Máscara por la muñeca. Éste trató de soltarse encogiendo su tamaño, pero cuanto más delgado se volvía su brazo, más fuerte lo cogía la mano que lo atenazaba.

—¡Mystra!

Mientras Máscara pronunciaba entre dientes el nombre de la diosa, el Perro del Caos, de una dentellada, le arrancó una pierna a la altura de la cadera. Una gran descarga de negrura estalló en la habitación haciendo trizas los paneles del dosel y lanzando los muebles contra las paredes.

El veneno de Kezef se extendió por las venas del señor de las Sombras, llenándolo de una debilidad abrasadora que parecía consumirlo desde dentro. Sintió que se adueñaba de su cabeza una penumbra ondulante y que los miembros se le consumían transformándose en tallos quebradizos mientras el espíritu se le escapaba por las venas seccionadas. En ese momento se dio cuenta de lo necio que había sido al enfurecer a la diosa de la Magia.

El señor de las Sombras sacudió la cabeza para aclarar sus ideas y vio la gran

cabeza de Kezef por encima de él. De sus babeantes fauces colgaba la pierna que le había arrancado, pero no hacía intento de volver a atacar. En lugar de eso, mantenía los ojos furiosos fijos en el chien, ya que podía percibir la magia de la espada y también su finalidad, lo cual le hacía extremar la cautela. Máscara se volvió a mirar el brazo que había brotado de la madera pulida del armero de Tang.

—¡Mystra, espera! —rogó el señor de las Sombras. Todas las espadas, excepto el chien bendecido, cayeron al suelo con gran estruendo—. Deja que me salve y le diré a Tempus que retire los cargos.

—Es demasiado tarde para eso. —El avatar de Mystra se desprendió del armero y tomó forma. Sujetaba con una mano la muñeca de Máscara y con la otra sostenía el chien—. ¡Después de lo que has hecho no puedes comprarme con una simple concesión!

—¡Creía que eso era lo que querías!

—Ya no.

Con un giro de muñeca, Mystra sacó el chien del príncipe Tang de la funda. De inmediato, la hoja desnuda llenó la habitación de un resplandor carmesí. La forma sombría de Máscara perdió toda similitud con un cuerpo; se convirtió en un charco de sombra sobre el suelo, y la diosa alzó el brazo para golpear.

Cuando la espada ya caía sobre Máscara, un guantelete de acero apareció sujetando el brazo de Mystra. La diosa lanzó un fuerte chillido mientras aparecía un segundo guantelete y le arrancaba el chien.

—¿Es éste el valor de tu palabra?

La voz tonante sacudió la estancia de forma tan terrible que la cama del príncipe se deslizó de un extremo a otro. Acto seguido, mientras los dos guanteletes seguían sujetando a Mystra, un fornido guerrero de una sola mano apareció ante la diosa. Por un momento sus ojos parecieron de un feroz gris acerado, pero a continuación se transformaron en dos negras cuencas vacías. ¡Ni en sueños podría haber imaginado el príncipe Tang que recibiría a semejantes huéspedes! Ahora Tyr el Ciego estaba entre Mystra y el Perro del Caos, apuntando a la diosa con su muñón.

—¡Prometiste no interferir en el juicio!

—Máscara no estuvo en ningún momento en el Pabellón de Cynosure —replicó Mystra debatiéndose contra el guantelete incorpóreo que seguía sujetándole el brazo.

—¡Señora de la Magia, no estoy dispuesto a admitir excusas!

Tan furiosa sonaba la voz de Tyr que Kezef dejó caer la pierna de Máscara y desvió la mirada como muestra de sumisión.

—He estado observando —continuó Tyr—. ¡Tempus te dijo que llamaría a Máscara como testigo e hiciste esto a pesar de todo!

El Ciego señaló el charco de negrura del suelo. Kezef aprovechó ese momento de distracción para coger la pierna y retirarse hacia las sombras, desapareciendo de la

estancia.

—¡Pero Máscara mató a mi patriarca!

—Sé lo que hizo Máscara, y mucho mejor que tú. —Tyr fijó la mirada en el espacio vacío que había al lado de Mystra—. Sujeta a la diosa hasta el juicio. Nadie debe verla ni hablarle, ni comunicarse con ella en modo alguno.

Mientras el Ciego hablaba, el guantelete que sujetaba la muñeca de Mystra le retorció el brazo a la espalda. El segundo guantelete dejó caer el chien y la cogió por la otra muñeca para sujetarle los dos brazos a la espalda. Sólo entonces se reveló el captor de la diosa: podría haber sido una armadura vacía, ya que ésa era la única forma que asumía Helm el Vigilante.

Aunque no tan poderoso como algunas otras deidades, el dios de los Guardianes era tan constante como despiadado, y por eso era el carcelero de los inmortales. Después de haber sido confiada a él, ninguna deidad podía escapar ni persuadirlo para que incumpliera su deber ni superarlo en forma alguna.

Helm acató la orden de Tyr con una inclinación de cabeza y empujó a Mystra hacia la destartada cama, donde el príncipe Tang estaba encogido de miedo. La señora de la Magia sabía que no debía resistirse. Había visto con sus propios ojos al Gran Guardián destruir a la anterior diosa de la Magia durante la Era de los Trastornos, y sabía que no vacilaría en acabar con ella.

Se volvió para hacer una última petición.

—¿Cómo puedes permitir esto, Tyr? ¡Máscara es más culpable que yo de interferir en este juicio!

—Eso me toca a mí decidirlo.

—Pero el Tejido...

—Tú misma lo provocaste —la interrumpió Tyr—, y lo que pueda pasarle al Tejido es también culpa tuya.

Helm empujó a la diosa hacia la cama de Tang casi sin dar tiempo al sorprendido príncipe de abandonarla. Acto seguido, cuatro paredes insondables reemplazaron a los destrozados paneles. El dosel se transformó en un techo de oscuridad y el colchón en un vacío de blanda inexistencia, y Mystra se encontró apresada en una jaula de vacío de la que era imposible escapar.

Helm cogió el cordón púrpura que rodeaba la garganta de la sirviente de Tang y lo ató a la pata de la cama. Entonces sujetó la cuerda con la mano y desapareció de la estancia arrastrando consigo la prisión de Mystra.

Tyr fijó su mirada vacía en el charco estremecido que era Máscara.

—Deja de temblar, señor de las Sombras. El perro se ha ido.

El pozo oscuro tomó la forma de un hombre de una sola pierna.

—¿Por qué has tardado tanto? ¡Kezef casi me mata!

Tyr meneó la cabeza.

—Tuviste suerte de que viniera. Si Mystra no hubiera atacado, habría dejado que Kezef acabara de devorarte.

Dicho esto, el Ciego desapareció, dejando a Máscara que rehiciera su forma como pudiera. El señor de las Sombras se fundió otra vez en una masa informe y se arrastró por el suelo. Primero se transformó en un orco de tres brazos y sin piernas, después en un gnomo con tres piernas y sin brazos, después en una araña con tentáculos en lugar de piernas.

Tang se puso de pie detrás de un diván volcado y vio en el suelo, junto al pozo de sombra, su chien que despedía un rojo resplandor. Atravesó a la carrera la habitación para apoderarse del arma.

En cuanto tocó la enjoyada empuñadura, un zarcillo de fría sombra se desprendió del pozo y lo cogió por la muñeca.

—¡Ni lo sueñes, príncipe! —dijo Máscara entre dientes—. ¡He perdido una pierna por esa espada!

Capítulo XXXIII

Todos los espías tienen un lugar al que temen más que a todos los demás, y para Ruha ese lugar era Voonlar. La ciudad estaba justo al norte de los Valles, donde el camino de Shind se bifurcaba hacia Zhentil Keep y el sendero del norte continuaba hacia Teshwave, y precisamente en ese lugar se había metido la bruja por primera vez en la vida de los demás. Los Arpistas la habían enviado a apostarse en la taberna Encuentro de las Espadas, donde debía hacer de mensajera para otro agente y espiar a los zhentilar que allí se reunían. Este papel exigía que se vistiera a la manera descarada de las mesoneras, es decir, dejando al descubierto la cara y gran parte del pecho. La verdad es que no le faltaba belleza para llamar la atención de los hombres, y no pasó mucho tiempo antes de que un traficante de esclavos le pusiera una moneda de plata en la mano que ella aceptó dando las gracias.

Aunque Ruha acababa de llegar del desierto y no entendió el significado de aquel gesto, un trato es un trato, y no tenía derecho a negar los servicios que se esperaban de ella. El traficante se puso furioso y sacó su daga, y la habría matado de no haber sido porque su acompañante, que casualmente era el espía al que Ruha había ido a ayudar, salió en su defensa. Los dos se vieron obligados a luchar para abandonar la ciudad, dejando al traficante en libertad para vender a cien almas desdichadas como esclavos. Desde entonces, los Arpistas llamaron a este incidente el Desastre de Voonlar.

Fue así que Ruha, sumamente desazonada, llegó a lomos de *Nube de Plata* y sobrevoló bajo y en círculo la bifurcación del camino, preguntándose qué dirección habría tomado yo. Para resolver dilemas de este tipo lo que solía hacer era aterrizar y preguntar por un caballo infernal, ya que *Halah* siempre se las arreglaba para dejar a los lugareños un buen motivo para recordarla, pero la bruja sabía que era inútil hacer preguntas como ésa en Voonlar, donde los aldeanos eran lo bastante prudentes como para sujetar la lengua.

Para colmo de males, la bruja apenas había dormido en cinco días, ni había tenido mucho tiempo para estudiar el diario de Rinda. En cuanto a *Nube de Plata*, a pesar de la pérdida de su ojo, había pasado casi todo el tiempo volando y estaba tan agotado que casi se había quedado en el esqueleto y las plumas. Ruha no tenía más remedio que descansar y realizar algunas indagaciones discretas, confiando en que el velo protegiera su identidad y en que la cerveza soltara la lengua de los lugareños en las tabernas.

La bruja se quitó el broche de arpista y lo guardó en un bolsillo antes de tomar tierra en las afueras de la ciudad. Llevó a su montura más allá del Encuentro de las Espadas, donde tan mal papel había hecho como mesonera, y siguió hasta la otra taberna de Voonlar, llamada el Signo del Escudo. La bruja pagó cuatro monedas de

plata por una cabra esperando que *Nube de Plata* tuviera aún fuerzas para comer y dio instrucciones al mozo de establo para que no le quitara los arreos. Cuando entró en la taberna llevaba el diario de Rinda bajo el brazo.

La sala común era tosca pero limpia, con paneles embadurnados de blanco instalados entre los postes y las vigas. Había algo más de una veintena de personas bebiendo cerveza y esperando que se cociera lo que había en la olla del hogar. Ruha se sentó en un rincón donde podía volverse hacia la pared cuando tuviera que levantarse el velo para comer y a continuación abrió el diario de Rinda esperando encontrar alguna pista sobre el destino al que me dirigía.

"En cuanto a Cyric, ahora se encuentra solo en su Torre Devastada, perdido en sus delirios de grandeza y poder absoluto, dejando que su Iglesia en Faerun se fragmente y debilite progresivamente. Algunos dicen que esto se debe a que la impresión de perder la Ciudad de los Muertos lo volvió loco, pero yo sé que no fue así. Cyric fue el primero en leer el Cyrinishad y sus propias mentiras fueron las que lo volvieron loco".

La bruja bostezó. Una cosa era mantenerse despierta mientras cabalgaba en un excéntrico hipogrifo a gran altura sobre el suelo, y otra muy distinta conseguirlo en una taberna donde hacía calorillo y olía a sopas de centeno. Las letras empezaron a emborronarse ante sus ojos y se le cayó la cabeza, y cuando el pesado tomo de cuero golpeó sobre la mesa, ni siquiera lo oyó.

Ruha habría dormitado durante toda la comida de no haber sido porque un bramido conocido la arrancó de su sueño.

—¡Danos más jarras de cerveza, moza! —La voz del hombre estaba cargada de arrogancia y de rencor, e incluso en sueños la bruja supo a quién pertenecía: a Buorstag Hlammythyl—. ¡Y que sea rápido! Tenemos una sed del tamaño del mar de la Luna.

Cuando abrió los ojos, la bruja vio a cuatro hombres que se sentaban a la mesa contigua. El propio Buorstag vestía de cuero rojo con ribetes de plata. Era el bron de Voonlar, el gobernante electo de la villa, y famoso por su odio a los Arpistas. Aunque le daba la espalda y Ruha tenía la cara bien oculta tras el velo, a la bruja se le aceleró el pulso. Buorstag siempre había preferido el Encuentro de las Espadas, incluso estaba allí la noche de su desastre. No podía imaginar cuál sería el motivo de su presencia en el Signo del Escudo.

Acababa apenas el bron de tomar asiento cuando un quinto hombre que vestía una armadura de cuero negro y pectoral de plata entró en la taberna. Era un verdadero gigante, ya que superaba por dos cabezas a cualquiera de los presentes. La negra barba y el parche en el ojo le daban un aire pícaro que hizo que se fijaran en él las miradas de todas las mujeres que había en el salón, aunque él sólo parecía tener ojos para Ruha. Se fue directo a su mesa y se sentó, ocultando con su corpulento torso a

Buorstag y a los guardias.

—Bien hallada, Ruha —dijo el hombre. Hablaba demasiado alto como para que Ruha pudiera sentirse tranquila, ya que todos los que estaban cerca podían oír sus palabras sin esforzarse—. Parece que tienes un problema. Tal vez haya llegado justo a tiempo.

Aunque todas las servidoras se habían contentado con no hacer el menor caso a Ruha mientras dormía, una de ellas apareció sin que la hubieran llamado llevando las cuatro jarras de cerveza que había pedido Buorstag. Sin apartar la vista del atractivo rostro del recién llegado, colocó tres jarras frente a él y la cuarta frente a la bruja, y ni Buorstag ni ninguno de los suyos protestó.

El desconocido la retribuyó con una sonrisa deslumbrante.

—No tengo ni un cobre.

—Está bien —dijo la chica sonrojándose—. Yo mismo lo pagaré.

Sonrió a su vez, dejando ver unos dientes tan grandes como irregulares, y a continuación se dio la vuelta para volver a sus quehaceres. El extraño cogió una jarra y empezó a beber.

—¿Quién eres? —preguntó Ruha inclinándose por encima del diario de Rinda.

El hombre dejó caer al suelo la jarra todavía medio llena que se hizo añicos dejando una mancha oscura. Unos cuantos clientes miraron hacia el rincón, pero en cuanto vieron al corpulento desconocido, sus gestos de desagrado desaparecieron y volvieron a concentrarse en sus cosas. El tipo se limpió la boca con la manga y se llevó una mano al parche del ojo.

—Vamos, sabes bien quién soy. —El extraño apartó el parche dejando ver una cuenca llena de un torbellino de estrellas—. Soy el que te ha estado ayudando a dar caza a Malik.

Ruha dio un respingo, porque después de la reprimenda de Mystra había adivinado la identidad de su benefactor.

—¿T-Talos?

El desconocido asintió. A continuación acabó otra jarra y la estrelló contra la pared. Nadie protestó tampoco esta vez.

—¡Me engañaste! —dijo Ruha.

—Lo único que hice fue ayudarte..., y estoy dispuesto a volver a hacerlo si me lo pides con muy buenas palabras.

Ruha negó con la cabeza.

—Mystra ya está bastante enfadada conmigo.

—En este momento Mystra no te sirve para nada. —Talos se bebió otra media jarra y después miró en derredor como si estuviera tratando de decidir dónde estrellarla esta vez. Los demás parroquianos se limitaron a observar con una mezcla de desconcierto, temor y respeto en sus rostros—. Tyr la ha encerrado hasta que

termine el juicio. Supongo que sabes lo del juicio. Y cuando éste termine...

Talos se encogió de hombros y a continuación arrojó contra el techo la jarra, que estalló lanzando una lluvia de cerveza y cristales y empapando a los clientes de una mesa.

Talos se mesó la barba.

—¿Podríamos decir que después del juicio tendrás que pedirme a mí tu magia?

—¿Y provocar un nuevo desastre cada vez que formulo un conjuro? —replicó Ruha—. Preferiría prescindir de ella.

—Vaya. —Talos señaló la jarra de Ruha—. ¿Me permites?

Ruha empujó la jarra hacia él sin decir nada.

—Aunque me equivoque sobre lo del juicio, en este momento necesitas mi ayuda —dijo Talos en voz baja—. Estoy convencido de que esos tipos que están detrás de mí saben que eres una arpista, y ya sabes lo que significa esto en esta ciudad. Sin tus conjuros... —el Destructor se recostó en su silla y enarcó las cejas—. La suerte no parece estar de tu lado.

Ruha echó una mirada hacia la puerta y se dio cuenta de que no había elegido un buen lugar, ya que Buorstag y sus hombres le cortarían el paso antes de que pudiera llegar a ella. La ventana tampoco era una salida conveniente. Tendría que saltar por encima de la mesa para llegar a ella, y eso para saltar sólo a la calle, de modo que tendría que pasar por delante de la puerta de la taberna para llegar al establo. A pesar de todo, los hipogrifos ofrecían algunas ventajas a una mujer en apuros, y ella sabía que la ventana era su única esperanza.

La bruja se volvió hacia Talos.

—Ya veo por dónde vas, pero debo correr mis riesgos.

Los ojos de Talos relampaguearon, tanto el bueno como el vacío, y la sonrisa se le heló en los labios.

—¿Rechazas mi ayuda?

Ruha asintió.

—Soy demasiado vieja para aprender un nuevo tipo de magia..., pero si todavía piensas que es importante detener a Malik podrías decirme adónde se dirige.

—¿Por qué? No vas a vivir el tiempo suficiente para darle alcance.

Talos levantó la jarra de Ruha por encima del hombro y, sin mirar, vertió todo el contenido sobre la cabeza de Buorstag. Entonces se marchó. No es que se haya desvanecido en un estallido relampagueante, sino que sólo quedó una pila de cenizas humeantes donde había estado la silla en la que estaba sentado.

Los esbirros de Buorstag se pusieron en pie de inmediato bloqueando el camino de Ruha hacia la puerta, pero el bron se limitó a limpiarse la cerveza de la cara y se volvió a mirar a la bruja. Ruha se mordió el labio inferior tal como Zale le había enseñado, y a continuación, rogando que las paredes de la taberna no llegaran a

amortiguar el sonido, soltó un poderoso silbido.

Buorstag se puso de pie, pero no echó mano a la espada.

—Ese Malik al que quieres coger..., descríbelo, por favor.

Ruha sintió que el corazón quería salirse del pecho, pues no podía imaginar que el hombre a quien más temía fuera a decirle por dónde había huido su presa. Sin embargo, no podía perder nada por responder.

—Es un hombrecillo rechoncho, de tez morena y ojos saltones como los de una mosca. Pero lo más probable es que reconozcas su caballo, una bestia magnífica con ojos de zafiro y unos dientes monstruosos.

Buorstag entrecerró los ojos.

—Tu voz me resulta familiar. —Hizo un gesto de extrañeza y se acercó a la mesa de Ruha—. ¿Y por qué quieres coger a Malik?

Ruha respondió sin vacilar, pues tratar de cambiar la voz no haría más que acrecentar las sospechas del Bron.

—Es un ladrón, y ha robado algo muy importante para mí.

Había dado la misma respuesta en cien lugares, y siempre había satisfecho la curiosidad de quien preguntaba, pero no la de Buorstag. Odiaba a los Arpistas tanto como le gustaba ser bron, y sólo buscaba un pretexto para detener a Ruha que no enfureciera al dueño de la taberna y le costara votos en las próximas elecciones.

Buorstag la miró fijamente, tratando de desconcertarla, pero Ruha estaba habituada a estos juegos y le devolvió la mirada con la misma firmeza. El bron fue el primero en desviar la vista y se agachó para coger el diario de Rinda.

—¿Qué es esto? ¿Tu diario? —Pasó la página y empezó a leer:— *«En cuanto a lo que fue de "La verdadera vida de Cyric", tengo entendido que Fzoul Chembryl todavía lo conserva en un lugar seguro dentro de las ruinas de Zhentil Keep».*

—¡Claro! —murmuró Ruha para sí.

Buorstag no le prestó la menos atención y siguió leyendo, buscando todavía un pretexto para arrestarla.

—*«Aunque me gustaría que estuviera en manos de un guardián más digno de confianza, ruego que sea verdad. "La verdadera vida" es el único medio para desvincular las mentes sojuzgadas por las mentiras del "Cyrinishad", y me temo que llegará un día en que sus verdades palmarias serán necesarias para salvar...»*

En este punto Buorstag dejó de leer.

—¿Qué es esta blasfemia? —Su voz temblaba de ira, ya que él era un devoto leal del templo de Cyric en Voonlar—. ¡Aquí el sacrilegio va contra la ley!

Ruha no respondió, pues estaba demasiado aturdida por la sospecha que acababa de concebir. Era evidente que su presa iba hacia Zhentil Keep, pero ¿era posible que el astuto y pequeño espía se propusiera recuperar La verdadera vida de Cyric? ¿Que tuviese intención de curar a Cyric de su locura? La bruja estaba atónita, demasiado

maravillada por lo brillante de ese plan.

—¿No me oyes? —repitió Buorstag—. ¡Este libro va en contra de la ley de Voonlar!

—Entonces tal vez deberías confiscarlo. Pertenece a Malik.

Esto consiguió confundir a Buorstag por un momento.

Ruha se puso en marcha hacia la puerta.

—Si me disculpas...

—¡Espera un momento! Yo conozco esa voz. —Buorstag se inclinó por encima de la mesa y arrancó el velo que cubría la cara de Ruha—. ¡Tú!

La bruja volvió a morderse el labio inferior y repitió el silbido mientras trataba de escabullirse hacia la puerta. Buorstag y sus esbirros se dispusieron a cortar el paso. Ella dio una voltereta por encima de la mesa, saltó a la siguiente y fue recorriendo la taberna de mesa en mesa.

—¡Detened a la arpista! —gritaba el bron—. ¡Detenedla!

Su orden llegó demasiado tarde, cuando Ruha ya saltaba por la ventana y llamaba a *Nube de Plata*. Tocó el suelo dando una voltereta, y cuando volvió a poner los pies en el suelo el hipogrifo volaba ya por encima de la puerta del establo. La bruja no le ordenó a la bestia que bajara, sino que alzó los brazos y dejó que la cogiera con sus garras. Para cuando Buorstag salió corriendo a la calle, los dos se alejaban ya por encima del templo del oscuro dios renacido camino de Zhentil Keep.

Capítulo XXXIV

Una línea de oscuras almenas se elevaba en el lejano horizonte como una barrera al final del camino. La cinta ocre del río Tesh rezumaba desde el oeste mientras el gris mar de la Luna se extendía hacia el este y un velo de niebla amarillenta se cernía sobre las murallas. Todo tal como lo había descrito Rinda en su diario. Por fin había llegado a mi meca, a la gran Zhentil Keep.

Hubiera hecho marchar a *Halah* a galope tendido de no ser porque ella ya volaba sobre el camino a su paso habitual y todo lo que podía hacer yo era tratar de no escurrirme por la grupa. Mi largo viaje tocaba a su fin, sin embargo tenía por delante la parte más ardua de mi búsqueda. Lo que tenía que hacer ahora era robar *La verdadera vida de Cyric* a Fzoul Chembryl y convencer al Uno de que lo leyera, y sólo quedaban cuatro días para el juicio.

A medida que *Halah* se acercaba a Zhentil Keep pude ver que el Uno había infligido a la ciudad un terrible castigo por su traición. Había permitido que los dragones y gigantes redujesen las barbacanas y las torres de los vigías a ruinas, y grandes lienzos de piedra pálida señalaban las muchas reparaciones efectuadas tras sus ataques a las murallas. De todos los edificios de altura suficiente como para sobresalir por encima de las murallas sólo algunos conservaban sus pisos más altos, y todavía menos tenían tejado. Era difícil distinguir más desde la distancia, ya que un enorme promontorio redondo se elevaba en el extremo más distante del río, y los detalles de formas oscuras se desvanecían contra la superficie escarpada de esta extraña colina.

Cuando *Halah* y yo estuvimos lo bastante cerca para ver un grupo de chozas fuera de las puertas, me di cuenta de que Zhentil Keep ya no era la grandiosa ciudad que Rinda había descrito en su diario. La totalidad de la construcción abarcaba unos mil pasos de este a oeste, y a duras penas podía tener una décima parte de ancho sin verterse en el río Tesh, que la separaba del promontorio redondeado que quedaba al otro lado. ¡Un recinto tan pequeño podía parecer una ciudad a los bárbaros orientales, pero era poco más que un cruce de caminos para un mercader de mundo de Calimshan!

Refrené a *Halah* y entonces me di cuenta de que la colina del otro lado del río estaba formada por trozos de piedra. Parecía una pila de escombros, ya que entre las rocas había grandes trozos de paredes de argamasa arrojados allí sin arte ni concierto. A no ser porque el montículo superaba muchas veces en extensión a la propia Zhentil Keep, habría pensado que era una especie de vertedero.

Halah avanzó al trote entre las chozas que se levantaban extramuros, y la extraña colina se perdió de vista tras las almenas de la ciudad. La puerta estaba abierta, y dos guardias salieron de la caseta y cruzaron sus alabardas sobre el camino. Los dos eran

tan corpulentos como un eunuco de harén, y por encima de sus cotas de malla llevaban tabardos negros con el emblema de Zhentil Keep: un puño con un guantelete blanco coronado por una joya.

Tiré de las riendas de *Halah*, haciendo que se detuviera bajo el rastrillo. De inmediato, una multitud de mendigos llenó la calle del otro lado, dispuesta a asaltarme en cuanto me franquearan la entrada. Dos hombres surgieron también de las chozas detrás de mí. Uno de ellos llevaba un mugriento mapa en la mano, y el otro conducía a un joven andrajoso al que indudablemente quería hacer pasar por un guía. Temiendo que *Halah* se comiera a alguien, les hice señas de que se apartaran y fijé mi atención en los guardias que tenía ante mí.

—¿Se me permite entrar?

—Di tu nombre y el asunto que te trae a Zhentil Keep —ordenó el de más edad. De detrás de él llegaba un olor acre de turba encendida y el murmullo de una ciudad activa—. Y enséñanos el dinero que llevas para que podamos saber que puedes pagar tu entrada.

Cualquier mercader que haya visitado tantas ciudades como yo sabe muy bien que jamás debe mostrar su dinero al llegar a las puertas. Si los propios guardias no son ladrones, sin duda trabajan en colaboración con otros que sí lo son, e incluso aunque sean honestos, siempre tratan de determinar la tarifa que pueden cobrarle a uno.

No hice ademán de mostrarle nada.

—Tal vez sería mejor que me dijerais cuánto cuesta entrar en Zhentil Keep y yo decidiré si puedo pagar o no.

El guardia estudió mi destrozada aba y a mi magnífica cabalgadura, tratando de determinar si era un ladrón de caballos o la víctima de unos salteadores de caminos; su único interés en la cuestión era que podían cobrarle más al ladrón que a la víctima. *Halah* pifó despidiendo una nube de vapor negro mientras miraba a los soldados, y rogué que se diese cuenta de lo dura que resultaría para sus dientes la cota de malla.

Por fin, el guardia de más edad decidió que yo tenía más pinta de víctima que de ladrón.

—La tarifa es una pieza de plata.

—¡Una pieza de plata! —grité. Yo había acumulado una pequeña reserva con lo arrebatado a las víctimas de *Halah* y podría haber pagado diez veces ese precio, pero mi padre me había enseñado que es sabio tratar de sacar provecho de cualquier situación, de modo que negué con la cabeza—. ¡Tendré que dormir en las calles! Puedo darte esto, nada más.

Busqué un cobre bajo mi aba, pero la magia de Mystra me obligó a llevar la mano al bolsillo donde guardaba las monedas de plata y fue una de éstas la que le di al guardia. El hombre la cogió y sonrió sorprendido. Sólo pude reprimir un grito de

desencanto, pues estaba casi seguro de que me habría dejado entrar por apenas tres cobres.

Acicateé a *Halah* con los talones para que avanzara. La yegua dio dos pasos, pero se encontró ante sus narices con las alabardas cruzadas y descubrió los aguzados colmillos. Los guardias enarcaron las cejas pero no retiraron las armas.

—Ahora dinos tu nombre y lo que te trae por aquí —dijo el más joven de los dos, y me di cuenta de que disfrutaba de esta parte de su obligación más que su compañero cobrando la tarifa—. No queremos indeseables en Zhentil Keep.

—Mi nombre es Mu... —El maldito conjuro de Mystra hizo que me tragara la mentira que había pretendido decir—. Mi nombre es Malik el Sami yn Nasser, y todo lo que necesitáis saber es que es un asunto privado relacionado con un residente en vuestra ciudad —y el conjuro de la zorra otra vez me obligó a añadir—: Fzoul Chembryl.

De inmediato me di cuenta de que esto había sido una terrible desgracia. El portador del mapa y el guía contratado se retiraron rápidamente a sus chozas, y los mendigos desaparecieron rápidamente hacia las calles, dejando sólo a una bruja de pelo pajizo y a dos viejos para asaltarme. Maldije la magia de la Ramera, pues no tenía ningún interés en que se supiera que había venido en busca de Fzoul Chembryl.

Sin embargo, el mayor de los dos guardias reaccionó con tranquilidad, bajando su alabarda e indicando a su compañero que lo imitara.

Se puso a mi lado.

—Harías bien en no mencionar demasiado al supremo Tyrannar. —Mientras susurraba esto, *Halah* giró la cabeza como para observar al hombre, y de no haber sido porque éste tuvo el cuidado de interponer su alabarda entre el hombro y los dientes de la bestia, sin duda habría perdido un brazo—. Fzoul está en la lista de lord Orgauth para el tajo.

—Ya veo. —Tratando de sacar el mejor partido a una mala situación, me incliné para preguntar—. ¿Puedes decirme dónde está su palacio?

—¿Palacio? ¿En Zhentil Keep?

—Entonces tal vez el templo de Iyachtu Xvim. He hecho un viaje tan largo...

—¿Eres uno de los Fieles?

El guardia alzó la mano y parpadeó dos veces con ambos ojos, y yo, acostumbrado a comprar artículos a gentes que usan símbolos secretos, reconocí la señal de inmediato. Yo mismo la repetí y asentí, considerándome a salvo de la magia de la Ramera mientras consiguiera resistir el impulso de hablar.

Pero entonces se me abrió la boca sin quererlo y las palabras salieron de mis labios.

—Soy un fiel de nuestro señor Cyric, el Uno y el Todo.

—¿Un cyricista? —El guardia se apartó como si yo fuera un leproso—. ¿Un

apestoso y sucio cyricista?

Después de los días pasados en el camino, yo estaba seguro de que merecía eso y más, pero no necesitaba oírlo de boca de un simple centinela. Le di un puntapié en el pecho y azuzé a la yegua, y *Halah* pasó de un salto al lado del otro guardia y entró en Zhentil Keep. En cualquier otra ciudad, los guardias que había dentro de la caseta nos hubieran lanzado una andanada de proyectiles, pero en este caso sólo una piedra cayó sobre mi hombro.

—¡Adorador de Cyric! —gritó alguien a mis espaldas. Al mirar hacia atrás vi al joven centinela y a su compañero de más edad recogiendo más piedras, y a continuación un gran número de nabos podridos cayeron reventándose contra mí. Hubiera preferido que dispararan sus ballestas, ya que entonces la magia de Tyr me habría protegido y no hubiera quedado cubierto de una sustancia pulposa y maloliente.

Los guardias de la puerta lanzaron sus piedras.

—¡Amante de Cyric!

Intrigado por la extraña alarma que estaban dando los guardias, me volví hacia adelante y vi a los mendigos que salían de los callejones.

Empezaron a lanzar sobre mí todo tipo de basura, y se les unieron en esto los ciudadanos bien vestidos que arrojaban piedras y los albañiles que tiraban paletadas de argamasa. Desde una ventana alta incluso alguien lanzó una bacinilla llena que se rompió sobre la cabeza de *Halah*.

Esto fue demasiado para un animal tan orgulloso. *Halah* se levantó de manos lanzando nubes negras por las fosas nasales, después se volvió sobre nuestros atacantes y empezó a golpearlos con los cascos. Yo no podía hacer otra cosa que mantener los dedos bien sujetos a sus crines para no caer. Sentí que el corazón de Cyric se llenaba de ira en mi pecho, y la sangre me empezó a golpear en los oídos con tal fuerza que a duras penas oía los insultos de la multitud.

Los poderosos cascos de *Halah* hicieron que un corpulento albañil atravesara la pared que estaba reparando.

—¡Necios! —grité señalando la cabeza sangrante del hombre—. ¡Eso es lo que les espera a los que insultan al Uno!

Halah se lanzó sobre un mercader vestido de seda y le clavó los dientes en el hombro, a continuación sacudió la cabeza y lo lanzó al otro lado de la calle.

Yo seguí la trayectoria con el dedo.

—¡Así es la ira de Cyric!

Por fin, la multitud empezó a retroceder y me dio ocasión de echar un vistazo en derredor. Nos encontrábamos en un bulevar empedrado y muy concurrido bordeado por grandes edificios oficiales de piedra de aspecto sombrío. Muchos estaban cubiertos de andamios y rodeados por pilas de piedras, ya que los albañiles seguían

trabajando para reparar el daño producido la última vez que Zhentil Keep había insultado al Uno. En el otro extremo de la avenida, que no estaba a más de cinco manzanas, había otra puerta abierta que dejaba ver un puente a medio construir sobre el río Tesh y que acababa sobre el extraño montículo de escombros en el que había reparado antes.

El ruido de botas a la carrera puso fin a mi breve respiro. Me volví para ver una hueste de tabardos negros que salían corriendo de la caseta. Aunque la protección de Tyr me protegería de sus alabardas y ballestas, haría poco por librarme del calabozo si dejaba que me cogieran. Azuzé a mi montura hacia la puerta del río y fue entonces cuando vi a la vieja de pelo pajizo que se puso en el camino de *Halah*. Se contaba entre los mendigos que no se habían perdido en los callejones cuando mencioné el nombre de Fzoul Chembryl.

La vieja alzó los brazos.

—¡Espera!

Halah piafó y se alzó de manos mientras la mendiga se encogía y se protegía la cabeza con los brazos.

—¡No me mates si amas a Cyric!

Los cascos de *Halah* tocaron el suelo junto a la vieja mientras las ballestas chasqueaban a mis espaldas. Dos virotes me dieron de lleno en la espalda, pero se enredaron en mi sucia aba sin causarme el menor daño.

La vieja se quedó boquiabierta.

—En el nombre del Uno y el Todo.

—¿Qué quieres, anciana? —Eché una mirada por encima del hombro y vi a los guardias a menos de diez pasos de mí—. No tengo tiempo.

—Entonces ayúdame a levantarme. —La vieja me tendió un brazo—. Estarás a salvo en el templo.

La cogí de la mano y tiré de ella al tiempo que ponía a *Halah* al galope.

—¿Cyric tiene un templo en esta ciudad blasfema?

—Gira a la izquierda. —La vieja señaló un callejón lateral—. Entre nosotros hay quienes saben que Zhentil Keep merecía ser arrasada. Como ya has visto, no somos muy populares, pero lord Orgauth teme la ira del Uno y protege nuestro templo.

Recorrimos unos veinte pasos por un callejón tan estrecho que mis piernas rozaban contra las paredes a ambos lados. En ese corto trayecto *Halah* saltó por encima de dos mendigos dormidos y tumbó a otro. Finalmente la vieja se soltó de mi cintura y señaló otra sórdida calleja.

—¡A la derecha!

Giramos, recorrimos otros doce pasos y salimos a un bulevar más amplio y más concurrido todavía que aquel por el que habíamos entrado en la ciudad.

—¡A la izquierda!

Mientras hacía que *Halah* girase en la dirección indicada, la yegua se las ingenió para hacer una pasada por un puesto callejero y, tras aplastar una jaula de pollos, se apoderó de un gallo al que engulló con plumas y todo mientras galopábamos avenida abajo.

—¿Puedes ayudarme a encontrar a Fzoul Chembryl? —le pregunté a la vieja por encima del hombro.

—Por supuesto, pero no deberías haber preguntado por él en la puerta. Tiene espías allí lo mismo que nosotros, y ahora ya te estará esperando.

—Era inevitable —respondí, y era verdad como todo lo que dije ese día.

Después de apenas ciento cincuenta pasos, la vieja me guió por una corta calle lateral hasta el patio de un edificio negro y achaparrado. Su estado no era mejor que el de la mayor parte de las estructuras de Zhentil Keep. Le faltaba casi toda la segunda planta y el techo, y los blasfemos residentes de la ciudad habían pintado en sus muros toda clase de obscenidades culpando a Cyric de haber arrasado la ciudad.

Teniendo en cuenta los sacrilegios que había observado hasta el momento, el Uno había mostrado hacia la ciudad más clemencia de la que merecía.

La bruja se dejó caer por la grupa de *Halah* y empezó a aporrear las puertas de cobre del templo.

—¡Fray Fornault, soy la hermana Svanhild! —Me indicó que avanzara—. ¡Rápido, abre las puertas! ¡El Uno nos ha enviado a un salvador!

Capítulo XXXV

En un lugar tan extenso como Faerun mueren diariamente cientos de personas, de modo que al Serafín de la Muerte le bastó muy poco tiempo para observar los momentos finales de mil diez mortales, tal como Kelemvor le había ordenado. Ahora Avner estaba en la Torre de Cristal rindiendo cuentas de todo lo que había visto. El señor de la Muerte estaba hundido en el trono de cristal con expresión agotada y sombría mientras escuchaba el informe.

—En el pantano de Nether —iba diciendo Avner—, un dragón negro se alzó debajo de una batea en la que iba Goodwin de Haywood. En cuanto el wyrm abrió la boca, Goodwin sacó su espada y de un salto se metió en sus fauces.

Kelemvor alzó la mirada apesadumbrada.

—¿Con qué fin?

—Ninguno. La batea ya se estaba hundiendo y algunos de sus compañeros se ahogaron mientras otros alcanzaban la orilla nadando. No había forma de salvar el tesoro, y Goodwin podría haberse salvado arrojándose al agua.

—¿Y algunos de sus compañeros que se ahogaron también?

—Sí. Era un buen nadador y llevaba una armadura ligera. —El Serafín de la Muerte hizo una pausa mientras estudiaba la expresión sombría de su dios. Después añadió—: La muerte de Goodwin hace las mil diez. ¿Debo ir a observar más?

El señor de la Muerte nada dijo, pues hay un momento en que hasta el más ciego de los tontos se da cuenta de lo erróneo de su conducta. Kelemvor vio que había hecho un mal papel como dios de la Muerte, especialmente por comparación con Cyric, que en su infinita sabiduría sabía que los hombres eran criaturas débiles y egoístas que siempre buscan la manera más fácil de hacer las cosas, excepto cuando temen algún dolor o angustia terribles. Debido a ello, el Uno había convertido su reino en un lugar de amargas tristezas para impedir que los Infieles y los Falsos consideraran a la muerte como una forma de escapar a sus vidas duras y vulgares, y también para evitar que los Fieles dieran la espalda a sus propios dioses. Todo esto había hecho Cyric por el bien de los mortales de Faerun, como un padre autoritario que ama a sus hijos y por eso les da una educación dura.

Kelemvor vio estas cosas por fin y se quedó cavilando durante largo rato. Como cualquier niño celoso, le daba rabia que su rival tuviera razón y él no. No dejaba de darle vueltas a la cosa hasta que por fin se convenció de que su error se debía a una loable preocupación por los mortales de Faerun, mientras que el reinado de Cyric no había sido más que el accidente de una naturaleza brutal y egoísta.

Cuando finalmente se convenció de su rectitud, el dios de la Muerte fijó la mirada en Avner.

—Podrías presenciar diez mil diez muertes más y eso no cambiaría nada. Si los

hombres dignos no temen a la muerte, dejarán la vida en manos de los indignos, y todo Faerun sufrirá las consecuencias.

El Serafín de la Muerte dejó caer las negras alas con aire apesadumbrado.

—Pero ¿estás seguro de que no está mal ser justo con los muertos?

—No me corresponde a mí ser justo. —Kelemvor fijó los ojos en el vacío que había junto a Avner—. ¡Jergal!

La capa llena de sombra del senescal apareció de inmediato con los amarillos ojos reluciendo bajo la capucha.

—Aquí estoy, a tus órdenes, como siempre. ¿En qué puedo servirte?

—He sido negligente con mis deberes. ¿Has preparado la lista de mis juicios como dios de la Muerte?

Entre los guantes blancos de Jergal apareció un rollo tan grueso como la cintura de un gigante.

—Lo he hecho.

—Bien. —Kelemvor miró a su Serafín de la Muerte—. Entonces empezaremos con el difícil caso de Avner de Hartwick.

De haber estado vivo, a Avner se le habrían doblado las rodillas y le hubieran dado arcadas. Tal como estaban las cosas, apenas se le cayeron unas cuantas plumas sombrías y consiguió mantenerse erguido, decidido a no ponerse en la embarazosa situación de caer de rodillas y suplicar clemencia.

Si Kelemvor reparó en la estoica forma en que Avner aceptaba su destino, no dio muestras de ello.

—Tráeme la lista. —El señor de la Muerte le hizo señas a Jergal de que se acercara, después cogió el pergamino y empezó a pasar revista a los nombres—. Ahora ve y trae al dios de los Ladrones si es capaz de dejar de saborear la prisión de Mystra el tiempo suficiente como para verme.

—No podrá elegir.

Jergal no se volvió hacia la salida; simplemente flotó hacia ella. Avner se hizo a un lado y dejó que pasara el senescal, y en ese momento se vio reflejado en el espejo perfecto de la pared. En lugar del poderoso Serafín de la Muerte vio a un huérfano de diez años, de pelo pajizo, que hacía lo que podía por ocultar su terror tras una máscara de cinismo y astucia. Los ojos entrecerrados y el entrecejo fruncido más que darle un aspecto peligroso lo hacían parecer solitario. Avner perdió el aplomo y empezó a temblar.

Kelemvor alzó la vista del pergamino el tiempo suficiente para enarcar una ceja, después reanudó la lectura y dejó librado a Avner a los horrores de su imaginación.

Jergal apareció ante el trono del señor de la Muerte.

—Máscara está en la antesala esperando a que lo mandes llamar.

—Qué considerado por su parte. Haz que entre.

En seguida la voz fantasmal del señor de las Sombras llenó la Sala del Juicio.

—¡Estoy bajo la protección de Tyr!

Un segundo Jergal apareció en la puerta arrastrando con su guante blanco un enredo de sombra que se debatía.

—¡Te lo advierto, Kelemvor! —Máscara dejó de retorcerse el tiempo suficiente para adoptar la forma de un enorme firbolg; el guerrero tenía las dos piernas, pero sólo un brazo en cuya mano llevaba el *chien* mágico robado al príncipe Tang. La espada con incrustaciones de piedras preciosas apenas si medía lo que el antebrazo del firbolg—. Si quieres compartir la celda con Mystra...

Kelemvor puso los ojos en blanco.

—Helm tiene a Mystra bien cogida, pero no te he llamado para atacarte, Máscara. No hay necesidad de darse importancia. Para mí no significa nada.

Para dejar esto bien claro, el señor de la Muerte indicó con un gesto el espejo. El reflejo de Máscara era el de una pequeña criatura con hocico de perro y un par de cuernos de cabra en la escamosa cabeza. Este kobold tenía dos caras y parecía todavía más pequeño y delgado que la mayoría, ya que sólo tenía una pierna. La espada shou que llevaba en la mano era más larga que su cuerpo.

Máscara dio un grito y cambió su forma por la de un corpulento minotauro, pero en el espejo su imagen siguió siendo la del kobold. El señor de las Sombras empezó a cambiar de forma en menos tiempo del que tarda un mortal en parpadear, y así se convirtió sucesivamente en un jeque bedine, en un caballero de Myth Drannor, y en una docena de otros nobles guerreros. La imagen en el espejo seguía siendo la de un penoso y raquítico kobold con una espada más grande que él.

Por fin, el dios de los Ladrones se dio por vencido, se conformó con la forma del kobold y dejó que Jergal lo arrastrara hacia el trono del señor de la Muerte.

—¿Para esto me has traído aquí? ¿Para mostrarme esto?

—En absoluto —respondió Kelemvor—. Te pedí que vinieras porque he estado reconsiderando el caso de Avner de Hartsvale.

Máscara miró al Serafín de la Muerte como si no hubiera reparado antes en él.

—¿Reconsiderando?

—Puede que estuviera equivocado al negarme a devolvértelo.

—¡Equivocado! —el tono de Máscara se volvió airado y arrogante. El señor de los Ladrones pensó que el apresamiento de Mystra había hecho que Kelemvor le temiera. Infló su figura y se transformó en un enano gordinflón, entonces levantó la nariz y osó poner un pie en el escalón de cristal que había debajo del trono de Kelemvor—. Es demasiado tarde para rogar mi perdón.

—No estoy rogando nada, y mucho menos a un pequeño dios cobarde como tú. Lo que estoy ofreciendo es entregarte el espíritu de Avner para que tú cuides de él.

—¿Que yo cuide de él?

Para ocultar su sorpresa, el dios de los Ladrones se rascó la desaliñada barba y se volvió hacia el serafín, al que empezó a mirar de pies a cabeza como haría cualquier hombre que va a comprar un camello. Aunque el señor de las Sombras no pretendía rebajar el precio, sólo trataba de ganar tiempo para pensar. Si Kelemvor empezaba a comportarse como un auténtico señor de la Muerte, el veredicto podría serle favorable en el juicio, y entonces Máscara tendría otro poderoso enemigo.

El Serafín de la Muerte se mantenía firme y erguido y miraba con rabia la enclenque silueta del señor de las Sombras. Cierto que en una época había rendido culto al dios de los Ladrones, pero también había respondido a la llamada del deber sin flaquear. Nada de lo que Máscara pudiera hacer podría cambiar lo que Avner era en ese momento.

Por fin, el señor de las Sombras retorció su hocico de kobold en una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes ennegrecidos y se volvió a mirar al señor de la Muerte.

—¿Esperas que lo admita ahora que lo has echado a perder?

—No espero nada. Sólo te pregunto si lo quieres.

Máscara negó con la cabeza.

—No, ahora no..., a menos que demuestre que lo merece.

—¿Que lo demuestre? —Kelemvor se inclinó hacia adelante—. ¿Y cómo?

El señor de las Sombras alzó el hocico y se rascó el mentón.

—Veamos. Algo se me ocurrirá, estoy seguro. —Se dio aires de importancia mientras estudiaba el techo—. ¡Ya lo tengo! Algo que tú apreciarás más que yo. ¡Puede liberar a Mystra!

—Nadie puede hacer eso —objetó Kelemvor—. No mientras la vigile Helm.

—Ah, ya veo. Pensaba que ibas a decir eso. —Máscara se encogió de hombros—. Qué pena. Si lo hubiera conseguido estaba dispuesto a convertirlo en mi Serafín de los Ladrones. Tal como están las cosas, tendrás que convertirlo en una rata y mandarlo al Laberinto de Callejones.

El señor de las Sombras negó con la cabeza como si estuviera decepcionado, pero cuando se volvía para marcharse, su hocico de sombra sonreía astutamente.

—Puedo hacerlo.

Máscara se paró en seco. Dio la vuelta en redondo y apuntó a Avner con su hocico de kobold.

—¿Qué has dicho?

—Que puedo hacerlo. Permíteme coger prestadas unas cuantas cosas de esta cámara y liberaré a Mystra.

—Coge lo que quieras, Avner. —Ahora era Kelemvor el que sonreía—. Cuando lo hayas conseguido, estoy seguro de que el señor de las Sombras mantendrá su palabra. ¿No es cierto, Máscara?

Lo primero que pensó Máscara fue que el señor de la Muerte le había tendido una trampa, pero ¿cómo podía saber Kelemvor que él insistiría en poner a prueba al serafín, y mucho menos en conocer de antemano la naturaleza de la prueba? La respuesta era que eso no era posible. La fanfarronada de Avner no era nada más que el desesperado intento de un espíritu condenado de escapar a su destino. Máscaraladeó el hocico de kobold y adoptó un gesto confiado. Después miró al serafín.

—De acuerdo. Si eres capaz de liberar a Mystra es que eres mejor ladrón que yo.

Capítulo XXXVI

El tiempo no significa nada para los muertos, de modo que cuando Adon se encontró en la cegadora extensión del Plano del Olvido, no tenía la menor idea de cuánto había tardado en llegar. Recordó haberse golpeado la cabeza en la fuente y haber abierto la boca para gritar, y entonces una gran ola le había inundado la garganta anegándole los pulmones. Su espíritu abandonó su cuerpo con menos esfuerzo del que debe hacer un hombre para despojarse de sus ropas. Las frías aguas lo barrieron y el rostro de Mystra apareció en la superficie, borroso y ondulante en la corriente. Una vez más la hermosa diosa de sus recuerdos.

Entonces Mystra le pidió que pronunciase su nombre. El odio volvió a asomarle a los ojos y en su voz sonó nuevamente la furia. Adon dio un grito y se hundió en las profundidades de un océano negro y frío, y la imagen de la diosa se hizo trizas por encima de él y se desvaneció.

Después de eso, un viaje interminable y efímero al mismo tiempo. Un torbellino de luz apareció en la oscuridad y nadó hacia él hasta que las aguas se volvieron densas y se encontró en un mar de limo que se lo tragó. El torbellino de luz se convirtió en un resplandor distante hacia el que se dirigió hasta que el cieno se endureció y se convirtió en una plataforma de granito. El resplandor distante se volvió una radiación que brillaba sobre el horizonte y él fue avanzando a tumbos hasta que su marcha se convirtió en una caminata torpe y sin sentido. Entonces la radiación pasó a ser una blanca extensión sin límites, y el patriarca se encontró de pie en el Plano del Olvido sin recordar exactamente cómo había llegado allí.

El suelo se estremecía bajo sus pies como algo vivo e inquieto, el aire se agitaba con el sonido de un millón de voces y a su alrededor los espíritus de los muertos pedían a sus dioses que vinieran a rescatarlos de este desierto vacío.

Muy cerca, una matrona gritó:

—¡Oh, Chauntea, Gran Madre, dorada diosa del Grano, bondadosa dadora de vida! Responde a la llamada de ésta, tu fiel servidora Gusta, que ha dado a luz quince hijos y plantado cada primavera un fértil campo y te ha rezado todos los días de su vida. Te ruego, llévame a tu jardín...

Un rayo de luz dorada partió el cielo y encima de la cabeza de Gusta apareció un heraldo alado portador de una mazorca amarilla. El heraldo bajó la mazorca y un haz de oro rodeó a la adoradora de Chauntea; de inmediato, las preocupaciones de la vida de Gusta se desvanecieron y su espíritu se volvió tan ligero que trepó flotando por el haz de oro hasta los brazos del heraldo.

Un poco más allá, los espíritus de un centenar de brujos y hechiceras se habían reunido en un gran grupo. Todos miraban en la misma dirección y tenían los ojos fijos en el cielo. En el extremo más alejado un murmullo sordo se elevó y corrió hacia

Adon rompiendo sobre él con la fuerza de una ola en el océano.

—¡Mystra!

Tan fuerte fue su grito que el patriarca lo recibió con una mueca. Pudo imaginarlo atravesando los cielos y llegando a oídos de Mystra en su palacio de magia reverberante.

—¡Oh Mystra, señora de los Misterios, Guardiania del Tejido, responde a la llamada de éstos, tus fieles adoradores! —cien voces hablaban al mismo tiempo, pero las palabras eran claras—. ¿Cuándo nos acogerás, a nosotros que hemos dedicado nuestras vidas a estudiar tus maravillas, difundiendo la gloria de tu magia por todos los confines de la tierra? Escucha la llamada de tus fieles, señora de la Magia. ¡Mira! Aquí está Mandra la Poderosa, que transformó en vino el mar de Petark, y aquí está Darshan el Temido, que llenó la sima de Narfell de diamantes, y aquí Baldemar el Brillante, que...

La monótona plegaria proseguía, proclamando la lealtad de los Fieles de Mystra y las hazañas de cada uno de ellos, y antes de que hubieran nombrado a cinco hacedores de maravillas, el patriarca vio a los heraldos de una docena de otros dioses que aparecieron para recuperar a sus devotos. De todas las deidades de Faerun, sólo la señora de la Magia parecía dispuesta a desoír las súplicas de sus fieles, a dejarlos reunidos en el Plano del Olvido como un rebaño de ganado abandonado.

Adon corrió hacia el grupo.

—¡Basta ya! —Se abrió camino hasta el centro—. ¡Mystra no va a venir! ¡No le importa nada de nosotros!

Todos guardaron silencio y se volvieron a mirarlo.

—Perdonadme. —Adon se volvió describiendo un lento círculo—. Mystra me ha engañado, y yo a vosotros.

Una encantadora tan hermosa como cualquier mujer de Faerun se acercó y miró al patriarca de arriba abajo. A continuación negó con la cabeza tristemente y le dio la espalda.

—No es nada —dijo—. Sólo el pobre Adon.

Adon cogió a la mujer por el brazo.

—¡He visto el verdadero rostro de Mystra! ¡Es una bruja malvada! Si le importamos, ¿por qué no ha mandado ya a un heraldo a por nosotros?

—Lo hará —respondió otro espíritu, un hechicero alto de negra barba—. Debemos creer en que lo hará.

—¿Por qué? —gritó Adon—. ¿No veis que nos ha engañado?

—Pobre Adon. —La encantadora lo tocó en la mejilla—. Pobre, loco Adon.

Adon apartó de un manotazo la mano de la encantadora.

—¡Escuchadme! ¡En los ojos de Mystra reluce el odio! Su boca está llena de veneno y de colmillos...

—¡Basta ya! —El hechicero de negra barba le dio a Adon con la mano abierta un golpe en el pecho que lo hizo caer al suelo—. Si hacemos caso de la locura del patriarca sufriremos el mismo destino que él. ¡Es un Infiel!

—¡Infiel! —repitió Adon con voz entrecortada.

—Debemos dejarlo. —La encantadora retrocedió y obligó a los demás espíritus que estaban detrás a hacer lo mismo—. Su locura nos destruirá a todos.

Todos a una se apartaron, dejando a Adon solo en el Plano del Olvido. Él los miró irse, y cuando estuvieron tan lejos que ya no podía oír sus plegarias, se puso de rodillas.

Juntó las manos sobre el pecho y alzó los ojos al cielo.

—Oh, Kelemvor, señor de los Muertos y juez de los condenados, escucha la llamada de tu amigo muerto Adon...

Capítulo XXXVII

Los Creyentes de Zhentil Keep era el grupo de Fieles más extraño de todo Faerun. Los diecisiete vivían en una misma sala de piedra fría, todos dormían en el mismo lecho de paja y se lavaban en los mismos baños, comían de la misma fuente de madera y compartían todo lo que poseían sin rencor ni animadversión de ningún tipo. Decían que lo hacían debido a las muchas privaciones de su ciudad y especialmente de su templo, pero cualquier tonto podía ver que les gustaban las cosas tal como estaban. Allí sentados sobre el suelo desnudo, pasándonos el burdo cuenco de mano en mano —ni siquiera tenían una cuchara— había muchas bromas y risas y cálidos contactos, y nadie se quejaba cuando acababa el cuenco y tenía que ir a llenarlo de la olla.

Svanhild estaba de pie junto al fuego describiendo mi entrada en la ciudad.

—Y Malik dijo: «Soy fiel a nuestro señor Cyric, el Uno y el Todo». ¡No le importó que el guardia o cualquier otra persona supiese que era un Creyente!

Svanhild ya no parecía una vieja. Se había lavado la suciedad en los baños del templo y había hecho lo propio conmigo pues, como ya he dicho, los Creyentes de Zhentil Keep lo compartían todo, y me había proporcionado las mismas ropas de lino que llevaban todos en el templo. Las suyas se le ajustaban lo suficiente como para demostrar que no tenía ni la mitad de la edad que le había atribuido en la puerta, claro que esto ya lo había visto yo en los baños.

—De una patada apartó al guardia —Svanhild se levantó el ropón dejando ver una pierna bien torneada para hacer la demostración— y entró cabalgando en Zhentil Keep tan orgulloso como el propio lord Orgauth. Entonces, cuando empezó la Lluvia de los Creyentes, *Halah* se alzó de manos y empezó a aplastar cabezas mientras Malik gritaba: «¡Eso es lo que les espera a los que insultan al Uno!».

Svanhild apuntó al suelo con un dedo y habló con una voz incluso más profunda que la mía, lo que arrancó fuertes carcajadas a los demás. No se reían de mí, sino de los blasfemos cuyos cráneos habían machacado los cascos de *Halah*.

—«Tal es la ira de Cyric», gritó, y los guardias le dispararon con sus ballestas. — En ese momento Svanhild fijó en mí los ojos, y jamás he visto tanta devoción en los ojos de una mujer—. Los proyectiles no le hicieron ni un rasguño. ¡Deberíais haber visto las caras de los guardias!

Sentí que me ruborizaba, pues Svanhild ya había dado a entender que quería verme después de la cena. A decir verdad, sus escarceos habían sido tan atrevidos que llenaban el corazón que tenía en el pecho con una especie de deber divino, y era un milagro que no la hubiera gozado aún, especialmente después de las muchas estaciones que había estado apartado de mi esposa. Sin embargo, ¿qué eran para mí las mujeres cuando tenía al alcance de la mano *La verdadera vida de Cyric*? No podía

pensar en otra cosa que en robar el libro y curar la locura del Uno, y en salvarme yo mismo de la Ciudad de los Muertos, y en la gran recompensa que me daría Cyric después de haber ganado el juicio. Por supuesto, también pensaba en los apenas cuatro días que me quedaban para hacer todo esto, y en la dificultad de encontrar a Fzoul Chembryl en una ciudad tan extraña como Zhentil Keep y en la posibilidad de que ya no tuviera en sus manos *La verdadera vida de Cyric*. Pero sobre todo, pensaba en las terribles consecuencias que tendría para la Iglesia del Uno si fracasaba alguna parte de mi plan, y precisamente por esto tenía tan poco interés en comer las gachas del templo y de dormir en una cama de paja y divertirme con sus mujeres.

—¿Malik? —Svanhild me sacudió por el hombro. Tan absorto estaba en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que se había apartado del fuego—. Fray Fornault preguntó qué conjuro habías utilizado.

—¿Conjuro? —Sacudí la cabeza para aclarar mis ideas y a continuación miré a Fornault Solnegro, que estaba al otro lado del círculo. El Fraile, como lo llamaban, era un hombre de ojos de serpiente de unos cincuenta años, tan demacrado como sus acólitos y de sonrisa demasiado fácil. En el dedo índice llevaba un anillo de oro con el signo de Cyric—. No conozco ningún conjuro.

Fornault frunció el entrecejo pero sin que la sonrisa se le borrara de los delgados labios.

—¿No eres un clérigo?

—No. Soy el Descubridor del Libro. —Le había contado a Svanhild sobre mi descubrimiento del *Cyrinishad* mientras me frotaba la espalda. Como había en aquel momento varios más en el baño, esos acontecimientos pronto circularon por todo el templo—. Jamás he necesitado de la magia para servir al Uno y el Todo.

La sonrisa de Fornault se desvaneció.

—Eso tengo entendido, pero los conjuros del Gran Aniquilador son más poderosos que los míos. —El Fraile y sus acólitos llamaban Gran Aniquilador a Fzoul Chembryl, ya que había sido él quien había leído *La verdadera vida* la mañana de la Destrucción y había acabado con la fe en Cyric—. Debes perdonarme por encontrar extraño que el Uno haya enviado a alguien sin magia para castigar a nuestro enemigo.

El corazón que tenía en el pecho se volvió frío y rencoroso, y me vi asaltado por el deseo de sacar la daga y dar muerte a ese necio. Resistí la tentación, y no sólo porque temía que sus acólitos nunca me permitieran llegar a él. Según Svanhild, Fornault Solnegro era la única persona de las allí reunidas que sabía dónde encontrar a Fzoul Chembryl, y todavía no me había hecho partícipe de este conocimiento. Le devolví al Fraile una sonrisa forzada y traté de ocultar mi enfado.

—Sólo te he pedido que me ayudes a encontrar a Fzoul Chembryl. —Escogí con cuidado las palabras que iba a pronunciar a continuación pensando en el conjuro de

verdad de Mystra—. No he dicho que me enviara el Uno ni que viniera a castigar a Fzoul.

Los ojos de Fornault relucieron de ira, pero su sonrisa permaneció intacta.

—Pero tampoco has dicho lo contrario. Tal vez deberías decirnos qué es lo que deseas realmente del Gran Aniquilador.

Sabiendo que no podía mentir, y que no era probable que ni Fornault ni sus acólitos aprobaran mi plan para curar al Uno, apreté los dientes y no dije nada. Pero tampoco aparté la mirada, ya que la fría furia que albergaba mi pecho me hacía más atrevido de lo que era conveniente.

La sonrisa de lagarto desapareció del rostro del Fraile.

—No me siento cómodo ayudando a cualquiera a encontrar al Gran Aniquilador. —En cualquier otro templo de los Verdaderos Creyentes, semejante explicación del sumo sacerdote se habría considerado una muestra impensable de debilidad. En Zhentil Keep, sin embargo, parecía algo tan natural como las ventanas tapiadas—. Un ataque imprudente seguramente traerá aparejada una represalia, y lord Orgauth se limitará a mantenerse al margen y observar. Nada le daría más placer que librarse de nuestro templo sin correr el menor riesgo, ya que únicamente el miedo a la ira del Uno le hace tolerar nuestra presencia.

Svanhild salió presta en mi defensa.

—Malik no es ningún neófito inseguro. ¡Ha tocado el *Cyrinishad*, y ha hablado con el Uno cara a cara!

—Eso es lo que dice. —Los ojos de Fornault se tornaron tan peligrosos como los de una cobra y no se apartaban de mí—. Sólo tenemos su palabra. ¿Cómo sabemos que no está... exagerando?

Realmente era un templo extraño, donde los Fieles de Cyric vacilaban antes de llamarse mentirosos los unos a los otros.

Svanhild se tomó apenas un instante para pensarlo antes de responder.

—Lo sabemos por lo que yo vi en la puerta. Los virotes de ballesta no rebotan en la espalda de los hombres normales.

—Y también lo sabemos por *Halah* —añadió otra hermana del templo, una belleza de pelo negro como ala de cuervo llamada Thir. Señaló al rincón apartado donde mi magnífico caballo estaba devorando la única cabra que proporcionaba leche al templo—. ¿Cuántos caballos comen carne y exhalan niebla negra?

—Ésa es una buena observación —replicó otra hermana de nombre Oda.

—Yo le creo —añadió un hermano llamado Durin.

Esto ocasionó una serie de asentimientos y acuerdos. Al pasear la mirada por el círculo vi que todas las hermanas del templo y varios de los hermanos me miraban con la misma expresión ansiosa que ya había observado en los ojos de Svanhild. Sin duda esa adoración tenía que ver más con el corazón del dios que albergaba en mi

pecho que con la visión de mi gruesa figura en los baños... Al menos en el caso de los hombres confiaba en que así fuera.

La expresión de Fornault pasó de la sorpresa al ultraje y a la astucia, y por fin se decidió por una benévola aceptación. Esta expresión parecía en su cara tan falsa como hubiera lucido en la mía una máscara de ferocidad brutal.

—Pues bien, parece que la cuestión está decidida. —El Fraile juntó las manos y se puso de pie—. ¿Por qué no nos ocupamos de una pequeña sorpresa que os tenía reservada? Después nos sentaremos junto al fuego y planearemos nuestra venganza contra el Gran Aniquilador.

Svanhild frunció el entrecejo.

—¿Sorpresa?

—Ya verás —replicó Fornault—. Lava el cáliz que en seguida vuelvo.

Fornault encendió una antorcha en el fuego del hogar, después atravesó la sala desierta y se dirigió a una oscura escalera. Aunque evidentemente turbada por la oferta del Fraile, Svanhild cogió el cáliz de la repisa de la chimenea y fue a lavarlo en la cisterna del tejado.

En cuanto hubieron salido, Thir vino a sentarse a mi lado. Deslizó su brazo por debajo del mío, frotando la empuñadura de mi daga por debajo de mi ropón y se me acomodó muy cerca para susurrarme algo al oído.

Antes de que tuviera ocasión de ponerse en evidencia, le di unas palmaditas en la mano.

—Perdóname, Thir, pero Svanhild ya me ha pedido que nos veamos más tarde. — En ese momento, la maldita magia de la Ramera me obligó a añadir algo:— E incluso con ella, me temo que estoy demasiado preocupado por Fzoul Chembryl como para disfrutar de ninguna diversión, además hace muy poco que he enviudado.

Thir me miró con perplejidad.

—¿Enviudado? ¿Y eso qué tiene que ver? —Entonces se apartó un poco—. Ah, vaya, ya sé que eres uno de los Elegidos, pero eso no es lo que yo...

Los pasos de Fornault sonaron en la escalera y Thir guardó silencio. Seguía cogida de mi brazo, pero me di cuenta de que no tenía ganas de poner celoso al Fraile, de modo que dejó de pegarse tanto a mí. Svanhild volvió de la cisterna un momento después. No dio muestras de irritación al ver a otra mujer sentada tan cerca de mí. Se limitó a sentarse al otro lado tan pegada como Thir. ¡Qué pena que estuviera tan obsesionado con Fzoul Chembryl!

El Fraile se colocó en el centro del círculo y mostró su sorpresa: una botella polvorienta de licor color escarlata. De inmediato me di cuenta de que había cambiado su anillo por otro, ya que ningún mercader con una vista tan aguda como la mía podría confundir la plata bruñida con el frío hierro.

—El mejor vino dulce Mulmaster que el dinero puede comprar —proclamó

Fornault—. ¿O debería decir: que una mano hábil puede robar?

Esto provocó una risa nerviosa entre los acólitos, que parecían divididos a partes iguales entre los que evitaban mirarme y los que me echaban miradas furtivas. A lo mejor me consideraban demasiado egoísta por no despedir a Thir ni a Svanhild, o quizá sabían algo sobre la relación del Fraile con Thir que yo desconocía.

Fornault se acercó y con gesto ostentoso destapó la botella. Después se inclinó ante Svanhild.

—El cáliz, querida.

Svanhild me miró.

—Hermana Svanhild, dame el cáliz.

Vi que le temblaba la mano. Bajó la mirada como si al fin y al cabo estuviera celosa de Thir y le pasó el cáliz a Fornault. Mientras él lo llenaba me acerqué más a ella.

—No tienes de qué preocuparte —le susurré.

Svanhild me miró sorprendida.

—¿No?

Fornault bebió del cáliz y saboreó el vino con gran fruición.

—Ya se lo he dicho a Thir —susurré—. Estoy demasiado preocupado por mi misión como para divertirme esta noche.

Svanhild frunció el entrecejo dejando clara su decepción.

—Pero, Malik —protestó entre dientes.

El Fraile chasqueó los labios.

—¡Una buena botella! —exclamó.

Volvió a llenar el cáliz con rapidez, después removiò el contenido y me lo pasó. Svanhild se apresuró a cogerlo.

—¡Svanhild! —dijo el Fraile—. ¿No crees que deberíamos dejar que el Elegido de Cyric bebiera primero?

Svanhild me miró primero a mí y después miró a los demás acólitos. Todos ellos apartaron la vista avergonzados por su conducta, pero ella no soltó el cáliz. La extraña afrenta hizo surgir en mi corazón una amarga hostilidad, pues no había probado una gota de vino dulce, ni bueno ni malo, desde mi salida de Calimshan.

Desde el otro lado, Thir arrebató el cáliz de manos de Svanhild.

—Deja que beba. —Me pasó la copa y vi que sus manos temblaban tanto como las de Svanhild—. ¿Qué daño puede hacerle un poco de vino a alguien tan poderoso como Malik?

Pues bien, de no haberme llevado ya la copa a los labios, tal vez me lo hubiera pensado dos veces antes de beber, pero es el caso que el vino ya había hecho el recorrido hasta mi garganta antes de darme cuenta de lo que querían decir sus palabras. Incluso entonces tuve mis dudas, ya que el vino no tenía ni sabor amargo ni

olor extraño. A decir verdad, no tuve la certeza de que el Fraile hubiera envenenado la bebida hasta que sentí una extraña saciedad en el estómago y la masa blanda que llevaba en el pecho empezó a gorgotear y a latir desbocada.

Bebí aproximadamente la mitad del contenido del cáliz y dejé la copa. El Fraile me miraba con unos ojos como platos, y su color había pasado de pálido a espectral.

—Realmente un buen vino, Fornault. —Tenía tal zumbido en los oídos que a duras penas oía mis propias palabras, y mi estómago estaba tan hinchado como el de una mujer antes de dar a luz. Sin embargo, pude ver por la reacción del Fraile que debería haber caído muerto antes de dejar la copa—. ¿Me dirás ahora por fin dónde puedo encontrar a Fzoul Chembryl? ¿O quieres terminar lo que queda en la copa?

Me levanté y puse el cáliz en las manos del Fraile. Se quedó mirando el interior, tratando de determinar si su veneno había fallado o si yo era tan grande como afirmaba Svanhild. Empecé a sentir un latido en las sienes y el corazón de Cyric bombeó una hostilidad tremenda hacia mi pecho, y esto no tenía nada que ver con el veneno.

—¿Tu decisión? —inquirí.

El cáliz cayó de manos de Fornault al suelo con ruido metálico, y el vino se derramó sobre las piedras. El Fraile cayó de rodillas y besó el borde de mi ropón.

—¡Sólo pretendía honrar a nuestro señor del Asesinato! —Por supuesto, se refería al venerable acto de matar a un huésped inesperado—. ¡No sabía que fueras un Elegido!

—No dije que lo fuera. —A duras penas podía oírlo por el gorgoteo que sentía en los oídos—. Ahora, ¿dónde puedo encontrar a Fzoul Chembryl?

Siguió con la vista mi mano, que se deslizaba bajo la ropa y sacaba la reluciente hoja de mi daga.

—¡No lo hagas! —rogó—. ¡Yo mismo te llevaré allí!

Negué con la cabeza, pues sabía que no tenía control suficiente como para resistir la fría ansia que sentía en el pecho.

—Dímelo o te mato ahora mismo y dejo que el Uno te castigue por tu silencio en la otra vida.

Esta amenaza fue demasiado para Fornault.

—¡Su antigua torre! Mis espías me han dicho que es allí donde rinde culto a Iyachtu Xvim.

Alcé los ojos y vi la ansiedad en los de los acólitos, pues el asesinato de un jefe es una forma más refinada de venerar al Uno que matar a un huésped. Svanhild me mostró su aprobación moviendo reiteradamente la cabeza.

—Yo puedo encontrar la torre —dijo—. Está en las Ruinas.

Eché una mirada a la sala desierta, pues tenía la sensación de que ya estábamos en las Ruinas, y a continuación levanté la daga bien alto. Fornault cerró los ojos, pues

sabía que no podía resistirse al Elegido del Uno. La masa viscosa que tenía en el pecho bombeaba cieno hacia mis venas, y di un paso adelante para tomarme la venganza.

Entonces imaginé el espíritu de Fornault en el Plano del Olvido con mi esposa, invocando a nuestro señor oscuro, y supe por el coágulo frío que tenía en el pecho que Cyric jamás le respondería. El envenenamiento se había convertido en un gran sacrilegio ya que había provocado una gran angustia en el corazón del Uno, y eso no podía perdonarse. El Fraile sería llevado ante Kelemvor, que lo encontraría innoble y también Falso, y entonces sería condenado a tormentos por toda la eternidad.

Mi brazo se negaba a acabar con la vida del infiel.

Apreté los dientes y lo intenté con más fuerzas, pero sólo conseguí que me empezara a temblar el brazo. ¿Cómo podía ser tan débil? Era algo totalmente impío dejar sin castigo la traición de Fornault, pero no podía dar el golpe, ni siquiera pidiendo fuerzas al corazón de Cyric. Maldije el conjuro de la Ramera, pero sabía que yo era el único culpable. Tenía tanto miedo a las torturas de Kelemvor que era incapaz de mandar a otro a enfrentarse a él.

Todavía hoy siento vergüenza al admitir semejante cobardía. Allí estuve con el puñal en alto tanto tiempo que todos los rostros pasaron de la ansiedad a la estupefacción, y Fornault abrió los ojos para mirarme con lástima.

Svanhild puso cara de extrañeza y se apartó de mí.

—Bueno, Malik, ¿vas a matarlo o no?

Otra vez intenté bajar la daga, pero me sentí demasiado débil, especialmente con mi víctima mirándome a los ojos.

—No —dije negando con la cabeza.

Todos los acólitos dieron un respingo de sorpresa. Vi que el deseo desaparecía del rostro de Svanhild. En ese momento, Thir me cogió el brazo.

—¡Claro que no! Malik no tiene necesidad de demostrar su fe. —Cogió la daga de mi mano—. ¡Somos nosotros quienes debemos dar prueba de la nuestra!

Capítulo XXXVIII

El califa suele decir: «*Si no es cruel, es que no es castigo*». Para hacer honor a este lema, sus carceleros han creado muchos artilugios de diseño ingenioso y magnífico. Han construido máquinas que pueden doblar a la víctima hacia atrás hasta hacerle tocar los talones con la cabeza, y han forjado pequeñas herramientas que la hacen reír hasta que se queda sin voz, y han construido un espantoso dispositivo que aprieta el pecho del prisionero hasta que éste exhala su último suspiro. Sin embargo, el califa habría cambiado todos estos tesoros por la sencilla prisión en la que Helm confinó a Mystra, y que era más brutal que todas las parrillas y ganchos de Calimshan.

La diosa estaba sobre una cama de blanda inexistencia, maldiciendo a Tyr por un destino del cual ella era la única causante. Tan estrecho era su confinamiento que no podía levantar la cabeza sin darse contra el frío vacío del techo, ni tenderse recta sin tocar la impenetrable nada de las paredes. Sin embargo, su agonía no era física, ya que los cuerpos de los dioses pueden soportar cualquier tormento con menos dolor del que siente un mortal al contacto con la luz del sol.

Lo que preocupaba a Mystra era Adon. Su patriarca estaba en el Plano del Olvido, gritando en medio de su locura y su confusión, con una voz tan angustiada que tapaba las plegarias de todos sus demás Fieles.

—¡Oh, Kelemvor —decía—, dios de los Muertos y juez de los condenados, escucha la llamada de tu amigo muerto Adon! Ten piedad de mi alma y de todas las pobres almas que alguna vez han honrado a Mystra, la diosa de las Mentiras! ¡Ella está llena de odio y de envidia y engaña a cuantos la adoran! ¡Ella nos ha dejado aquí para que nos pudramos, y yo te ruego a ti, el señor justo, el Bondadoso y Piadoso, que tengas piedad de nuestras desdichadas almas y nos des refugio en la Ciudad de los Muertos!

Mystra gemía de dolor, pues ninguna tortura podía herirla más que esto. Había oído los ruegos de Adon mil veces, y todas ellas había tratado de responder, pero no lo conseguía. La prisión de Helm existía fuera del tiempo y del espacio, y a cualquier deidad encerrada en ella le estaban vedados los poderes divinos.

El hecho de que la señora de la Magia pudiera oír las voces de sus Fieles no era sino una cortesía de su carcelero como reconocimiento de que los cargos contra ella todavía no estaban demostrados. Mystra podría haber pedido silencio, pero no lo hizo, pues creía que Kelemvor trataría de liberarla y quería estar preparada cuando llegara el momento de escapar.

La plegaria de Adon a Kelemvor sonó una vez más. Mystra dejó escapar un fuerte sollozo y juró que cuando escapara lo primero que haría sería consolar a su patriarca, y a continuación se blindó para volver a oír su ruego.

Pero la voz de Adon permaneció en silencio.

El primer pensamiento de Mystra fue que había perdido toda esperanza y deseó con todas sus fuerzas poder enviar a un heraldo a confortarlo, pero entonces se dio cuenta de que Kelemvor habría oído los ruegos de Adon tan claramente como ella. Seguramente el señor de la Muerte había enviado a uno de sus escoltas para responder a la llamada del patriarca.

En cuanto Mystra se hubo consolado, una avalancha de plegarias llenó el silencio dejado por el enmudecimiento de Adon.

—... de los Misterios ¿por qué me has abandonado?

—Madre de la Magia, estoy solo y sin guía...

—... respóndeme. ¡Contesta a mis plegarias! Responde...

Estas plegarias provenían no sólo de sus clérigos más devotos, sino también de simples formuladores de conjuros. La desesperación que había en sus voces llenó de asombro a la diosa. Aunque ella estuviera encerrada en la prisión de Helm, el tejido permanecía, y cualquier devoto estudiante de magia podía recurrir a él.

—... temeroso de usar la magia...

—¡Mi conjuro de luz dejó ciega a media ciudad! ¿Cómo pude...?

—... la esfera desintegró a la favorita del rey...

¡Talos!

El nombre surgió como un relámpago en la mente de Mystra. Hacía tres años que ella había empezado a reducir la magia de devastación. El Destructor se había vengado poniendo en marcha una campaña soterrada para trastornar a sus Fieles, permitiendo secretamente a los más destructivos usarlo a él como camino hacia el Tejido. Al ver que era más fácil controlar un complot conocido que otro del que no tuviera conocimiento, la diosa de la Magia había fingido ignorancia y había permitido que Talos siguiera adelante.

Mystra no se sorprendió al descubrir que el Destructor había aprovechado la oportunidad de su encarcelamiento para llevar adelante sus planes, pero no se dio cuenta de la amplitud de su éxito hasta que oyó la plegaria de la bruja arpista Ruha.

—... lamento mi error, diosa, pero si no puedes perdonarme, ¿por qué permites que Talos te robe a tus Fieles? Yo rechacé su oferta, porque no me gustaba la idea de ser un azote de la tierra ni siquiera cuando creía que era tu voluntad, pero muchos otros no han hecho lo mismo. Durante el vuelo de Voonlar a Yulash tuve que evitar cinco tornados salvajes, y en una ocasión el humo del bosque incendiado se hizo tan denso...

Mystra se dejó caer sobre las manos y las rodillas.

—¡Helm!

El dios de los Guardianes no respondió. Como todos los carceleros, estaba habituado a los gritos y aullidos de sus prisioneros, y sabía que lo mejor era no

hacerles caso.

—¡Helm, debes saber lo que está haciendo Talos! No puedes permitir que continúe.

Tampoco esta vez obtuvo respuesta.

—¡Está robando el Tejido! ¡Tu deber es dejarme salir!

Helm asomó la cabeza a través del muro de vacío. Tenía el visor bajado, como siempre, de modo que parecía un yelmo cerrado colgado en una pared oscura.

—¡Cómo tienes el descaro de decirme cuál es mi deber! Mi deber es mantenerte aquí. Si hubieras cumplido con el tuyo, Talos no te habría robado tantos Fieles. ¡Hasta Oghma lo dice!

—¿Tantos? ¿Cuántos?

El dios de los Guardianes negó con la cabeza.

—No me atrevo a decir una cifra, pero cuando hayan pasado muchos siglos estoy seguro de que todavía se recordará a éste como el Mes de los Desastres.

—Helm, escúchame. —Mystra juntó las manos sobre el pecho—. Debes dejarme salir.

—No puedo. Mi deber es retenerte aquí.

—Tú eres el dios de los Guardianes. ¿No tienes el deber de guardar Faerun? —Como cualquier ramera, Mystra conocía las palabras justas para hacer que un hombre dudara de sí mismo—. En la Era de los Trastornos tú fuiste el que mantuvo a los dioses fuera de los cielos. Gran parte de lo que destruyeron jamás ha sido reparado. ¿Permitirás que Talos destruya lo que queda?

Helm guardó silencio, aunque su visor ocultaba el hecho de que estuviera pensando.

—Yo soy la única que puede detener a Talos —dijo Mystra—. Lo sabes bien.

—¡No! Tú eres la que descuidó sus deberes y eres la que faltó a la promesa que le había dado a Tyr. Si Faerun sufre por eso, la culpa es tuya y no mía.

Dicho esto, el dios de los Guardianes se retiró, dejando a Mystra a solas con las plegarias de sus Fieles y con su lecho de inexistencia.

Capítulo XXXIX

En la Galería Ardiente de la Torre de Cristal, cuatro de los avatares de Kelemvor ocupaban cuatro tronos idénticos ante los cuales se extendían cuatro filas interminables de espíritus aterrorizados convocados de todos los confines de la Ciudad de los Muertos. Las almas tosían y se ahogaban con las acres emanaciones negras de las paredes de carbón incandescente, y muchos de ellos murmuraban en tono casi inaudible, preguntándose por qué habían sido llamados a este lugar de humo y oscuridad. Y cuando llegaran a la cabecera de la fila y supieran por fin la respuesta, unos gritarían de gozo y otros de desesperación, y se postrarían a los pies del dios de la Muerte besándose los o abrazándose a sus piernas, pero él no les prestaría la menor atención. Las almas se desvanecerían y volverían a aparecer en su nueva morada, y Jergal haría avanzar al siguiente y leería su historia, y Kelemvor pronunciaría un nuevo veredicto y el espíritu se lamentaría o se regocijaría y se echaría a los pies de Kelemvor, y así continuaría la reevaluación hora tras hora, día tras día.

En la Sala de los Juicios, donde el techo de cristal se había vuelto tan marrón y oscuro como el topacio, otros dos Kelemvors juzgaban a todas las almas recién llegadas a su reino. Cuando estos espíritus oían sus sentencias, no había risas ni lamentos, sólo respingos de sorpresa y largos y tristes silencios.

En la ciudad, otros tres avatares remodelaban los muchos distritos y barrios convirtiéndolos en guetos más adecuados al Reino de los Muertos. Kelemvor lanzó su aliento sobre el Claustro de la Paz y los umbríos valles y boscosas montañas se convirtieron en una tierra desolada de picos desnudos y barrida por nubes de polvo. En el mismo momento, el dios de la Muerte emitió un tremendo bramido en la Ciudad Canora, que se volvió tan silenciosa como una tumba. Se internó en el Pantano Ácido y sembró el cenagal de puñados de piedras que se agrandaron formando islas pedregosas donde los charlatanes y los estafadores pudiesen encontrar refugio después de sus lóbregas existencias. Nunca más volverían los veredictos del señor de la Muerte a ser decretos de bendición eterna ni de eterna agonía. Ahora los muertos harían lo que pudieran de su suerte, tal como habían hecho en vida, con la única diferencia de que vivirían sólo con otros de su laya, lo cual sin duda era razón suficiente para hacer que cualquier mortal se mantuviera fiel a su dios.

El último avatar estaba a las puertas de la ciudad, frotando con las manos la superficie de alabastro de la portada. Al contacto de la palma de su mano, la piedra reverberaba como el mercurio y se endurecía transformándose en un espejo como el que había en la Sala de los Juicios, tan perfecto que revelaba hasta el menor defecto de quien se le ponía delante. Ahora, cuando los Falsos y los Infieles se acercasen a la ciudad de Kelemvor, se verían a distancia y tendrían tiempo de contemplar los defectos por los cuales habían venido a parar a la Ciudad de los Muertos.

Fue ante este avatar que trajo Jergal al espíritu de Adon, el patriarca de Mystra.

—Tengo al que me pediste, señor de la Muerte.

Antes de que el dios de la Muerte pudiera apartar la vista de su trabajo, una voz lanzó un grito penetrante.

—¡Kelemvor! —Dos brazos delgados le rodearon las rodillas—. ¡Has respondido a mi plegaria!

El señor de la Muerte se volvió e hizo que la desdichada figura de Adon se pusiera de pie. El patriarca no le llegaba a Kelemvor ni a la rodilla, y tenía el mismo aire demente de todos los lunáticos: las mejillas tan hundidas como cuencos, el pelo sucio y enmarañado y unas ojeras amoratadas debajo de los ojos.

Kelemvor suspiró al verlo.

—Adon, ¿qué voy a hacer contigo?

—¡Lo que hagas conmigo no importa! —El patriarca tendió una mano hacia la blanca extensión del Plano del Olvido—. Es al resto de los Fieles de Mystra a quienes debes salvar. ¡Están ahí fuera, orando, y ella se niega a acudir!

—No puede responder a sus Fieles. —Kelemvor no se molestó en dar más explicación, pues sabía que la mente de Adon había sido tocada por Cyric y que lo hecho por éste no podía deshacerse con medias palabras—. Y no me corresponde a mí ayudar a los Fieles de otro dios. He enviado a buscarte sólo porque tus plegarias te han convertido en uno de los Infieles, puede que incluso en uno de los Falsos, ya que has estado tratando de subvertir el culto de Mystra. Antes de dictar tu castigo tendré que decidir si eres lo uno o lo otro.

Adon dio un respingo.

—¿Castigo?

—Ésta es la Ciudad de los Muertos, donde los Falsos y los Infieles pagan el precio de sus vidas de holgazanería. No estarías aquí si no tuvieras que ser castigado.

—¡Pero Mystra es un demonio! —Adon retrocedió dando tumbos y no se detuvo hasta que lo sujetaron los guantes incorpóreos de Jergal. El patriarca no prestó la menor atención a su captor—. ¡He visto su faz auténtica! ¡No le importa nada de sus Fieles!

—Aunque eso fuera cierto, no cambiaría las cosas para mí. —Hubo cierta conmoción en la voz de Kelemvor, y evitó mirar a Adon a los ojos—. Mientras sigan siendo sus Fieles, no puedo tocarlos. Tú, en cambio, te has puesto totalmente en mis manos, y debes sufrir por ello.

La expresión extraviada pasó del asombro a la furia.

—¡Pero tú prometiste ser justo! ¡Prometiste no torturar a los condenados!

Kelemvor lo miró con gesto torvo. Sus ojos echaban chispas.

—Ni tu locura ni nuestra amistad del pasado te autorizan a hablarme como lo has hecho, y ésta es la última vez que te advierto. En cuanto a mis promesas, a mí me

toca decidir lo que es justo, y no es necesario que torture a los condenados. Ellos mismos se encargarán por mí.

Adon se quedó con la boca abierta.

—¿Qué te ha pasado? —Los hombros se le hundieron y el rostro se le transformó en una máscara lunática—. ¡Debería haberlo sabido! Siempre has sido el...

—¡Ya basta! —Kelemvor subrayó sus palabras con fuerza suficiente para hacer que Adon se pusiera de rodillas—. Te he advertido...

Kelemvor se vio interrumpido por una risa atronadora.

—¡Tus advertencias no significan nada para Adon, ladrón de tronos! —Una enorme calavera teñida de rojo apareció en el aire—. De hecho, exijo saber adónde lo llevas. ¡Adon es uno de mis Fieles!

Los ojos del patriarca se agrandaron por el horror, y por debajo de la cabeza del Uno apareció un esqueleto cubierto por restos de armadura y parches de cuero. El avatar medía el doble que Kelemvor, aunque para los dioses el tamaño no significa nada, por supuesto.

—Adon, ¿es cierto lo que afirma Cyric? —preguntó Kelemvor—. ¿Alguna vez le has elevado plegarias?

—¡Nunca!

Cyric sonrió pacientemente y la calavera negó en el aire.

—Chist, Adon, no debes mentir. Ahora sólo yo puedo salvarte.

Adon corrió a refugiarse al lado de Kelemvor arrastrando consigo la capa llena de sombra de Jergal.

Cyric trató de apoderarse de ambos, pero el señor de la Muerte extendió la mano y cogió al Uno por la muñeca. Entonces Kelemvor se atrevió a sostenerle la mirada y creció hasta ser tan grande como el Uno y el Todo mientras Jergal empujaba a Adon a través de las puertas de la ciudad sin molestarse en abrirlas.

—¡Devuélvemelo, Kelemvor! —exigió entre dientes Cyric—. ¡Haz que salga ahora mismo o te haré encerrar en la prisión de Helm junto a tu ramera!

—No tienes ningún derecho sobre Adon —respondió Kelemvor tajante—. De ser así, te habría llamado a ti y no a mí.

—¡Adon está loco! —estalló Cyric—. ¡Eso es lo que lo hace mío!

—Eso lo convierte en tu víctima, no en tu adorador. Tyr verá la diferencia si quieres llamarlo.

Cyric se soltó y dio un paso atrás. De la muñeca para abajo, su mano siguió aprisionada por la de Kelemvor, pero esas cosas no tienen importancia para los dioses.

El Uno amenazó al dios de la Muerte con el muñón.

—¡No puedes arrebatarme mi presa con engaños, Kelemvor! ¡Él es mi prueba!

—¿Tu prueba? —Kelemvor soltó la mano seccionada de Cyric como si no fuera

más que un desecho—. ¿Prueba de qué?

—¡De mi culpa! —La mano del Uno se arrastró hacia su amo, moviendo los dedos como si fueran patas de araña—. La acusación contra mí es de inocencia por locura. No soy inocente. ¿Podría un inocente robar el patriarca de Mystra?

Kelemvor negó con la cabeza.

—Lo único que has robado es su vida. La plegaria de Adon lo convierte en Falso y en Infiel para Mystra, no en uno de tus Fieles. —Aumentó de tamaño lo suficiente como para poder mirar a Cyric desde arriba—. Ahora Adon es mío, y también lo es este reino.

Cyric extendió el muñón, y de inmediato su mano cortada voló hacia la garganta del dios de la Muerte y se aferró a ella como un demonio.

—¡Todavía no has oído la última palabra! ¡Tyr está de mi parte!

—Entonces hazlo venir. —Kelemvor se arrancó la mano del Uno y junto con ella parte de su laringe y se lo arrojó todo a Cyric—. Hasta que lo hagas, déjame tranquilo. Tengo mucho que hacer antes del juicio.

La herida de la garganta se le cerró mientras hablaba. Le dio la espalda al Uno y se puso a trabajar otra vez en el espejo perfecto mientras observaba cómo se desvanecía el reflejo de Cyric en un estallido de vapor negro.

Jergal volvió de inmediato, arrastrando el espíritu aturdido de Adon.

—Espero tus órdenes, señor de la Muerte.

Kelemvor se quedó mirando la planicie desierta.

—Me pregunto si Cyric volverá.

Jergal encogió los hombros de sombra.

—Poco importa. Te mantuviste en tu lugar.

—De todas maneras, señor de la Muerte —dijo Adon—. Te doy las gracias por no haberme entregado a él.

Kelemvor bajó la vista para mirar al patriarca.

—No me des las gracias hasta no haber oído tu sentencia. —Fijó la mirada en los ojos amarillos que flotaban bajo la capucha de Jergal—. Llévalo a la Torre de Cristal y ponlo al final de la fila. Vigila que permanezca allí.

Los ojos de Jergal despidieron un destello dorado e inclinó la cabeza como muestra de asentimiento.

—Como ordenes.

Dicho esto, el senescal se dividió en dos avatares. Uno empujó a Adon hacia la Ciudad de los Muertos, esta vez después de haber abierto la puerta, y el otro se quedó rezagado junto a Kelemvor.

—Si se me permite sugerirlo —dijo el senescal—. Creo que hay una solución a tu dilema, una que está dentro de las normas que te has impuesto.

Kelemvor enarcó una ceja.

—Te escucho.

—Deja que Adon vea a Mystra a través de tus ojos. Tus percepciones deberían tener fuerza suficiente para contrarrestar las de Cyric.

Kelemvor suspiró.

—Ojalá todo fuera tan fácil, Jergal, pero el amor y la devoción no son lo mismo. Adon debe ver a Mystra como una diosa, y para mí sigue siendo tan humana como yo.

Capítulo XL

Halah estaba en el callejón que había detrás, mordisqueando un hueso de cadera y haciendo un ruido espantoso. Por fortuna, la mayoría de los viandantes se limitaban a sobresaltarse y a pasar lo más rápidamente posible evitando mirar el lóbrego callejón. En un momento, tres corpulentos guardias se habían internado en las sombras para ver qué era lo que producía esos horribles gruñidos, y Svanhild y los demás acólitos habían actuado con celeridad para asegurarse de que no nos causaran ningún problema.

No terminaba de entender por qué *Halah* no podía haberse quedado en el templo para acabar allí su comida. Tras la muerte del Fraile yo había exigido que partiéramos de inmediato en busca de Fzoul Chembryl, y los acólitos me habían conducido a un túnel secreto. *Halah* se había empeñado en seguirnos arrastrándose por el estrecho pasadizo de rodillas y sin abandonar la pierna de Fornault. Su presencia nos había obligado a recorrer todo Zhentil Keep por callejones y callejas apartadas; incluso en esta ciudad, los caballos carnívoros eran una rareza, y no teníamos el menor deseo de alertar a los espías de Fzoul de nuestra llegada. Ahora aquí estaba yo, observando la Puerta de la Fuerza sur, preguntándome cómo íbamos a conseguir que la yegua manchada de sangre pasara inadvertida a los centinelas.

—¿Qué estás esperando?

Aunque la pregunta provenía de algún punto detrás de mí, supe de inmediato quién la había hecho. El callejón se había vuelto repentinamente frío y olía a muerte, y un millar de voces llenaron mis oídos. Di la vuelta sobre mis talones y me encontré frente a frente con una furia sangrienta vestida con armadura de cuero negra. Las mandíbulas descarnadas de Cyric iban y venían rechinando los dientes y llenando el callejón de un gruñido terrible, y las cuencas esqueléticas de debajo de su frente, los orbes negros de sus ojos sagrados eran más oscuros que nunca. No dio muestra de haber reparado en los dieciséis acólitos aturdidos postrados de rodillas detrás de él. La propia *Halah* seguía mordisqueando imperturbable su hueso sin hacerle el menor caso.

Cyric me mostró tres dedos descarnados.

—Tres días para el juicio.

No respondí, temeroso de que el conjuro de la Ramera me obligara a decir alguna imprudencia, por ejemplo la verdad: «*Mil perdones, mi muy venerado señor, pero no puedo hacer lo que tú me pides porque estoy ocupado haciendo lo que necesitas; buscando una forma de curarte de tu locura*».

Cyric me apoyó una mano esquelética en el hombro.

—Buenas noticias, Malik: con engaños he conseguido que Mystra atacara a Máscara, y ahora está encerrada en la prisión de Helm. —Realmente era un

testimonio de la astucia del Uno que todos los demás dioses creyeran que esto era resultado de la propia tontería de la Ramera—. No volverá a molestarnos, pero necesito el *Cyrinishad* mas que nunca.

Al oír la mención del sagrado libro, Svanhild y otros varios acólitos alzaron la cabeza.

El Uno me dio tal apretón en el hombro que me dolió la clavícula.

—Ese bebedor de pus de Kelemvor me robó mi prueba.

—¿Prueba?

—El alma de Adon. Se la arrebaté a Mystra.

—¿El patriarca de la Ramera te reza a ti? —Aquello me produjo gran entusiasmo, ya que por entonces no sabía nada sobre los esfuerzos del Uno para trastornar a Adon—. ¡Es fantástico!

—No le reza a nadie. —El Uno me soltó el hombro y miró calle abajo. Un río de albañiles y jornaleros sucios salía por la puerta, volviendo por el puente de la Fuerza para pasar la noche seguros en Zhentil Keep—. Ése es mi argumento. Lo volví loco y renegó de Mystra, y ahora nunca reza. ¿Qué más hace falta para convertirlo en mío?

—No lo sé. —Había permitido que se me escapara esto antes incluso de darme cuenta de que sí lo sabía y, por supuesto, la magia de la Ramera me obligó a explayarme más de lo que hubiera sido prudente—. No sé por qué piensas que volverlo loco lo convierte en tuyo. Si no eleva sus preces a ningún dios, entonces es un Infiel y pertenece a Kelemvor.

Un instante después salí lanzado contra la pared que había detrás de mí y saqué de sitio unos cuantos bloques de piedra que se me cayeron en la cabeza. Sin la protección de Tyr, sin duda hubiera muerto en el acto. Aunque no vi moverse a Cyric, de repente me encontré con que su huesuda mano me mantenía pegado a la fracturada pared y con los ojos fijos en los orbes de hielo negro que tenía bajo la frente.

—Me estoy cansando de tu sinceridad, Malik.

—También yo, poderoso señor. Trataré de enmendarme.

—Limítate a conseguir el *Cyrinishad* —dijo el Uno entre dientes—. De lo contrario te unirás a Adon en la Ciudad de los Muertos, y más pronto de lo que te gustaría.

Cyric me soltó. Se me doblaron las piernas y caí de rodillas, y cuando alcé la vista, el Uno había desaparecido.

Los acólitos daban saltitos a mi alrededor como un grupo de cachorros, besando el suelo donde había estado el Uno y los pliegues de mi ropón que él había tocado así como las piedras contra las que me había estampado. Sólo Svanhild y Thir no parecían nada sorprendidas por la visita de nuestro señor oscuro, aunque de todos modos se pegaron a mi cuerpo.

—¡Sobrevivir después de haber hablado a nuestro señor oscuro en ese tono! —

exclamó Svanhild—. ¡Sin duda Malik debe de ocupar un lugar muy próximo a él! — Se aseguró de mirar a cada uno de los demás acólitos mientras decía esto, ya que la lucha por reemplazar a Fornault había empezado—. ¿No ha sido una suerte que yo lo reconociera en la puerta?

—Siempre y cuando el Uno no nos culpe de su fracaso —replicó Oda, que también deseaba reemplazar al Fraile. Se adelantó y me apuntó con un dedo acusador—. Si quieres recuperar el *Cyrinishad*, ¿qué estás haciendo aquí? ¡Nosotros enviamos cartas a todos los templos de Faerun diciendo que Rinda se lo había llevado al huir de la ciudad!

¿Qué otra respuesta podía dar más que una bofetada en toda la cara de Oda? No podía decir que estaba tratando de curar al Uno de su locura ya que se habría postrado de rodillas y me habría traicionado en seguida ante él. De modo que hice lo que tenía que hacer y la lancé a los brazos de Svanhild, cuya rápida daga se encargó del resto.

Para cuando el cuerpo de Oda se desplomó en el suelo, Svanhild ya se había vuelto y se había encarado con sus compañeros.

—Lo siento por Oda, pero no tenía derecho a cuestionar al favorito del Uno.

Claro que esto no era más que una excusa para eliminar a su rival, pero los acólitos se mostraron dispuestos a aceptar la explicación, especialmente mientras la daga de Svanhild permaneció desenfundada. Al parecer, sólo Thir se sintió disgustada por la muerte de Oda, y dirigió su furia contra mí.

—¿Tienes miedo de ocuparte de tus propias muertes, Malik? ¡Primero tuve que matar a Fornault por ti, y ahora le toca a Svanhild asesinar a Oda! ¡Estoy empezando a creer que eres un impostor!

La abofeteé lo mismo que había hecho con Oda y a continuación la arrojé en brazos de Svanhild, esperando la misma solución expeditiva a mi problema. Esta vez, los brazos de mi aliada fueron demasiado lentos, y Thir se lanzó contra mí con un fino estilete en la mano. El arma se partió al tocar mi esternón gracias a la protección de Tyr.

Svanhild apartó de mí a la atacante, pero esta vez no usó su hoja ensangrentada.

—Perdónala, Malik. Thir no quería hacerte daño. Oda era su mejor amiga.

Hice un gesto de indiferencia al oír eso y sostuve la mirada airada de Thir.

—Tengo bastante de que preocuparme. Si te dejas vivir, debes darme tu palabra de no causar más problemas.

—Oh, lo prometo. —En la sonrisa de Thir había tanta dulzura como enfado en sus ojos—. Lo juro por mi alma, como una verdadera creyente.

Esto me produjo un gran alivio. No tenía valor para cumplir mi amenaza, y sabía que más me valía no confiar en que el resto de los acólitos estuviesen dispuestos a ejecutar a mis víctimas. Hice un gesto de aprobación a Svanhild, que sonrió y empujó a Thir hacia los brazos de los demás acólitos.

Entonces Svanhild alzó la mirada al cielo que el crepúsculo estaba tiñendo de púrpura e indicó a sus camaradas que salieran del callejón.

—Debemos darnos prisa o los guardias cerrarán las puertas.

Los acólitos se introdujeron en la calle. Yo seguía mirando el cadáver de Oda. No podía dejar de pensar que si yo me convertía en un problema, Svanhild acabaría conmigo con idéntica eficiencia.

—¿Vienes, Malik?

—¡Por supuesto!

Aparté la mirada de Oda y vi que los demás acólitos habían desaparecido en la concurrida calle. Me dirigí a la boca del callejón, donde me esperaba Svanhild, y *Halah* se dispuso a acompañarnos sin dejar de roer el hueso de Fornault. Svanhild le echó una mirada y negó con la cabeza con disgusto, aunque no sé si era por mí o por mi fiel cabalgadura.

—¿No puedes hacer nada con tu caballo? —era una orden más que una pregunta—. Con ese hueso en la boca no podremos pasar inadvertidos para los centinelas de la puerta.

Me volví hacia *Halah*.

—¿Puedes dejar eso, *Halah*?

—¿Se lo preguntas?

—*Halah* es una yegua muy temperamental. —La verdad, no sabía qué podría pasar si trataba de quitarle el hueso. Nunca había olvidado la advertencia del Uno de dejarla comer lo que quisiera—. Ya has podido apreciar su poder.

Svanhild me miró con el entrecejo fruncido.

—¿Y tú has visto cómo tratan los zhent a los verdaderos creyentes? —Señaló a los trabajadores que volvían a la ciudad cruzando el puente de la Fuerza—. ¿Realmente quieres iniciar una Lluvia de Creyentes mientras vamos a buscar la torre del Gran Aniquilador? ¿O acaso piensas que Fzoul no se dará cuenta?

Miré la masa de corpulentos hombres que venían hacia nosotros. El plan de Svanhild requería que nos aprovecháramos de la multitud que abandonaba la ciudad mientras los guardias estaban demasiado ocupados para prestar mucha atención; el espectáculo de *Halah* royendo un fémur humano sin duda sería muy llamativo. Pensando que Tyr me protegería, respiré hondo y arranqué el hueso de las fauces de la yegua tirándolo a continuación hacia un tejado.

Halah relinchó sorprendida y levantó la cabeza para seguir la trayectoria del hueso. Por un momento dio la impresión de que estaba dispuesta a subir por la pared para recuperarlo, y sus ojos se volvieron tan amenazadores como una nube de tormenta, pero bajó la cabeza y me lanzó una bocanada de vapor negro a la cara.

—¡Deberías haberte quedado en el templo! —dije entre toses—. ¡No me causes problemas o haré que el Uno te transforme otra vez en el rocín que antes fuiste!

Cogí las riendas. Un ronco gruñido salió de su garganta, pero no se resistió cuando tiré de ella para meterla en medio de la corriente de carne humana. No había ni rastro de los demás acólitos; supuestamente ya habrían pasado por la puerta y cruzado el puente.

La calle hedía a sudor, a barro y a sedimentos del río, y sentía en la piel la presión constante de los cuerpos mugrientos de los trabajadores. En poco tiempo Svanhild, *Halah* y yo estábamos tan cubiertos de barro como los demás. No sabía si esto formaba parte del plan de Svanhild, pero cuando pasamos por las puertas era imposible distinguimos de los sucios desgraciados que venían del otro lado. Tiré de *Halah* para pasar bajo las mismísimas narices de un centinela, que se limitó a decir que estaba loco si llevaba mi caballo a las Ruinas después de la puesta del sol.

Svanhild y yo esperamos a que el torrente de trabajadores disminuyera un poco y entonces nos abrimos camino hacia el puente de la Fuerza. Era una estructura en arco, larga y ancha, que permitía el paso de tres carretas al mismo tiempo, pero una cuarta parte de su recorrido, el que estaba siendo reparado, estaba encerrado en un esqueleto de andamios de madera y se estrechaba de modo que apenas podía transitar por ella un carro tirado por un burro. Fue allí donde Svanhild y yo nos montamos en *Halah* y nos valimos de su tamaño para abrirnos camino entre la marea de trabajadores. No tardamos mucho en llegar a la cima del puente.

Aunque estaba anocheciendo, el espectáculo que se presentó ante nuestra vista me cortó la respiración. Ante nosotros estaba la pila de escombros que había entrevisto al entrar en la ciudad. Una verdadera montaña de trozos de piedra y de madera. De vez en cuando se distinguían los restos de una torre, o una sección de una pared de mármol o un trozo de una calzada, pero sobre todo había miles y miles de piedras de cantos cuadrados.

—En el nombre del Uno, ¿qué es esto?

Svanhild apoyó la barbilla sobre mi hombro.

—Las Ruinas... Lo que antes era Zhentil Keep.

—¿Y qué es eso, entonces? —pregunté señalando la ciudad que acabábamos de dejar atrás.

—Eso era el barrio extranjero. El general Vrakk y sus orcos lo salvaron de los gigantes cuando destruyeron los puentes. Por supuesto, obedecían órdenes del Uno.

—Por supuesto. —El conjuro de Mystra no me obligó a añadir nada, porque entonces yo no sabía que esto era una mentira.

Mientras *Halah* bajaba hacia el otro lado del puente, noté que se estaban reconstruyendo unas cuantas manzanas de la antigua ciudad cerca de la ribera del río. Todos los edificios parecían fortalezas, sin puertas, ventanas ni portales de ningún tipo en las dos primeras plantas. Sólo se podía acceder a ellos mediante unas largas escaleras de madera que subían tres plantas hasta un puente levadizo fortificado. Esto

hizo que me corriera un escalofrío por la espalda, pues no podía ni imaginarme qué clase de criaturas justificarían semejantes precauciones.

Cuando llegamos a la base del puente, una figura larguirucha no más alta que yo salió de entre las sombras y sobresaltó a *Halah*. La yegua se alzó de manos haciendo caer a Svanhild al barro del camino detrás de nosotros, y a continuación se volvió para atacar al intruso con los cascos.

La delgaducha figura cayó de rodillas y se tapó la cabeza.

—¡En nombre del Uno, no me mates! —Era Durin, un hermano del templo—. ¡Y si me matas, no permitas que tu caballo me coma!

Halah bajó las patas sin hacer ni lo uno ni lo otro.

—¿Dónde están los demás? —inquirió Svanhild poniéndose de pie—. Debíamos reunirnos aquí.

—Siguiendo al Gran Aniquilador —susurró Durin. Señaló las sombras detrás de él—. ¡Thir lo vio mientras bajaba por el puente, e iba solo!

Svanhild tiró de Durin para que se pusiera de pie.

—¿Entonces por qué estás ahí arrastrándote? ¡Enséñanos el camino! —Lo condujo hacia las sombras y me hizo una seña con la mano—. No puedo creer que hayamos tenido tanta suerte.

La cogí de la mano y la subí a lomos de *Halah*.

—La verdad, yo tampoco.

Capítulo XLI

El Serafín de las Mentiras entró en el cielo llamado Mechanus exactamente cuando y donde pretendía, de noche y encima del castillo Siemprealerta, la ciudadela de Helm el Vigilante. La fortaleza era en sí misma un cielo, o sea que era más grande que cualquier reino de Faerun. Estaba formada por seis construcciones concéntricas de cinco lados cada una. Cada cierto tiempo, un gran clanc sonaba en las profundidades del suelo que hacía que todo el reino se estremeciera y diera un giro de exactamente un quinto de círculo.

La construcción más interior era más grande que toda la Ciudad de la Luminosidad, lo cual es mucho decir, y en el centro mismo de dicha construcción estaba la amenazante torre de Helm, la Torre Vigilante. Ésta tenía cinco lados y se elevaba cinco plantas por encima de los demás edificios de Siemprealerta. El piso más alto estaba rodeado por un balcón de hierro y cerrado por paredes de cristal, y precisamente dentro de esta habitación de cristal estaba la prisión de Mystra que el Gran Guardián vigilaba montando guardia fuera, en el balcón de hierro.

El Serafín de la Muerte esperó a que Siemprealerta girara otro quinto de círculo y desplazara la atención de Helm hacia una dirección diferente y entonces descendió hasta la distancia de una alabarda de la barandilla del balcón. Allí permaneció suspendido, mirando a través del cristal de la prisión de Mystra. Parecía menos una caja negra que un cuadrado de vacío, pues daba toda la impresión de que esa parte de la cámara no existía en absoluto, y así era precisamente.

Sonó un gran clanc y la Torre Vigilante giró otro quinto de círculo.

Avner desplazó la mochila que llevaba a la espalda y se la colocó sobre el pecho. Aunque parecía vacía, llevaba en ella todo tipo de equipamiento, incluidos los artículos que había solicitado de la Sala de los Juicios de Kelemvor. El serafín sacó tres ganchos de plata y los colgó formando una larga línea en el aire. Después rebuscó en la bolsa y extrajo una esquina del espejo perfecto que había tomado prestada de la sala del trono de Kelemvor. Mientras tiraba, la boca de la bolsa no paraba de ensancharse, y aunque el espejo era el doble de alto que él no tuvo problema para sacarlo por completo.

Los engranajes sonaron y la Torre Vigilante volvió a girar.

El Serafín de la Muerte buscó detrás del espejo y encontró un hilo de oro que le había adosado a la parte trasera. Pasó dicho hilo por encima del primer gancho de plata y a continuación voló hacia atrás, tirando del espejo para sacarlo de la bolsa y pasando el hilo dorado por encima de los otros dos ganchos. Cuando acabó, el espejo estaba perfectamente colgado del aire.

La Torre Vigilante giró una vez más.

Avner se refugió detrás del espejo y a continuación buscó en su bolsa y sacó un

pequeño cuadrado de cristal encantado que aplicó al reverso del espejo para poder ver lo que sucedía al otro lado. A continuación sacó un pergamino mágico, hizo con él un cono y empezó a agitar las alas suavemente para mantenerse suspendido en el sitio. Mediante un acto de voluntad redujo el ritmo de la respiración y, tras rogar a su corazón que dejara de latir tan fuerte, se dispuso a esperar.

Avner no tenía el menor deseo de dejar de ser el Serafín de la Muerte, pero sus deseos no tenían importancia. Kelemvor había cambiado, ahora lo tenían sin cuidado los ruegos de cualquier espíritu mortal. Si Avner no conseguía la libertad de Mystra y se redimía ante Máscara, el señor de la Muerte lo condenaría al mismo castigo cruel que a los demás espíritus de los Infieles.

La Torre Vigilante giró otra vez y Helm quedó situado justo delante del espejo perfecto.

—¡Alto!

Sorprendido, Helm no se dio cuenta de que estaba mirando su propio reflejo. La figura consumida que tenía ante sí era la de un guerrero medio calvo, de cara larga y hombros vencidos por el peso de la tristeza de más de un mundo.

—¿Quién va? —preguntó Helm.

El serafín se llevó a los labios el cono de pergamino.

—Ya sabes quién —dijo. Las palabras parecieron salir del espejo, ya que los labios reflejados en el cristal se movieron al son de los de Avner, y la voz sonó como la del propio Helm—. Si no puedes reconocerme es que hace mucho tiempo que no levantas tu visor.

—¿Qué? —se extrañó el dios, perplejo.

El Vigilante se inclinó por encima de la barandilla y examinó la figura más de cerca. La armadura era como la suya, pero tenía la pátina del tiempo y estaba marcada por los golpes de mil batallas. El escudo llevaba su símbolo sagrado del guantelete y el ojo, y la espada que pendía sobre la cadera del anciano tenía el mismo rubí gigante en la empuñadura. Sin embargo, este caballero no tenía el porte firme y erguido de Helm. Tenía los hombros vencidos y la espalda encorvada, y mantenía los ojos fijos en el suelo. Parecía tan solo y abandonado como cualquiera de los cautivos que habían estado alguna vez en la Torre Vigilante.

Los engranajes de Mechanus sonaron y la torre volvió a girar desplazando a Helm, que quedó mirando en una nueva dirección.

El Vigilante manifestó un segundo avatar en el balcón y se dio cuenta de que estaba contemplando su propio reflejo. Vio la barandilla en la que apoyaba la mano, y el suelo de hierro bajo los pies, y las paredes de cristal que tenía detrás... Pero hubo algo que no vio, pues Kelemvor había hecho que el espejo reflejara las cosas como eran realmente, y la prisión de Mystra estaba hecha de inexistencia.

—¡Esto no puede ser!

El Vigilante dio la vuelta sobre los talones y retrocedió un paso al ver que la caja negra seguía detrás del cristal. Se quedó mirándola un buen rato. Luego se volvió y miró el reflejo en el cristal unos instantes más. Daba la impresión de que la caja había desaparecido.

Durante todo este tiempo, Avner se mantenía en el aire, detrás del espejo, preocupado. Sabía que un dios podía crear muchos avatares, pero había dado por supuesto que Helm se limitaría a recorrer el balcón para permanecer delante del espejo. En lugar de eso, el dios había manifestado un nuevo avatar cuando la torre giró, y ahora él tenía que habérselas no con un dios, sino con dos. El castillo Siemprealerta se estremeció y los engranajes sonaron una vez más mientras la Torre Vigilante se desplazaba. Helm manifestó un tercer avatar en el balcón. Avner sofocó un gruñido. Lo único que podía hacer era esperar.

El Vigilante volvió a mirar el espejo. El reflejo de la prisión de Mystra seguía ausente.

—¿Qué clase de conjuro es éste? —inquirió Helm.

—Nada de conjuros..., a menos que Mystra haya escapado. —Avner volvió a hablar a través del cono de pergamino, aunque ahora le resultó difícil hacerlo con un tono confiado—. Sólo la magia de Mystra podría engañarte.

Al ver que Helm no respondía, Avner permaneció en silencio, dejando que el Vigilante sopesara las opciones desagradables: o bien Mystra había escapado y formulado un conjuro para crear la imagen en el espejo, o lo que Helm veía en él era verdad.

Él, el de los ojos insomnes, pasó largo rato contemplando su propio reflejo y pensando cómo podía parecer tan diferente. Se dio cuenta de que podía ser una imagen de su auténtica naturaleza, ya que tanto los mortales como los dioses seguían resentidos con él por haber obedecido la orden de Ao durante la Era de los Trastornos y haber confinado a sus semejantes en Faerun.

A pesar de todo, el Vigilante no podía creer que fuera la suya la triste figura que se reflejaba en el espejo. Al igual que los mortales que lo veneraban, aceptaba como artículo de fe que quienes cumplían con su deber siempre serían recompensados. Si esto no era así en su caso, ¿cómo podría pedir a sus acólitos que lo aceptaran con respecto a sí mismos?

Por todo ello, Helm decidió que la imagen del espejo era falsa. Esto lo tranquilizó. Significaba que seguía siendo un guardián orgulloso y que Mystra seguía prisionera en su torre, pero entonces recordó lo que implicaba semejante engaño. La diosa de la Magia no podía estar dentro de su prisión por cuanto era la única capaz de engañarlo, y estaba aislada del Tejido por las paredes de inexistencia de su prisión. Sin embargo, ¿cómo podría estar ella en otra parte cuando era imposible escapar?

Los engranajes de Mechanus hicieron que se estremeciera todo el castillo. La

Torre Vigilante giró una vez más apartando a Helm del espejo. El dios manifestó un cuarto avatar sobre el balcón. Entonces, mientras éste seguía observando el espejo, los otros tres atravesaron las paredes de cristal y se dirigieron a la prisión de Mystra.

Con una sola voz llamaron a la señora de la Magia.

Mystra no respondió. Había estado escuchando todo lo que sucedía fuera y, convencida de que Kelemvor había venido a rescatarla, no tenía el menor deseo de ayudar a su carcelero.

Avner rebuscó en la mochila y sacó una pequeña sombra con forma de pájaro, un recuerdo que le había pedido a Kelemvor. La cobijó suavemente en las manos y la bañó con su aliento haciendo que extendiera las alas.

—¿Mystra? —la voz de Helm era ahora más cautelosa. Experimentado como estaba en el arte del encarcelamiento, sabía que el silencio de un cautivo podía significar muchas cosas, y la menos importante de ellas era que hubiera escapado.

»Respóndeme, señora de la Magia.

Avner abrió las manos. La pequeña sombra salió volando y gritó las palabras que Kelemvor le había oído pronunciar a la diosa en una ocasión, cuando un par de sus héroes habían destruido a un lich:

—¡Adiós. Ahí te pudras!

En seguida Helm hizo surgir de la nada un quinto avatar. Buscó el origen de la voz de la diosa, pero el recuerdo se había desvanecido en cuanto cumplió su propósito. Los tres avatares que rodeaban la prisión de Mystra desenfundaron sus espadas y se dispusieron a buscar dentro.

Avner rogó que esperasen unos instantes más. El cuarto avatar seguía observando el espejo, y él era perfectamente consciente de que no era más rápido que un dios.

Los tres avatares se arrodillaron junto a la caja de negro vacío, cada uno por un lado diferente.

Los engranajes de Mechanus volvieron a sonar y la Torre Vigilante giró, llevándose al cuarto avatar. Avner miró a los tres que rodeaban la prisión de Mystra y vio cómo se inclinaban para meter la cabeza por las paredes. Voló desde su escondite y se colocó tras uno de ellos en un abrir y cerrar de ojos. Describió una trayectoria oblicua hacia la pared de cristal y la atravesó, moviéndose con la rapidez de una piedra caída del cielo.

—¡Por aquí, Mystra! —gritó.

Antes de que Avner terminara la frase, el cuarto avatar de Helm acudió corriendo desde el balcón para interceptarlo. Esto no importó. El serafín todavía estaba volando, y cuando el Vigilante se colocó delante de él, bajó la cabeza y lo embistió.

De haber estado Helm sosteniendo la espada firmemente en la mano y con ambos pies bien apoyados en el suelo, seguramente el serafín habría rebotado en su pecho y perecido bajo la espada reluciente del dios. Pero el Vigilante todavía estaba

desenvainando y volviéndose para situarse. El ataque desesperado de Avner lo desequilibró y lo hizo caer contra otro avatar.

Este impacto hizo que el avatar atravesara tambaleándose la pared de inexistencia, y Mystra vio en seguida lo que se había propuesto la voz misteriosa de fuera. La diosa se lanzó a los pies del guardián que caía y salió de la prisión por el mismo agujero por el que entraba su captor. La diosa vio al cuarto avatar de Helm que se cernía amenazante y que se le caía encima de espaldas por la fuerza del golpe del Serafín, y pensó que la empujaría y la haría volver a la caja de vacío.

Entonces el avatar se desvaneció y ella se encontró en el suelo junto al magullado Serafín de la Muerte. Mystra se dio cuenta en seguida de que había escapado, porque en el instante mismo en que el avatar de Helm cayó dentro de la prisión, el Vigilante perdió todos sus poderes divinos y sus avatares desaparecieron. Se puso en pie de un salto, convencido de que Tyr no tardaría mucho en enterarse de lo que había ocurrido y recurriría a Ao para que liberara al Vigilante. Antes de que Avner pudiera quejarse siquiera, Mystra envió a ocho avatares a Faerun para responder a las llamadas de sus Fieles y deshacer el daño que Talos había hecho a su Iglesia. Envío otro aspecto a visitar a Kelemvor en la Ciudad de los Muertos, y sólo entonces se arrodilló junto a su maltrecho salvador.

—Tienes mi gratitud, Avner. —Mystra se dio cuenta de que al golpear a Helm el Serafín se había dislocado el cuello, se había roto las dos alas y también un hombro. Mientras hablaba, la diosa empezó a subsanar todos los desperfectos—. Le hablaré a tu señor de tu valentía. Kelemvor sabrá recompensarte.

Avner negó con la cabeza.

—No... Kelemvor ya no es... mi señor. Fue Máscara quien me envió.

—¿Máscara? —La diosa enderezó el cuello de Avner, después lo rodeó con las manos y dejó que la magia curadora fluyera hacia él—. Eso no puede ser. Máscara tiene más motivos que nadie para tenerme prisionera.

—Es posible, pero no esperaba que yo lo consiguiera.

Ahora que su cuello había sido reparado, al serafín le resultaba mucho más fácil hablar. Mientras la diosa le curaba el resto de las heridas, le contó que Kelemvor había decidido reevaluar todos sus juicios como dios de la Muerte y que Máscara le había dado una oportunidad para convertirse en Serafín de los Ladrones asignándole la imposible tarea de liberarla. Cuando acabó, Mystra le había curado todas las heridas.

Se pusieron de pie.

—Avner —dijo la diosa—, no deberías ser serafín de un dios tan bajo como Máscara. Voy a interceder ante Kelemvor y seguirás siendo Serafín de la Muerte.

Avner negó tristemente con la cabeza.

—No lo creo, diosa. El señor de la Muerte ha cambiado. El antiguo Kelemvor ha

desaparecido, y me temo que ni siquiera tú puedes hacerlo volver.

Capítulo XLII

El hermano Durin nos condujo a través de la ruinoso puerta del viejo distrito del puerto y después tomó por un resbaladizo río de barro que hacía las veces de bulevar central de la ciudad reconstruida. Era la hora del anochecer y el lugar estaba poblado de sombras purpúreas como las sagradas vestimentas del Uno. Los últimos albañiles y jornaleros habían desaparecido al otro lado del puente, y ahora sólo quedaban los moradores que nos contemplaban desde las troneras y los puentes levadizos de la tercera planta de sus casas fortificadas. En la calle había un olor hediondo a algas y a restos de pescado y a todas las demás cosas que a cualquiera pudiera parecerle adecuado tirar a la vía pública, y tan profundo era el barro que los cascos de *Halah* succionaban como ventosas mientras nos llevaba a Svanhild y a mí sobre el lomo.

Cuando habíamos recorrido aproximadamente un tercio de la ciudad reconstruida, o sea, no más de cien pasos bulevar abajo, alguien llamó la atención de Durin con un silbido desde las sombras. Éste se internó en un estrecho callejón que había entre dos edificios y desapareció en la sombra. Mientras conducía a *Halah* en pos de él, pensé en los corpulentos guardias que habían perecido en el callejón donde nos habíamos escondido antes y un escalofrío me subió por la espalda. Aquellos hombres habían muerto dentro de los confines «civilizados» de la ciudad amurallada. Aquí, en las Ruinas, dudaba de que ni siquiera el Uno pudiera saber qué peligros acechaban en cada esquina.

En esta a la que ahora nos dirigíamos, el acechador resultó ser Armod, un hermano del templo casi tan demacrado y lleno de barro como Durin. Armod nos condujo por un laberinto de callejas tan oscuras que a duras penas conseguía ver mi mano poniéndomela delante de la cara, y no dejaba de pensar que éste era un lugar inmejorable para una emboscada. Sin embargo, no sucedió nada, salvo que sentía que muchos ojos nos observaban desde arriba y que un perro vagabundo nos ladró desde un rincón lleno de barro. Aquí Svanhild y yo tuvimos que desmontar y esperar en el barrizal mientras *Halah* trataba de convertir al perro en un tentempié, pero la yegua no tenía el cuello tan largo como para llegar al fondo de su guarida, y poco después nos permitió volver a montar.

Cuando salimos de este laberinto de callejas encontramos a la hermana Kelda esperando tras los deteriorados vestigios de la muralla del distrito del puerto. Kelda reemplazó a Armod como guía. Las siniestras ciudadelas de la ciudad reconstruida dieron paso a sombrías pilas de escombros. El chapoteo de los cascos de *Halah* se convirtió en un golpeteo impredecible, y la luz de la luna llena apareció pavimentando nuestro camino de reluciente plata.

La pestilencia del distrito del puerto se desvaneció y sentí que Svanhild estaba ahora menos tensa. Se inclinó hacia adelante y acercó los labios a mi oído.

—¿Por qué has venido a Zhentil Keep? —preguntó en un susurro—. Sin duda sabes que el *Cyrinishad* ya no está aquí. Durante todo un año hemos estado enviando cartas a verdaderos creyentes importantes.

—A mí no me enviasteis nada —repliqué—, pero me enteré de la carta que le enviasteis a mi califa.

—¿Por qué estás aquí, entonces?

Me mordí la lengua pues no tenía el menor deseo de decirle la verdad a esta mujer. Cabía la posibilidad de que Fzoul hubiera permanecido todo el día en su torre, vigilando y preguntándose cuándo llegaríamos..., o de que alguien le hubiera dicho que llegaríamos al anochecer, y existían muchas probabilidades de que ese alguien hubiese sido Svanhild o cualquier otro de los acólitos de Zhentil Keep.

—¿Y bien? —insistió la mujer.

Giré la cabeza para mirarla.

—Haces demasiadas preguntas, hermana.

Svanhild apartó la cabeza como si la hubiera abofeteado, pero siguió apretándome la cintura con los brazos. La mejor forma de sujetarme cuando Fzoul me tendiera la emboscada, pensé.

Furtivamente escudriñé las sombras hasta que caí en la cuenta de que no tenía que temer a una emboscada. Con la protección de Tyr para mantenerme entero y una cabalgadura como *Halah* para asegurarme la huida, ningún asalto podía detenernos ni a mí ni a mi búsqueda. Después de tranquilizarme, hice una absoluta tontería: me incliné para darle a mi fiel yegua una palmadita en el cuello.

Halah giró la cabeza mostrándome los afilados dientes y a duras penas me dio tiempo a apartar la pierna antes de que me la arrancara de un mordisco.

Svanhild se inclinó hacia adelante.

—¿Qué le pasa?

—Está enfadada porque se le escapó el perro. —Lo que agregué fue fruto del conjuro de Mystra:— O tal vez porque le quité el hueso.

—¿Quién es el amo? —preguntó Svanhild con sorna—. ¿Tú o *Halah*?

—¿Tú qué crees? Como ya te he dicho, fue Cyric quien la creó.

Kelda tomó por un ancho surco rocoso que en un tiempo había sido una calle. Se detuvo unos cincuenta pasos más adelante, donde el camino terminaba bajo un alto muro que permanecía intacto. Allí encontramos al resto de los acólitos. Estaban esperando en la embocadura de una zanja de bordes empinados cavada entre los escombros por alguien, o por algo tal vez, para crear un estrecho pasadizo.

Uno de los hermanos señaló al canal.

—El Aniquilador fue por ahí. Thir está todavía...

—¡Rápido! —la voz de Thir salió amortiguada y distante de las profundidades de la trinchera—. ¡Está tratando de escapar!

Kelda y los demás se metieron corriendo en la trinchera, pero yo retuve a *Halah* a la espera de los acontecimientos y dejé que se metieran solos en la oscuridad.

—¡Vamos! —ordenó Svanhild golpeando con los talones los flancos de *Halah*.

Un rugido como el de un león brotó de las profundidades de la garganta de *Halah*, que dio un paso adelante a modo de prueba. Tiré de las riendas para detenerla, y ella a su vez alzó las patas delanteras, con lo que a punto estuvo de hacer caer a la hermana Svanhild.

—¡Malik! ¿Qué haces? —Svanhild se aferró a mi cintura para no caerse—. ¡Pensaba que querías coger a Fzoul!

—Como ya dije antes, haces demasiadas preguntas. —El conjuro de Mystra me obligó a seguir hablando—. No he llegado tan lejos por mi estupidez. Veo claramente la emboscada que me tenéis preparada.

—¿Emboscada? —Parecía realmente sorprendida, lo cual me hizo ver que era una mentirosa consumada.

Un sonoro estallido salió de la estrecha trinchera y a continuación un destello plateado se reflejó en las paredes. Alguien gritó de dolor.

—¿Lo ves? ¡No soy ningún tonto! —exclamé.

Todos los acólitos gritaban. Un rugido sordo resonó en la zanja y a continuación un resplandor color naranja iluminó las piedras del fondo.

Svanhild soltó uno de los brazos con los que se abrazaba a mi cintura y sentí algo afilado que hacía presión contra mi espalda.

—Querías encontrar al Aniquilador y lo hemos encontrado. ¡Ahora, adelante!

—Necia mujer, ¿acaso crees que tu cuchillo me da miedo? —A pesar de mis palabras había conducido a *Halah* hacia la zanja porque todavía me interesaba seguir a Fzoul hasta su guarida—. Ya viste cómo rebotaban en mi espalda los viroles de ballesta cuando entré en Zhentil Keep. ¡Estoy protegido por el propio Tyr!

—¿Por Tyr? —Svanhild empujó la daga hacia adelante, pero la hoja resbaló en mi ropa y pasó rozándome las costillas sin hacerme el menor rasguño. La mujer me escupió en el cuello—. ¡Traidor! ¡Espía amante de Tyr!

—¿Yo? —No hice el menor caso a su intento de asesinarme—. ¡Tú eres la traidora!

A todo esto ya habíamos recorrido la mitad de la extensión de la trinchera. Con sólo inclinarme un poco podría haber tocado las paredes, tan altas que no permitían que llegara la luz de la luna. *Halah* hacía un ruido terrible mientras avanzaba a tientas en la oscuridad, pero esto casi no importaba, ya que del otro extremo del túnel llegaron un poderoso rugido y un grito horrible.

Al alzar la vista pude ver una figura imponente de larga cabellera veinte pasos más adelante, atrapada contra una pared medio derruida. Una cortina de fuego ardía entre dicha figura y el puñado de atacantes que todavía resistían. El resto de los

acólitos del Uno yacía en el suelo. Se revolvían entre gritos de agonía y trataban de apagar las llamas que los abrasaban.

Sentí la garganta seca al contemplar la habilidad de mi presa, pero no tenía tiempo para asombrarme. Svanhild se dejó resbalar por la grupa de *Halah* hasta los escombros que había detrás.

Cayó de rodillas y alzó los brazos al cielo.

—Oh, Cyric, dios de dioses, Uno y Todo, escucha esta plegaria de tu sierva Svanhild de Zhentil Keep.

—¡No! —Di un tirón a las riendas tratando de obligar a *Halah* a volver grupas, pero la trinchera era demasiado estrecha y rocosa para que pudiera hacerlo con rapidez.

—¡Poderoso señor —continuaba Svanhild—, has puesto tu confianza...!

Tiré tan fuerte de las riendas de *Halah* que ésta se alzó y giró. Sus cascos delanteros chocaron con tal fuerza en la pared de la trinchera que provocaron un desprendimiento de rocas.

—¡... en un traidor! —gritó por fin.

—¡Zorra mentirosa! —Saqué la daga mientras desmontaba.

Antes de tocar el suelo con los pies, un destello plateado brotó chisporroteando del borde del canal y alcanzó a Svanhild en la frente. Su cabeza desapareció en un estallido de fuego cegador y hueso y yo caí sobre el cadáver sin cabeza arrastrándolo hacia el suelo de la zanja. Un buen rato estuve tirado sobre aquella cosa espantosa, demasiado aturdido para cerrar los ojos y apartar de mí la visión, y jadeando por el humo asfixiante que salía de donde debería haber estado la cara de Svanhild.

—Espero que esté muerta —las palabras sonaron tan profundas y sonoras que pensé que era la voz del Uno hasta que me di cuenta de que aquel hombre hablaba con una sola voz y no con mil—. No podemos permitir que llame al dios loco, ¿verdad?

Me aparté del cuerpo de Svanhild y miré hacia arriba. El que había hablado estaba en lo alto del muro de la trinchera, muy por encima de mí, y su silueta se recortaba sobre el pálido cielo nocturno. Tenía el pelo largo flotando al viento, y su capa de cuello alto cubría unos hombros anchos. Su aspecto era extrañamente parecido al de la figura atrapada al final del canal.

El hombre miró al interior de la trinchera y alzó los brazos.

—¡Arriba! —Pensé que era a mí a quien hablaba, hasta que añadió:— ¡Despertaos, hijos míos!

Un estruendo espantoso recorrió toda la extensión de la zanja. *Halah* dejó escapar un relincho de sorpresa y luego se volvió a mirarme. Detrás de ella, el resplandor anaranjado que había al final de la trinchera se había desvanecido, y ahora los escombros que tenía a ambos lados empezaban a removerse. *Halah* mostró los

dientes y reculó.

—¡No, *Halah!* ¡Por aquí!

Halah siguió reculando hasta que oyó que detrás de ella también se movían las piedras y se paró en seco. Di un paso adelante para coger las riendas, pero unos brazos largos surgieron repentinamente de los escombros que nos separaban. En la oscuridad parecían las ramas de un sarmentoso árbol de mirra, y aunque no había mucha luz, pude ver que uno de los miembros terminaba en una garra deforme.

—¡*Halah*, ven aquí!

La yegua alzó la cabeza al oír mi orden y luego gruñó.

Una cabeza surgió de entre las piedras y fue a sumarse a los brazos que se interponían entre nosotros. A la luz de los ardientes ojos rojos me di cuenta de que era la cara de un cadáver, muerto hacía tiempo, con jirones de piel gris pegados todavía a la calavera. La criatura fijó en mí la mirada y empezó a separarse del suelo.

Por supuesto que no estaba sola. El estruendo de las piedras al revolverse era cada vez más fuerte a lo largo de la trinchera, y al mirar en derredor me topé con docenas de ojos rojos que surgían de debajo de los escombros. Maldije el alma de Svanhild y volví a mirar a mi cabalgadura, mi única esperanza de salir de allí.

—¡*Halah*, ahora!

Halah fijó en mi un ojo tenebroso, después gruñó y dio un salto hacia adelante. El cadáver que se interponía entre nosotros trató de cogerle una de las patas delanteras con su garra deforme. La yegua se la cercenó de un mordisco y se detuvo junto a mí con aquel miembro espantoso todavía entre los dientes. Di gracias al Uno por la lealtad del animal y avancé unos pasos para poder montar.

En ese momento se levantó y me plantó un casco en el pecho lanzándome al suelo.

—¡*Halah!* —Miré hacia adelante y vi una docena de siluetas de ojos rojos que se abalanzaban sobre nosotros—. ¡Deja que me levante! ¿Qué estás haciendo?

Halah gruñó y acercó la cabeza a mi cara mientras removía desafiante entre los dientes el mugriento brazo del cadáver.

—¡*Halah!*

El primer cadáver se acercaba. Le faltaba el brazo que le había arrancado mi cabalgadura. Se inclinó y me cogió por un tobillo con la mano que le quedaba, y yo recordé mi amenaza de antes de cruzar el puente.

—*Halah*, lamento haber interrumpido tu comida, pero teníamos que abandonar la ciudad. —Un segundo cadáver llegó hasta mí y ella le permitió que me cogiera del brazo—. Y sabes muy bien que jamás le pediría al Uno que te transformara en un rocín.

Halah me lanzó un bufido en los mismísimos morros, tal como había hecho cuando le arrebaté el hueso, después apartó el casco de mi pecho y avanzó al trote.

—¿*Halah*?

Traté de ponerme de pie, pero los dos cadáveres me tenían sujeto. Cogí una piedra y le aplasté el cráneo a uno, pero esto ni siquiera hizo que aflojara la presión. Un tercer cadáver se apoderó de la piedra y aplastó contra el suelo la mano en la que yo sostenía el arma.

—¿*Halah*!

Por toda respuesta lanzó un bufido burlón que sonó dolorosamente distante. Di patadas y me revolví, tratando de liberarme. Cada vez que movía una parte del cuerpo, otro cadáver acudía a sujetarme. Al poco tiempo me encontré enterrado bajo una pila de carne putrefacta que se retorció, y con mis propios miembros más retorcidos que la mente de nuestro señor oscuro.

Maldije al Uno de mil maneras diferentes. Lo llamé bufón y zoquete y dije de él que era un fraude, una mentira y un miserable, que no hacía más que promesas vacías y que se dedicaba a robar y a asesinar. Lo calificué de mentiroso y ladrón y utilicé cien calificativos a cada cual más desdeñoso. De nada me arrepentí. ¡Pensé en los grandes sacrificios que había hecho por amor a Cyric y en cómo se vendría todo abajo sólo porque me había dado un caballo tan veleidoso como para traicionarme por un hueso!

El hecho de que el Uno no me hiciera caer muerto allí mismo es una prueba de su compasión sin límites, y tal vez de la protección de Tyr. Para cuando por fin oí a alguien más agraciado que un cadáver cerca de mi cabeza, mi furia blasfema había cedido. Guardé silencio, escuchando esperanzado, mientras esta persona se detenía junto a mí y retiraba los miembros de unos cuantos cadáveres de mi cara, y entonces vi a quien me había traicionado.

—¿*Thir*!

Se había cambiado el ropón de cáñamo del templo del Uno por una túnica de seda con un generoso escote. Llevaba al cuello un amuleto de plata con forma de mano humana que tenía un par de ojos color esmeralda en la palma, el símbolo sagrado de *Iyachtu Xvim*. En la cara tenía todavía las marcas de mis bofetones.

—¿Qué alegría verte, Malik! Es un milagro que la plaga de muertos no te haya matado. —Sonrió dulcemente y a continuación me escupió a la cara. Viendo que estaba demasiado indefenso como para limpiar su saliva de los ojos, se volvió y añadió:— Ahora parece bastante indefenso, Tyrannar.

Unos pies calzados con pesadas botas avanzaron por los escombros, y entonces vi a la imponente figura que se había recortado antes contra el cielo inclinada sobre mí. Tenía un rostro principesco, de mandíbula cuadrada y grandes bigotes rojos, y sus ojos desvaídos eran tan fríos y crueles como el corazón que latía en mi pecho.

—Soy Fzoul Chembryl. —Sacó de su cinturón un saco de tela y se arrodilló para cubrirme la cabeza con él—. Tengo entendido que andabas buscándome.

Capítulo XLIII

La Ciudad de los Muertos era una joya que iba perdiendo su brillo. Kelemvor estaba en lo alto de la Torre de Cristal y observaba mientras una marea gris iba cubriendo su reino. A medida que la inhóspita ola se extendía, las relucientes luces de las ventanas se apagaban, los farolillos de las calles se volvían mortecinos y la luz de las velas se tornaba grisácea. Sólo quedaba un rayo ceniciento que revestía la ciudad con la palidez de un féretro y que iluminaba hasta el último rincón con una claridad pálida, sin sombras. El señor de la Muerte estaba eliminando las luces de sus dominios. A partir de ese momento, ninguna llama ardería dentro de sus murallas, el sol no brillaría en sus calles. En la Ciudad de los Muertos no volvería a haber ni luz brillante ni negro aterciopelado, sólo incontables tonos de gris.

—Kelemvor, no me gustan nada estos cambios. —Mystra apareció en el pináculo junto al señor de la Muerte mientras pronunciaba estas palabras—. Espero que me perdones por decirlo.

—No hay nada que perdonar. —Kelemvor se volvió hacia Mystra y ésta pudo ver que él había cambiado más que su ciudad—. No lo he hecho para complacerte.

Mystra dio un respingo. Había visto en seguida que Kelemvor había cambiado su habitual armadura de cuero por una capa gris perla y una capucha del color del carbón, pero eso no la había preparado para lo que vio bajo esas ropas. El rostro de rasgos duros de su amante había sido reemplazado por la expresión impasible de una máscara plateada de la muerte.

Sus ojos ya no eran esmeraldas preciosas, sino unos orbes grises que no tenían ni pupilas ni iris, y su mata de rebelde pelo negro se había convertido en una cabellera blanca y tan fina como los hilos de una telaraña. Hasta su pecho fornido, oculto ahora tras un pectoral andrajoso de cota de malla, parecía hundido y vacío.

Kelemvor mostró su nuevo aspecto con un gesto de la mano.

—El aspecto que tengo ahora está mucho más acorde con mi verdadera naturaleza.

Mystra se llevó una mano a la boca y no dijo nada, pues no se le ocurrió nada lisonjero que decir.

Kelemvor se encogió de hombros.

—Veo que Avner lo consiguió.

—Sí, gracias por enviarlo.

—No fui yo sino Máscara quien lo envió.

—Eso dijo Avner. —Mystra hizo una pausa—. Quería hablar contigo al respecto. Avner no se merece...

—Ahora Avner es el Serafín de los Ladrones. Lo hecho, hecho está, y no tienes tiempo que perder en cosas que no se pueden cambiar. —Kelemvor cogió el brazo de

Mystra y guió a la perpleja diosa al otro lado de la habitación—. En cuanto Helm esté libre te buscará aquí. Tal vez deberías observar lo que viniste a ver y marcharte a continuación. Tienes mucho que hacer antes del juicio.

Aunque sorprendida por la brusquedad de las palabras de Kelemvor, Mystra reconoció la verdad que había en ellas.

—Sí, Talos ha estado haciendo intentos...

—Olvídate de Talos, Mystra. ¡Responde a los cargos! —Llegaron al otro lado de la torre y el tono del señor de la Muerte se volvió más tranquilo—. Si no lo haces, ambos estamos condenados. Tyr no ha separado nuestros cargos.

—¿Es ésa tu única preocupación, Kelemvor? —Mystra se desasíó de su brazo—. No te creía tan egoísta. Tal vez deberías hacer venir a Adon para que pueda irme después.

—No lo puedo traer ante ti. —Kelemvor señaló a través de la pared de cristal a una enorme multitud de almas que esperaban su juicio a las puertas del palacio—. Adon está en la cola.

—¿En la cola? —Mystra pegó el rostro al cristal y escudriñó la luz gris sin sombras de la Ciudad de los Muertos. La muchedumbre estaba demasiado lejos como para que incluso una diosa pudiera distinguir a una sola alma—. ¿Estás haciendo esperar a Adon en la cola?

—Por supuesto. Abjuró de ti en vida y eso lo convierte en un Infiel. Además, me rogó que te robara los fieles que aguardan en el Plano del Olvido, lo cual lo convierte en un Falso.

—¡Pero Adon está loco! —Mystra se le enfrentó—. Tú estás en inmejorables condiciones para entenderlo.

—Yo debo hacer responsables de sus actos incluso a los locos. —Kelemvor miró a la multitud. Tampoco sus ojos podían diferenciar a las almas, pero él sabía cuál de aquellos puntos era Adon: el último de la fila—. Si no castigo a los locos cuando abjuran de sus dioses, entonces la mitad de Faerun se volverá loca. Son demasiados los mortales que no rinden a sus dioses el tributo que les es debido.

Mystra obligó a Kelemvor a darse la vuelta y lo miró a los vacíos ojos grises.

—¿Es que tú mismo te has vuelto loco? ¿Quién eres tú que te ocultas tras esa máscara? ¿Cyríc? ¿Tempus? ¿Máscara? —Retrocedió alzando las manos para lanzar al impostor un rayo de magia pura—. No puedes ser Kelemvor. Él jamás diría semejantes cosas.

—Soy el mismo Kelemvor al que tú, Ariel, pagaste un precio muy especial en el camino hacia la torre de Elminster.

Mystra mantuvo las manos en alto. Mucha gente sabía que Ariel había sido su verdadero nombre como mortal, Cyríc entre ellos. Y Cyríc también sabía que ella se lo había revelado a Kelemvor durante la Era de los Trastornos como una especie de

pago por acompañarla a la torre de Elminster, pero había una cosa que Cyric no sabía sobre su acuerdo.

—¿Cuál fue el precio, Kelemvor?

—Tu amor —respondió él sin vacilar.

—Eres tú. —Mystra bajó las manos y a continuación señaló con un gesto la espantosa ciudad que se veía por el cristal—. ¿Por qué, Kelemvor?

—Porque soy el dios de la Muerte.

—Pero ¿dónde ha quedado tu piedad? Condenar a Adon...

—La piedad es propia de los mortales, no del dios de la Muerte. Adon será juzgado por sus palabras.

Mystra se quedó boquiabierta. Durante un rato estuvo mirando la siniestra ciudad y finalmente se volvió hacia Kelemvor.

—Entonces quiero que lo vuelvas a la vida por mí.

—¿Volver a la vida a un loco? ¿A quién serviría eso más que a Cyric?

—Eso no debe preocuparte —replicó Mystra—, basta con que yo te lo pida.

—No. Que Adon hablara contra ti es asunto tuyo, pero ya se ha atrevido a denunciarme por ser tu amante. No permitiré que socave la fe de mis propios adoradores.

—Te lo suplico, Kelemvor. —Mystra se acercó al señor de la Muerte y le cogió las manos—. ¡En nombre de nuestro amor!

Kelemvor negó obcecadamente.

—Ni siquiera por ti. Debo cumplir mi deber como dios, y te aconsejo que hagas lo mismo, o será el Círculo el que asuma tus poderes, no Talos ni Cyric.

Mystra le soltó las manos violentamente.

—¿Cómo te atreves a darme lecciones! Yo no he llegado a ser diosa para dar la espalda a quienes...

La capa llena de sombra de Jergal apareció entre Mystra y Kelemvor.

—Mil perdones, señor de la Muerte, pero Helm exige una audiencia.

—¡Kelemvor, devuelve la vida a Adon! —las palabras de Mystra parecieron brotar de la nada, ya que la diosa se había desvanecido en cuanto el senescal pronunció el nombre de Helm—. ¡Hazlo volver a Faerun o nuestro amor está acabado!

—Entonces ya está acabado —replicó Kelemvor, aunque ni siquiera él supo si Mystra lo había oído.

—¿Qué es lo que está acabado? —preguntó Helm apareciendo detrás de Jergal, en el mismísimo lugar donde había estado Mystra hacía un instante—. Y te advierto, no trates de esconder...

—A mí no me amenaces, Corazón de Hielo. —Kelemvor avanzó a través del cuerpo de Jergal hasta que su nariz tocó con el visor de Helm—. Yo no estoy

escondiendo a la diosa Mystra. Puedes registrar mi reino si te place, pero si vuelves a amenazarme una sola vez, será necesaria la intervención de Ao para salvarte.

Helm dio un paso atrás e inclinó la cabeza.

—No será necesario un registro, señor de la Muerte, me basta con tu palabra.

El Guardián se desvaneció tan rápido como había aparecido, y no sólo para perseguir a su prisionera. Algo en el tono de Kelemvor le había hecho sospechar que estaba sediento de sangre, y Helm no quería probar su destreza con la de un nuevo señor de la Muerte.

Jergal se colocó al lado de Kelemvor, y un guante blanco se desplazó para señalar una línea de brillantes cuentas negras que resbalaban por la mejilla del dios.

—¿Qué es eso?

—Nada —la voz de Kelemvor sonaba tensa—. Supongo que es todo lo que queda de mi ser mortal.

—Bueno, espero que lo elimines en seguida. —El senescal se apartó como si Kelemvor estuviera enfermo y corriera el peligro de que le tosiera encima—. Es lo más extraño que le he visto hacer a un dios de la Muerte.

—¡Pues no mires!

Fue el propio Kelemvor quien le dio la espalda, y ni él ni Jergal se dieron cuenta de que las lágrimas desaparecían al tocar el suelo.

Capítulo XLIV

El gran Fzoul y su criada, Thir, me encadenaron y me arrastraron dando tumbos y tropezones entre las ruinas. El capuchón que me cubría la cabeza no me dejaba ver, y la cadena que me sujetaba los tobillos me hacía cojear, pero mis captores me empujaban y tiraban de mí y protestaban como si no entendieran por qué no podía andar más rápido. Tras horas de este trato desconsiderado llegamos a terreno más llano, después bajamos una escalera hasta un pasadizo rocoso, y el olor a piedra húmeda y a pez ardiente me inundó las fosas nasales.

Fzoul me arrancó el capuchón y vi una cámara enorme totalmente excavada en la roca. La luz de unas cuantas antorchas danzaba en los candelabros de las paredes, llenando el aire de un humo tan negro y acre que las lágrimas empezaron a caer a torrentes de mis ojos. El centro de la estancia estaba vacío, salvo por el símbolo de Iyachtu Xvim pintado en el suelo y un altar negro en el otro extremo. A lo largo de una de las paredes había todo tipo de muebles extraños, pero la escasa luz no me permitió ver para qué eran.

Después de este rápido inventario, empecé por el rincón más próximo y fui examinando atentamente toda la habitación en busca de una caja de hierro o un cajón de madera lustrada o cualquier otro contenedor donde pudiera guardarse *La verdadera vida de Cyric*. La penumbra era tan densa que lo único que vi fueron extraños contornos y formas vagas.

Fzoul se encaminó al centro de la cámara. Yo lo seguí trabajosamente, maldiciendo los grilletes que me sujetaban los tobillos y las esposas que me mantenían las muñecas inmovilizadas delante de la barriga.

—El templo de Iyachtu Xvim. —Fzoul abarcó con un ademán la sombría cámara—. No tan grande como los que suelen encontrarse en la Iglesia de Cyric, pero en Zhentil Keep hemos tenido que conformarnos desde que el Loco redujo a polvo nuestras casas.

—La destrucción fue culpa vuestra. —No tuve miedo de decir esto porque sabía que la protección de Tyr me libraría de cualquier daño—. Si Zhentil Keep se hubiera mantenido fiel...

—¡Silencio, cerdo! —me insultó Thir dándome un golpe entre los hombros—. Ya he tenido suficiente de esa basura de Cyric, me basta hasta el fin de mis días.

—No, querida mía —Fzoul se puso tras de mí y apartó a Thir—, deja a Malik que hable. Después de todo lo que me has contado, deseo oír lo que tenga que decir.

—No tengo nada más que decir, salvo que tú eres un miserable y un traidor por haber leído *La verdadera vida de Cyric* a tu ciudad. —Observé a Fzoul al decir esto para captar cualquier pista sobre el paradero del libro, pero lo único que vi brillar en sus ojos fue la furia. Entonces continué:— No traicionaste al Uno, sino al pueblo de

Zhentil Keep.

La mano de Fzoul se cerró con fuerza sobre mi brazo, pero ésa fue la única demostración de su ira.

—Es una pena que pienses así, Malik. Yo no te deseo ningún mal. —Fzoul se detuvo sobre el símbolo pintado sobre el suelo y tuve la desagradable sensación de que los ojos verdes que había en la palma de la mano se fijaban en mí—. De hecho, quiero ayudarte.

—¿Ayudarme?

Fzoul asintió.

—Quiero enseñarte la verdad sobre Cyric.

—¡Nada me placería más! —No pude contenerme, pues creía que me amenazaba con leerme algo de *La verdadera vida*—. Estoy dispuesto.

Fzoul puso cara de sorpresa al ver mi entusiasmo y a continuación negó con la cabeza.

—Primero debemos limpiar tu mente. —Le hizo una seña a Thir, que estaba detrás de mí, y luego añadió:— La verdad será... mejor... cuando se hayan purificado tus pensamientos.

Sentí un cuchillo recorriendo toda mi espalda a lo largo de la columna. La hoja no me hizo ningún daño, por supuesto, pero dejó mi ropa en un estado lamentable. Sentí un aire húmedo en una zona de mi cuerpo raras veces expuesta a esas cosas, entonces Thir me arrancó lo que quedaba de mi ropón, dejándome tan desnudo como cuando vine al mundo.

—¡Pensé que ibais a limpiar mi mente!

—Y es lo que haremos, Malik —dijo Thir—. Puedes estar seguro de que lo haremos.

Me rodeó y se colocó delante de mí mientras yo bajaba las manos para cubrirme las partes más privadas de mi desnudez. Thir me abofeteó y, cogiéndome por las esposas, me obligó a apartar las manos.

—¡No tienes que ocultarnos nada!

—¡No tenías más que pedirlo! —Y era verdad, ya que siempre he estado muy orgulloso a ese respecto.

Thir alzó la mano para abofetearme de nuevo, pero Fzoul se la sujetó y negó con la cabeza.

—No seas demasiado dura con él. Malik todavía no ha comprendido. —El supremo Tyrannar me rodeó los hombros con un enorme brazo y me guió hacia la pared—. Según Thir, tú nunca sientes dolor, Malik.

—¡Nunca! —Lo único que quería era evitarnos a ambos una pérdida de tiempo sin sentido, pero el conjuro de Mystra me obligó a seguir hablando—. Bueno, al menos en los últimos días.

—¿No? —Fzoul me cogió por las esposas y volvió a colocarme las manos sobre el vientre, ya que mi modestia había permitido que se deslizaran hacia el sur—. Bueno, hay muchas maneras de limpiar los pensamientos de un hombre.

Fzoul se detuvo a cinco pasos de la pared. Ante nosotros, a la luz vacilante de una antorcha, había un trío de grandes y complejos aparatos. El Gran Aniquilador señaló el primero de ellos. Tenía cuatro bolas de cobre suspendidas encima de una mesa equipada con más correas de las que pude contar. De la base de cada bola salía un delgado tubo de cristal y todos ellos se unían en una pequeña espita que daba directamente a un collarín de madera.

—El Tormento de la Gota. —Fzoul le hizo una seña a Thir—. Muéstrale.

Thir se colocó en el círculo de luz y abrió la espita. Una gota de agua salió de ella y cayó justo encima del collarín. La siguiente gota cayó un instante después.

Esto no me pareció gran cosa como tortura. Comparada con las fantásticas máquinas que había en las mazmorras del califa, incluso parecía relajante.

Fzoul me llevó al siguiente aparato, que era una silla inclinada con muchas correas. Ante la silla había una pequeña mesa redonda sobre la cual descansaban una docena de potes de cerámica cubierto cada uno de ellos con una tapa articulada que tenía una lengüeta en el centro. Thir accionó algo debajo de la mesa que la hizo rotar la doceava parte de un círculo, y uno de los potes de cerámica se colocó delante de la silla. Una pequeña barra que sobresalía de la silla enganchó la lengüeta de la tapa y la abrió. De inmediato, la habitación empezó a oler como si una mofeta hubiera alzado la cola.

—La Tortura de los Olores.

No pude evitar un gesto desdeñoso. Durante el tiempo que había pasado a las puertas del Alcázar de la Candela había comido cosas que olían peor.

Fzoul me llevó hasta la siguiente máquina, que era poco más que una batea de cobre bruñido llena de agua oscura.

—El Baño de las Anguilas. —En esta ocasión, Thir se quedó rezagada y Fzoul tuvo que indicarle que se acercara a la bañera—. ¡Haz la demostración!

Thir se puso pálida, pero se remangó y metió el brazo en el agua. Se oyó un chapuzón. Un suave chisporroteo reverberó por la pared de la bañera y a Thir se le pusieron los ojos en blanco. Empezaron a castañetearle los dientes, echó la cabeza hacia atrás, se puso a temblar y cayó de espaldas. Cuando sacó el brazo de la cuba, algo negro y plano se desenrolló y se deslizó otra vez hacia la batea.

Los ojos de Thir estaban vidriosos e inexpresivos. Cuando trató de ponerse de rodillas los músculos no le respondieron, pero no parecía sufrir dolor alguno. De hecho, no daba muestras de sentir nada en absoluto.

Fzoul me dio una bofetada y señaló mis manos, que otra vez había permitido que se desplazaran hacia el sur. Cuando las levanté, asintió con gesto de aprobación.

—Por supuesto, te sumergiríamos completamente en la batea.

—Por supuesto —aunque traté de aparentar despreocupación, mi voz era apenas un balbuceo.

El supremo Tyrannar guardó silencio y esbozó una sonrisa, dándome tiempo para contemplar lo que él me había mostrado. Me di cuenta de que se proponía hacer algo más que «enseñarme la verdad sobre Cyric». Para destruir mi fe en el poder del Uno no tenía más que sacar *La verdadera vida de Cyric* y leer, y el poder de las palabras de Oghma harían el resto. Pero Fzoul quería algo más, quería que yo pidiera a gritos la «verdad», de modo que el insulto a Cyric fuera mayor y diera satisfacción a su propio dios, Iyachtu Xvim. Yo estaba dispuesto a darle el gusto, pues sabía que el último en reír sería Cyric, y que nada de lo que hubiera en las páginas de *La verdadera vida* podría apartarme jamás de nuestro señor oscuro, no mientras el corazón del Uno chapoteara en mi pecho y el mío latiera en el suyo.

—Estás perdiendo el tiempo con esta limpieza —dije—. Estoy dispuesto a que leas la verdad ahora mismo.

Fzoul negó con la cabeza.

—No basta con que oigas la verdad, debes hacerla tuya.

El corazón del Uno a punto estuvo de salirseme por la boca, ya que Fzoul había caído víctima de una simple treta de comerciante. El supremo Tyrannar no había puesto objeción a la sugerencia de que leyera la verdad, lo que equivalía a decirme que todavía tenía *La verdadera vida de Cyric* en su poder. Todo lo que me quedaba por hacer ahora era convencerlo de que revelara dónde estaba, y me daba cuenta de que se requerían medidas más enérgicas.

—¡La verdad es que Iyachtu Xvim es un dios de pacotilla que no merece la atención del Uno! —Mi plan era poner a Fzoul tan furioso como para que se olvidara de mi limpieza y sacara *La verdadera vida* para hacerme callar—. Cuando mueras, Cyric le arrebatará tu alma a tu penoso proyecto de dios y te dará tormento durante mil años en las mazmorras de la Torre Devastada.

Fzoul se puso rojo de rabia. Su mano salió disparada y me asestó tal golpe que me lanzó al suelo. Fui a caer sobre Thir, que estaba empezando a recuperarse, y me aparté riendo.

—¡Golpéame otra vez! —exclamé desafiante mientras me ponía de pie—. Ningún siervo de Xvim puede dañarme.

El supremo Tyrannar alzó el brazo, pero luego se controló y sacudió el polvo de mis hombros.

—Perdona mi arrebató, estoy aquí para ayudarte. —Me hizo volver hacia los instrumentos de tortura—. ¿Cuál eliges, Malik? ¿La gota? ¿Los olores? ¿Las anguilas?

Sentí la boca seca. La elección estaba clara, ya que las anguilas llevarían menos

tiempo que cualquiera de las otras torturas. Sin embargo, no podía apartar los ojos de Thir, que todavía estaban tan aturdida y confundida que apenas podía ponerse de pie.

—Elijo...

Se me atragantaron las palabras y volví la mirada hacia el Tormento de la Gota. Después de tanto tiempo a caballo me vendría bien pasar algunas horas tendido en una mesa. Podía llegar a cerrar los ojos y dormir durante días.

¿Y por qué no, después de todo lo que había hecho por el Uno? Durante años había vivido como un mendigo soportando el frío y la lluvia, me había zambullido en un foso hirviente, había luchado con guardianes vueltos de entre los muertos y había cabalgado día y noche por todo Faerun. ¿Y qué había hecho el Uno por mí salvo darme un caballo vil y traidor, matar a mi esposa y amenazarme con la condenación eterna si le fallaba?

Pero mientras pensaba todo esto, volvió la espantosa desesperación que se había apoderado de mí a las puertas del Alcázar de la Candela. Recordé cómo me había despertado en medio de la carnicería de la Espuela de Ébano y había abjurado de Cyric en mi miseria, y cómo había acudido a mí para hacerme sentir el terror de morir como un Infiel y me había vuelto al camino de la fe, y cómo me había dado ocasión de redimir mi alma desdichada y me había honrado intercambiando su corazón con el mío, y vi que realmente no tenía elección.

—¿Cuál eliges, Malik? —Fzoul dio un paso hacia el Baño de las Anguilas con una mueca burlona en la cara—. ¿Las anguilas?

Asentí rápidamente antes de que pudiera faltarme el valor.

Fzoul enarcó las cejas.

—¿De verdad? ¿Las anguilas?

—Pensaré en *Iyachtu*. —Traté de que mi voz sonara despreciativa, pero me salió entrecortada por el miedo—. Hasta su nombre es tan untuoso como una anguila.

Fzoul torció el gesto, pero contestó con voz calma.

—Es extraño, habría jurado que eras candidato a la Gota. —Se me quedó mirando y vio que no apartaba los ojos de la batea de las anguilas—. Y sin embargo eliges la tortura más devastadora. ¿Por qué?

No respondí, no fuera que el conjuro de *Mystra* me obligara a admitir la verdad.

Fzoul permaneció silencioso un momento más. Después adoptó una expresión astuta y se encogió de hombros, como resignado a mi elección.

—Muy bien, el Baño de las Anguilas.

Thir, que todavía se tambaleaba a causa de la demostración, se acercó para ayudarme a meterme en la bañera.

Fzoul alzó una mano para detenerla.

—Todavía no. Le he dado a Malik lo que quiere, ahora es él quien tiene que darme algo.

—¡Te daré el sudor de mis axilas! —le espeté—. Eso es todo lo que merece cualquier adorador de *Iyachtu Xvim*.

Thir quiso darme un rodillazo entre las ingles, pero resbaló en un charco de agua y cayó al suelo. No sé si esto se debió a la protección de Tyr o a que los músculos no le respondían.

Fzoul hizo un gesto de disgusto, pero sin apartar los ojos de mí.

—Vamos, Malik, sólo quiero que me digas quién te ha enviado. —El supremo Tyrannar se acercó y me habló con tono tranquilizador—. No hay nada de malo en ello. Ya lo sé todo.

—¿Que lo sabes? —El corazón de Cyric amenazó otra vez con salirse por la boca hasta que me di cuenta de que Fzoul estaba mintiendo o estaba equivocado. Nadie conocía mis planes sobre *La verdadera vida de Cyric*—. ¿Por qué necesitas que te lo diga, entonces?

—Debes confesarte. Es la forma de abrazar la verdad. Dime quién te ha enviado y dejaré que te metas en el Baño de las Anguilas.

—¿Que me dejarás? —Este incentivo era menos atractivo de lo que él pensaba—. ¡Y yo te dejaré que limpies con la lengua las plantas de los pies de los verdaderos creyentes después del Año de la Matanza!

—Ya veo. —Fzoul puso una cara tan fea como la de un orco y me cogió del brazo—. ¿A qué le tienes más miedo que a un baño de anguilas eléctricas?

El supremo Tyrannar me apartó de la batea de un tirón y se detuvo ante la Tortura de los Olores. Levantó tres tapas y el aire se llenó de una mezcla de olores tan espantosos que no se podía respirar.

—¿A la corrupción? ¿A la muerte? —Me miró fijamente, y al no ver ninguna muestra de miedo negó con la cabeza—. Creo que no. Siendo como eres un cyricista, ya estás habituado a estas cosas.

—¡Sí, porque a menudo olemos los cuerpos de los Fieles muertos de *Iyachtu Xvim*! —Lo que dije a continuación lo dije impelido por el conjuro de *Mystra*—. Yo nunca lo he olido, pero tengo entendido que así es.

Fzoul me arrastró hasta el siguiente instrumento. Me cogió por las esposas, me subió a la mesa y me tendió en ella con el cuello sobre la pieza de madera.

—¿Agua? —Cuando Fzoul dijo esto con un gruñido comprendí que mi plan estaba funcionando. Abrió la espita y una sola gota de agua helada me cayó en los labios y de allí se deslizó hacia mi nariz. Al ver que no me quejaba, negó con la cabeza—. ¿O acaso tu tormento es el tiempo?

—¡Eres un perro adorador de un perro!

Fzoul sonrió.

—Thir dijo que no quisiste pasar la noche en el templo —se inclinó sobre mí—. ¿Tienes prisa, Malik? ¿Acaso Cyric te dio un plazo? ¿Tanta prisa tiene por verme

muerto?

Levanté la cabeza y le escupí a la cara.

Fzoul me aplastó otra vez contra la mesa y me sujetó con una mano.

—Ayúdame a atar a esta comadreja —le dijo a Thir—. ¡Debo irme o lo mataré!

—¿Que te vas? —Traté de arrastrarme fuera de la mesa. Fzoul me cogió por las esposas y me volvió a mi sitio—. ¡Eres un cobarde! —le grité entonces—. ¡Y tu dios también lo es!

—¡Ya basta! —Buscó debajo de la mesa y cogió un trozo de tela áspera que me metió en la boca. Antes de que pudiera escupirlo me tapó la boca con una correa y la apretó con fuerza. Fzoul suspiró aliviado—. El silencio jamás ha sido tan precioso.

Mi siguiente insulto fue un simple gruñido, pero poco importaba. El Gran Aniquilador ya estaba tan furioso como un león herido.

Capítulo XLV

Al alba, cuando el temible sol ya iluminaba el cielo gris sobre las derruidas torres de Zhentil Keep, Ruha y su hipogrifo esperaban fuera, en el camino. Ella bien sabía que no tenía sentido llamar a la puerta, ya que todas las ciudades de las Tierras Centrales mantienen sus puertas cerradas entre el crepúsculo y el amanecer, y por fuerte que se llamara era imposible convencer a ningún centinela de que el sol salía antes de que él así lo decidiera.

La bruja esperó casi una hora antes de que se oyera una fuerte sacudida en algún lugar dentro de la caseta y se abrieran las puertas.

Dos guardias con cara de sueño salieron a saludarla. Eran tan grandes como osos, olían intensamente a cerveza y por encima de la cota de malla llevaban tabardos negros con el símbolo del guantelete y la gema de Zhentil Keep, un signo que la bruja había aprendido a despreciar mucho antes de convertirse en una arpista. Aunque no hizo ningún intento de avanzar, cruzaron las alabardas delante de su rostro cubierto por el velo.

—Declara tu nombre y el asunto que te trae a Zhentil Keep —ordenó el más viejo. Desde detrás de él llegaban el acre olor a carbón de las cocinas y el rumor de la gente que empezaba a despertar en la ciudad—. Y muestra tu dinero para que sepamos que puedes pagar tu derecho de paso.

Unos cuantos mendigos salieron de los callejones que había más allá de los guardias, pero parecían demasiado saludables para ser pobres. Ruha buscó entre sus ropas y sacó una pequeña bolsa cuyo contenido empezó a revolver.

—Estoy buscando a un ladrón —dijo sacando dos monedas de plata—. ¿Es posible que lo hayáis visto?

Cada uno de los guardias se apoderó de una moneda pero no hicieron ademán de retirar las alabardas.

—Hay muchos ladrones en Zhentil Keep —dijo el mayor.

—El que yo digo es un hombrecillo gordinflón de ojos saltones, y si habéis visto su caballo nunca lo olvidaréis. Su yegua come carne y exhala nubes de vapor negro.

Los dos hombres se miraron y el más viejo alargó la mano.

—Podría ser que lo hubiéramos visto. ¿Qué quieres de él?

—Me robó algo que era mío. —Como era una necia mujer que creía que el valor del dinero residía sólo en lo que se puede comprar con él, Ruha puso otras dos monedas de plata en la mano del hombre—. Me gustaría que fuera castigado por ello.

El guardia aceptó las monedas con una sonrisa.

—Si quieres castigarlo, tendrás que hacer cola. —Le pasó una moneda a su compañero y volvió a tender la mano—. Tal vez yo pueda poner fin a tus preocupaciones.

En ese momento, cualquier persona astuta habría guardado la bolsa y le habría dicho a aquel bufón que ya había pagado suficiente para comprar todo el contenido de su cráneo, pero como el dinero que gastaba la bruja era de los Arpistas y no suyo, sacó otras dos monedas de plata.

—No necesito poner fin a mis preocupaciones. —La bruja hizo sonar las monedas en la palma de la mano—. Lo que necesito es encontrar a ese ladrón. Creo que estará buscando a Fzoul Chembryl.

El más viejo de los guardias la miró con desconfianza.

—¿Quién eres? ¿No serás otro de esos apestosos asesinos de Cyric?

—Jamás —Ruha siguió ofreciendo las monedas—, pero debo coger a ese ladrón antes de que encuentre a Fzoul Chembryl.

—Entonces has llegado demasiado tarde. —El guardia que llevaba la voz cantante le cogió las monedas de la mano—. Pero no te preocupes, tu ladrón no irá a ninguna parte. Sea lo que sea lo que te haya robado, recibirá castigo más que suficiente.

—De todos modos, me gustaría verlo con mis propios ojos. —Ruha volvió a echar mano de su bolsillo y esta vez sacó dos monedas de oro—. ¿Puedes ocuparte de ello?

—¡Por eso soy capaz de llevarte a cuestas! —El guardia levantó la mano para aceptar las monedas—. Pero tendrás que esperar a que termine mi turno, ¡y más te valdrá no ser una adoradora de Cyric!

Capítulo XLVI

Otra gota surgió de la oscuridad y me cayó sobre los labios. Había cuatro tipos de gotas. Ésta me produjo picor, se me deslizó hacia la nariz y me dieron ganas de estornudar. La expulsé, pero no pude dejar de estornudar. Ochenta y seis mil cuatrocientos...

Otra gota. Nunca sabía cuándo aparecerían. Ésta quemaba. Se me metió en la nariz y me quemó las delicadas fosas nasales. También la expulsé. La quemazón continuó y deseé poder estornudar. Ochenta y seis... no, ochenta y cuatro mil seiscientos cuatro..., ¿o eran cinco?

Esperé a que cayera otra gota. Nunca sabía con qué cadencia se sucedían. A veces quemaban, otras veces eran heladas y a veces daba la impresión de que no iban a llegar nunca. Había tratado de medir el tiempo por los latidos de mi corazón, pero el corazón de Cyric no latía de una forma regular. Se removía y no tenía más ritmo que una danzarina amniana. Me preguntaba cómo estaría mi corazón cuando lo recuperara. Me preguntaba si todavía querría...

Otra gota se me estrelló en los labios, se deslizó hasta la nariz y me aplacó la inflamación de las membranas. La expulsé con desdén. Un hombre sólo podía ocuparse de una gota por vez. Ochenta y cuatro mil sesenta y cuatro.

Otra gota en los labios. No seguían un orden. Ésta me produjo picor, se me deslizó hacia la nariz y me dieron ganas de estornudar. La expulsé. Si contaba las gotas era para llevar cuenta del tiempo, para contar las horas, y los días y poder saber cuánto tiempo me quedaba. Ochenta mil sesenta y cuatro y... ¿un centenar?

Grité.

A punto estuve de ahogarme con la tela que tenía en la boca. Entendí por qué la llamaban mordaza.

Esperé que otra gota me cayera en los labios. Traté de recordar si iba por las ochenta mil ciento sesenta y cuatro, o por las ochenta mil seiscientos cuatro, o...

—¿Malik? ¿Sigues ahí? —la voz de Fzoul llegó de la oscuridad y quedé casi cegado por el destello de una antorcha. El supremo Tyrannar se rió—. ¡Por supuesto que estás aquí! ¿Dónde ibas a estar si no?

Otra gota se estrelló en mis labios. ¿Cuánto tiempo había pasado? Esta vez era una gota fría que se me deslizó hasta la nariz y me hizo cosquillas en los senos frontales. La expulsé. ¿Habría empezado ya el juicio de Cyric? Había estimado que caía una gota en lo que serían dos latidos; lo que vendría a sumar unas dos mil a la hora. Por lo tanto ochenta y seis mil cuatrocientas una gotas...

Abrí los ojos y vi dos siluetas borrosas inclinadas sobre mí. Una de ellas cerró la espita. La otra soltó la correa que sujetaba la mordaza. Una última gota me dio en los labios, resbaló hasta la nariz y yo la expulsé junto con la tela que tenía en la boca.

—¡Benditos sean vuestros hijos!

Fzoul rió entre dientes.

—¿No te había dicho, Thir, que el Tormento de la Gota le suavizaría la lengua?

El supremo Tyrannar me secó la cara. Utilizó un lienzo suave para no herir mi piel cuarteada y no hacerla sangrar. Renuncié a mi idea de tratar de enfurecerlo nuevamente, en parte por su gran bondad y en parte por temor a que volviera a abrir la espita.

Fzoul me secó a continuación la cabeza y después extendió el lienzo con delicadeza sobre mis partes pudendas. Aunque casi no me había acordado de que estaba desnudo hasta ese momento, me pareció sumamente considerado de su parte.

—Gracias.

Fzoul sonrió.

—Ya puedes darme las gracias, Malik, dando un primer paso. Dime quién te ha enviado.

No dije nada. Si me decidía a hablar tendría que soltar toda la verdad y entonces jamás conseguiría salvar al Uno.

—Vamos, Malik. —Fzoul le hizo una seña a Thir y ésta empezó a soltar las correas—. Debo asegurarme de que estés preparado cuando empiece a revelarte la verdad.

—¿De veras? —dije con voz entrecortada—. ¿Vas a leerme la verdad y todo lo que yo tengo que hacer es decirte quién me mandó? ¿Nada más?

El bigote de Fzoul se enderezó encima de una fila de dientes blancos y perfectos, y la expresión resultante se parecía menos a una sonrisa que a la mueca de un chacal.

—Eso es todo —dijo.

Thir acabó de soltarme las correas. Me senté, agradecido por el lujo de la tela que ahora cubría mis partes pudendas. Después de que Fzoul revelara el paradero de *La verdadera vida* no tenía la menor idea de cómo iba a robar el libro y a escaparme con él, pero esto no me preocupaba tanto como la forma de engañar a Cyric para que lo leyera. Con todo, si algo había aprendido en mi largo servicio al Uno, era el arte de huir hacia adelante a ciegas.

Le hice a Fzoul un gesto afirmativo.

—Muy bien. Te diré quién me envió y nada más. —Dije esto para convencerme, pues esperaba que así evitaría que el conjuro de Mystra me obligara a revelar más de lo que quería—. No me ha enviado nadie. He venido por mi propia cuenta.

—¡Embustero! —Thir me dio una bofetada y me quitó la tela con que me cubría—. No nos puedes ocultar nada. Yo vi con mis propios ojos cómo se te aparecía Cyric.

No hice caso de ella y miré a Fzoul.

—Él me dijo que buscara el *Cyrinishad*. Vosotros no tenéis el *Cyrinishad*. Esto lo

sé perfectamente, de modo que no tiene sentido tratar de encontrarlo aquí. Te he dicho la verdad sobre quién me ha enviado, y ahora tú debes leerme la verdad sobre el Uno.

—¿Qué vamos a hacer contigo, Malik? —Fzoul me cogió por las esposas y me arrancó de la mesa arrastrándome a continuación al Baño de las Anguilas—. ¿Crees que puedes mentirme?

—¡Pero si no estoy mintiendo! —Mentalmente volví a ver los ojos vidriosos de Thir y sus músculos temblorosos después de haber metido sólo un brazo en la batea, y pensé en la agonía que había soportado bajo el Tormento de la Gota—. ¡No puedo mentir!

—No muy bien.

Fzoul me tiró al tanque y caí chapoteando en el agua caliente. Algo grande y viscoso se me enroscó en una pierna, otra anguila hizo lo propio en uno de mis brazos y una muy grande me rodeó el abdomen. Por un instante recordé una experiencia que había tenido en una ocasión en los baños del califa.

Entonces hice un desagradable descubrimiento: uno no necesita sentir el dolor para conocer el dolor. Todos los músculos del cuerpo se apretaron en torno a los huesos, que sin duda se habrían roto de no ser por la protección de Tyr. El rechinar de los dientes me repercutió en toda la cabeza, y habría jurado que mil y una banshees me gritaban al oído. La boca se me llenó de sabor a almendra, la nariz de olor a cebolla quemada y mis ojos dieron tal vuelta dentro de las órbitas que pude ver el interior de mi propio cráneo.

Después de un tiempo que no puedo calcular empecé a tiritar aunque no sentía frío. Lentamente me di cuenta de que estaba tendido abierto de brazos y piernas sobre un suelo de piedra, aunque no tenía idea del porqué. Entonces se me despejó la cabeza y reconocí a Fzoul Chembryl, que estaba de pie a mi lado en todo el esplendor de sus vestiduras ceremoniales. Sostenía un palo de madera, y cuando vi el gancho de metal en el extremo del palo chorreando todavía el agua viscosa y reparé en la bañera que había a mi lado, recordé todo lo que había pasado.

—¡Las anguilas!

—Tú y sólo tú tienes la culpa, Malik. —Fzoul se puso a cuatro patas para mirarme a los ojos—. ¿Cómo puedo pedirle a Iyachtu Xvim que te acepte cuando te niegas a purificarte?

—¿Aceptarme? ¿Quieres que yo...? —Apenas podía creer lo que oía, ya que Iyachtu Xvim odia a Cyric como el hielo odia el fuego. Traté de aclarar mis ideas sacudiendo la cabeza, y todo lo que conseguí fue expulsar el agua que tenía en los oídos—. ¿Quieres que me convierta?

—Por supuesto, a ti te toca elegir, pero la alternativa... —El supremo Tyrannar meneó la cabeza—. Digamos que sería mejor para ambos que te convirtieras.

En mi debilidad olvidé mi misión sagrada. Recordé las muchas vicisitudes que puede pasar un hombre por su dios y vi que podía escapar a ellas al servicio de Iyachtu Xvim. Me dije que Iyachtu Xvim jamás me había metido en el pecho una masa pastosa como la cuajada ni me había pedido ningún imposible, ni me había amenazado con la condenación eterna si le fallaba. Todo lo que Iyachtu Xvim había hecho por mí había sido ofrecerme la esperanza de la salvación eterna.

—¿Qué implicaría esta conversión? —En ese momento el corazón se me volvió frío y tirante, pero esto aumentó más mi determinación—. ¿Y cuándo sucedería?

—En cuanto confesaras —sonrió Fzoul—. La verdad será tu salvación.

—¿La verdad? ¡Ya te he dicho la verdad! —Me habría gustado decirle alguna mentira que lo satisficiera más, pero el conjuro de Mystra me lo impedía—. ¡Tú me arrojaste al Baño de las Anguilas!

—Sí, y ahora debes decirme por qué te envió aquí Cyric.

—¡Pero si él no me envió! ¡El Uno ha leído su propio libro y ahora está más loco que un chacal mareado! ¡Cree que es tan grande como Ao y espera que todos los demás dioses se avengan a su voluntad, y exige que le entregue el *Cyrinishad* para conseguirlo!

Sentí en el tórax un peso aplastante. Me quedé sin aire y me llevé las manos al pecho. El frío se apoderó de todos mis miembros, y en mi locura cada vez estaba más decidido a convencer a Fzoul de mi honestidad.

Señalé con una mano mi cuerpo fofo.

—Mírame. ¡No soy ningún héroe! Encontré el *Cyrinishad* una vez y ni siquiera pude levantarlo, y sin embargo el Uno me amenaza con abandonarme al juicio de Kelemvor si le fallo. —Tuve que hacer un alto y respirar hondo, pues ahora tenía la sensación de que tenía un camello sobre el pecho—. ¡Perdóname, oh fuente de mere... eh... malicia... eh... ayyy!

El conjuro de Mystra no me permitía pronunciar las palabras de alabanza adecuadas. Cogí el borde de los ropajes de Fzoul y los besé frenéticamente, pero el supremo Tyrannar me miraba con los oscuros ojos entrecerrados.

El gran hombre me recogió del suelo como si fuera un saco vacío y me arrojó otra vez a la batea. El camello de mi pecho se convirtió en un elefante. Las enormes anguilas se enroscaron sobre mí, pero esta vez no perdí la conciencia de inmediato como antes; esta vez sentí cómo me arrastraban hacia abajo. Saqué la cara a la superficie y respiré hondo antes de hundirme una vez más. Sentí algo afilado y duro contra las muñecas y después puse los ojos en blanco y no volví a sentir nada.

Cuando me desperté habían pasado sólo unos segundos, o eso supuse, ya que el supremo Tyrannar acababa de arrojar mi cuerpo empapado al suelo y estaba retirando el gancho de la cadena que unía mis esposas. Seguía sintiendo el corazón de Cyric como un elefante sobre el pecho. Me temblaban los músculos, me zumbaban los

oídos y tenía sabor a almendras en la boca, pero ahora veía más claro que después de la anterior inmersión.

Fzoul me tocó con el gancho.

—Me debes una confesión.

—¡Confieso que eres un saco de mierda salida de ese esfínter purulento que es la boca de Iyachtu Xvim! —Si no quería oír la verdad, ¿qué otra opción me quedaba que volver a mi antigua estrategia?—. ¡Después del Año de la Matanza, tu dios vaciará las bacinillas en el Palacio de la Eternidad, y tú limpiarás los armarios!

El peso aplastante que sentía en el pecho desapareció de inmediato y vi lo ciego que había estado al tratar de buscar la salvación en otro dios que no fuera Cyric. Él era el dios de mi corazón, y yo no tenía más destino que el que él quisiera darme. ¡Sólo podía prosperar a la sombra de su resplandor o perecer en la oscuridad de su declinación!

¡Qué tonto había sido al creer que podía escapar a mi destino! Me dio un ataque de risa pues me sentía tan tonto como el mismísimo bufón del califa, que siempre me había hecho reír hasta las lágrimas.

Fzoul no estaba tan divertido. Bajó la mano y me cogió por las esposas levantándome del suelo y mirándome a los ojos con expresión asesina.

—¿Por qué te empeñas en enfadarme? —Sentí su aliento ardiente en mi cara—. ¿Tanto ha deformado Cyric tu mente como para que disfrutes con esto?

Y dicho esto, me volvió a tirar a la batea de las anguilas.

En seguida paré de reír. Las viscosas formas se me enroscaron en el cuerpo y nuevamente su odiosa magia me quemó todos los tendones. Me zumbaron los oídos y los músculos se tensaron sobre mis huesos mientras el rechinar de los dientes me llenaba la cabeza, pero en ningún momento perdí la conciencia. Esto no era precisamente una bendición, porque aparte del temor incontrolable, no podía mover ni los brazos ni las piernas. Las anguilas me arrastraron hacia abajo. Vi con horror creciente las burbujas que me salían de la nariz y estuve sumergido varios segundos, falto de aire y paralizado por la conmoción. Sin embargo, mi anhelo de aire era siempre más fuerte que yo y me hacía abrir la boca para inhalar. Mi cabeza siempre volvía a la superficie y por merced de Tyr se me llenaban los pulmones antes de volver a hundirme en el infierno especial de Fzoul Chembryl.

Después de sacar la cabeza por cuarta o quinta vez, Fzoul me enganchó por las esposas y me sacó de nuevo, teniendo el máximo cuidado de no tocar el tanque. Conseguí ponerme de pie con dificultad, y mientras me balanceaba hacia adelante y hacia atrás descubrí que había dos nuevos visitantes en esta cámara de los horrores. Uno era el viejo guardia que había conseguido despojarme de dos monedas de plata en la puerta de la ciudad. El otro era una mujer delgada vestida con ropas oscuras y tocada con un velo.

—Bien hallado, Malik —me dijo la mujer—. Eres difícil de coger.

Mis manos, todavía temblorosas y maniatadas, bajaron para cubrirme las partes pudendas.

—¡Déjame en paz! ¡Esto no es de tu incumbencia, arpista!

—¿Arpista? —exclamó Fzoul. Thir también dio un respingo y el supremo Tyrannar se volvió hacia el guardia—. ¿Has traído a una arpista a mi templo?

—No dijo que lo fuera. —El guardia sujetó los brazos de Ruha.

La bruja no se resistió. Se limitó a estudiarme por encima del velo.

—Y bien, Malik, ¿has encontrado lo que estabas buscando?

Thir alzó una mano para hacer callar a la bruja con una bofetada, pero Fzoul se lo impidió.

Ruha seguía mirándome.

—¿O has llegado demasiado tarde?

—¿Demasiado tarde? —pregunté con voz entrecortada.

La bruja asintió.

—El juicio de Cyric acabó ayer.

Ruha me estaba engañando, pero yo no tenía manera de saberlo. Había estado sujeto a una mesa durante ochenta y seis mil gotas y sumergido en el Baño de las Anguilas tantas veces que me zumbaban los dientes, y ni siquiera contaba con los latidos de mi propio corazón para calcular el tiempo. Me desplomé y al caer me golpeé la cabeza contra la batea.

—¡Si el juicio ha terminado, estoy perdido! —Ni siquiera se me ocurrió preguntar cuál había sido el veredicto. Pensando sólo en mis ochenta y seis mil gotas y en mis tres baños de las anguilas y en lo inútil de todo mi sufrimiento, me arrojé suplicante a los pies de Fzoul Chembryl.

—¡Te lo diré todo, pero no me tortures más!

El supremo Tyrannar sonrió satisfecho y se volvió hacia el guardia.

—Tal vez será mejor que te vayas. Enviaré a Thir si vuelvo a necesitarte. Y puedes dejar a la arpista.

El guardia hizo un gesto de disgusto al verse despedido, pero entregó la bruja a Thir y se marchó por el túnel que daba acceso al templo. Sólo cuando sus pasos se perdieron en la distancia se volvió Fzoul hacia mí.

—Tu confesión debe ser veraz y completa.

—¡Bendito sea tu nombre! —Quise agregar que también era el más compasivo y sabio de los hombres, pero no pude mentir—. ¿Qué quieres saber?

—Lo mismo que he querido saber siempre: Quién te envió aquí y por qué.

Mi respuesta fue un gruñido.

—¿Quién te envió aquí y por qué? —El supremo Tyrannar tiró de las esposas y puso mi cara a la altura de la suya—. Debes decirme la verdad o no podré ayudarte.

—Vine por mi propia iniciativa. —Mi respuesta sonó débil, pues sabía que Fzoul no estaba dispuesto a aceptar otra cosa que no fuera que Cyric me había enviado para matarlo—. Nadie me ha enviado.

—¡Malik! —Fzoul me sacudió tan fuerte que pensé que iban a caérseme las cadenas—. ¡Me estoy cansando de tu juego!

—¡Vi-ne a ro-bar *La verdadera vida de Cy-r-ric!* —dije remarcando las sílabas—. Lo necesitaba para curar la locura del Uno...

Fzoul se puso tan rojo como la grana, me levantó y me colocó sobre la batea.

—¡Si es lo que quieres!

—¡Espera! —gritó Ruha. Por una vez no me opuse a que la bruja se entrometiera, ya que sabía por mis experiencias en el Alcázar de la Candela que ella no tenía estómago para la tortura—. Torturar a Malik no va a cambiar las cosas.

Fzoul se volvió hacia ella sosteniéndome por las cadenas de las esposas y los grilletes.

—¿Qué?

Si el tono airado del supremo Tyrannar dio algún miedo a Ruha, quedó oculto tras su velo.

—Malik dice la verdad. Quiere usar *La verdadera vida* para curar la locura de Cyric.

Esto era más de lo que Fzoul podía aguantar.

—¿Tú también? ¡Basta ya de mentiras!

En su furia, el supremo Tyrannar me soltó fuera de la batea y caí desde una altura superior a la de mi cuerpo. Mi cabeza chocó contra el suelo con un crujido terrible. Sentí un tirón terrible en el cuello y me desplomé hecho un amasijo de cadenas y carne desnuda.

Me había acostumbrado tanto a la protección de Tyr que casi ni me asombré de salir de aquello sin romperme el cuello ni el cráneo. Me limité a incorporarme sobre las manos y las rodillas y me volví para rogar piedad a mi torturador, pero entonces me di cuenta de que Ruha me había engañado. El juicio de Cyric no podía haber terminado o el dios de la Justicia ya no me tendría bajo su protección.

Miré hacia donde estaba la bruja, pero la figura enorme del supremo Tyrannar, que tenía su atención puesta en la mujer, se interponía entre ambos. Me puse de pie y avancé tambaleante para increpar a la entrometida arpista.

—¡Embustera hija de una puerca! —Si tardé tanto tiempo en caer en la cuenta fue sólo por todo lo que había tenido que pasar en el templo de Fzoul, ya que por lo general soy más astuto—. Embaucadora de ojos negros.

—¡Basta ya de insultos! —Fzoul se volvió hacia mí y juntó los dedos pulgar e índice al tiempo que pronunciaba el nombre de Iyachtu Xvim—. ¡Ya he oído suficiente!

El supremo Tyrannar giró la muñeca como si me arrancara la lengua, y cuando traté de explicarle que mis insultos iban dirigidos a Ruha y no a él, no me salió la voz. Fzoul se pasó las manos por la larga cabellera y nos miró alternativamente a mí y a Ruha hasta que negó con la cabeza con evidente disgusto. Cogió un manojito de llaves que llevaba al cuello y se lo pasó a Thir.

—Ve a mis aposentos y trae *La verdadera vida*. —El supremo Tyrannar cogió el brazo de Ruha—. La oferta no va a ser tan benévola como había prometido, pero tal vez la Nueva Oscuridad nos perdone si aplicamos el doble.

—¿Oferta? —Ruha trató de liberarse, pero Fzoul la sujetaba demasiado fuerte—. ¿Qué quieres decir con eso de oferta?

Fzoul la levantó en el aire.

—¿Qué crees que quiero decir?

A duras penas oí la conversación, ya que mis oídos estaban llenos del chapoteo de la masa gelatinosa que tenía en el pecho y tenía los ojos fijos en Thir, que iba a por el libro. En lugar de salir por el mismo túnel que el guardia, Thir cogió una antorcha de la pared y atravesó la cámara. Me moría por seguirla, pero aunque Fzoul no me detuviera, los grilletes me impedían caminar con soltura y seguridad.

Con todo, una sombra de esperanza se encendió en mi pecho.

Detrás de mí, Ruha dio un grito al caer en el tanque de las anguilas. Yo no aparté la vista de Thir. Se detuvo en el extremo opuesto del altar y colocó la antorcha en un candelabro vacío, luego cogió las llaves y las levantó ante la pared. Una trampilla se abrió en el techo y ella alzó la mano para bajar una escalera escamoteable.

—Ya has visto suficiente, Malik. —Fzoul me cogió por el cuello con el gancho y me arrastró hacia el tanque de cobre—. ¿O es que quieres acompañar a la arpista en el baño?

Abrí la boca para asegurarle que no, pero no salió ningún sonido ya que él me había robado la voz. Me limité a negar con la cabeza.

Fzoul se rió. Fijó su atención en el agua espumosa de la batea de las anguilas y usó el gancho para levantar la cabeza de Ruha. Se le había desprendido el velo, pero no tenía buen aspecto. Se había mordido la lengua, tenía los dientes apretados y tintos en sangre y los ojos en blanco. Y sin embargo, para mí fue un bello espectáculo, ya que la bruja estaba inconsciente, igual que yo la primera vez que me habían introducido en la batea. Mi sombra de esperanza empezó a crecer.

Fzoul volvió a hundir a Ruha en el tanque y la miró mientras ella se debatía. Esperé. El corazón de Cyric se movía desbocado, como si presintiese la inteligente traición que tenía en mente.

Para cuando Thir volvió junto a su amo llevando un gran libro encuadernado en piel, Fzoul había puesto fin a su diversión. Había enganchado a Ruha por debajo de los brazos y se apartaba del tanque, arrastrando a la bruja inconsciente fuera del agua.

Entonces me colé por debajo del palo y metí las dos manos en el agua. De inmediato, dos anguilas se me enroscaron en las muñecas. Sentí una terrible descarga por todo el brazo y hundí los dedos en la carne esponjosa de las criaturas. Sentí los codos agarrotados y se me cerraron los dientes al tiempo que se me llenaba la boca del consabido sabor a almendras, pero no perdí la conciencia.

—¡Malik! —gritó Fzoul—. ¿Qué estás haciendo?

Saqué los brazos de la batea sin soltar las anguilas. Primero las lancé contra Thir, y las resbaladizas criaturas le dieron de lleno en la cara. Soltó la antorcha y el libro junto con las llaves de Fzoul y abrió la boca como para gritar, pero no emitió sonido alguno. Se le aflojaron las rodillas, y antes de que llegara al suelo di la vuelta hacia Fzoul.

El supremo Tyrannar dejó caer el palo y Ruha quedó doblada sobre el borde de la bañera. Balanceando los brazos dirigí a las anguilas contra el flanco de Fzoul. Se puso rígido y cayó al suelo aplastándose la nariz. Su sangre manchó las piedras. Sacudí los brazos encima de su cuerpo hasta que las anguilas se soltaron y se le enroscaron en las piernas.

Thir empezó a gruñir y trató de ponerse de pie. Volví a meter las manos en la batea y saqué otras dos anguilas a las que dejé libres sobre su cuerpo. Se quedó callada inmediatamente. No tenía la menor idea de cuánto tiempo pueden vivir las anguilas fuera del agua, pero sabía por experiencia propia que incluso una breve descarga dejaría a Fzoul y a Thir inmovilizados durante un buen rato.

Al volverme vi a la bruja todavía colgando de la batea. Por la forma en que temblaba me di cuenta de que por lo menos una anguila seguía enroscada en las piernas que todavía tenía sumergidas en el agua. Después de todos los problemas que me había traído, debería haberla empujado otra vez hacia dentro y haber dejado que se ahogara, pero en Calimshan tenemos un dicho: «El enemigo de mi enemigo es mi amigo».

Decidí dejar a Ruha en el tanque, confiando en que cuando Fzoul y Thir se despertaran y descubrieran que me había marchado, someterían a la bruja a torturas todavía más terribles que las que yo había aguantado.

Recogí el libro que estaba tirado junto a los convulsos miembros de Thir. Se componía de un número enorme de hojas encuadernadas en piel negra, con docenas de soles oscuros y sonrientes calaveras rodeando el sagrado símbolo del sol negro y la calavera. Las ilustraciones resultaban extrañas para ser un volumen de Oghma, pero Rinda había escrito en su diario que habían sido necesarias para que Fzoul pudiera hacer pasar el infame volumen ante los ojos de los sacerdotes de Cyric. A pesar de todo, temí estar robando el libro equivocado, de modo que lo abrí en la primera hoja y me aseguré de que era el correcto.

Tal como había previsto, las primeras páginas estaban en blanco. Cualquiera

relator de historias que se precie sabe cómo convertir una sola frase en tres o cuatro párrafos. Oghma había escrito una versión tan breve como falsa de la vida del Uno. Para hacer que *La verdadera vida* fuera lo más parecida posible al *Cyrinishad*, Rinda había rellenado la primera parte con hojas en blanco.

¡Tenía en las manos el objeto de mi sagrado peregrinaje, la reliquia por la que tantas calamidades había pasado: *La verdadera vida de Cyric!*

Capítulo XLVII

Podría haber invocado a Cyric allí mismo, ante el altar y el símbolo de Iyachtu Xvim, y tratado de curar su locura sin dilación, pero semejante insulto al propietario del templo no habría pasado inadvertido. El ahijado de Bane despreciaba a nuestro señor oscuro, y aunque los poderes de Xvim palidecían ante los de Cyric, un dios es un dios, y un dios airado, peor todavía. No necesitaba esta complicación, porque aun en las circunstancias más propicias no sería nada sencillo engañar al Uno para que leyera el libro de Oghma.

Me apoderé de las llaves de Fzoul y me quité las esposas y los grilletes, pero no robé nada con lo que cubrir mi desnudez, ya que no tenía el menor deseo de enfrentarme a las anguilas pegadas a mis enemigos. Dejé a Ruha chapoteando en el tanque de cobre y a Fzoul y a Thir debatiéndose en el suelo. Apagué todas las antorchas del templo excepto una para iluminarme el camino y me dirigí al pasadizo por el cual se había marchado el guardia que había escoltado a la bruja.

En cuanto me interné en el túnel oí cánticos a lo lejos y el ruido de muchas pisadas detrás de mí. Está claro que aunque los seguidores de Xvim eran todos necios en su fe, eran en su mayoría lo bastante astutos como para detener a un hombre desnudo cargado con un libro como *La verdadera vida*. Retrocedí de inmediato hacia la escalera que Thir había hecho bajar del techo, subí y me metí en el túnel escardado en la roca que conducía a las habitaciones privadas del supremo Tyrannar.

No fue tarea fácil. Tuve que llevar el libro sobre los brazos doblados mientras con una mano me sujetaba a los escalones y con la otra sostenía la antorcha. Más de una vez resbalé y tuve que rodear la escalera con el brazo en el que llevaba la antorcha, acercando tanto ésta a mi cara que me chamusqué el pelo de un lado de la cabeza. Sólo Tyr me libró de quemarme el rostro. Pronto llegué al último escalón y me asomé a una habitación oscura y con olor a moho.

Mi parpadeante antorcha iluminó una cámara con paredes de piedra y suelo de toscos tablones, con una cama, un escritorio y varios muebles más que acechaban en las sombras. El único ruido era el chisporroteo de la antorcha, y la habitación tenía ese frío sepulcral de los lugares que nunca ven el sol. Puse a un lado el libro y trepé a la estancia dispuesto a buscar una puerta.

Desesperado, vi que no había ninguna. Si bien había una arcada antigua al otro lado del escritorio que había sido tapiada con ladrillos. Volví a mirar escalera abajo pensando en dejarme caer y probar con el otro pasadizo, pero estaba el problema de los guardias del templo.

Entonces Fzoul empezó a quejarse débilmente en el templo. Daba lo mismo que las anguilas lo hubieran abandonado o hubieran muerto por falta de agua, ya era demasiado tarde para volver. Cerré la trampilla y la aseguré con una tranca. Después,

sin pensar para nada en mi propia desnudez —¿o acaso no estamos todos desnudos ante los dioses?—, abrí la boca para invocar a Cyric.

Inútil. Ningún sonido salió de mi boca.

Lo siguiente que articulé fue igualmente silencioso, aunque mucho más profano. Me había olvidado del conjuro que Fzoul había formulado para silenciar mi lengua. El corazón me dio un salto en el pecho. ¿Cómo iba a llamar al Uno si no tenía voz?

Caí de rodillas y juntando las manos recé, seguro de que Cyric oiría mi silenciosa plegaria. ¡Al fin y al cabo, para eso era un dios!

«¡*Cyric, príncipe del Asesinato, señor de la Contienda!*»

No sucedió nada, salvo que los gruñidos de Fzoul se oían más alto. Sentí nacer en mi pecho un poco de ira. ¿Con qué derecho se habían dado por enteradas las Parcas y se habían puesto en mi contra, un indefenso mortal que no era más que una pulga en los planes de los dioses?

Empecé a recorrer la habitación buscando algún medio que me permitiera enviar una señal al Uno. Descubrí un arcón con ropa, pero ni me molesté en revolverla. ¡Aunque las prendas no hubieran sido demasiado grandes, no tenía tiempo para frivolidades!

Fzoul volvió a gruñir y poco después se oyó un quejido de la bruja. Esto me dio algo de esperanza: cuando Fzoul recuperara el sentido, quizá ella lo tendría ocupado algún tiempo.

Me dirigí al escritorio y encontré una pluma y un tintero junto a una hoja de pergamino. Encima del pergamino había una daga con empuñadura de ébano que llevaba el símbolo sagrado con la palma y los ojos de Iyachtu Xvim. Aparté el horrible talismán y coloqué la antorcha en un soporte de la pared, después mojé la pluma en el tintero y escribí sobre el pergamino en blanco: «¡*Cyric, el Uno, el Todo!*».

La voz de Fzoul llegó como un trueno a través de la trampilla, llamando a Thir y jurando vengarse de mí. Ruha respondió de forma inconexa y Thir también empezó a quejarse.

Examiné los rincones oscuros de la habitación buscando la figura macabra de Cyric, pero no vi nada más que tinieblas y vacío. Habría escrito su nombre con mi propia sangre, de haber sido posible, pero gracias a Tyr yo ya no sangraba. Volví a mojar la pluma en el tintero y escribí: «¡*Cyric, supremo entre los supremos! ¡Señor de las tres coronas!*». Al mismo tiempo, dejé que estas palabras resonaran en mi cabeza gritándolas de la única forma que podía.

La cámara continuó vacía, y el frío corazón de Cyric me quemó en el pecho.

Fzoul y Ruha empezaron a gritar. No podía comprender lo que gritaban, pero se oyeron varios golpes y sonoras bofetadas a través de la trampilla.

Sentí que me hundía, pero no podía creer que el Destino me hubiera permitido

llegar tan lejos para abandonarme ahora. Cogí la antorcha y recorrí los lados de la habitación buscando algún pequeño pasadizo que pudiera haber pasado por alto. Si conseguía escapar, buscaría refugio entre las Ruinas hasta que el conjuro del supremo Tyrannar perdiera su efecto, y entonces llamaría al Uno hasta quedarme ronco de tanto gritar.

La única salida era la puerta clausurada que había detrás del escritorio. Una ojeada al techo me hizo abandonar toda esperanza de salir por ahí; las vigas se combaban bajo un gran peso. Sentí en el pecho un ardor como si hubiera bebido vinagre.

Ruha lanzó un grito y a continuación se calló. Entonces, el supremo Tyrannar empezó a entonar cánticos místicos. Tenía a la bruja bajo control y ahora estaba preparándose para encontrarme. Volví al escritorio y cogí la daga para defenderme.

En cuanto puse la mano sobre aquella vil empuñadura supe cómo llamar la atención del Uno. Volví a poner la antorcha en el soporte y a continuación apreté la empuñadura de ébano de la daga directamente sobre el corazón de Cyric.

La masa gelatinosa se retorció formando un nudo frío y produciéndome una angustia tan terrible como sobrenatural. Sentí que una bocanada de bilis me subía a la garganta, como si el simple contacto del símbolo sagrado de Xvim hubiera hecho estallar el corrompido corazón del Uno. Pensé que me iba a explotar el pecho. Caí hacia atrás sobre el escritorio, pues era lo único que podía hacer para mantener la empuñadura apretada contra el pecho.

—¡Malik! —gritaron las mil voces del Uno—. ¿Qué estás haciendo?

Antes de que pudiera levantar la cabeza, Cyric me cogió por el cuello y de un tirón me apartó del escritorio. Me sostuvo en alto con la cara a la altura de su calavera y fijó esos soles negros incandescentes sobre mi pecho desnudo. Sólo entonces me di cuenta de que seguía sujetando el símbolo sagrado de Iyachtu Xvim sobre su corazón. Al abrir la mano y dejar que la daga cayera al suelo, el dolor que sentía en el pecho desapareció instantáneamente.

—¿Y bien, Malik? ¿Me has traicionado? —Pisó la empuñadura de ébano y la hizo polvo bajo su huesudo talón, produciendo tal estruendo que oí el grito sorprendido de Fzoul—. Sólo tienes que negarlo, pues sé que no puedes mentir.

¡No! Mis labios se movieron, pero no salió ningún sonido.

—¿No puedes negarlo, entonces? —Cyric me apretó más la garganta, y sólo la protección de Tyr permitió que mantuviera la cabeza unida a los hombros—. ¿Tú también, Malik? Primero me traiciona Tempus, después Talos y Shar, y Tyr a continuación. ¿Y ahora tú? ¡Canalla infiel!

El Uno me lanzó contra la biblioteca, que se hizo trizas bajo el impacto de mi rechoncho cuerpo. Caí al suelo en medio de una lluvia de libros y vi que Cyric avanzaba hacia mí a grandes zancadas. Con cada paso la habitación se estremecía y

del techo caía una nube de polvo.

—¿Piensas que el veredicto me va a ser adverso? —Cyríc apartó de un puntapié la cama de Fzoul y no me dio ocasión de negar con la cabeza—. ¿Piensas que Iyachtu Xvim vendrá a buscarte al Plano del Olvido? ¿Cómo puedes ser tan necio, Malik?

Una viga se agrietó encima de su cabeza, sin embargo Cyríc no pareció notarlo.

—¡Cuando la Ramera escapó de la prisión de Helm selló su fatal destino... y también el del Usurpador! —Alzó una esquelética garra y curvó los dedos huesudos—. Sin las mentiras de Mystra resonando en el Pabellón, tengo al Círculo en mis manos. Se inclinarán ante mí. Me besarán los pies, me rogarán clemencia...

Estas palabras me causaron la misma repugnancia que la primera vez que se las había oído decir. Su perspectiva era fruto de su locura, pues hasta yo sabía que los dioses arrasarían Faerun antes que doblegarse ante el Uno. Me rehíce y me arrastré por el suelo, tratando de llegar a *La verdadera vida* que había dejado al otro lado de la trampilla.

Cyríc me levantó y me sacudió tal como una mangosta sacude a una víbora.

—¡Lamentarás el día en que me traicionaste, Malik!

El Uno me lanzó contra la pared y un ruido atronador sacudió la habitación acompañado de otro agrietamiento de las vigas del techo. Me cayó sobre la cabeza una lluvia sostenida de astillas y polvo.

—¿Crees que temo este juicio? ¡Me alegro de que se celebre! Está próximo el día en que me sentaré al lado de Ao y en que todos los demás nos contemplarán como hermanos!

Conseguí ponerme de pie y corrí hacia el libro.

Cyríc me detuvo cogiéndome por un talón. Caí de bruces contra el suelo, pero mi devoción por el Uno era demasiado grande como para pararme ahora. Estiré los brazos y agarré el libro por una esquina atrayéndolo hacia mí. Mientras el Uno y el Todo me arrastraba hacia atrás por el suelo de madera, abrí el libro y empecé a hojear las páginas en blanco. Rinda había escrito que en cuanto una persona viera la primera palabra no podría dejar de leer hasta haber terminado con toda la crónica; si pudiera darme la vuelta y poner la primera página ante los ojos del Uno, las repugnantes palabras de Oghma harían el resto.

En cuanto Cyríc vio el libro dejó de tirar de mí.

—¿Qué tenemos aquí?

El tomo estaba abierto aproximadamente en el primer tercio, y el pergamino seguía en blanco. El Uno me lo arrebató de las manos y lo cerró, escrutando las lúgubres ilustraciones que rodeaban al símbolo sagrado del sol negro y la calavera. Le dio la vuelta para inspeccionar la contraportada, y su podrido corazón me llenó los oídos de un zumbido nervioso de tal intensidad que a duras penas lo oí cuando habló:

—¿Qué es esto, Malik? —preguntó.

Por supuesto, no pude contestarle. En lugar de eso, me incorporé y eché mano del libro, tratando de abrirlo por la historia de Oghma. Por vil que fuera, tenía que hacer que el Uno lo leyera antes del juicio.

Cyric volvió a arrancarme el libro de las manos.

—¿Es éste el libro que viniste a buscar?

Temiendo que la magia de Mystra anulara la de Fzoul y me hiciera soltar toda la verdad, ni siquiera asentí con la cabeza.

—No dices nada —dijo Cyric—, lo mismo que cuando saliste a realizar tu búsqueda.

Los negros orbes que tenía el Uno bajo la frente se encendieron y Cyric retrocedió tambaleante hasta la pared y se sentó entre los fragmentos de la destrozada biblioteca. Del deteriorado techo seguían cayendo polvo y piedras, y las vigas combadas crujían amenazadoras, pero no les prestó atención. ¿Y por qué habría de hacerlo? Esas cosas no podían preocuparlo de la misma manera que a un mortal como yo.

—No se parece en nada al *Cyrinishad*, pero es lógico. La magia de Oghma impediría... —Cyric dejó la idea inacabada—. ¿Sigo contando con tu lealtad, Malik?

Asentí con ansiedad, pues eso era más cierto que nunca.

El Uno curvó la huesuda mandíbula en un remedo de sonrisa. A continuación abrió la primera página.

—¡En blanco!

Sentí que se me hacía un nudo en el estómago y rogué a Tymora que pasase rápidamente las páginas.

En lugar de eso, Cyric pasó la siguiente hoja de pergamino, y después la otra, de una en una.

—Todas en blanco..., pero... claro..., no podía ser de otra manera. La magia de Oghma sigue funcionando. Si pudiera leer el libro, sabría que lo tengo en las manos. —Puso el libro de lado y sacudió el polvo que le había caído encima—. ¡Has asegurado mi veredicto, Malik! ¡Cuando leas esto en el juicio, hasta Oghma se inclinará ante mi genialidad!

¿En el juicio? Tenía que curar la locura del Uno antes del juicio o no haría más que enfurecer a los demás dioses y ganarse un veredicto adverso. Negué con la cabeza y grité un silencioso ¡No!

Cyric cerró el libro con sumo cuidado.

—Y tendremos que hacer algo con tu voz. El juicio comienza dentro de una hora.

Golpeé contra el suelo, tendí las manos como si fueran un libro abierto y miré al Uno con gesto implorante.

—Ahora no tenemos tiempo para eso. —Cyric se puso de pie y me alargó su esquelética mano—. Vamos, Malik, dejaré que disfrutes a mi sombra.

Capítulo XLVIII

Mystra se presentó en el templo de Iyachtu Xvim y encontró a Ruha despatarrada en el altar negro, con los miembros extendidos sujetos con cuatro cuerdas tirantes. Sobre la bruja se cernía la figura de Fzoul Chembryl con el rostro cubierto por una máscara contrahecha llamada la Capucha del Odio y blandiendo un afilado cuchillo de desollar. Estaba embebido en un cántico gutural mientras sus Fieles le hacían el coro y danzaban lentamente en torno a la mano de ébano representada en el suelo. En medio del círculo que formaban se movía una columna de sombra de relucientes ojos verdes y con un halo de acre humo negro.

Todo esto lo vio Mystra en un abrir y cerrar de ojos y de inmediato se colocó al lado de Fzoul Chembryl dominándolo con su estatura. Fzoul lanzó un grito y se dio la vuelta para enfrentarse a ella con el arma lista para atacar.

Moviéndose con una rapidez que ningún ojo humano sería capaz de seguir, Mystra cogió al supremo Tyrannar por el antebrazo y lo levantó del suelo.

—¡Ni te atrevas!

Fzoul se quedó boquiabierto. El coro quedó en silencio y dejó que la columna de sombra siguiera moviéndose sola. Mystra arrebató el cuchillo al supremo Tyrannar, lo rodeó con su enorme puño y la daga se derritió cayendo al suelo en forma de gotas.

—Éste no es un momento muy propicio para provocarme —dijo—. Tengo prisa.

La sombra de ojos verdes se agitó como una llama y luego produjo una especie de silbido.

—¡Y debes tenerla, bruja del Tejido! ¡Márchate ahora mismo de mi templo!

—¿O qué? —Mystra dirigió la vista hacia Xvim.

La columna se encogió, pero la voz siguió siendo áspera.

—O haré venir a Helm.

—Hay tiempo para eso, Iyachtu. —Sin quitar los ojos del nebuloso avatar de Xvim, Mystra apartó a Fzoul Chembryl—. Hasta entonces, permanece callado o te haré quedar mal ante tus súbditos.

Los acólitos de Iyachtu dieron un respingo al oír tal sacrilegio y retrocedieron temiendo que se desatara una batalla entre dioses. Sin embargo, la Nueva Oscuridad sabía que no era conveniente atacar a una diosa tan poderosa. No podía hacer otra cosa para mostrar su furia que esparcir por la nave el hedor de Gehenna.

Mystra despejó el aire con un movimiento de la mano, enviando a Iyachtu y a su pestilencia de vuelta al lugar de donde habían venido. Los seguidores de Fzoul corrieron hacia las salidas, e incluso el mismísimo supremo Tyrannar buscó refugio en un rincón oscuro.

Mystra volvió su atención a Ruha, cuya piel se veía húmeda y pálida bajo el hábito ceremonial. Su respiración entrecortada reflejaba la agonía de tener las

extremidades curvadas hacia atrás. Su musculatura todavía sufría espasmos como consecuencia del baño entre las anguilas, y las mejillas hinchadas y amoratadas hablaban de la lucha que había sostenido con Fzoul antes de ser capturada. A pesar de todo esto, su expresión era tan estoica como de costumbre.

—¡Diosa! —balbució—. ¡Por fin... has venido!

Mystra no hizo el menor intento de liberar a la bruja.

—No te apresures a darme las gracias, Ruha. Todavía tengo que pensar si entre mis propósitos al venir a Zhentil Keep está el de salvarte. Todavía no me he olvidado de aquel volcán en los Picos de las Tormentas.

—Yo no importo —dijo la bruja—. ¡Malik ha escapado!

Mystra la miró con extrañeza.

—Dijiste que el *Cyrinishad* estaba a salvo.

—¡Y lo está! Lo que él vino a robar aquí era *La verdadera vida de Cyric*. —Ruha trató de aflojar sus ligaduras—. Ese pequeño escorpión está tan loco como su dios. ¡Pretende curar la locura del oscuro!

—¿Qué?

—Puede que ya sea demasiado tarde. —Ruha señaló hacia el techo con la barbilla—. Cyric estaba ahí arriba —dijo con gran esfuerzo—. Oí que Fzoul se lo decía a su dios.

Mystra miró hacia el rincón oscuro donde se había ocultado el supremo Tyrannar.

—¿Es cierto?

Fzoul asintió lentamente.

—No sé para qué lo quería, pero ese pequeño gusano malhablado robó *La verdadera vida* y se dirigió arriba, a mis habitaciones privadas. —El supremo Tyrannar habló en un tono despectivo y medroso al mismo tiempo, midiendo muy bien sus palabras para aplacar la naturaleza rencorosa de Xvim y para no ofender a Mystra—. Después oí hablar a Cyric. Sonaba como si fueran mil voces, y todas ellas parecían la de un loco.

Esta noticia desanimó a Mystra hasta tal punto que su avatar se redujo a la estatura de una mujer normal. Esto era tan terrible como cualquiera de los contratiempos que le habían acaecido en los últimos días: la muerte de Adon, el complot de Talos para dar por tierra con su culto, incluso la traición de Kelemvor. Un Cyric cuerdo podría obtener un veredicto favorable en el juicio y empezar otra vez a extender la corrupción por todo el mundo. Además, con el dios de la Muerte demasiado absorto en su reevaluación como para ayudarla a conseguir el apoyo de los demás dioses, el Círculo parecía más proclive que nunca a encontrar pruebas contra ella y Kelemvor y a insistir en que ambos habían abdicado de sus poderes divinos.

Mystra negó con la cabeza, muy disgustada tanto con el juicio como con la extraña disposición de Kelemvor a creer que los cargos eran merecidos. Si ella y él

no protegían a los mortales de Faerun, ¿quién lo haría?

La diosa envió un avatar a vigilar la Torre Devastada y vio que Cyric había cerrado a cal y canto todas las entradas y había apostado avatares en todo el perímetro. Al no ver razón alguna para semejantes precauciones como no fuera que ya hubiera leído el libro y estuviera preparando una refutación especial para su juicio, renunció a la idea de robarle *La verdadera vida* antes de que pudiera leerla.

Todo esto duró un instante, y sólo hubo una leve pausa antes de que Fzoul se atreviese a urgiría.

—Tal vez deberías irte, diosa. Mientras nosotros hablamos, Iyachtu Xvim está buscando a Helm.

Mystra hizo caso omiso de la advertencia y continuó su conversación con Ruha.

—Tengo muy poco tiempo, de modo que te lo preguntaré sin rodeos. ¿Cómo te convenció Talos para que me traicionaras?

Ruha bajó la vista, muy avergonzada.

—Tendría que haber sido más cauta, pero después de lo que había hecho Malik en el Alcázar de la Candela era proclive a creer que tú querías que le diera alcance a costa de lo que fuera.

—¿Yo?

—Sí. Cuando se hizo evidente que nunca conseguiría coger a Malik, tú..., o alguien a quien yo tomé por ti..., me proporcionó la magia para darle alcance y me dijo que la usara sin pensar en la destrucción que pudiera causar.

—Entonces, ¿Talos te engañó? —Mystra pareció más aliviada que furiosa, ya que la prueba de las acciones de Talos contribuiría a justificar su huida de la prisión de Helm—. ¡Se ha hecho pasar por mí, utilizando a mis propios seguidores para quitarme el control del Tejido!

Mystra empezó a liberar a Ruha, cortando las fuertes ataduras como si fueran hilos. Fzoul se disponía a protestar por el robo de la víctima que iba a sacrificar a su dios, pero se lo pensó mejor y guardó silencio, confiando en que Helm llegara pronto para llevarse a la diosa.

Ruha se incorporó, roja de vergüenza por haberse dejado engañar por el Destructor.

—Me di cuenta del engaño cuando me privaste del Tejido, pero no supe con certeza quién me había engañado hasta que Talos se me apareció en Voonlar y se ofreció a devolverme mis poderes.

—¿Y tú lo rechazaste? —Mystra soltó la última atadura—. ¿No lo invocaste ni siquiera después de que Fzoul te hubiera capturado?

—Su ayuda tiene un precio muy alto. —La bruja empezó a frotarse las muñecas—. Moriría antes que invocarlo.

—Estoy conmovida. —Mystra apoyó la palma de la mano en la mejilla de Ruha y

su magia curó la cara magullada de la bruja—. Muchos me han abandonado en estos momentos de aflicción, hasta Kelemvor, sin embargo tú permaneciste conmigo, fiel incluso después de la injusticia que cometí contigo.

Ruha retiró la mano de Mystra de su cara.

—Te ruego que no te enfades conmigo, pero debo hablar sinceramente ante mi diosa. —La diosa le apoyó los pies en el suelo y ella se mantuvo sobre unas piernas vacilantes, mirando a Mystra francamente—. No rechacé a Talos por ti. Lo rechacé porque ya había visto la terrible destrucción que trae aparejada su ayuda. Y tú no cometiste ninguna injusticia al negarme el Tejido. Da lo mismo que fueras tú o Talos quien me proporcionó la magia para dar caza a Malik. Hice mal en usarla. Se puede usar el Tejido y se puede abusar de él, y a nosotros nos corresponde elegir nuestro destino. Yo elegí mal y tuve que sufrir las consecuencias.

Mystra casi no oyó la última frase ya que las palabras de la bruja habían hecho que la cabeza empezara a darle vueltas como un torbellino.

—¡Ruha!

La bruja palideció, pensando que el tono de Mystra era de enfado. Se dejó caer de rodillas y cogió el borde de la túnica de la señora de la Magia.

—Perdóname, diosa mía, yo no quería...

—No, Ruha. —Mystra la obligó a ponerse de pie—. Tú no has hecho nada malo, pero yo sí.

Iyachtu Xvim volvió en forma de torbellino de turbulento humo negro.

—¡Márchate, prepotente arpía! ¡Helm viene hacia aquí! —El rencoroso dios difundió una nube de humo sulfuroso por la habitación para envolver a Ruha—. ¡Y deja aquí a mi sacrificio!

Mystra cortó la apestosa hebra con un gesto de la mano y miró a Ruha a los ojos.

—Cierra los ojos y piensa en *Nube de Plata*.

La bruja obedeció. Un instante después estaba montada en el hipogrifo en el mismo establo oscuro de Zhentil Keep donde lo había dejado, a salvo de Iyachtu Xvim y libre para volver, feliz para siempre, a su vida de arpista entrometida.

—¡Bruja ladrona! —Xvim hizo un movimiento con la mano en dirección a Mystra y apareció una jaula de humo oscuro que la envolvió y cuyos barrotes adquirieron inmediatamente la consistencia del hierro—. ¡Cuando Helm llegue, tú también pagarás por este insulto!

—Creo que no. —Mystra salió de la prisión de Iyachtu sin darse cuenta al parecer de que los barrotes dividían su cuerpo en largas franjas verticales—. Pero si me equivoco, puedes decirle a Helm que lo estaré esperando en mi juicio.

Capítulo XLIX

Para dejar bien claro que no estaba dispuesto a aguantar más insultos a su justicia, Tyr había dado al Pabellón de Cynosure la forma que más le gustaba. Ahora todos los dioses lo verían como él: una estancia circular con paredes de caoba y suelos de mármol rematada por una luminosa cúpula de pálido alabastro.

Rodeando el perímetro había cinco alguaciles, todos ellos avatares de Helm. Llevaban armaduras completas con los visores bajos y estaban armados con hachas de batalla. Además, en los cintos llevaban negras esposas de vacío.

En medio de la sala, los dioses mayores ocupaban sus puestos habituales, aunque ahora esperaban tras una barandilla circular de oro bruñido. El Justo llevaba su maza de guerra al cinto para que todos pudieran verla, y en lugar de la habitual armadura de cuero se había puesto un reluciente blindaje de plata.

Cyric estaba frente al Justo. Nuestro señor oscuro también había modificado su aspecto adoptando la figura de un joven demacrado de pelo blanco y piel del color del yeso. La sangre de innumerables huéspedes asesinados manchaba las mangas de su marfileña túnica, sobre la cual llevaba una larga cota de malla hecha con la piel arrancada al último rey de Tethyr. Cada vez que otro dios se atrevía a mirarlo a los candentes ojos, lo miraba con tal rabia que el otro optaba por apartar la vista.

Kelemvor llevaba su nuevo atuendo: la misma máscara plateada de la muerte y la túnica gris perla que había adoptado cuando apagó las luces de su ciudad. Mystra estaba al lado del Usurpador con los tobillos sujetos por los negros grilletos de Helm. Tenía los ojos fijos en el suelo y no miraba al dios de la Muerte. Sólo ella podría haber dicho si era por furia o por vergüenza.

¿Y qué os diré de Malik, salvador de su dios y de todo Faerun? Llevaba una túnica roja y me encontraba dentro del círculo dorado con los ojos fuertemente cerrados, pero así y todo casi cegado por el brutal brillo de los dioses. Eran tan grandes como gigantes, y su esplendor se filtraba a través de mis párpados del mismo modo que el quemante sol brilla a través de la cera, lo cual me hacía ver todo lo que había en la sala en un caleidoscopio de luz cegadora.

A mi lado había otros dos testigos. Adon el Petimetre parecía un muerto viviente, y lo era en realidad. También estaba presente el dios Máscara, que cambiaba constantemente de aspecto, como un niño que no puede estarse quieto, pero a todas sus formas sombrías les faltaba un miembro.

Delante de nosotros había una mesa y sobre ella las pruebas del juicio: un reluciente cáliz de oro, una esquina rota de la prisión de Helm y una masa palpitante de moho amarillento que en una época había sido mi corazón.

Esto no era como yo lo había planeado.

Los dioses seguían dirigiendo miradas preocupadas a *La verdadera vida de Cyric*,

y después me miraban a mí con odio. Creían que el libro era el *Cyrinishad*, y sabía que muchos de ellos estaban dispuestos a verme muerto antes que permitirme que lo abriera. Y aunque Tyr los obligara a que me dejaran leerlo, las mentiras de Oghma humillarían a nuestro señor oscuro ante unos dioses inferiores a él, lo cual significaba un destino mucho peor que la locura.

Lathander señor de la Mañana hizo una señal a Tyr, y éste alzó la maza que llevaba al cinto para imponer silencio.

—El amanecer ha llegado a las torres del Alcázar de la Candela. —El Justo apuntó con su dedo a Cyric—. El Príncipe de las Mentiras se enfrenta a los cargos de inocencia por causa de locura. Se lo acusa de no cumplir con su deber divino de extender la contienda y la discordia más allá de los límites de su propia Iglesia.

Tyr volvió su mirada vacía hacia Mystra y Kelemvor.

—La señora de la Magia y el señor de la Muerte se enfrentan a los cargos de incompetencia por humanidad. Se los acusa de usar una bondad indebida con los mortales de Faerun. —El Justo paseó la mirada por el círculo deteniéndose un instante en el rostro de cada uno de los dioses antes de continuar—. Que comience el juicio.

—Yo hablaré el primero. —Un gran desánimo se apoderó de mi corazón prestado cuando Cyric pronunció estas palabras; estaba demasiado ansioso por hacerme leer—. Yo soy el primer acusado y seré el primero al que absolváis.

Las exclamaciones de protesta casi me dejaron sordo, y los dioses echaron miradas nerviosas en mi dirección, lo cual me hizo temer que llegaría a descubrir lo que me tenían reservado antes de poder resolver mi dilema.

La voz de Oghma resonó sobre las demás.

—Precisamente porque eres el primer acusado debes ser el último al que se juzgue, Cyric. —Tuvo mucho cuidado de no mirar el negro volumen que estaba sobre la mesa—. Este juicio comenzó contigo y debe terminar contigo.

No entendía la lógica de lo que decía el Encuadernador, pero los demás dioses eran tan reacios como él a ocuparse del libro, de modo que todos a una lo apoyaron.

Recibí con alivio las palabras de Tyr.

—Está decidido —dijo.

Los soles oscuros brillaron más siniestros que nunca bajo la frente de Cyric, pero con un gesto desdeñoso dejó a un lado su ira.

—Tendréis que escucharme tarde o temprano.

—Y será tarde —replicó Tyr. Se volvió hacia Kelemvor—. El señor de la Muerte hablará el primero. ¿Cómo te declaras?

—Culpable —replicó el dios de la máscara plateada.

El murmullo de sorpresa que conmocionó la sala a punto estuvo de hacerme caer al suelo. Kelemvor dio un paso adelante, atravesando la barandilla de oro como si

fuera un fantasma. Retrocedí, dejando a su imponente figura todo el espacio que pude.

La voz del Usurpador era tan sombría como un canto fúnebre.

—En el pasado abusé de mis derechos. No voy a negarlo ante vosotros. —Se volvió lentamente describiendo un círculo para mirar uno por uno a todos los dioses—. He recompensado a los valientes y a los bondadosos y he castigado a los cobardes y a los crueles, y de todo ello me arrepiento.

En ese momento, Kelemvor volvió hacia Mystra el rostro impasible de su máscara de la muerte, y por fin la Ramera alzó los ojos para sostener la mirada de su antiguo amante. Sólo el brillo de sus ojos hablaba de su tristeza, ya que era el brillo de las lágrimas.

Kelemvor continuó con su letanía.

—Juzgué a los hombres como si yo fuera todavía humano. Los buenos mortales habían depositado su fe en mi justicia y no en la de sus dioses, mientras que los malvados desertaban de sus iglesias a la primera señal de desaprobación. Mis acciones han socavado el culto a todos los demás dioses aquí reunidos, y eso fue un error.

Al oír esto, Mystra se mordió los labios. Kelemvor se volvió hacia el dios de la Batalla.

—Mi ofensa contra ti, Tempus, fue la mayor de todas. Al aprobar más el valor que la cobardía, he incitado a los bravos guerreros a dilapidar sus vidas y he dado a los cobardes una excusa perfecta para esconderse en sus rincones. Juro que nunca fue ésa mi intención.

La cara de Tempus permaneció oculta tras el visor, pero alzó los brazos ensangrentados y puso las palmas de las manos hacia arriba en un gesto de aceptación. Cuando el señor de la Batalla se disponía a hablar, el señor de la Muerte le impuso silencio con un gesto y se volvió a continuación hacia Tyr.

—En el pasado fui culpable de todo esto, pero del mismo modo que cambié yo, también he cambiado mi reino. —Kelemvor señaló con un gesto su nuevo atuendo—. Os invito a todos a enviar a vuestros avatares para ver la nueva Ciudad de los Muertos. No me juzguéis por mi pasado, sino por lo que encontréis allí ahora.

Mientras hablaba, el Usurpador abrió las puertas de su ciudad. Muchos dioses hicieron lo que les pedía, aunque Sune dio la vuelta en redondo ante las puertas de espejo; la imagen donde se reflejaba hasta el menor de sus defectos fue suficiente para convencerla de que el dios de la Muerte había hecho todo lo que había dicho. Los demás siguieron adelante, recorriendo las centenarias calles llenas de residentes de mirada apagada, pasando por barrios de edificios sombríos y árboles muertos, cruzando puentes informes que atravesaban aguas tranquilas del color del acero. No veían crueldad ni rencor, pero tampoco alegría; el reino del señor de la Muerte se

había convertido en un dominio de espíritus apagados y sombras desanimadas, en un lugar donde no había castigo ni recompensa. Y en el corazón de esta ciudad apática se alzaba la Torre de Cristal, un alto minarete de topacio marrón ahumado rodeado por una línea de espíritus entristecidos: los Falsos y los Infieles.

En el Pabellón de Cynosure, Mystra se apoyó contra la barandilla dorada con los hombros hundidos. Miró hacia el suelo entristecida. Cyric fue el que habló primero.

—Muy convincente, Kelemvor. —El Uno puso los negros ojos en blanco—. Una buena puesta en escena que puede volverse atrás con idéntica facilidad. ¿De veras piensas que vamos a creer que has cambiado tan repentinamente?

La respuesta de Kelemvor fue sorprendentemente calma.

—No espero nada de ti, Loco. Eres incapaz de aprender de tus errores y no puedes entender que puedan hacerlo los demás.

—¡No has aprendido nada! —Cyric señaló a Adon con un dedo tan largo como una espada. El patriarca de Mystra estaba encogido a mi lado, tratando de no mirar a la diosa a la que temía—. Todavía tienes bajo tu protección a Adon el Caído.

—No estoy protegiendo a nadie —respondió Kelemvor—. Adon será juzgado cuando comparezca ante mí en la Sala de los Juicios.

—¡Es mío! —Cyric atravesó la barandilla y empezó a avanzar.

Tyr cogió la maza que llevaba al cinto y apuntó con ella al Uno.

—¡No toques al testigo!

Cyric siguió adelante, y los cinco avatares de Helm se apartaron al unísono de la pared. Durante un instante terrible pensé que nuestro señor oscuro iba a desatender la orden de Tyr, pero se detuvo de pronto, parándose justo enfrente de la máscara plateada del señor de la Muerte. Kelemvor se mantuvo tan tranquilo como un cadáver.

—¡Yo robé el alma de Adon! —le espetó Cyric—. No tienes derecho a retenerlo.

—Ya te lo he dicho antes —fue la firme respuesta—, tú sólo robaste su vida. Él no pidió por ti, de modo que sigue siendo un Falso y un Infiel.

Entonces fue Mystra la que no pudo soportar las palabras del Usurpador.

—¡Cómo osas llamar a mi patriarca Infiel... o Falso! —Atravesó la barandilla flotando por encima del suelo para ahorrarse la vergüenza de caminar con cadenas—. Adon jamás habría abjurado de mí si Cyric no lo hubiera vuelto loco. ¡Lo sabes muy bien!

Adon se puso a temblar y se escondió detrás de mí. Los tres dioses eran altos como árboles y brillaban como soles, y estaban a doce pasos de distancia. Me tapé los ojos, pero de todos modos, sus imágenes quemaban en mi cabeza.

El fuego se desvaneció de los ojos de Cyric y preguntó con una voz llena de falsa condescendencia.

—Señora de la Magia, ¿cómo puede saber Kelemvor algo que no es cierto? Yo no

volví loco a Adon. Fuiste tú quien lo hizo. —Dedicó a la diosa una sonrisa engreída y luego continuó—. Dejé que el patriarca te viera con mis ojos, y la visión de tu auténtica naturaleza fue más de lo que cualquier hombre puede soportar.

Mystra se enfrentó al Uno, y tan grande era su odio que hasta yo pude ver a la arpía devoradora de entrañas de la pesadilla de Adon.

—¡Asquerosa úlcera purulenta! ¡Te voy a...!

—¡Un momento! —Cyríc alzó las manos sin dejar de sonreír—. No tienes motivo para estar enfadada conmigo, precisamente conmigo, señora de la Magia. Kelemvor sabía lo que yo había hecho. Podría haber salvado a Adon antes de que nuestro viejo amigo estuviera tan trastornado como para saltar al vacío.

La cara de Mystra habló a las claras de su sorpresa. Miró los ojos vacíos de Kelemvor y meneó la cabeza con desaliento.

—Es verdad, ¿no? ¡Lo sabías hace tiempo, cuando viniste a sacar al espíritu de Zale del volcán, y me lo ocultaste!

Kelemvor no lo negó.

—Los secretos de los muertos les pertenecen a ellos. Eso es algo que no ha cambiado en mi ciudad.

—Pero tú sí has cambiado. —Los ojos de Mystra se llenaron de lágrimas de magia reluciente—. Y yo no puedo amar a este nuevo dios como antes amé al hombre.

Al oír esto, Kelemvor agachó la cabeza, aunque no apartó de ella sus ojos grises.

—Nadie debería amar a la Muerte.

Al volverse Mystra, una sola lágrima resbaló por su mejilla. Cyríc cogió el cáliz dorado de la mesa y lo puso bajo la barbilla de la diosa para capturar la brillante gota. Dio un grito de gozo que me provocó una mueca de disgusto.

Mystra lo apartó de un empujón.

—Aparta. —Volvió flotando al lugar que le correspondía tras la barandilla de oro—. Me siento tentada de olvidar dónde nos encontramos.

—Como deseas. —Cyríc sonrió con sumisión y volvió a colocar el cáliz sobre la mesa—. De todos modos, ya he terminado.

Kelemvor lo miró, pero no dijo nada. Los demás dioses negaron con la cabeza y pusieron los ojos en blanco, y en mi tontería hasta yo creí que la conducta de Cyríc no era sino un signo más de su locura.

Tyr amenazó al Uno con su muñón.

—Tú también puedes volver a tu sitio, Cyríc. Ya hemos oído suficiente sobre Adon el Caído.

—Y hemos oído bastante sobre los cargos contra el señor de la Muerte —añadió Oghma el Sabio—. Digo en su favor que hemos visto con nuestros propios ojos lo que sacrificó en aras del deber.

Al oír esto, los dioses llenaron el Pabellón con un coro generalizado de asentimiento. Sólo Cyric alzó la voz contra el veredicto, pero ni siquiera él lo hizo con excesiva vehemencia. Esto me sorprendió mucho, hasta que noté el brillo de astucia de sus ojos de ébano y mi sorpresa se convirtió en preocupación, pues estaba claro que entre los planes de Cyric había algo más que mi lectura del *Cyrinishad*. Eché una mirada a mi corazón y me pregunté si alguna vez volvería a sentir sus latidos dentro del pecho.

Tyr alzó el puño.

—El Círculo ha hecho saber su voluntad en la cuestión del señor de la Muerte, pero los cargos contra él no son independientes. Él y Mystra se enfrentan a una acusación conjunta. Si indagamos lo de uno, también debemos indagar lo del otro.

—Oigamos entonces lo que ella tiene que decir —propuso Oghma.

Mystra se dirigió a los demás dioses desde el lugar que ocupaba tras la barandilla dorada.

—También yo he aprendido de mis errores.

—No es lo que dicen tus acciones —fue la severa respuesta de Tyr. El Justo señaló la esquina rota de la negra prisión de Helm—. Has mostrado poco respeto por la justicia del Círculo. Y no debemos olvidar en primer lugar por qué Helm tuvo que ponerte bajo su custodia. ¡Atacaste a un testigo!

Tyr hizo una señal a Máscara, que estaba al otro lado de la mesa, a una docena de pasos de Adon y de mí. Como de costumbre, el señor de las Sombras no hacía más que cambiar de una a otra forma tenebrosa —ninguna de ellas con todos los miembros— y no soltaba la espada encantada del príncipe Tang.

—He compensado muy bien a Máscara por su pérdida —replicó la señora de la Magia—, a menos que quiera devolver el chien del príncipe Tang a cambio de alguna otra compensación.

El señor de los Ladrones envolvió la espada en un crespón de sombra y negó con la cabeza, pues el haberse librado del Perro del Caos tenía para él más valor que lo que había perdido.

—Y él es más que un testigo en este juicio —continuó—. Fueron sus conspiraciones las que convencieron a Tempus para que presentara los cargos originales, y el señor de las Sombras me dijo sin ambages que él mismo había causado gran parte de los problemas que tuvimos Kelemvor y yo para preparar nuestra defensa.

Tyr volvió hacia Máscara su mirada vacía.

—¿Es eso cierto?

El señor de las Sombras se encogió de hombros y adoptó la forma de un lammasu con una sola ala.

—Admitir una cosa no hace que sea verdad.

—Lo hace en este juicio —replicó Tyr—. Obstaculizar el derecho del acusado a defender...

—No castigues a Máscara por mí —lo interrumpió Mystra—. Me siento en deuda con él. Sin su interferencia no me habría dado cuenta de la injusticia que he estado cometiendo con los mortales de Faerun.

Su utilización de la palabra «injusticia» estaba calculada para despertar la curiosidad de Tyr, y surtió efecto.

—¿Y cuál era esa injusticia?

—Un despotismo más terrible que cualquiera de los de Cyric.

—¡Como si pudieras! —El Uno alzó los ojos hacia el techo.

—La tiranía de la carne no es nada comparada con la tiranía del espíritu. —Mystra volvió la mirada hacia Lathander, Silvanus y Chauntea—. Al tratar de negar el Tejido a los destructivos y los malvados, he tratado de determinar el destino de Faerun, y ésa no es mi función ni la de ninguno de los dioses aquí reunidos.

—Una elección no tiene sentido a menos que se haga con libertad —concedió Oghma el Sabio—. A los mortales de Faerun les toca decidir lo que quieren hacer con su mundo. Si les quitamos esta confianza, el destino de Faerun no tendrá valor para ellos.

—¿Para ellos? —intervino con desprecio el Uno—. Yo no me hice dios para dejar que los mortales echen a perder Faerun.

—No, tú te hiciste dios para arruinarlo para ellos. —Sune dedicó al Uno una sonrisa radiante y añadió luego con dulce voz:— Todos sabemos en qué caos espantoso lo transformarías todo.

—La belleza está en el ojo de quien la contempla. —El rostro de Cyric estaba tan rojo como el pelo de Sune. Veía que la señora de la Magia estaba ganando para su causa a demasiados dioses, y en sus planes sobre el nuevo orden no había espacio para Mystra ni para Kelemvor. Se volvió hacia la Ramera—. ¿Qué estás diciendo? —preguntó—. ¿Que me darás libre acceso al Tejido?

Mystra sostuvo su mirada sin miedo.

—Sí..., y a Talos y a Tempus, y también a Shar.

Al oír esto, el Destructor lanzó un bufido y apartó la vista de las palabras profanas que había estado grabando en la barandilla dorada.

—¿A cambio de qué? ¿De un veredicto a tu favor?

—En absoluto, Talos —respondió la Ramera—. Ya he vuelto a abrir el Tejido a ti y a tus señores de las tormentas y a Tempus y a sus magos de guerra, y a Shar y a todos sus oscuros seguidores, e incluso a Cyric y a sus locos. El Tejido permanecerá abierto independientemente del veredicto del Círculo.

—Suponiendo que siga en tu poder —le recordó Tyr.

—Suponiendo que así sea —dijo Mystra asintiendo.

—¡Sólo hace tres años que el Círculo la censuró por haberme denegado el Tejido! —El hecho de que ni siquiera parpadeara después de decir esto era una prueba de la locura del Uno, ya que todos sabían que Mystra se lo había denegado en un intento de impedir que hiciese precisamente el libro al que ahora tanto temían—. ¡Creo que ya hemos oído esto antes!

La voz de Shar bajó hasta mis oídos como un manto de susurros.

—Habría sido mejor que hubiéramos dejado a Mystra hacer lo que quería. —El Precursor de la Noche echó una mirada al libro negro que estaba en la mesa de las pruebas—. Yo, por mi parte, aceptaré la palabra de la señora de la Magia... si ella se une a mí y a algunos otros en la petición de que Tyr prohíba cualquier lectura del *Cyrinishad*.

—¡Esto no puede ser! —bramó el Uno—. ¡El acusado tiene derecho a preparar su defensa!

—¡Y nosotros tenemos derecho a defendernos contra sus mentiras! —replicó Tempus, señor de la Batalla.

Mientras todo esto ocurría, una sombra incipiente apareció junto a *La verdadera vida*. Miré hacia el techo abovedado que había encima de nuestras cabezas esperando ver alguna fuente de luz brillando tras el alabastro translúcido, pero, por supuesto, el Pabellón de Cynosure está por encima de cosas tan mundanas como soles y lunas. Bajé la vista y casualmente tropecé con Máscara, cuya estatura era apenas la mitad que la de las enormes figuras de los grandes dioses. Estaba pasando de la forma de un corpulento firbolg con una sola pierna a la de un verbeeg larguirucho al que le faltaba un brazo, y ese brazo era la única parte de su cuerpo que no reverberaba al cambiar. ¡El dios de los Ladrones quería hacerse con *La verdadera vida de Cyric*!

Si alguno de los demás dioses se había dado cuenta de esto, parecían estar demasiado absortos en el juicio como para notarlo. En cuanto a mí, guardé silencio y pensé en la conveniencia de permitir que el señor de la Sombra consiguiera su propósito, razonando que siempre podría volvérselo a robar más adelante, cuando no tuviera que leerlo ante semejante número de dioses inferiores al Uno.

Mientras miraba cómo la sombra evolucionaba hasta el borde del libro, el señor de la Batalla se dirigió a Mystra.

—Señora de la Magia, en una ocasión me ofrecí a retirar mis cargos si considerabas la posibilidad de que la guerra beneficia a Faerun. No puedo repetir esa oferta por mi anterior promesa a Máscara, pero estoy dispuesto a garantizarte un veredicto favorable si me aseguras que nunca más volverás a ponerme restricciones sobre el uso del Tejido y prometes hacer causa común con nosotros contra la lectura del *Cyrinishad*.

Mystra se quitó el sagrado halo solar que llevaba al cuello y se lo arrojó a Tempus.

—He aquí mi garantía. El Tejido no será restringido, pero no puedo oponerme a la lectura aunque eso signifique mi libertad. —Se volvió hacia Tyr—. Ya me he tomado demasiadas libertades con la justicia del Círculo y debo dejarme guiar por Tyr.

La sombra de Máscara empezó a arrastrarse por encima de *La verdadera vida*, pero yo seguía sin decidirme a actuar.

La diosa de la Belleza se acercó a Mystra, bañando a la Ramera con el resplandor de su radiación halagadora.

—Yo digo que votemos a favor de la señora de la Magia. No sería justo juzgarla por el pasado cuando ya hemos hecho concesiones a Kelemvor.

Oghma asintió.

—No corresponde al Círculo castigar a ningún dios por sus errores pasados. Nuestra única preocupación es la seguridad del Equilibrio, y podemos sentirnos más seguros que nunca de que Mystra le prestará un buen servicio.

Una vez más, un coro de voces llenó el Pabellón, pero esta vez no fue Cyric el único que condenó a la Ramera. A pesar de su compromiso de mantener la accesibilidad del Tejido, Talos, Shar y Tempus estaban cumpliendo su implícita amenaza: Mystra se había negado a sumarse a su oposición a la lectura del *Cyrinishad*, de modo que ahora se ponían en su contra. Tyr también habló en contra de Mystra, pues no había perdonado a la diosa el hecho de haber huido de su sagrada justicia.

El voto del Círculo estaba empatado, y ahora sólo Kelemvor podía desempatar.

—¿Qué dices tú, dios de la Muerte? —preguntó Tyr—. ¿Votarás a favor de Mystra salvándote tú al mismo tiempo... o en contra de ella y sufriendo su mismo castigo?

En una época, la respuesta habría sido tan obvia como rápida, pero Kelemvor no respondió de inmediato. En lugar de eso, volvió sus ojos grises hacia la diosa de la Magia y se dedicó a estudiarla largamente. Ella sostuvo su mirada sin flaquear, aunque la tristeza causada por su vacilación era evidente en su rostro. Después, hasta la tristeza desapareció.

El señor de la Muerte hizo una seña a Adon de que avanzara, entonces recogió al tembloroso patriarca en la palma de la mano.

—No tienes nada que temer —le dijo—. Mira mis ojos y dime lo que ves.

Adon hizo lo que se le ordenaba. Una bruma perlada salió de los ojos del señor de la Muerte y envolvió al patriarca, y desde las profundidades de la niebla salió una silueta. Tenía el pelo largo y negro como la seda y un rostro luminoso de marcados pómulos y labios carnosos. Aunque sus ojos eran tan oscuros y profundos como la noche, refulgían con la luz cálida de un sagrado halo solar, e iba vestida con una vaporosa túnica de luz crepuscular.

Adon dio la vuelta sobre sus talones y miró a Mystra de frente. Después, cayó de rodillas en la mano de Kelemvor.

—¡Diosa! ¡Perdóname, te lo ruego!

—Nunca te culpé a ti —respondió Mystra—, sólo a Cyric.

Kelemvor puso al patriarca en manos de su diosa.

—Adon te pertenece por derecho. Haz con él lo que quieras. Para mí, eres tan digna como cualquiera de los dioses presentes en esta sala —en las palabras del dios de la Muerte no había ni sombra de afecto ya que exponían hechos puros y duros.

Mystra colocó los dedos encima de la cabeza de Adon y dejó que cayera sobre sus hombros una lluvia trémula de magia. El patriarca desapareció y fue a esperar a su diosa a su palacio de Dweomerheart.

—Se levantan los cargos contra Kelemvor y Mystra —declaró Tyr.

—¡Fraude!

El chillido de Cyric fue tan estridente que hasta los dioses se encogieron y yo me tapé los oídos. Aunque la sombra que se cernía sobre *La verdadera vida* cubría ahora casi la mitad del libro, se estremeció y dio la impresión de que iba a replegarse.

—¡Kelemvor sólo ha cambiado su apariencia! —gritó Cyric lleno de furia—. ¡Jamás tuvo intención de condenar a Adon!

Kelemvor volvió su máscara hacia el Uno.

—Tenía intención de tratar a Adon como a cualquier otro, pero esas intenciones ya no te incumben. Lo único que hice fue dejar que el mortal viera a Mystra a través de mis ojos. Si él se dirigió a Mystra como su diosa, fue algo que hizo él y no yo.

Cyric se volvió hacia Tyr.

—¿Vas a anular el veredicto?

—¿Sobre qué base?

—Han hecho trampa.

El Ciego negó con la cabeza.

—El Círculo ha hablado y ha llegado el momento de considerar los cargos contra ti.

Miré el libro. Ahora la sombra cubría sus tres cuartas partes. Vi que Talos también lo miraba mientras arañaba la barandilla con sus afiladas uñas, y cuando apartó rápidamente la vista me di cuenta de que también él sabía lo que estaba sucediendo. A lo mejor él y Máscara lo habían planeado todo.

Después de mirar torvamente a Tyr un momento, Cyric se encogió de hombros.

—Como quieras. Entonces, veamos los cargos. —Eché una mirada despreciativa a todo el Círculo—. De todos modos, al final haremos lo que yo desee.

Un murmullo de desagrado recorrió todo el Pabellón, y me di cuenta de que el tiempo se estaba acabando. El propio juicio de Cyric se aproximaba y él ya había empezado a poner furiosos a sus enemigos. Me armé de coraje y señalé a Máscara

con el brazo.

—¡Ladrón! ¡Está robando el libro!

La sombra de Máscara abandonó *La verdadera vida* antes de que yo hubiera pronunciado la segunda palabra, pero a pesar de toda su rapidez no pudo escapar al Gran Guardián. En un abrir y cerrar de ojos, un par de Helms gemelos habían capturado al señor de las Sombras, cogiéndolo uno por el retorcido brazo y el otro por la enclenque pierna. Ahora había un tercer Helm junto a la mesa de las pruebas preparado para abatir a cualquiera que se atreviera a echar mano de *La verdadera vida*.

Talos me dirigió una mirada que decía que haría bien en cuidarme de los rayos en lo que me quedaba de vida. Tyr pasó por encima de la barandilla dorada, ya que no hubiera sido correcto que pasara por alto algún aspecto de su propia sala de juicios, y fue a enfrentarse al dios de los Ladrones.

—¡Te exijo una explicación!

Máscara tomó la forma de un troll de nariz ganchuda y se encogió de hombros.

—Soy el dios de los Ladrones. No puedes culparme por robar.

—Pero puedo expulsarte de esta sala. —Tyr miró al Helm que sujetaba a Máscara por el brazo—. Lleva fuera a este ladrón. Te avisaré si es llamado a testificar.

—¡Soy algo más que un testigo en este juicio! —objetó Máscara—. Yo también me juego algo en él.

Tyr lo miró con desconfianza.

—¿Y qué es lo que te juegas?

—La intriga. —Un estremecimiento recorrió la forma de troll del dios y se convirtió en un ogro con una sola pierna que señalaba al Uno—. Cuando despojes a Cyric de su carácter divino, exijo el dominio sobre la intriga. Me lo he ganado.

Llevado por la furia, nuestro señor oscuro había olvidado hacer que su cuerpo fuera insustancial, de modo que cuando dio un paso adelante chocó con la barandilla dorada.

—¡Cuando el Círculo me confirme como su líder, te despojaré incluso de la vida!

El Uno lanzó un rayo de energía oscura contra la forma de Máscara, pero Helm la paró con su hacha. El arma se convirtió en una astilla retorcida y a continuación se deshizo en humo.

Tyr se interpuso entre Máscara y el Uno.

—Todavía no te hemos juzgado, Loco. Vuelve a tu sitio o te declararé incompetente para asumir tu propia defensa.

Los ojos de Cyric centellearon al oír la amenaza, pero sabía que ningún otro dios me pediría que leyera el *Cyrinishad*, de modo que hizo lo que el Justo le ordenaba.

Tempus, el señor de la Batalla, se irguió cuan alto era.

—No nos llevará mucho tiempo estudiar la petición de Máscara. Cuando me vino

con su plan me aseguró que sabía perfectamente que no debía permitir que sus maquinaciones se le escaparan de las manos. —El Martillo de Enemigos señaló con la mano cubierta por el guantelete a Mystra, a Kelemvor y luego la mesa de las pruebas—. Si eso fuera cierto, para empezar no habría interferido en las defensas de la señora de la Magia y del señor de la Muerte, ni nos veríamos abocados a la lectura del vil libro de las mentiras de Cyric. Sea cual sea el resultado del juicio, yo digo que Máscara no tiene ningún derecho a la intriga. Que se conforme con su espada robada y con haberse librado del Perro del Caos.

Al ver que nadie ponía la menor objeción, Tyr asintió.

—Que así sea.

El avatar de Helm se desvaneció llevándose a Máscara, y entonces Tyr se volvió hacia el Uno.

—Cyric, ya conoces los cargos: inocencia por causa de locura. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

El Uno miró con desprecio a Tyr y a los demás acusadores y a continuación volvió su mirada candente hacia mí.

—Lee, Malik.

—¿Ahora, poderoso señor?

Cyric me miró con furia y sentí que se me formaba un nudo negro y doloroso en el estómago. Frías gotas de sudor empezaron a resbalarme por la frente. Se acercaba mi momento de la verdad, y con las rodillas temblorosas me acerqué a la mesa de las pruebas y cogí *La verdadera vida*.

En cuanto puse los dedos sobre la cubierta, un destello blanco atravesó el aire, un trueno poderoso retumbó en la sala y un rayo de fuego me golpeó en el pecho. Salí disparado a través de la sala y me golpeé contra la barandilla de oro, y sin duda me habría estrellado contra la pared del Pabellón de no haber sido porque di primero contra uno de los avatares de Helm. Caí a sus pies sin soltar el libro.

Alcé la vista con miedo. Talos, el disparador de relámpagos, me apuntaba al pecho con el dedo. Otra media docena de dioses se acercó a mí: Shar, Sune, Lathander y otros, cuyas radiaciones se mezclaban como un fuego furioso. En los dedos de todos reverberaba la magia, y todos estaban dispuestos a impedir que leyera el libro. Silvanus apartó de un golpe la mesa de las pruebas e hizo que mi blando corazón saliera volando por el suelo hacia los pies de Kelemvor.

Alcé una mano temblorosa para protegerme de ellos.

—No, esperad...

—¡Tranquilo, muchacho! —fue Chauntea la que dijo esto. En cuanto habló sentí que la lengua se me hinchaba en la boca, volviéndose tan gruesa que casi no podía respirar, y mucho menos hablar.

Tyr y cuatro de los avatares de Helm salieron a interceptar a mis atacantes, y

entonces Shar, la diosa de la Noche, alzó la mano. La sala quedó tan oscura como una tumba y perdí de vista mi corazón.

—¡Atrás! —ordenó Tyr—. El testigo está bajo mi protección.

—No queremos hacerle daño. —Cuando el señor de la Mañana habló, un rayo de radiación dorada me dio en los ojos, de modo que me convertí en seguida en lo único visible y completamente ciego de toda la sala—. Lo que queremos es el libro.

Desde algún punto a mi izquierda sonó la dulce voz de Sune.

—Tíramelo a mí, Malik, y obtendrás el amor de cuantas mujeres deseas.

Podría haber mencionado a una docena de mujeres cuyo afecto valía más que un buen semental, y la adoración de cualquiera de ellas habría valido más que el amor infiel de mi propia esposa, a quien Cyric había puesto tan fuera de mi alcance. Sin embargo, sólo consideré un instante la oferta de Sune, ya que era un siervo demasiado leal para traicionar al dios de mi corazón.

Oí el ruido de pisadas que se acercaban a mí y rogué que nadie pusiera sus pies sobre la masa palpitante que Silvanus había tirado tan intempestivamente de la mesa.

—¡Dejad que Malik lea el libro u os enfrentaréis a la ira de Ao! —dijo Tyr.

Desde algún lugar por detrás de mis atacantes se oyó la voz de Cyric.

—No tenéis nada que temer a la verdad.

—Tú no reconocerías la verdad aunque saliera de tus labios, cerebro de gusano.

—Y nosotros tememos menos a Ao que a la perspectiva de unirnos a la locura de Cyric —dijo Chauntea—. No vemos cómo podría contribuir eso al Equilibrio.

—¿Acaso las cosas sólo existen porque las veis? —replicó Oghma—. Es actuar según un código justo lo que contribuye al Equilibrio; lo que estáis haciendo sólo os sirve a vosotros.

—No nos interesan tus sofismas, Encuadernador. Todos nos hemos puesto de acuerdo. —Cuando Tempus dijo esto sonó más cerca de lo que yo habría deseado—. Antes que permitir que el mortal lea el libro del Loco iniciaremos una nueva Era de los Trastornos.

—Eso sería un terrible derroche —vaticinó Mystra.

Una esfera reverberante de magia surgió en torno a mí y me levantó hacia el techo abovedado. Me encontré mirando desde lo alto una sala llena de oscuridad. Abrí *La verdadera vida* por el final y empecé a pasar las páginas buscando el principio de la falaz narración de Oghma.

—Dejad que lea. —Cuando Mystra habló, la oscuridad desapareció del Pabellón y me encontré mirando las cabezas de los dioses. Esto no era tan estimulante como podría parecer, ya que todos me estaban mirando, y más de uno con mirada asesina en los ojos. Vi que mi corazón estaba intacto en el suelo, junto a la barandilla dorada y cerca de los pies de Kelemvor—. No nos hará ningún daño, ni a nosotros ni al Equilibrio —prosiguió la Ramera.

—No puedes garantizar eso. —Kelemvor alzó la mano y de la nada sacó una cimitarra de plata—. Le prometiste a Tyr que no interferirías con la defensa de Cyric. Mystra se puso a su lado y lo cogió del brazo.

—No he roto mi promesa, pero tú debes confiar en mí.

—Nunca más.

Kelemvor la hizo a un lado, luego levantó la cimitarra y adquirió la estatura necesaria para llegar a mi burbuja mágica. De inmediato, Tyr y todos los avatares de Helm crecieron a la misma altura de Kelemvor y se dispusieron a detenerlo. En ese momento perdí de vista mi corazón bajo tantos pies. Tempus, el señor de la Batalla, esgrimió su gran espada y Talos se llenó las manos de rayos relampagueantes mientras los dedos de Lathander empezaban a brillar con un fuego dorado. Todos se pusieron de parte de Kelemvor. El Uno se llenó las manos de negras dagas impregnadas de veneno y empezó a aproximarse por la espalda. Justo entonces encontré por fin la página, y me empezaron a temblar las manos de tal forma que casi no podía distinguir las letras. Al mismo tiempo se me llenaron los oídos de un zumbido tan terrible que no iba a poder oír mis propias palabras cuando leyera.

Oghma corrió a interponerse entre los dos bandos.

—¡Esperad! ¡No podemos hacer esto! —El Encuadernador alzó las manos como si realmente creyera que semejante par de brazos escuálidos iban a poder evitar la inminente matanza—. ¡Una guerra entre nosotros significará la destrucción de Faerun!

—¡Sal de en medio, viejo necio! —le ordenó Tempus.

Viendo que Oghma no obedecía, Tempus lo golpeó en la cabeza con la empuñadura de su espada y lo derribó. Cyric alzó la mano para lanzar su primera daga y me di cuenta de que en medio de tamaño tumulto mis palabras no llegarían a los oídos del Uno. No podía permitir que todos mis esfuerzos hubieran sido en vano.

—¡Esperad, estúpidos chacales! —dije a voz en cuello, y mi audacia dejó tan sorprendidos a los dioses que me dio ocasión de levantar *La verdadera vida* y gritar —: ¡Éste no es el *Cyrinishad*!

Un silencio de sorpresa se adueñó del Pabellón y los dioses dejaron las manos quietas un momento. Fue sólo el alarido atónito de Cyric lo que hizo que el instante se alargara.

—¿Qué?

El Uno hizo un movimiento de muñeca y un instante después su negra daga atravesó la burbuja mágica de Mystra. Estoy seguro de que fue la protección de Tyr y no mis propios reflejos lo que puso el libro justo delante de mi cara. La hoja impregnada de veneno atravesó la tapa de cuero y se detuvo a un pelo de mi rostro. Entonces sentí que el estómago se me subía a la boca y me precipité hacia el suelo.

Ni siquiera me di cuenta cuando caí. Lo único que hice fue apartar la vista del

cuchillo y empezar a leer:

Por más que los hombres traten de arrebatarse a los dioses las riendas del destino, todos nacen a merced de la naturaleza, vinculados de cien maneras a cuantos los rodean. Es así como los dioses se aseguran de que los mortales están sometidos a su mundo de penalidades y sufrimientos. Cyric de Zhentil Keep no fue una excepción.

En el Flamerule más caluroso por el que haya pasado jamás Zhentil Keep, nació Cyric de una barda miserable, tan falta de talento que no podía ganarse ni un cobre...

Cyric se llevó las manos a los oídos.

—¡No!

La potencia del grito me lanzó contra la pared y en mis oídos sonó el alarido de mil banshees, pero continué leyendo. A decir verdad, no podría haber parado aunque quisiera, ya que el conjuro de Mystra me empujaba a seguir adelante con la misma inclemencia que cuando estaba en la misma cámara y recitaba el diario de Rinda.

Seguí leyendo, describiendo la forma en que Cyric había sido vendido cuando niño a un mercader sembiano y había sido criado en una vida de lujo, y cómo había pagado nuestro señor oscuro la bondad del hombre con la traición y el asesinato. Cuando llegamos a la parte sobre la vuelta a Zhentil Keep como esclavo, el Uno lanzó un chillido que helaba la sangre, a continuación levantó la mano llena de dardos oscuros.

—¡Embustero! —al gritar esto, impulsó el brazo hacia adelante y lanzó los dardos—. ¡Traidor!

Uno de los avatares de Helm interpuso el hacha de batalla parando los dardos con el reverso del arma antes de que me alcanzaran en la cara. Luego, otras dos manifestaciones del Gran Guardián cogieron a Cyric por los brazos dejándolo inmovilizado.

Proseguí con la lectura describiendo la huida del Sol Oscuro, que pasó de la esclavitud a un gremio de ladrones, sus muchas aventuras con Kelemvor Lyonsbane y, finalmente, su viaje para recuperar las Tablas del Destino durante la Era de los Trastornos. Por supuesto, cada palabra que leía era un sacrilegio y una vil mentira, pero esta sarta interminable de blasfemias pareció calmar al Uno. Cuando llegué a la parte en que se cuenta cómo robó las tablas a sus antiguos compañeros y las utilizó para conseguir el favor de Ao, nuestro señor oscuro no podía ni moverse sujeto por Helm como estaba. Me miraba con la expresión más lúcida que le había visto jamás y no decía nada, y cuando acabé el odioso relato y alcé la vista, se limitó a negar con la cabeza.

Cerré el libro, arrojé lejos el asqueroso tomo y a continuación me tiré a sus pies.

—¡Poderoso señor, no me castigues! ¡Sólo he hecho esto tan terrible por tu bien, para que pudieras recobrar la cordura y defenderte en este simulacro de juicio! —Me abracé a su enorme pie y deposité sobre él una lluvia de besos—. ¡Juro que no me causó placer, y sabes que no puedo mentir!

Talos lanzó una sonora risita que recorrió toda la sala, pero Tempus, el señor de la Batalla, rápidamente le dio un empujón en el hombro.

—No es momento para alegrarse. Hemos estado al borde de desatar el Año de la Matanza.

Talos volvió a su lugar en el Círculo y Tempus lo siguió. Cuando los otros dioses volvieron también a sus puestos, el Uno me apartó de su pie.

—Ya me ocuparé de ti más tarde, Malik. —Señaló la pared donde con gran alivio vi mi mohoso corazón que todavía latía en el suelo—. Ahora tráeme tu corazón.

Corrí veinte pasos por el Pabellón y me arrodillé para recoger la preciosa masa. Olía a fruta podrida, y en un lado presentaba un cardenal debido a que algún dios lo había pisado, pero eso poco importaba. Lo cogí con las dos manos y, como si fuera un niño, lo acuné acercándomelo al pecho. El moho era blando y aterciopelado, y el propio corazón parecía casi líquido dentro de su piel, pero a pesar de todo me consideré afortunado. Si alguien lo hubiera pisado en este estado habría reventado sobre el suelo como una ciruela madura.

—¡Malik! Estoy esperando la prueba.

La verdad, me resistía un poco a entregar la prueba, pero como no podía meter la mano en mi propio pecho y volver a colocar el corazón en su sitio, sabía que tendría que entregarlo tarde o temprano, y cuanto antes mejor. Me puse de pie de un salto e hice lo que me ordenaba el Uno.

En cuanto Cyric cogió el corazón de mis manos, se volvió tan grande como un melón enorme, de modo que parecía un melocotón amarillo y palpitante en su mano de gigante.

—Este corazón me ayudó a ver la verdad de mi estado.

Cyric alzó la cosa mohosa para que todos pudieran verla y a continuación se la llevó a la boca y le dio un buen mordisco. Un chorro de acuoso jugo amarillo le corrió por el mentón y yo di un grito, pero nadie me prestó atención.

—¡La verdad es que todavía soy un dios más digno que cualquiera de vosotros! —El Uno hablaba con la boca llena y se pasaba la lengua por los labios entre palabra y palabra—. Y es por eso que todos estáis tan celosos.

Pensando que mi plan había fracasado di un grito de desesperación y me tiré al suelo.

—Debo admitir, sin embargo —continuó Cyric—, que no soy más poderoso que ninguno de vosotros. —El Uno volvió mi corazón hacia el otro lado como si fuera a

darle otro mordisco, después pareció pensárselo mejor y guardó aquella cosa jugosa en algún bolsillo de su cota de malla—. Eso fue una ilusión del *Cyrinishad*. Una ilusión feliz... —en ese momento el Uno me miró—, pero una ilusión al fin y al cabo. Todos podemos decir que estoy mejor ahora.

—¿Es ésa tu defensa? —dijo Lathander desdeñoso—. ¿Que estás mejor ahora?

El Uno se volvió hacia el señor de la Mañana como para atacarlo, y de repente se irguió y negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Es una comprobación de los hechos. —Cyríc atravesó la sala y recuperó el cáliz dorado que estaba en el suelo—. Mi defensa es que incluso cuando estaba loco, cumplí dignamente mis deberes.

—¿Cómo es eso? —preguntó Tyr frunciendo el entrecejo.

Antes de contestar, Cyríc miró dentro del cáliz y sonrió, ya que las copas de los dioses nunca se derraman. Se la llevó a Tyr y la hizo girar debajo del mentón del dios.

—Mira el interior.

Tyr vio dos lágrimas que se desplazaban por el cáliz, una negra y reluciente, la otra plateada y brillante.

—Esto es todo lo que queda del amor entre Mystra y Kelemvor, y ahora me pertenece. —Cyríc empezó a recorrer el Círculo moviendo la copa delante de cada dios para que pudieran ver el contenido—. Fui yo quien puso a Adon en contra de Mystra, y fue la infidelidad de Adon lo que enfrentó a Mystra y Kelemvor, y fue eso lo que destruyó su amor. No es mucho lo que queda, pero aquí está. Es mío.

El Uno continuó su recorrido. Cuando Mystra y Kelemvor miraron dentro de la copa, no mostraron la menor emoción ni se miraron el uno al otro ni hicieron demostración alguna de los sentimientos que los habían unido durante tanto tiempo.

Cyríc esbozó una sonrisa cuando los dejó atrás, después terminó su ronda y se detuvo ante Tyr. Alzó la copa en alto y se volvió a mirar al resto del Círculo.

—Si soy capaz de destruir el amor de los dioses, es indudable que puedo llenar la vida de los mortales de Faerun de enfrentamiento y discordia.

El Uno se llevó el cáliz a los labios y echó la cabeza atrás, ya que las lágrimas de los amantes con el corazón roto habían sido siempre su libación favorita. Cuando las dos gotas corrieron por su garganta, chasqueó los labios y rompió el cáliz contra el suelo.

Entonces se volvió a mirar a Oghma.

—¿Qué dices tú, Oghma? ¿Culpable y cuerdo, o inocente y loco?

—Debemos juzgarte según los mismos patrones que a Mystra y Kelemvor, y aunque tú también has cometido errores en los últimos años, todos debemos reconocer que has vuelto a nosotros tan depravado como antes. —Oghma miró hacia los demás dioses del Círculo—. Y todos debemos tener presente que no debemos juzgar a Cyríc por su naturaleza demoníaca. Ésta es la esencia misma de la contienda,

y él no podría cumplir con su obligación si no fuera malvado. Yo digo que encontramos a Cyric culpable y cuerdo.

—¡Jamás! —Sune negó vigorosamente con la cabeza esparciendo llamaradas por toda la sala. Ella era la diosa del Amor y también de la Belleza, y las acciones de Cyric la habían ofendido profundamente—. No después de lo que les ha hecho a Mystra y a Kelemvor.

—Yo sí voto a favor de Cyric —dijo Chauntea—, porque bien o mal, ha vuelto a nosotros entero.

—Culpable y cuerdo. —Lathander no dio ninguna explicación, pues nadie esperaba que no estuviera de acuerdo con Chauntea.

Silvanus meneó la cabeza provista de antenas.

—Yo no. Cuerdo o loco, cree que tiene derecho a hacer lo que le place con Faerun, y no puedo aceptar eso. Mi veredicto es contrario.

—Y el mío —dijo Shar—. No podemos confiar en que vaya a actuar como debe. Propongo que lo despojemos de sus poderes y nos los repartamos entre nosotros.

—Claro —discrepó Tempus—. Tú pondrías toda la creación bajo tu negro dosel si pudieras, pero yo digo que no podríamos encontrar a nadie mejor para sembrar la contienda por toda la tierra siempre y cuando jure no volver a leer jamás el *Cyrinishad*, ni buscarlo siquiera.

Cyric alzó la mano derecha.

—Lo juro.

—Si te crees eso —repuso Talos con sorna—, es que estás más loco de lo que estaba el cerebro de gusano. Mi veredicto es en contra porque... —El Destructor se calló y luego se encogió de hombros—. Porque me da la gana.

—Esto significa un empate a cuatro —observó Tyr—. Y Cyric no puede votar.

La expresión de Cyric pasó del engreimiento a la sorpresa.

—¿Por qué no?

—Porque ése es el código del Círculo —respondió Tyr—. Y ahora voy a hablar yo contra ti. Nunca has sido un dios estable, y sospecho que ya estabas loco antes de llegar a ser uno de nosotros. Eres loco y por lo tanto no eres de fiar, un peligro constante para el Equilibrio.

—¿Qué?

Cyric volvió tambaleante hasta la barandilla y miró a Mystra y a Kelemvor. Sentí que me ponía enfermo y empecé a temblar de miedo. En ese momento supe que todo mi sufrimiento había sido para nada y estaba dispuesto a tirarme al suelo e implorar el favor de Tyr. Pero el Uno no; la sorpresa se borró de su cara, se transformó en ira y arremetió contra Tyr.

—¡Víbora traicionera! ¡Hipócrita de lengua engañosa! Tú...

—¡Cyric! —aunque Kelemvor gritó el nombre, su voz no mostraba ni la menor

emoción, ni ira ni ansiedad.

El Uno enarcó las cejas y miró con desprecio al señor de la Muerte.

—Regocíjate si quieres. Yo volveré y me regocijaré por ti.

—Sé que lo intentarás —replicó Kelemvor—, pero ¿y ahora qué? ¿Acatarás la decisión del Círculo?

El Uno paseó la mirada por todo el Pabellón con un gesto de desprecio dirigido a los dioses que habían votado en su contra. Cuando su mirada regresó a Kelemvor, escupió en el suelo y asintió.

—¿Qué otra opción tengo?

—Ninguna —respondió Kelemvor—. Sólo quería ver si te dabas cuenta de ello. Veo que lo has hecho, de modo que tengo que reconocerte como cuerdo.

—¿Culpable? ¿Me das un veredicto favorable?

La máscara plateada de la muerte asintió a su pesar.

—Sigues teniéndome miedo, ¿verdad? —El gesto despectivo de Cyric volvió a su rostro, pues no podía imaginar que el señor de la Muerte hubiera hecho su elección llevado por su sentido del deber—. No lo olvidaré.

—Estoy seguro de que no —dijo Tyr—, pero todavía no te hemos declarado culpable. Mystra tiene la última palabra.

A Cyric le cambió la cara y juro que a mí se me heló la sangre en las venas. Que Kelemvor hubiera hablado a favor del Uno era algo previsible; ahora lo veo claramente porque el Usurpador era un cobarde y un necio que temblaba ante la mera idea de la venganza de nuestro señor oscuro. Pero ¿y la señora de la Magia? Era casi tan audaz como el Uno y nunca dejaba de aprovechar su ventaja cuando creía que la tenía.

Cyric volvió la mirada hacia la Ramera y no hizo el menor intento de reconciliación, pues sabía que ella no le creería. O bien temería a su ira, como Kelemvor, o bien sería una necia y trataría de librarse de él.

—¿Y bien? —preguntó el Uno.

—Cyric, después de todo lo que has hecho, ¿cómo te atreves a preguntarlo? El odio que siento por ti es más grande que nunca.

Oghma la cogió del brazo.

—Mystra, ahora eres una diosa. Ya hace tiempo que dejaste atrás este mortal...

Mystra se le enfrentó.

—¡Basta ya de tus lecciones, Oghma! ¡No necesitas volver a recordarme mi deber para con el Equilibrio ni decirme cómo debo hacerlo!

El Encuadernador palideció y la soltó y yo empecé a temblar como un niño. La Ramera no estaba ni mucho menos asustada; eché una mirada a la máscara de plata de Kelemvor y me consolé, porque a pesar de los muchos cambios que había hecho en la Ciudad de los Muertos, no era probable que mis tormentos fueran mucho peores

que los que ya había sufrido al servicio del Uno.

Pero por algo llaman a Mystra la señora de los Misterios. Ella volvió a mirar a Cyric y lo vi sonreír. Entonces supe que, en su infinita astucia, el Uno había visto algo que a mí no se me alcanzaba.

Cuando Mystra habló, su ira se había suavizado.

—Pero de lo que aquí se trata no es de mi ira, y eso lo sabe lord Cyric tan bien como yo. Si él no despertara odio en mí, no sería adecuado para sus obligaciones. Como diosa de la Magia me está permitido tener sentimientos —aquí Mystra le dirigió a Oghma la misma mirada que cualquier persona en sus cabales reserva a los entrometidos—, pero como guardiana del Equilibrio debo actuar según mi leal saber y entender.

—Mystra, piénsalo bien —la instó Tyr—. Una vez que hayas hablado, el veredicto será en firme. Puede que llegues a lamentar el día en que tomaste esta decisión.

—Eso ya lo hago hoy —respondió Mystra—, pero cuando el Círculo falló a mi favor, prometí comportarme como una diosa, no como una mortal.

La Ramera se encaró al Uno.

—Mi veredicto es a favor de Cyric.

Epílogo

Apenas Mystra hubo terminado de hablar, el Círculo de los Doce se disolvió y me encontré a solas con el Uno. En seguida, el Pabellón de Cynosure se convirtió en una espantosa guarida de iniquidad, sembrada de canapés y cojines y llena de una niebla de perfumes dulzones y humo acre que apenas permitía respirar. Cyric se encogió hasta una estatura mucho más próxima a la mía y se arrellanó en un sofá de mullidos cojines. Me atreví a acercarme y postrarme ante él. Lanzó un gran suspiro y echando la cabeza hacia atrás miró a los demonios desnudos del techo.

Mucho tiempo estuve tirado en el suelo, hasta que se me quedaron entumecidas las rodillas y empezaron a dolerme las articulaciones por el frío, pero ni aun así me atrevía a levantarme. Tenía que tener cuidado ya que la protección de Tyr había terminado con el juicio y tenía tantas posibilidades de morir como cualquier hombre, puede que incluso más. A decir verdad, pensaba que era un pequeño milagro que la masa cenagosa que albergaba en mi pecho no me hubiera matado ya enviándome a reunirme con mi esposa en la Ciudad de los Muertos.

Al final, el Uno se dignó a reparar en mí.

—¿Quieres algo, Malik? —dijo sin apartar los ojos del techo.

—¡No, poderoso señor! —Con horror comprobé que el maldito conjuro de Mystra me impelía a seguir hablando—. Sólo un par de cosas que a un gran dios no debería resultarle difícil conceder.

Juré vengarme de la Ramera, pues a estas alturas ya sabía que siempre me vería obligado a decir la verdad.

Cyric apartó la mirada del techo y me miró.

—¿Un par de cosas?

—Está la cuestión de nuestros corazones —respondí—. Estoy seguro de que te gustaría recuperar el tuyo, y aunque para mí ha sido un gran honor prestarte el mío, sin duda lo necesitaré más adelante.

El Uno rebuscó entre su ropa y sacó mi pobre y vapuleado corazón. Casi no quedaba nada de él. Había perdido casi todo el líquido y estaba tan aplastado como una zapatilla.

—¿Quieres que te lo devuelva? No sé si funcionará.

Yo también lo había pensado, y sin embargo era reacio a conservar el corazón del Uno por temor a lo que podría hacerle al resto de mi cuerpo.

—Tal vez podría ser reparado. Estoy seguro de que querrás recuperar el tuyo.

—Creo que no, Malik. —Cyric negó con la cabeza y después tiró mi corazón por encima del hombro—. Siempre puedo encontrar otro, pero es mejor que conserves el mío. Te hará falta.

Volví a sentir el nudo en el estómago.

—¿Me hará falta?

El Uno asintió y palmeó el cojín que tenía a su lado. Me puse de pie y me senté en el borde del sofá.

—Tengo en mente algo muy especial para ti, Malik. —Cyríc me rodeó los hombros con el brazo. De sus uñas goteaba todavía la sangre anaranjada de mi corazón—. Vas a ser mi Serafín de las Mentiras.

—¿Serafín de las Mentiras? —grité—. ¡Pero si yo no puedo mentir!

El Uno sonrió.

—Eso hace que seas perfecto para el puesto. Ya tengo una tarea para ti, pero hablaremos de ella dentro de un momento. Tú querías dos cosas. ¿Cuál es la segunda?

Levanté la mano y junté el pulgar y el índice.

—Una pequeña cuestión, poderoso señor. Me estaba preguntando... —Estaba tan tembloroso que ni siquiera la magia de Mystra pudo impedir que vacilara—. Me estaba preguntando qué tipo de recompensa...

—¿Recompensa? —Cyríc me apretó el hombro con la mano y fue un milagro que no me partiera los huesos—. ¿Después de lo que hiciste?

—¿Lo que hice? —Me puse de pie de un salto sin poder evitarlo—. ¡Te curé de tu locura! ¡Te salvé de ser encontrado inocente!

—Cierto..., pero yo te ordené que consiguieras el *Cyrinishad*. —Cyríc volvió a tirar de mí y me hundió tanto en los cojines que tuve miedo de asfixiarme entre ellos—. Me fallaste, Malik. Por eso debería enviarte con tu esposa a la Ciudad de los Muertos.

Empecé a temblar pues ahora sabía lo que ya había temido antes: que si alguna vez volvía a ver a mi esposa, no sería en el palacio del Uno.

Cyríc prosiguió.

—Pero también me ayudaste a ver que no soy el primer motor del Multiverso, de modo que perdono tu fracaso. —El Uno acercó tanto su cara a la mía que no me atrevía a respirar por miedo a ofenderlo con mi aliento—. Pero eso puede ser modificado, Malik. Tengo un plan, y tú tienes un papel reservado en él.

—¿Yo, poderoso señor? —La verdad, yo había esperado una recompensa algo menor—. ¿Qué tipo de papel?

—Cuando llegue el momento, Malik... Cuando llegue el momento te lo revelaré. —El Uno sonrió, después me dio la espalda y se puso de pie—. Pero primero tienes que recibir tu castigo.

—¡Castigo! —grité, pero también me apresuré a añadir:— Lo que mandes, supremo.

El Uno se cogió las manos a la espalda y luego se volvió y se dirigió hacia la pared del Pabellón.

—Quiero que escribas una crónica, Malik, que cuentes la búsqueda del sagrado *Cyrinishad* para que mis fieles entiendan las muchas pruebas que soporta su dios por ellos.

—¡Sí!

Me di cuenta en seguida de que había sido bendecido, de que la visión que había tenido en la planicie de las afueras del Alcázar de la Candela se haría realidad, que me encontraría bajo un cielo tormentoso ante una enorme multitud de verdaderos creyentes y les hablaría con la voz tonante del único profeta verdadero y reuniría a la Iglesia de los Fieles bajo mi propio estandarte.

Llevado por mi entusiasmo, di un salto y seguí al Uno hacia la pared del Pabellón.

—Seré un cronista veraz y fiel del juicio de Cyric el Loco, y contaré todas las cosas que sucedieron desde el momento en que encontré el *Cyrinishad* hasta, que salvamos a Faerun de una segunda Era de los Trastornos.

El Uno se dio la vuelta con los negros ojos encendidos.

—¿Salvamos, Malik?

Y fue así que Cyric el Todo dio su bendición a esta humilde crónica, que renovó mi infiel corazón y me devolvió al Camino de la Fe y quemó mis ojos con las llamas de la Gloria y la Verdad hasta que vi todo lo que había ocurrido en el mundo y en los cielos desde antes del arrasamiento de Zhentil Keep, para que pudiera plasmar con total exactitud y absoluta veracidad todas las cosas hechas por los hombres y por los dioses durante la búsqueda del santo *Cyrinishad*.

¡Loado sea Cyric el Uno, el supremo, el más alto entre los altos, el Sol Negro, señor de las Tres Coronas y Príncipe de las Mentiras! ¡Todas las bendiciones y la fuerza recaigan sobre su Iglesia y sus servidores, que serán los únicos que reinarán sobre el reino de los mortales y vivirán por siempre en el palacio de la eternidad en los tiempos que sobrevengan tras el Año de la Matanza!

Éste es el libro del serafín Malik el Sami yn Nasser, favorito del Uno y verdadero profeta de todos los creyentes, en el cual se ofrece una narración completa de mi fiel servicio a Cyric el Todo en las tierras sin límites de Faerun y más allá, y de la gran recompensa que recibí por mis valientes trabajos durante el juicio de Cyric el Loco. ¡Todo lo que en él se cuenta es verdad, y juro que si hay una sola palabra que sea falsa, entonces lo serán todas!